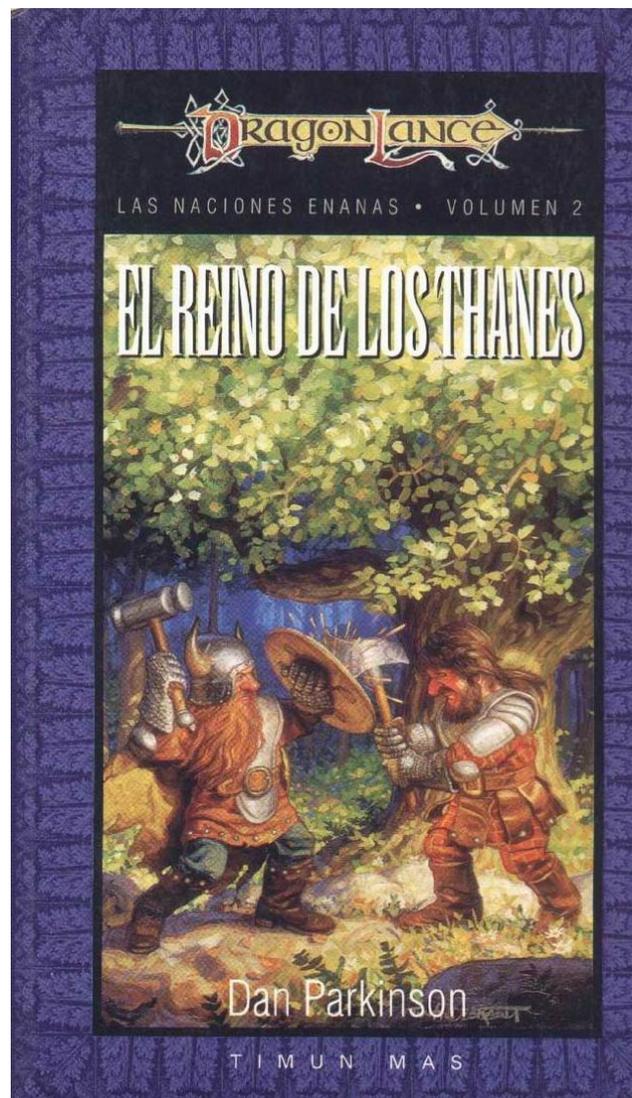


Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar

Dan Parkinson

El Reino De Los Thanes

Las Naciones Enanas - Volumen 2



INDICE

Prólogo: Las Tierras Enanas	3
EL REINO ENANO DEL VIEJO KAL-THAX.....	11
Los Rastreadores.....	12
En Tierras Agrestes.....	18
Los Intrusos	23
La Puerta Norte.....	28
Reino De Thanés.....	34
Las Sombras De Cabezas De Yunque	41
Un Tiempo De Dificultades Y Pruebas	47
El Augurio Del Custodio De Legajos	53
El Pozo De Reorx	60
La Formación De La Tormenta	66
El Sabor De La Rabia	73
La Explosión Del Hojalatero	80
Una Extraña Alianza.....	86
Brujería Y Tozudez.....	93
La Fortaleza De Thorbardin.....	99
El Enemigo	105
Los Campos Sangrientos De La Puerta Sur.....	112
Alas De Hechicero.....	118
El Día Del Destino.....	125
Favorecido Por Los Poderes	131
El Aliento De Reorx	138
La Rabia Dentro.....	145
Epílogo: Hacer Lo Correcto.....	153

Prólogo: Las Tierras Enanas

Avanzaban furtivamente por esta tierra de picos y valles, de profundos abismos y encumbradas alturas. Venían del este, a veces viajando a pie y a veces, cuando era necesario, desplazándose por medios arcanos para evitar ser descubiertos. Lo que buscaban era un lugar que las lunas ubicaban en estas montañas; un lugar donde lo alto era bajo y lo bajo, alto; donde ayer, hoy y mañana podían crear un círculo perfecto; y donde las lunas de Krynn, en la séptima medianoche del séptimo mes de cada séptimo año, eran los vértices de un triángulo cuyo centro exacto se encontraba justamente encima.

El lugar que buscaban sería adecuado para la construcción de una ciudadela, una Torre de la Alta Hechicería desde la que controlar y dirigir la magia de un mundo para poner orden dentro del caos. Según las lunas, eran siete los lugares de estas características que se encontrarían. El primero ya estaba localizado, en el gran bosque de las antiguas tierras de los dragones ahora habitadas por elfos. Los otros seis les serían revelados a quienes llegaran a ellos, mediante la prueba de espejos y piedras.

Los tres habían viajado desde muy lejos para llegar a esta tierra montañosa, pensando sólo en su búsqueda. Pocos se percataron de su paso. Los conocimientos aprendidos de los Vástagos, las artes de tejer conjuros para extraer y usar la magia, les habían sido muy útiles. Aun así, la búsqueda era difícil. El propio mundo les indicaba dónde buscar, donde hallar los puntos de perfecto equilibrio de fuerzas, pero sólo en términos generales. Sabían, dentro de un radio de unos pocos kilómetros, dónde debía ubicarse la base de la ciudadela y cómo se vincularía, -en muchos planos, visibles e invisibles-, con otras ciudadelas semejantes. A gran altura en las montañas occidentales, existía un altiplano rodeado por imponentes picos y riscos escarpados, un lugar donde lo bajo era alto y lo alto era bajo. Pero tenían que encontrar el sitio exacto. Sólo realizando la prueba lo sabrían, y tenían que sufrir los efectos de sus conjuros muchas veces para estar seguros.

Un centenar de veces en una docena de días habían repetido el ritual, aquí en el prado alto por encima del talud de la Falla, muy dentro del territorio denominado Kal-Thax por los enanos que vivían en él. Las lunas determinaban la zona, y por sus cálculos habían llegado a la conclusión de que allí, en alguna parte, estaba el origen de los poderes de los que una Torre de la Alta Hechicería podría extraer sustancia. Pero el altiplano tenía una extensión de muchos kilómetros cuadrados.

El hecho de que fueran forasteros en esta tierra, intrusos sin autorización ni permiso, no los preocupaba ni poco ni mucho. Eran hechiceros de primer orden, adiestrados en el arte por los propios Vástagos. Los otros sospechaban que Megistal podía ser uno de los contados elegidos para empresas mágicas más importantes, aunque personalmente no había dado indicio de ello, a no ser por la circunstancia de que, mientras que los otros dos habían sido designados para esta misión por sus colegas, Megistal parecía haberse designado a sí mismo.

No obstante, ninguno de ellos necesitaba permiso para ir dondequiera que deseara. Nadie podía detenerlos. Ni siquiera serían vistos por nadie que ellos no desearan que los viera. Muchas veces, desde que habían entrado en estas montañas, habían divisado enanos o habían oído toques de tambores, y en varias ocasiones Megistal había sugerido que, para ser justos con ellos, al menos deberían informar a los enanos sobre lo que estaban haciendo. No era asunto de los enanos, pero se podrían evitar conflictos más adelante si los enanos se hacían ahora a la idea de que habría una Torre de la Alta Hechicería dentro de su reino, lo quisieran o no.

Pero los otros dos siempre se habían opuesto.

-Se armaría un gran escándalo, -argumentaba Sigamon-. No los perjudicará aquello que ignoran. Además, hacemos esto por el bien general, tanto el de ellos como el de los demás. La magia debe tener un orden por el bien de todos. Tal es el propósito de las ciudadelas.

Tantas, desde luego, se mostró desdeñoso con esta actitud.

-Los enanos no importan, -dijo-. Pero los necesitaremos después, y, cuanto menos sepan con anticipación, mejor. Cuando el lugar haya sido localizado, precisaremos trabajadores que coloquen las piedras. ¿Qué mejor sitio para encontrar esclavos que entre estos enanos? No les digamos nada. Cuando los necesitemos, los cogeremos.

Así pues, los enanos no tenían idea de la presencia de los hechiceros o el motivo de que estuvieran aquí. Últimamente, Megistal tenía la sensación de que alguien los estaba vigilando, pero tenía la certeza de que no era un enano. Fuera quien fuera, no se había entrometido, si bien el cáliz favorito de Sigamon no aparecía por ningún sitio, y Tantas protestaba porque no encontraba su brazalete de azabache. Y así, un día tras otro, los hechiceros trabajaban, dormían, y volvían a trabajar, empleando sus propias energías para alimentar la magia de la búsqueda.

Megistal se sentía cansado ahora, mientras alzaba los amuletos de piedra roja sobre su cabeza, uno en cada mano, y pronunciaba las palabras del conjuro que había repetido un centenar de veces o más:

-¡Dactis tat sonan! -exclamó, y sintió el desagradable cosquilleo en los hombros y los dedos cuando los amuletos extrajeron energía de él para llevar a cabo su orden. Unas pequeñas descargas saltaron alrededor de las dos piedras y desde la una a la otra; el color rojo oscuro de los dos trozos de mineral adquirió un brillo ardiente, como si una llama fría, roja como la sangre, saltara de uno a otro. Megistal hizo una profunda inhalación y ordenó:- ¡Chapak!

Bruscamente, el flujo de luz entre las piedras se extendió frente al hechicero y se convirtió en un doble chorro radiante que creció y se expandió hacia adelante hasta converger en un punto del suelo, a unos veinte metros de distancia. Instantáneamente, la superficie en ese lugar pareció cobrar vida y hervir con cosas que bullían y corrían, pero el mago sabía que sólo se trataba de una ilusión.

-¡Marcad el punto exacto! -gritó Megistal, sin abandonar su concentración, ya que costaba un gran esfuerzo mantener el conjuro.

Tantas y Sigamon salieron presurosos hacia allí, el segundo remangándose su embarrada túnica blanca por encima de las rodillas para correr sobre sus largas y torpes piernas, en tanto que el jorobado Tantas trotaba con su peculiar estilo al tiempo que se sujetaba el negro y flexible sombrero para no perderlo en el camino. Mientras Megistal permanecía erguido, inmóvil y concentrado, manteniendo la fuente de la luminosidad, los otros dos hechiceros se arrodillaron donde tocaba en el suelo y clavaron una estaca en la dura tierra con un mazo de madera.

Megistal, aunque agotado, percibió de nuevo el extraño y distante retumbo que parecía hacerse más pronunciado en cada ocasión que habían realizado las pruebas. Era como si algo, en alguna parte, estuviera reaccionando a la magia de la búsqueda. Lo que era realmente no lo sabía ninguno de los tres, ni tampoco les importaba. La luz carmesí parpadeó y se apagó cuando el hechicero bajó los brazos.

-Ése es uno de los ángulos, -dijo-. ¿A quién le toca ahora?

Tantas se alejó unos pasos de donde estaba la estaca clavada, trotando como tenía por costumbre, y sacó del morral sus piedras de búsqueda negroazuladas. Al igual que Megistal había hecho antes con las piedras rojas de búsqueda, el hechicero de negra túnica levantó los brazos y sostuvo las piedras en alto.

-¡Dactis tat dervum! -ordenó. Una neblina oscura como tinta surgió en torno a sus manos-. ¡Chapak!

De la oscura niebla salieron disparados unos brillantes relámpagos que chisporrotearon y abrasaron el suelo sobre el que se descargaron. Sigamon y Megistal corrieron hacia allí para señalar

el punto exacto, y, de nuevo, el prado alto pareció rugir enfurecido. Durante los dos últimos días, el sonido se había hecho bastante fuerte.

El punto marcado por los rayos de Tantas se encontraba a treinta metros del señalado por la luz roja de Megistal. Sigamon recorrió la distancia y después se situó directamente entre ambos puntos. Su marca completaría el triángulo, pero sólo mediante la prueba sabrían en qué dirección señalaría el tercer vértice. Sigamón sacó sus brillantes y transparentes gemas y las levantó.

-¡Dactis tat osis! -dijo-. ¡Chapak!

Una cegadora luz blanca fluyó de sus manos y salió disparada hacia atrás. Allí donde tocó el suelo se formó escarcha. Los otros dos hechiceros corrieron para marcar el sitio y, de nuevo, la propia tierra pareció rugir.

-Ojalá supiéramos qué es lo que ocasiona ese ruido, -comentó Sigamon-. Los Vástagos no mencionaron que ocurriría algo así.

-La magia es un arte nuevo. -Megistal se encogió de hombros-. Todavía es mucho lo que se desconoce; pero, una vez que las Torres de la Alta Hechicería ocupen su lugar, el aprendizaje podrá llevarse a cabo con más rapidez.

En un lugar oscuro, a gran profundidad bajo la superficie, frías brumas se agitaron y se arremolinaron para repetir los rugidos de pura e intensa ira. Como un durmiente importunado por insectos, había siseado y gruñido, aferrándose al sueño, dejando fuera todo tormento. Pero aquellos agujonazos de invisibles incordios que tanto la irritaban se habían prolongado, insistentes, demasiado tiempo, y ahora estaba despierta y su bramido era como el único nombre que siempre había tenido: Furia.

¿Cuánto tiempo había dormido? No tenía ni idea, pero sabía que había sido mucho. Eras. En lo que antaño había sido una caverna de hielo en las profundidades de una montaña, ahora flotaban remolinos de fría neblina. Y allí donde en tiempos había estado atrapada en hielo, -confinada por fuerzas que escapaban a la imaginación-, ahora se encontraba medio recubierta por un caparazón pétreo, piedra caliza que se había formado a su alrededor con el derretimiento gradual del hielo duro como el acero. Habían transcurrido eras. Habían pasado eones mientras ella dormía.

Pero ahora estaba despierta, y su nombre era Furia, y toda ella era furia. Su cautiverio había concluido. Había sido confinada porque las criaturas del mundo la temían, y con razón. Eran cosas vivientes, y Furia era la muerte para ellas. Había campado a su antojo entre ellas, regocijándose con su poder para matar. No había habido otra igual. Era como si las fuerzas que la habían creado hubieran lamentado lo que habían hecho y se hubieran vuelto contra ella, aprisionándola en el hielo para siempre. Pero ahora, al parecer, ese "para siempre" había terminado.

Ahora estaba despierta de nuevo, y libre. Ignoraba como, pero lo estaba. ¿Existirían todavía criaturas en este mundo? ¿Seguirían siendo aquellas cosas físicamente débiles, chillonas, que tanto la habían deleitado, que guardaban calor en su interior y que se retorcían de dolor mientras morían? No lo sabía, pero tenía intención de comprobarlo. Furia rebulló, y la piedra caliza se resquebrajó y saltó hecha añicos entre la neblina arremolinada que la rodeaba y se adhería a ella como un oscuro manto de plata.

A Furia la traía sin cuidado cómo había despertado. Lo único que importaba era que estaba despierta. Lentamente, examinó la piedra que había a su alrededor hasta encontrar una grieta lo bastante grande para pasar por ella. Con la neblina flotando a su alrededor y deslizándose en pos de ella, partió en busca del mundo exterior. Por fin emergió a la superficie, bajo la luz de la luna, casi al pie de un gran muro de roca dentellado, un escarpado risco de decenas de metros de altura. Ante ella estaba un mundo montañoso de cumbres y valles, de adustas vertientes y extensas vistas.

Dando la espalda al risco del que había emergido, Furia salió a la caza.

Varios cientos de kilómetros al este, donde las onduladas planicies empezaban y al alcance de la vista de la cordillera oriental del reino de los enanos, las altas ventanas de una torre se

asomaban a las numerosas vías y a los elevados tejados de una gran ciudad amurallada. En las abarrotadas calles al pie de la torre, multitud de personas competían por el espacio y por las piltrafas de riqueza que los grandes señores cedían de vez en cuando para sustentar a la ciudad y su población. Entre la gente, con oscuras armaduras y llamativos penachos, marchaban las compañías de severos guardias que mantenían el orden y hacían cumplir los dictados de los grandes señores.

Pero el hombre asomado a una ventana de la torre no contemplaba la ciudad ni sus calles atestadas. En cambio, miraba fijamente hacia el oeste, donde las cumbres nevadas, azules por la distancia, rompían la línea del horizonte y parecían dominarlo. El pico más próximo y más alto, el Fin del Cielo, se alzaba como un desafiante monolito y daba la impresión de devolver al hombre su dura mirada. Entre la ciudad y las montañas había barreras casi insalvables: kilómetros de peligrosas y agrestes tierras quebradas donde se agrupaban los viajeros, y los bandoleros aguardaban al acecho; y más adelante se interponía el gran precipicio conocido simplemente como el Cañón. Pero las barreras hacia las tierras montañosas no eran sólo orográficas. El verdadero obstáculo era la frontera de Kal-Thax, el país de los enanos. Durante siglos, conquistador tras conquistador habían intentado penetrar en las montañas y ocuparlas y todos habían fracasado, ya que los enanos del Kal-Thax eran fieros y tenaces.

Aún así, el Señor Supremo de Xak Tsaroth tenía ambiciones y una de ellas era conquistar el reino enano para saquear sus riquezas. El Señor Supremo tenía planes en marcha con vistas a tal fin.

Le dio la espalda a la ventana occidental y cruzó la cámara de la torre; sus zapatillas doradas apenas hacían ruido sobre la gruesa y espesa alfombra que cubría el suelo de piedra pulida.

Directamente debajo de la ventana oriental se encontraban las poternas del alcázar, por las que salían tres hombres en el momento en que el Señor Supremo se asomó y miró. Habían venido tres hechiceros desde un campamento distante pidiendo audiencia, y ahora se marchaban. Pero no eran exactamente los mismos. Dos de ellos, los hechiceros de las Órdenes de Solinari y Lunitari, sí; pero el hechicero de la Orden de Nunitari que había venido con ellos estaba muerto, asesinado por una magia mucho mayor que la suya. En su lugar, otro Túnica Negra se había unido a los dos magos restantes.

El Señor Supremo no confiaba en Kistilan. El hechicero tenía planes propios, y él lo sabía. Con todo, habían hecho un trato. La misión de las Órdenes, -establecer un centro de Alta Hechicería en las tierras enanas-, era una oportunidad demasiado importante para pasarla por alto. Muy pronto surgirían problemas con los enanos, y Kistilan estaba de acuerdo en actuar como agente del Señor Supremo. Cuando llegara el momento oportuno, Kistilan se pondría al mando de los magos que viajaban hacia el oeste, adonde habían ido sus topógrafos, y derribarían la fortaleza de los enanos.

¿Entregaría Kistilan el reino al Señor Supremo? El regente de Xak Tsaroth no confiaba en él hasta ese punto; claro que, para tal contingencia, tenía su propio plan. Si existía un humano capaz de penetrar en el país de los enanos, cruzarlo y establecer alianzas con el Ergoth occidental que había al otro lado, ése era Quist Pluma Roja, y el Señor Supremo era dueño y señor de Quist Pluma Roja. Mientras la familia del enviado permaneciera cautiva en los sótanos de su alcázar, el Señor Supremo estaba en disposición de mandar a su antojo al torvo cobar y éste haría lo que le dijera. Quist Pluma Roja ya estaba de camino al reino enano. Anteriormente, en otra ocasión, el Señor Supremo había enviado a otro emisario, pero éste había desaparecido. Claro que aquel hombre no era Quist Pluma Roja, de los cobars.

El Señor Supremo miró desde la alta ventana y sonrió con frialdad. De un modo u otro, vería derrotados a los enanos de las montañas. De un modo u otro, Xak Tsaroth se apoderaría de las riquezas de Kal-Thax.

En el año del Estado de la década del Cerezo, hacia finales del siglo del Viento según los cálculos del tiempo de los clanes enanos de Kal-Thax, la gran empresa que era la construcción

de Thorbardin estaba a punto de concluir. A gran profundidad bajo el pico llamado Buscador de Nubes y coronado por los tres riscos, los Tejedores del Viento, en las primeras cavernas subterráneas descubiertas por el explorador y espía daewar Urkhan, la obra más grandiosa de los siglos estaba casi terminada. Agrupados por la necesidad y espoleados a continuar así tanto por los conflictos internos como por los sueños de sus cabecillas, los pendencieros súbditos de los clanes unidos habían logrado, en opinión de Plumín Cuño de Runa, lo inverosímil.

No era la construcción de un inmenso reino subterráneo; eso, después de todo, no era más que el resultado lógico de noventa años de esfuerzos en común de los mejores proyectistas, excavadores, artesanos, albañiles y metalúrgicos del mundo. Lo que Plumín consideraba más inverosímil de todo era que tantos enanos de tantas tribus diferentes, con opiniones tan dispares y tantos y tan arraigados prejuicios los unos contra los otros se las hubieran arreglado para compartir las mismas cavernas durante tanto tiempo sin aniquilarse entre sí.

Plumín Cuño de Runa nunca había dejado de maravillarse por la pura terquedad que había tras el gran proyecto. Incluso su viejo mentor, Mistral Thrax, que había sido consejero personal del visionario jefe hylar, Colin Diente de Piedra, había hecho mención de la firmeza de propósito que se requería, día tras día a través de todos los años, para mantener a miles y decenas de miles de joviales y arrogantes daewars, desconfiados e intuitivos theiwars, cautelosos y hoscos daergars, e impulsivos y volubles kiars... por no mencionar a los hylars, con su tendencia a ser reservados y arrogantes, o a los neidars y los independientes einars, que iban y venían a capricho, e incluso en ocasiones las tribus (o tropiezos, como los llamaba Plumín para sus adentros) de los pequeños y errabundos aghars, trabajando codo con codo a despecho de sus diferencias.

Colin Diente de Piedra, jefe de los hylars, cuando llegaron a esta tierra, había tenido una visión y, de algún modo, había transmitido su fuerza a los otros líderes de aquel primer consejo de thanes. La visión era Thorbardin, núcleo y fortaleza del reino enano de Kal-Thax.

Ahora, el plan inicial estaba casi terminado. Ciudades enteras se alzaban dentro de las grandes cavernas: la reluciente Daebardin, con sus pozos de cuarzo y sus conductos solares artesanales; la sombría Daerbardin, en las profundidades más oscuras de la zona meridional; las comunidades gemelas theiwars, Theibardin y Theibolden, en la orilla norte del mar de Urkhan; la ciudad sin nombre de los kiars, desperdigada al otro lado de la caverna de los gusanos remolcadores; e incluso un fárrago de zanjas y burdos cobertizos donde vivían los aghars, de vez en cuando, cerca de los mercados de minerales daergars. Y la más imponente de todas, la grandiosa Hybardin, elevándose nivel tras nivel en el interior de la estalactita gigante que los hylars llamaban el Árbol de la Vida.

Un centenar de variedades de vegetales y hongos comestibles, incluso algunos cereales exóticos, se producían en las vastas cavernas de cultivo. Las fraguas y forjas nunca descansaban, y los mercados comunes estaban localizados a lo largo de las calzadas de los túneles, abarrotadas de gente.

Por lo general, en las Salas de los Tribunales no se sentenciaban más de una docena de casos diarios por asesinato y mutilación. Para Plumín Cuño de Runa, custodio de legajos y heredero del saber popular recopilado por Mistral Thrax, ésa era la verdadera y mayor maravilla. Hacía noventa años que no había habido guerra alguna entre las tribus enanas.

Los daewars seguían conspirando y maquinando contra los hylars; los theiwars aún sentían resentimiento y desprecio por los daewars; los daergars todavía sospechaban que todo el mundo intentaba robarles sus minas; y los kiars aún se desmandaban de vez en cuando. Pero el gran proyecto seguía adelante. En dos años, decían los proyectistas, Thorbardin quedaría terminado. La inmensa, impenetrable estructura de la Puerta Sur estaba instalada y funcionando a la perfección, y el soporte de la Puerta Norte estaba encastrado, a la espera de la colocación del gigantesco obturador. Unos conductos solares proporcionaban luz natural allí donde se deseaba, y unos vastos sistemas de ventilación dirigían el flujo de aire fresco desde los conductos enrejados, en el Valle de los Thanés, hasta los respiradores de escape, al pie de uno de los Tejedores del Viento. Sistemas de

acueductos diseñados por artesanos hylars llevaban agua de todos los niveles de las ciudades, y unos complejos sistemas de aprovechamiento de basuras proporcionaban materia orgánica para las cavernas de cultivo.

Incluso un pequeño pozo de magma estaba terminado, a gran profundidad por debajo de los niveles inferiores, cerca de la Puerta Sur, para alimentar fundiciones y hornos. De momento era una cosa burda, que carecía del núcleo de magma natural que los hylars recordaban en las entrañas del viejo Thoradin, en las lejanas montañas del este, pero habían conseguido inducirlo a que cobrara vida y funcionaba bastante bien.

En los reinos humanos vecinos a Kal-Thax no era un secreto que los enanos estaban construyendo, -o quizá ya habían construido- una fortaleza para defender su reino montañoso, pero apenas se sabía nada sobre ello. Los enanos sabían que no era un secreto, pero consideraban que lo que hacían era exclusivamente de su incumbencia y de nadie más. Desde la culminación de la Calzada del Tránsito, que partía de Ergoth meridional y atravesaba Kal-Thax para llegar al gran paso de Tharkas, no se habían repetido los masivos asaltos humanos a las tierras enanas que tan comunes habían sido en otros tiempos. Aparte de los formidables guerreros enanos, excelentemente armados, que la patrullaban y de la propia calzada, los forasteros que viajaban por ella veían poco más del entorno en que se desenvolvía y prosperaba el pueblo enano. Se habían producido algunos asaltos esporádicos en los últimos años, generalmente llevados a cabo por tropas de la ciudad humana de Xak Tsaroth, donde los grandes señores, codiciaban las riquezas de los enanos. Pero habían sido rechazados, y durante varios años la frontera había permanecido relativamente en paz.

Sólo un humano había entrado en Thorbardin, un agente de los grandes señores que había intentado cruzar hacia el Ergoth occidental en busca de alianzas en contra de los enanos. Sin embargo, no lo había conseguido. Las patrullas enanas lo habían sorprendido en la Gran Calzada, habían encontrado sus sellos y credenciales del Señor Supremo de Xak Tsaroth, y lo habían arrestado. Por orden del consejo de thanes lo habían llevado a Thorbardin.

Aquel hombre había visto la fortaleza... o, al menos, una pequeña parte de ella. Todavía seguía allí, encarcelado en una mazmorra, y allí seguiría hasta que la última puerta estuviera instalada, por lo menos. Se barajaba la idea de que, una vez finalizada la fortaleza, podría llevárselo a dar un paseo hasta una de las salidas y allí dejarlo en libertad. Olim Hebilla de Oro era de la opinión que quizá fuera muy conveniente que el Señor Supremo de Xak Tsaroth tuviera conocimiento de lo que le aguardaba si alguna vez volvía a pasarle por la cabeza la idea de conquistar a los enanos.

Olim Hebilla de Oro era el mayor de los jefes del consejo de thanes y actuaba como regente. La barba del proyectista daewar había pasado de ser dorada a plateada en las décadas transcurridas desde el Pacto de Thanes, pero todavía prestaba al consejo esa mezcla especial de jovialidad, energía, buen tino y sagacidad que era la propia esencia del pueblo daewar. De este clan habían salido más líderes y oficiales de alto rango en Thorbardin que de cualquier otro, salvo el hylar.

Vog Cara de Hierro, antaño el guerrero más fiero de los daergars, era el segundo en antigüedad en el consejo. El morador de la oscuridad no había perdido fiereza con el paso de los años, como habían descubierto los muchos contrincantes insolentes que lo habían desafiado, pero en el consejo se mostraba calmoso y contemplativo. A menudo el último en hablar, su voz retumbaba huecamente tras la máscara de metal, o, -en ocasiones-, casi susurrante cuando hacía hincapié en un punto importante del debate. Vog Cara de Hierro era famoso por su fría e incisiva astucia, así como por su retraimiento fuera de las reuniones formales del consejo.

El tercero en antigüedad era Talud Tolec. De él se decía que nunca había querido ser jefe de los theiwars y que llevaba noventa años intentando retirarse, pero su propia gente no se lo permitía. De brazos largos, hombros anchos y una mata de pelo canosa que casi siempre llevaba cubierta con una especie de casco de malla, Talud Tolec se había convertido en un venerado miembro del gran consejo por el simple hecho de ser intuitivamente consciente, -más que ningún otro de ellos-, de las

expectativas, esperanzas y pesadumbres de las gentes de Thorbardin. Cuando Talud Tolec hablaba del estado de ánimo de los ciudadanos, los otros jefes prestaban atención.

Y luego estaba el hylar. Aunque no era el miembro de más edad del consejo, Willen Mazo de Hierro era muy respetado, no sólo por sí mismo sino como sucesor del primer líder hylar, Colin Diente de Piedra. A sus casi ciento cincuenta años, Willen Mazo de Hierro seguía siendo grande y fuerte y se conservaba en plena forma, pero a su vitalidad se había añadido una profunda, casi tangible, dignidad. De todos los jefes del consejo, Willen Mazo de Hierro, -el antiguo líder de la guardia hylar-, era el que mejor personificaba el honor y la disciplina que se habían convertido en el código de todas las fuerzas de Thorbardin. La sabiduría que demostraba como uno de los líderes del reino era el eco de la sabiduría de otra persona: Tera Sharn, su adorada esposa e hija de Colin Diente de Piedra. Y aunque su hijo, Damon el Anunciado, no ocupaba una posición de autoridad, también era un enano que gozaba de gran respeto.

Entre los oficiales de alto rango de Thorbardin había, al menos, siete de primera fila que pertenecían al clan hylar. Plumín Cuño de Runa había especulado que cada cultura generaba sus propias cualidades especiales. Los daewars sobresalían en comercio, diplomacia y muchas artesanías de la piedra; los theiwars destacaban en asuntos de pura lógica mejorada por la intuición, así como en la fabricación de rieles, cables y vías de comunicación; y los daergars eran maestros reconocidos en la minería.

Del mismo modo, suponía Plumín, los hylars tendían a generar guerreros y líderes. Cosa rara, también producían poetas y músicos, pero eso parecía estar al margen del asunto. La cuestión era, se aseguraba a sí mismo, que de todas las funciones necesarias de Thorbardin casi la mitad estaban dirigidas por los hylars.

Como custodio de legajos, Plumín vagaba por Thorbardin observando y fisgoneando, escuchando y preguntando, y día tras día se dirigía a su cubículo para apuntar en pergaminos sus notas y sus observaciones, haciendo la crónica de la gran aventura de la creación de la mejor fortaleza de Krynn.

Últimamente, había cogido por costumbre seguir a Damon el Anunciado de aquí para allá. Todo empezó el día en que Plumín fue a las estribaciones bajas a presenciar el combate entre Damon y su tío, el jefe neidar Cale Ojo Verde. La liza era amistosa, consecuencia de un debate sobre qué era más poderoso a la hora de luchar, si el martillo o el hacha de guerra. Puesto que no llegaron a un acuerdo, y en el más puro estilo enano, la única solución que les quedaba era dilucidarlo en un combate.

Plumín jamás olvidaría aquel día. Allí, en los soleados prados de las estribaciones bajas, a la sombra de un enorme árbol, los dos guerreros, tío y sobrino, se habían puesto las armaduras y habían cogido las armas mientras centenares de curiosos enanos se reunían a su alrededor para observar.

Las armas eran sencillas. Damon llevaba martillo y escudo, y Cale, hacha y escudo. Se habían puesto frente a frente, se habían saludado y a continuación se lanzaron en un ataque simultáneo, ambos haciendo cuanto estaba en su mano para matar al otro sólo para demostrar que llevaban razón.

Quedó registrado que los dos habían combatido durante toda una tarde, golpeándose uno al otro, arremetiendo, atacando, esquivando y parando con el escudo mientras el sol de Krynn se desplazaba desde su cenit, justo encima de los Tejedores del Viento, hasta situarse sobre las cumbres de las Cabezas de Yunque, en el oeste. En cuatro ocasiones la lucha se había detenido para que los combatientes se equiparan con armaduras y escudos nuevos, -los equipos descartados estaban tan abollados y mellados que sólo servían para chatarra-, y luego se había reanudado con renovado entusiasmo.

La disputa no llegó a resolverse. El neidar con su hacha estaba a la altura del hylar con su martillo y viceversa. Finalmente los dos contendientes se habían separado, se saludaron y se marcharon juntos para ver qué clase de cerveza podía encontrarse en las tabernas de Porticada.

Sin embargo, atrás dejaron el nacimiento de un ritual. Habían sido muchas las apuestas cruzadas por los espectadores durante el combate. Como el resultado de la liza dejó pendientes estas apuestas, otros participantes habían reanudado la competición. Un mercader daewar había empezado el tema al negarse a pagar lo apostado a un leñador neidar. Antes de que los ecos de sus gritos se hubieran apagado, los dos habían tomado las armas y combatían bajo las extensas ramas del mismo árbol. Al cabo de unos minutos, a su alrededor había estallado una docena de conflictos aislados, y en las estribaciones resonó el estruendo de metal chocando contra metal. A partir de ese día, se tomó por costumbre solucionar los conflictos por apuestas pendientes no en los fosos del Gran Salón, donde se veían los casos por agravios y desafíos, sino fuera, en las estribaciones, bajo el que sería llamado Árbol de Minucias.

Desde entonces, Plumín Cuño de Runa había dedicado un especial interés a Damon el Anunciado y no lo había perdido de vista para descubrir si el hijo del jefe hylar tenía planeado volver a casarse. Damon había contraído matrimonio cuando tenía cincuenta años con una encantadora muchacha hylar llamada Dena Pizarra Gris. Pero Dena murió sin haber tenido hijos, ahogada en el mar de Urkhan cuando uno de los transbordadores de arrastre volcó, y Damon nunca se había sobrepuesto por completo a la tragedia.

Aún así, estaba la leyenda referente al nacimiento de Damon acerca de que un fantasma había aparecido y había proclamado que el niño sería el "Padre de Reyes". Era una leyenda desconcertante ya que no había reyes en Thorbardin y no parecía probable que los fuera a haber nunca, teniendo en cuenta las rivalidades tribales entre thanes. Damon el Anunciado tenía ahora noventa años, es decir, todavía un enano robusto y en plena madurez, aunque ya no era un jovencito. Y, lejos de ser el Padre de Reyes, daba la impresión de que no llegaría a ser ni siquiera padre si no dejaba atrás la pesadumbre y se buscaba otra esposa.

En consecuencia, Plumín se había arrogado la tarea de volver loco al fornido hijo del jefe insistiendo en sus "responsabilidades" hasta el punto de que empezaba a temer que el corpulento enano acabaría rompiéndole unos cuantos huesos llevado por la irritación.

En este momento, sin embargo, Damon estaba lejos de Thorbardin. Había salido con algún cometido junto con su amigo Mazo Puntal de Martillo, capitán de la Guardia Independiente, y no había regresado.

Plumín se había encogido de hombros y había vuelto a sus viejas costumbres. Deambulaba de aquí para allí, observaba y preguntaba y tomaba notas. Todas las tardes, cuando los conductos solares oscurecían, dejaba su trabajo y se dirigía al Cubil del Reposo. Entre las cosas que había aprendido del viejo Mistral Thrax, estaba el agrado por media hogaza de pan, el guiso de carne y una jarra de buena cerveza enana.

EL REINO ENANO DEL VIEJO KAL-THAX

Montañas Kharolis

Siglo Del Viento

Década Del Cerezo

Primavera, Año Del Latón

(Nonagésimo Año De La Construcción De Thorbardin,
Fundado Por Los Thanés Unidos De Kal-Thax,
Mediante El Pacto De La Forja)

Los Rastreadores

La escena era igual a las otras sobre las que habían informado los neidars. Lo que había sido una minúscula aldea, en lo profundo de un pequeño valle situado entre los picos Eco del Cuerno, al oeste de los Tejedores del Viento, ahora era un cuadro de ruinas y devastación. Damon el Anunciado estaba sobre una cornisa baja, el ceño fruncido y los ojos entrecerrados, con una fría mirada, mientras giraba lentamente y escudriñaba las estribaciones circundantes en busca de cualquier pista o señal que pudieran ofrecerle. A su lado estaba su tío, el jefe neidar Cale Ojo Verde, mascullando maldiciones en voz baja y de forma metódica al tiempo que sacudía la cabeza. Más abajo, los exploradores neidars se mezclaban con los ceñudos guerreros de Thorbardin que estaban al mando de Mazo Puntal de Martillo y rebuscaban entre los escombros, con los rostros cenicientos y los miembros temblorosos a causa de lo que encontraban.

Unas cuantas de las cabañas de techos bajos de paja habían ardido, aunque la mayoría estaban demolidas y allanadas como si fuera obra de algo o alguien que hubiera enloquecido. Mesas, sillas, banquetas y catres estaban rotos y astillados. Trozos de tela, que habían sido ropas, toallas e incluso tapices, ahora yacían empapados u ondeaban agitados por la brisa como pequeños estandartes hechos jirones. Herramientas estropeadas aparecían desparramadas por el suelo, e incluso los cacharros de cocina estaban desperdigados, abollados y desportillados.

Algunas de las casas y cobertizos tenían las puertas rotas como si hubiesen reventado hacia adentro, y estaban vacías y desiertas. Pero otras chozas habían sido literalmente despedazadas, los troncos de las paredes desgajados de los dinteles, las pesadas puertas de tablones y los postigos arrancados de sus goznes, los tejados aplastados como por un desprendimiento de rocas. Dentro de éstas, que habían sido las estructuras más fuertes y sólidas de la aldea, yacían la mayoría de los muertos. La gente se había dado cuenta de que algo terrible se le echaba encima y había intentado protegerse. Sin embargo, todos sus esfuerzos habían sido en vano. Lo que quiera que fuera que los había atacado había logrado abrirse paso, de un modo u otro.

Por doquier se veían salpicones de sangre que se secaba con el aire de la alta montaña, y el aspecto de los cadáveres hacía palidecer incluso a los enanos más templados. Estas personas no habían sido asesinadas simplemente. Habían sido violadas, y sus cuerpos abiertos en canal. Las habían mutilado de un modo tan horrible como a los cadáveres de sus rebaños, esparcidos por los prados de las inmediaciones; como las devastadas cosechas, que habían quedado abandonadas en los campos, aplastadas y echadas a perder.

Cale dijo que era igual que en los otros pueblos donde esto había ocurrido, -ésta era la tercera vez, que supieran los neidars-, salvo por dos detalles. Las otras tragedias habían sucedido en distantes aldeas fronterizas, bastante lejos al noroeste, a la sombra de los picos Muro de Hierro. Este último, en cambio, estaba mucho más dentro de Kal-Thax y mucho más cerca de la fortaleza subterránea de Thorbardin. En las dos ocasiones anteriores no había habido supervivientes. Esta vez, sí. Damon bajó la vista hacia el reducido grupo apiñado en torno a una pequeña fogata y sintió una punzada de pena. Sólo quedaban cuatro, y eran atendidos e interrogados por los neidars de Cale y un puñado de guerreros de Thorbardin pertenecientes a la Guardia Independiente de Mazo Puntal de Martillo, con quien había venido Damon desde la gran fortaleza en las entrañas de los Tejedores del Viento.

Cuatro supervivientes. De más de un centenar de pacíficos, inofensivos einars ocupados de sus propios asuntos en su pequeña aldea, sólo cuatro habían sobrevivido: un anciano de barba canosa con la camisa manchada de sangre; una joven de cabello cobrizo, cuyos ojos angustiados los contemplaban desde un rostro sucio de churretones y mugre; y dos chiquillos huérfanos eran todo lo que quedaba del pueblo Cañada del Viento. Habían escapado a la furia de... lo que quiera que fuera escondiéndose en un sótano.

-Ninguno tuvo la menor oportunidad, -masculló Damon, cuyos ojos de color gris tenían una expresión glacial y feroz. Azotado por el viento y tenso por unas emociones controladas a duras penas, cuadró los hombros y apartó la vista de la carnicería de allí abajo. Con su metro sesenta de estatura Damon era más alto que la mayoría de sus congéneres, y los noventa años de existencia lo habían llevado a la plena madurez; sin embargo, en estos momentos, parecía muy joven a los ojos de su tío. Hasta ahora, en la vida de Damon en el reino subterráneo de Thorbardin no había ocurrido nada que lo hubiera preparado para una salvajada como la desplegada aquí. Damon sabía lo que era el sufrimiento, por supuesto, y Cale se preguntaba si su sobrino se habría recobrado realmente de la pérdida de su mujer en las aguas del mar de Urkhan. Claro que uno nunca estaba realmente preparado para presenciar un espectáculo semejante.

Cale Ojo Verde sacudió la cabeza mientras una rabia sorda le hacía entrecerrar los ojos; la fría brisa de la montaña agitó su barba, ahora salpicada toda ella de canas. Durante trescientos años, estos einars habían permanecido en su pequeño valle, atendiendo a sus rebaños y sus cosechas, sacando adelante a sus familias, sin hacer daño a nadie. Pero algo mortífero había llegado y ahora, en una sola noche, todo estaba destruido.

¿Por qué?

-Ninguna oportunidad, -retumbó el cabecilla neidar en conformidad con su sobrino.

Habían hablado con los supervivientes, pero no habían averiguado casi nada. Lo que quiera que hubiera venido, lo había hecho sin que nadie lo viera. Esa noche se había levantado una espesa niebla. El destructor se encontraba entre los encubridores remolinos. Habían oído sus rugidos y algunas vislumbres de algo tremendamente perverso y muy grande que parecía envolverse en niebla y oscuridad. Entonces empezó el horror. Las manos del viejo enano temblaron mientras intentaba describir los sonidos y los olores de una desenfadada muerte. Los dos chiquillos se encogieron, demudados y con los ojos muy abiertos, al recordarlo. De todos ellos, sólo la joven Sauce Nube de Estío no lloró. Daba la impresión de no abrigar emoción alguna... hasta que uno se encontraba con sus ojos y en ellos veía una resolución tan honda y tan fría que era como un ventisquero.

Cale Ojo Verde apretó los dientes y miró a otro lado. En sus ciento treinta años de vida había combatido contra muchos tipos de enemigos y en muchas ocasiones: hordas de mercenarios humanos; ogros y goblins en las estribaciones fronterizas de Kal-Thax; grandes felinos en el valle oculto al suroeste de Tharkas. Como casi todos los enanos de estas tierras, había visto la muerte y había conocido el pesar. Había contemplado la gran depresión bajo la cual yacían los restos de su hermano, Handil el Tambor. Había visto el cuerpo sin vida de su propio padre, Colin Diente de Piedra, después de que el viejo cabecilla cayera víctima de la traición, largo tiempo atrás -noventa años o más-, en las cavernas bajo los Tejedores del Viento. Y, como Damon, había conocido el dolor más hondo: había perdido a su amada primavera, su esposa y su mejor amiga durante casi setenta años, a causa de una avalancha.

Con el paso de los años eran muchos los sinsabores que habían afectado al enano en otros tiempos conocido como Cale el Soñador, de los calnars, posteriormente como Cale Hijo del Jefe, de los hylars, y ahora como Cale Ojo Verde, de los neidars.

Pero nada lo había afectado de manera tan profunda como ver a estos cuatro enanos desolados contemplando fijamente lo que quedaba de sus hogares. El anciano estaba sentado y sus apagados ojos parecían no ver nada, como si se hubiera aislado de cuanto lo rodeaba. Los dos niños

daban la impresión de estar en trance; y la joven, Sauce Nube de Estío, deambulaba sin propósito de aquí para allí, hurgando en los escombros.

-Tenemos que encontrar a la cosa que hizo esto, -le dijo Cale a Damon-. Los neidars conocemos estas montañas mejor que nadie. Rastreadremos.

Se volvieron al sonar el ruido de suelas metálicas sobre la piedra. Mazo Puntal de Martillo, capitán de la Guardia Independiente y jefe de la expedición de Thorbardin, había terminado de interrogar a los supervivientes y trepaba por la cuesta para reunirse con ellos en la cornisa. Al igual que los otros dos, el joven capitán era de estirpe hylar, con la oscura barba partida y peinada hacia atrás, los rasgos cincelados, y los intensos y pensativos ojos de sus antepasados. La bruñida armadura de acero relucía bajo la capa corta de terciopelo gris, y el martillo y el escudo colgados a la espalda los llevaba con la fácil despreocupación con que un picapedrero carga con una marra. Y, como todos los componentes de la Guardia Independiente de Thorbardin, Mazo Puntal de Martillo, con su metro cincuenta y ocho de estatura que lo hacía casi tan alto como el propio Damon, era un guerrero formidable, pero los ojos que se encontraron con los de Cale y Damon rebotaban angustia en este momento.

-Nos han dicho todo lo que saben, -comentó el capitán-. Puede que tuvieran una vislumbre de la cosa en medio de la niebla, pero no están seguros. No obstante, la oyeron... -Gesticuló fútilmente, señalando la devastación del pequeño valle-. La oyeron haciendo eso.

-¿Nada más? -Cale frunció el ceño-. Tiene que haber algo más concreto.

-Era grande. -Mazo se encogió de hombros-. Llegó arrastrándose, por debajo de las neblinas de los campos, pero cuando se irguió sobrepasaba los techos de las chozas. Daba la impresión de que la niebla lo seguía, como si se envolviera y se encubriera en sus remolinos. Y su rugido era semejante al viento invernal batiendo contra las paredes. El anciano cree haber visto colmillos tan grandes como él, y enormes y afiladas garras, pero sólo fue un atisbo y ni siquiera está seguro de eso, -Mazo suspiró-. Ahora ya no ve nada. Dice que no le interesa volver a ver.

-¿Ninguna huella? -insistió Cale-. ¿Nada?

-Hemos encontrado marcas, -asintió el capitán hylar-. Tus exploradores las hallaron. Pero son imprecisas. ¿Cómo buscar las huellas de algo que puede tener cualquier clase de patas o que incluso cabe la posibilidad de que ni siquiera camine?

-¿Y eso qué significa? -Cale Ojo Verde lo miraba de hito en hito.

-No lo sé. Es algo que ha dicho uno de los chiquillos. El más pequeño. Dijo que la puerta del sótano traqueteó cuando la niebla batió las alas.

-Alas, -repitió Cale-. ¿Como un dragón?

-¿Quién sabe? -Mazo sacudió la cabeza-. ¿Has visto alguna vez un dragón, Cale?

-No, -admitió el neidar-. Nunca.

-Tampoco yo. Ni nadie que yo sepa. Pero no creo que esto haya sido obra de un dragón. ¿Para qué iba un dragón a esconderse entre niebla? Además, -volvió a señalar hacia los campos devastados, el pueblo destruido-, ¿por qué iba un dragón a causar semejante estrago sin sentido? Se dice que los dragones son poderosos y que pueden mostrarse fieros, pero nunca he sabido de un dragón que actuara tan enloquecido como un gusano remolcador al oír las campanillas de las minas.

Cale se atusó la barba con gesto pensativo. ¿Qué podía haber tan poderoso como un dragón, tan grande como un dragón y quizá que volara como un dragón, pero que no fuera un dragón? Sacudió la cabeza y se arrebujó en la gruesa capa moteada; dio la impresión de fundirse con la niebla y la piedra del entorno.

Como un elfo, pensó Mazo. Estos neidars se fusionaban con el terreno tal como los elfos se volvían uno con sus bosques. Sin embargo, al mirar el preocupado semblante de Cale bajo el yelmo tachonado, -el oscuro cabello con sólo algunas hebras grises y la recortada barba peinada hacia atrás-, recordó que Cale Ojo Verde, hijo menor del legendario cabecilla Colin Diente de Piedra, era tan hylar de nacimiento como él mismo. Tanto como el corpulento Damon el Anunciado y su padre, el jefe hylar Willen Mazo de Hierro, cuñado de Cale. Su linaje era hylar, y hubo un tiempo

en que lo fue, antes de elegir el sol del exterior, a la piedra; el hacha, al martillo. Algunos decían que Cale Ojo Verde había sido el primero de los que ahora se llamaban a sí mismos neidars, un clan que era parte de Thorbardin tanto como cualquiera de los que vivían debajo de las cumbres de las montañas.

No obstante, los neidars preferían vivir en el exterior a hacerlo dentro de las grandes cavernas de la fortaleza subterránea. Ahora se contaban por miles y a menudo se los veía dentro de los muros de las cavernas. Pero no vivían allí realmente. Venían a comerciar y a hacer visitas, y a veces a sentarse en el consejo con los otros thanes. Actuaban como exploradores y observadores de Kal-Thax, eran sus guardias fronterizos y vigilantes de la Gran Calzada del Tránsito que discurría a través de territorio enano desde las planicies meridionales de los reinos humanos hacia las vastas tierras al norte de Tharkas.

Muchos neidars habían sido simples einars en el pasado, los habitantes de valles de pueblos desperdigados, como éste lo había sido. Pero también había muchos neidars que habían pertenecido a alguno de los clanes subterráneos. Entre ellos había daewars de cabellos y barbas dorados, fornidos theiwars de largos brazos; e incluso unos pocos daergars con sus máscaras de hierro; y algunos kiars de cabellos revueltos y aspecto salvaje. Al igual que Cale Ojo Verde, eran neidars porque así lo habían escogido, porque preferían las faldas de las montañas en lugar de su parte subterránea.

Del mismo modo que a los holgars, -la combinación de clanes que trabajaban para terminar las grandes puertas y los complejos sistemas de ventilación, que eran las últimas tareas en la construcción de la fortaleza de Thorbardin- se los consideraba gente de martillo, a los neidars se los consideraba gente de hacha.

Mazo Puntal de Martillo sacudió la cabeza para salir de sus reflexiones y miró el valle devastado.

-Hemos hecho cuanto estaba en nuestra mano, -dijo-. Aparte de enterrar a los muertos y tocar el canto fúnebre con los tambores, los guardias no pueden hacer nada más, salvo informar de lo ocurrido a Thorbardin.

-Está ahí fuera, en alguna parte, -masculló Cale Ojo Verde mientras giraba sobre sí mismo lentamente y escudriñaba el extenso panorama de las montañas Kharolis-. Primero fue Prado Hermoso; luego, las explotaciones de Peña Hierro; y ahora, aquí, en Cañada del Viento. Cada vez ha sido más dentro de Kal-Thax. Sea lo que sea, está ahí fuera, en alguna parte. Hay que encontrarlo y destruirlo. -Con un juramento iracundo, se echó el escudo a la espalda, se colgó el hacha a la cadera y se echó la capa hacia atrás. Luego lanzó un silbido penetrante y, volviéndose hacia su sobrino, dijo:- Me alegró de haberte visto, Damon. Da recuerdos a tus padres. Diles que... Diles que, si esta cosa puede encontrarse, nosotros la encontraremos y la destruiremos.

Tras esto, descendió de la cornisa y se encaminó cuesta abajo hacia el pequeño valle. Damon el Anunciado no respondió ni lo miró mientras se alejaba. El corpulento hylar tenía la vista clavada en el oeste, con una expresión pensativa en los ojos.

La compañía neidar de Cale se encontró con su cabecilla al pie de la vertiente: sesenta enanos de semblantes severos, algunos conduciendo a sus caballos por las riendas y otros ya montados. Morrión Cresta de Bronce tiró de la brida del caballo de su jefe, Piquin, y se la entregó a Cale. Muchas generaciones de excelentes caballos separaban a este Piquin del gran semental calnar que Cale había montado tanto tiempo atrás en el gran éxodo de los exiliados hylars desde Thoradin hasta Kal-Thax. Este Piquin no tenía tanta alzada como el gran corcel que fue su antepasado, pero era bastante grande, fuerte y vigoroso, habiendo heredado tanto la resistencia de aquella raza montañesa de altos corceles calnars del pasado como la rapidez y precisión de reflejos de los caballos de las planicies ergothianas que también eran antepasados suyos. Mediante acuerdos y comercio se habían hecho cruces entre las dos razas de animales, y ahora los enanos de Kal-Thax y los humanos de Ergoth preferían y valoraban estas excelentes monturas. Los caballeros de los reinos humanos habían llegado a referirse a ellas con el término "caballos de guerra".

Cale acarició el hocico del animal con afecto y se volvió hacia la compañía.

-No sabemos qué clase de bestia mató a esta gente, -anunció-. Tampoco sabemos hacia dónde fue, pero ahora está dentro de Kal-Thax. Pido voluntarios para ayudarme a encontrarla.

De inmediato, toda la compañía neidar dio un paso al frente, ofreciéndose voluntaria. Cale sacudió la cabeza mientras miraba a sus hombres, del primero al último. La mayoría eran jóvenes aventureros que cabalgaban con él por propia elección, y supo que todos lo seguirían a cualquier parte. Aquí, unos joviales ojos azules relucían sobre la rubia barba de un rostro daewar; allí, unos serios ojos grises asomaban por encima de la barba peinada hacia atrás del linaje hylar; y, justo detrás, los rasgos sombríos, hombros anchos y largos brazos de uno cuyos padres eran theiwars; a su lado, codo con codo, un joven de fiera sonrisa cuya mata de pelo revuelta y rala barba denunciaban su ascendencia kiari.

Uno de ellos, que había hecho avanzar a su montura un poco más que las otras, parecía no tener rasgos en el rostro, salvo un óvalo de hierro con una hendedura a la altura de los ojos que lo tapaba desde el yelmo hasta la barbilla. Risco Cara de Hierro era mayor que la mayoría de sus compañeros, casi de la edad de Cale. Hijo de Vog Cara de Hierro, jefe de los daergars de Thorbardin, Risco había estado entre los primeros moradores de la oscuridad que se habían aventurado fuera de las minas y túneles de su clan y habían buscado el mundo exterior de los neidars.

-Tú, Risco, -dijo Cale-. Lo que buscamos es algo de oscuridad y niebla. Quizá tus ojos puedan ver lo que nosotros podríamos pasar por alto. -Su mirada recorrió la fila-. Tú, Gema Pie de Cobre, -señaló a un daewar, y luego a un joven theiwar de anchos hombros-, y tú, Zarpazo Tambac. Y tú, Morrión, y tú... -Continuó hasta tener seleccionados a diez para que lo acompañaran en la búsqueda. Luego se volvió hacia un enano de barba rizosa, anteriormente un einar, e hizo un gesto con la cabeza-. Ponte al mando del resto de la compañía, Grana... Todavía está pendiente el asunto de esos hechiceros. Id hacia el noreste, donde la Calzada del Tránsito atraviesa los picos Roca Roja. Habla con los guardias de allí y entérate de lo que saben. Si esos humanos manipuladores de magia deambulan sin rumbo fijo por estas tierras, han entrado ilegalmente, son intrusos. Ved si podéis encontrarlos y empujadlos para que salgan de aquí.

-Espero que los informes estén equivocados, -dijo Grana Piedra de Molino-. No me caen bien los magos.

-Ni a nadie, -le aseguró Cale-. Tú encuéntralos y pídeles que se marchen, pero no corras riesgo alguno. Ten cuidado.

-Sí -retumbó Grana-. Cuanto menos trato con lanzadores de hechizos, mejor. Pero ¿y si los encontramos pero no quieren marcharse?

-Entonces regresad a Thorbardin y dejad que el consejo de thanes decida qué hacer al respecto. -Cale soltó la pequeña escala de cuerda que colgaba de la silla de montar, subió por ella y la volvió a recoger-. Nos reuniremos en la Puerta Norte, -le dijo a Grana. Levantó el brazo y lo bajó al tiempo que espoleaba a Piquin-. ¡Voluntarios, adelante!

Mazo Puntal de Martillo siguió con ojos preocupados a los neidars que se alejaban al trote: Cale y sus diez voluntarios hacia el este, y el resto de la compañía hacia el norte, en dirección a la Gran Calzada. Entonces hizo una señal a sus tambores para que tocaran a agrupación. Su propia compañía de guardias de Thorbardin todavía tenía trabajo que hacer aquí, por muy desagradable que fuera. Había enanos muertos a los que enterrar y rendir honores.

Habían aparecido más personas en el lugar ahora, grupos de einars del vecino valle que venían a encargarse del cuidado de los cuatro supervivientes. Habían sido algunos de ellos, habitantes del pueblo de Bajocerro, quienes habían descubierto la destrucción de Cañada del Viento e informado sobre ella.

Damon el Anunciado se había arrodillado debajo de la cornisa y trazaba dibujos en la arena con la punta de su daga.

-Prado Hermoso fue el primero, -murmuró-. Luego, Peña Hierro. Y ahora, aquí. Sigue el trazado de un arco, primero hacia el norte y luego hacia el este. Entonces, venía del oeste. Más allá de Prado Hermoso. -Se puso de pie y estiró la flexible armadura de cuero. La espada hylar colgada a su costado, pareciendo casi un juguete en comparación con su gran estatura, tan semejante a la de su padre, Willen Mazo de Hierro, jefe de los hylars-. Vino de las regiones agrestes. La Falla y Cabezas de Yunque están más allá de Prado Hermoso.

-Quiero seguir el rastro de esa cosa en sentido contrario hasta llegar al punto de donde partió -le dijo a Mazo-. Puede que allí haya algo de interés que descubrir.

-Tengo que regresar con la guardia e informar, -le recordó Mazo Puntal de Martillo-. Los miembros del consejo estarán esperando.

-No me necesitas para dar el informe, -contestó Damon-, y yo no necesito a la guardia. Voy a descubrir de dónde procede esa cosa. -Hizo un ademán y un guardia le trajo su caballo, uno del valioso hato de Willen Mazo de Hierro.

-No vayas solo, -instó Mazo-. Al menos, llévate unos cuantos de mis guardias.

De las filas se adelantó un joven fornido con yelmo de visera de malla y los largos brazos habituales en los theiwars.

-Yo iré, capitán, -le dijo a Mazo.

-Y yo, -añadió un daewar de barba rubia.

Mazo los miró y luego asintió con un cabeceo.

-De acuerdo, Marbete Salan y Cobre Bota Azul. -Se volvió hacia Damon-. Por lo menos, llévate a estos dos, -insistió-, aunque no me hace gracia la idea de que salgas ahí fuera, Damon, ni siquiera con una escolta.

-Iré a donde me plazca en Kal-Thax -le recordó el corpulento enano al capitán con expresión severa. Ya habían traído caballos para los dos escoltas. Damon palmeó el hombro de su amigo-. Si te preocupa lo que pueda decir mi madre, Mazo, cuéntale que intentaste detenerme y que te tiré una piedra a la cabeza.

Damon sintió que alguien le daba tirones de la chaqueta y se volvió. La joven einar estaba allí, con los enormes y serios ojos alzados hacia él. Entre los escombros del pueblo había encontrado prendas de abrigo y otras cosas y ahora estaba plantada ante el enano, arrebujada en pieles y lanas y cargada con un sucio morral. Iba calzada con fuertes botas, y en una mano sostenía un hacha de leñador. A despecho de la terrible experiencia por la que había pasado, se mostraba calmada y sus ojos estaban secos, aunque en ellos ardía la cólera.

-Quiero ir contigo, -dijo-. Quiero encontrar la guarida de esa... esa cosa. Quiero ver de dónde vino y por qué.

Damon la miró fijamente un momento y después sacudió la cabeza.

-Tu sitio está aquí -dijo suavemente-. Viajaremos deprisa y no podremos perder tiempo con nadie que nos retrase.

Los ojos de la joven, rebosantes de rabia y desprecio como nubes en un cielo estival, se clavaron ardientes en él. Era como su apellido, Nube de Estío.

-¿Deprisa? -La palabra sonó siseante, y la muchacha se volvió para señalar por donde se habían marchado los neidars-. Ellos, los neidars, viajan deprisa. Puedo mantener el ritmo de un morador de agujeros como tú, holgar, en cualquier momento. ¡Exijo ir con vosotros! Quiero saber qué era esa cosa y ayudar a acabar con ella.

Falto de palabras ante un desprecio y una cólera semejantes, Damon extendió las manos; luego apretó los dientes y sacudió la cabeza otra vez.

-Has pasado por una mala experiencia, -dijo-. Comprendo cómo te sientes; la pérdida...

-¡Pérdida! -Sauce lo miró ferozmente-. ¿Qué puedes saber de pérdidas tú, que vives cobijado bajo las cumbres de las montañas? ¡Toda mi familia ha muerto aquí, morador de agujeros! Mi padre, mi madre, mis hermanos, mi abuela. Tú no estabas aquí. Tú no oíste sus gritos, pero yo sí. Puede que los neidars encuentren esa cosa y la maten, y puede que no. Pero yo voy con vosotros.

-No, no vienes, -replicó él, tajante-. Te quedas aquí. -Le dio la espalda-. Mazo, ocúpate de esta chica. Está alterada y afligida, y es incapaz de pensar con claridad. Cuida de ella.

Seguido por los dos miembros de la Guardia Independiente, Damon el Anunciado, -Damon el Flemático, hijo único del jefe del clan hylar de Thorbardin- montó y se encaminó hacia el oeste, a las distantes y ascendentes serranías de Kal-Thax. Y, mientras el terreno montañoso se desplegaba al frente, admitió para sus adentros que tenía algo en común con su tío, Cale Ojo Verde. Damon no era neidar; prefería el bullicio de Thorbardin a los espacios abiertos del exterior, pero tenía que admitir que, de vez en cuando, resultaba agradable respirar el aire puro de las montañas.

Al verlos desaparecer tras un recodo del sendero ascendente, Mazo Puntal de Martillo musitó una rápida plegaria a Reorx para que los protegiera. Sabía que Damon era capaz de cuidar de sí mismo. No había guerrero más duro en todo Thorbardin. Y los otros, Marbete Salan y Cobre Bota Azul, aunque jóvenes, también eran luchadores aguerridos. No obstante, tenía un mal presentimiento con que los tres se marcharan solos. Habría sido mejor que se quedaran con el grueso de la compañía.

A su lado se encontraba la muchacha, sujetando todavía el hacha en las manos con tanta fuerza que tenía blancos los nudillos, y con la mirada prendida en el sendero por donde se habían marchado los tres enanos.

-¿Qué sabrá ese hylar de pérdidas? -masculló Sauce Nube de Estío.

-Bastante, -dijo Mazo suavemente-. Más de lo que muchos imaginan. -Se volvió y musitó para sí mismo-: Espero que la profecía tenga un fondo de verdad.

-¿Qué? -preguntó Sauce a su espalda.

-Nada. -Mazo sacudió la cabeza-. Me estaba acordando de una vieja profecía respecto a que Damon el Anunciado sería el "Padre de Reyes" algún día. Si es verdad, lo protegerá contra su propia temeridad, puesto que aún no es padre de nadie.

Mazo estuvo muy ocupado un rato, dirigiendo la preparación de las tumbas. Cuando volvió a acordarse de la chica y fue en su busca, no la encontró en ninguna parte.

En Tierras Agrestes

Entre la mayoría de los humanos, -e incluso entre elfos, en ciertas circunstancias-, actuar de escolta del hijo de un gran jefe habría sido un privilegio y un honor. Pero Damon el Anunciado sabía que para los dos miembros de la Guardia Independiente que cabalgaban con él hacia el oeste su satisfacción por el viaje no tenía nada que ver con el honor. Entre los enanos, no se atribuía un prestigio especial al estar relacionado con alguien importante. Para las gentes pragmáticas e individualistas de Thorbardin, el respeto y el honor eran cosas que se ganaban, -cada cual por sí mismo-, y no una herencia del linaje.

La satisfacción de Marbete Salan y Cobre Bota Azul de acompañar a Damon en su misión radicaba simplemente en el hecho de que les caía bien, igual que ellos le caían bien a él. Damon tenía muchos amigos entre la Guardia Independiente y hubo un tiempo en que había sido uno de ellos, antes de la muerte de su esposa. Se encontraba en una misión cuando había ocurrido el accidente del transbordador y nunca había llegado a perdonarse el estar ausente cuando podría haber estado con ella: en lugar de encontrarse en Thorbardin, estaba rastreando a un mago bribón que había entrado en territorio enano y estaba ocasionando estragos entre los einars.

Nunca encontraron al hechicero, que había desaparecido para no volver a ser visto. Pero, con el paso de los años, Damon había ido desarrollando un profundo e intolerante desagrado por la magia y los que la utilizaban; un desagrado aún más intenso que el que casi todos los enanos sentían por los hechiceros.

No obstante, rara vez manifestaba mucha cólera. Si había algo realmente desconcertante respecto a Damon el Anunciado, -aparte de su gran tamaño, que había heredado de su padre-, era eso. Simplemente, nunca daba la impresión de perder los estribos. El hylar era, desde luego, un pueblo flemático por naturaleza. Todo el mundo lo sabía. Por norma, los hylars no eran tan joviales y eufóricos como los daewars, ni se encolerizaban tan rápidamente como los temperamentales daergars. Aún así, hylar o no hylar, eran enanos y la suya era una raza de genio vivo, a la que no hacía falta mucho para enfurecerse o reaccionar y, por lo general, igualmente rápida a la hora de perdonar y olvidar cuando todo había pasado.

Pero, si Damon el Anunciado había sentido cólera alguna vez, nadie lo había advertido, y a muchos ese rasgo les resultaba ominoso. ¿Qué hacía falta para enfadar a Damon el Anunciado? Y una pregunta alarmante para quienes lo conocían bien y sabían de su fuerza y su destreza: ¿qué pasaría si alguna vez se ponía verdaderamente furioso?

Incluso ahora, dirigiéndose hacia terreno agreste con el recuerdo del pueblo destruido reciente en la memoria, a Marbete y a Cobre no les parecía que estuviera furioso, sino tenso y con curiosidad.

El mapa que había trazado en la tierra le había indicado aproximadamente en dónde había empezado su incursión la cosa, fuera lo que fuera. Se dirigió directamente hacia las Cabezas de Yunque centrales, en el oeste; y, habiendo dejado atrás cuatro días de viaje, los tres enanos vieron la oscura y recta extensión de la Falla en la distancia, al frente.

La cordillera de las Cabezas de Yunque estaba al oeste de Thorbardin, cerca del centro del viejo reino enano conocido tradicionalmente como Kal-Thax. Como con la mayoría de sitios de Kal-Thax, las montañas habían sido bautizadas de acuerdo con su aspecto: muchos de los altos picos de la cordillera, que corría de norte a sur, ofrecían una silueta con la cumbre plana que los semejaba a yunques gigantes. A lo largo de la vertiente este de la cordillera, cerca del centro, una vasta meseta de varios kilómetros de ancho en algunos puntos se extendía desde las montañas hasta un tajo alargado y casi vertical que era la Falla. Viniendo del este, era un enorme y escabroso muro de sólida roca, de muchos kilómetros de largo, que se alzaba recto centenares de metros en algunos puntos por encima de las pendientes que se abrían a sus pies y se hundían en una serie de profundos y pedregosos cañones.

Aunque se encontraba en el Kal-Thax central, la región era una de las más salvajes y más remotas del reino enano. Algunos pastores einars habían reparado en aquella zona en los primeros años de Kal-Thax, pero, aparte de las observaciones a distancia, -de las que había salido el nombre de las montañas Cabezas de Yunque y la Falla de cañones accidentados-, era un área inexplorada en su mayor parte. Mineros daergars se habían referido a la Falla como un sitio donde podrían buscarse minerales duros en el futuro, en algún momento; y algunos de los daewars hablaron de la posibilidad de extender las rutas comerciales a través de las serranías centrales a fin de promover el comercio con los humanos del Ergoth occidental, y quizá incluso con los elfos independientes que frecuentaban los bosques que había al otro lado del Muro del Cielo. Pero nadie había hecho mapas ni había explorado las tierras centrales. La mayoría de los asentamientos enanos de las montañas de Kal-Thax se hallaban en el tercio este de la región, donde los einars habían encontrado valles fértiles y buenos pastos, donde las tribus se habían convertido en clanes y donde la inmensa fortaleza de Thorbardin se había construido en las profundidades de una montaña.

Por lo que se sabía en el reino de Thorbardin, Kal-Thax central estaba deshabitado.

Para cuando los viajeros acamparon por cuarta noche consecutiva, a la vista de la Falla, se encontraban a gran distancia de cualquier sitio habitado. En consecuencia, fue una sorpresa para ellos cuando, en lo alto de un promontorio rocoso en medio de la oscuridad precedente a la salida de las lunas, Marbete Salan divisó el puntito luminoso de una lumbre a varios kilómetros de distancia por el camino por el que habían venido ellos, en el extremo de un valle salvaje que habían tardado la mayor parte del día en cruzar. Llamó a los otros y les señaló hacia aquel punto, pero

ninguno tenía la menor idea de quién podía haber encendido aquel fuego. No se habían cruzado con nadie. De hecho, en los últimos días no habían visto a ninguna persona.

Con todo, ahí fuera, hacia el este, al otro lado del valle que acababan de cruzar, alguien había prendido una hoguera.

-¿Comerciantes einars? -se preguntó el theiwar-. No vi ninguna senda por aquella zona, pero podríamos haber atravesado una trocha de algún tipo.

-Tal vez sean neidars, -sugirió el daewar-. Patrullan hasta zonas bastante apartadas. Tal vez hayan llegado hasta aquí. Puede que incluso sean algunos de los que buscan a la bestia.

-No es probable, -dijo el hylar-. La bestia iba en dirección contraria. Sin embargo, podrían ser neidars embarcados en alguna otra empresa. O tal vez sea un grupo de exploradores daergars buscando nuevos yacimientos para su explotación.

-Los daergars no acampan durante la noche, -comentó el daewar-. Al menos, no lo hacen por regla general. Prefieren viajar de noche y no de día. Cuando brilla el sol la luz les hace daño en los ojos.

-Entonces quizá eso no sea una lumbre de cena, sino de desayuno, -sugirió Damon-. Pero no tiene importancia. Quienesquiera que sean, no es de nuestra incumbencia. -Se encogió de hombros y se volvió para mirar hacia el oeste-. Allí está lo que nos interesa. En alguna parte, más adelante, está el lugar de donde vino esa cosa.

-Si tu tío Cale y sus neidars la encuentran, no tendremos que preocuparnos sobre qué era o dejaba de ser, -afirmó el theiwar-. La matarán, sea lo que sea.

-Entonces esperemos que lo hagan, y cuanto antes, -asintió Damon-. Pero más vale que nos aseguremos de que, sea lo que sea esa cosa, no hay otras iguales allí de donde vino.

-¿Dónde empezamos a buscar?

-Empezaremos en la Falla y miraremos por allí. Nos dividiremos y exploraremos los alrededores. No sé qué es lo que buscamos. Tal vez un nido de alguna clase o una cueva con huellas recientes en las cercanías o una percha... -Se encogió de hombros.

-Por mí, vale, -dijo Marbete-. Pero mi intención es tener a mano y listas las armas en todo momento.

El daewar miró de soslayo al theiwar y esbozó una sonrisa.

-Nunca te he visto de otra manera, amante de las sombras. Sin tu espada, tu escudo, tus cuchillos y tus cachiporras, no creo que te reconociera.

Damon miraba fijamente hacia el oeste, los párpados entrecerrados en un gesto de concentración, forzando los ojos para intentar ver a la mortecina luz del anochecer. Marbete Salan reparó en su absorta contemplación y siguió su mirada.

-¿Has visto algo, Damon?

-Eso me pareció. Como un destello de luz, a lo lejos.

Los tres enanos escudriñaron en la distancia.

-¡Allí! -señaló Marbete-. Lo he visto. ¿Qué era, un rayo?

-¿Un rayo sin haber nubes? -comentó en tono áspero Cobre-. Lo dudo.

-Bueno, fue más que un chispazo, pero no llegaba a tener la fuerza de una lumbre.

Mientras los tres observaban, hubo otro distante centelleo, un fugaz destello de luz brillante que desapareció al punto. En esta ocasión, vieron de dónde parecía proceder y establecieron su localización con las marcas del terreno. Los destellos venían de la Falla. Si era por encima o por debajo de la gran falla, no podían estar seguros a causa de la distancia de kilómetros, pero los fognazos habían aparecido en el mismo punto, en un área en línea con una forma en "V" trazada en la silueta de las Cabezas de Yunque que había detrás.

No vieron más destellos a pesar de que siguieron observando hasta que las lunas estuvieron muy altas. Sólo tres fognazos, nada más. pero ello les dio un lugar hacia el que dirigirse.

-Mañana empezaremos nuestra búsqueda allí -anunció Damon-. Marbete, ves mucho mejor en la oscuridad, así que te encargarás de los declives al pie de la Falla, mientras que yo treparé por

el muro y examinaré la parte alta, en la meseta. Cobre, te quedarás con los caballos. Encuentra un sitio alto al este de la Falla y echa un vistazo desde allí. Quizá veas algo desde cierta distancia que podría pasarnos inadvertido a nosotros de cerca.

No encendieron fuego esa noche. El puntito de luz de la lumbre en el este y aquellos extraños destellos en la Falla, por el oeste, les advertían que no estaban solos en las tierras agrestes. Así pues, los tres tomaron una cena fría de carne seca y pan ázimo, dejaron a sus monturas en una zona de buen pasto, junto a un arroyuelo, y se acomodaron para pasar la noche. Harían turnos de guardia, con especial atención a la lumbre de campamento que había detrás, así como a la línea de la Falla que tenían al frente. Damon hizo el primer turno y despertó a Marbete cuando las lunas estuvieron en el cielo occidental.

De haber sido el theiwar el que hubiese estado de guardia en el tercer turno, en las oscuras horas precedentes al amanecer, cuando las lunas se habían puesto y sólo la luz de las estrellas caía sobre las montañas, quizá habría visto la sombra que pasó planeando por encima, oscuridad contra la oscuridad. Pero era Cobre Bota Azul el que estaba de guardia entonces, y sus ojos daewars eran más adecuados para la luz del día que para la negrura de la noche. En consecuencia, aunque estaba alerta y vigilante, no reparó en la forma que sobrevoló por encima del oscuro campamento en dirección al este, hacia las ascuas relucientes de la pequeña lumbre de campamento que los enanos habían visto unas horas antes.

Sauce Nube de Estío estaba acosada por terribles pesadillas, como le había ocurrido todas las noches desde que su aldea había sido destruida por la cosa que llegó con la niebla. Arropada en una piel de oveja, pegada al mortecino rescoldo de su pequeña lumbre, bulló y se volvió, aprovechando los momentos de descanso que le quedaban entre los horribles sueños que la hacían despertarse constantemente y el duermevela que la llevaría, sin remedio, a otro de aquellos sueños.

Esta vez, sin embargo, se despertó a causa de un ruido, no de un sueño. Sin haber acabado de despertar siquiera, ya estaba fuera de la piel de oveja y agazapada, con el hacha en una mano mientras escudriñaba la oscuridad que la rodeaba. Algo se había movido, había hecho ruido, y estaba cerca, pero durante un largo instante no vio nada. Luego, borrosa contra el cielo estrellado, atisbó una silueta que se movía, girándose para mirarla con un enorme y reluciente ojo, y luego con otro.

Aferrando el hacha con las dos manos, reuló unos pasos, estrechando los ojos. En la oscuridad, la cosa parecía un ave enorme, con una insinuación de alas plegadas y un pico, y largas y extendidas plumas de una cola que se agitaban al tiempo que la cosa ladeaba la cabeza.

-¿Qui... quién eres? -balbució con voz trémula-. ¿Qué eres?

La voz que le respondió le llegó, no de la gran ave, sino de un punto de más abajo, cerca de su lumbre de campamento casi apagada.

-No te servirá de nada hablarle a Graznido -dijo alegremente-. Graznido no sabe hablar. Por eso me deja que vaya montado en él, para que pueda hablar en su nombre si hay que hablar con alguien. ¿Qué es eso que sostienes en las manos? ¿Un hacha? No nos hace falta. Hay buena leña seca justo ahí mismo para encender el fuego. -Una pequeña sombra se agachó junto a las brasas, se inclinó sobre ellas y las sopló, haciéndolas reavivarse; luego puso encima unos cuantos palos.

-Con eso será suficiente, -dijo la voz-. Así podremos ver con quién estamos hablando.

Al tiempo que los palos prendían y empezaban a arder, Sauce entrecerró los ojos. De pie junto a su hoguera había una persona pequeña, mucho más baja que ella y delicadamente proporcionada. La criatura no medía mucho más de noventa centímetros de alta, era ágil y esbelta, con una voz aguda y musical y una gran mata de pelo oscuro que caía en cascada desde la cola de caballo atada a la coronilla. Detrás, inmensa en contraste con la oscuridad de la noche, estaba la cosa que Sauce había identificado como un ave. Dio un respingo al darse cuenta de que, efectivamente, lo era, aunque cien veces más grande que cualquier tipo de ave que jamás había

visto. Su pico curvo era más grande que ella, y el trazo de plumas en arco por encima de sus enormes ojos anaranjados le daba un aspecto extremadamente iracundo.

-¿Quién eres? -inquirió Sauce, apartando con esfuerzo los ojos del ave gigante para mirar al pequeño personaje que estaba junto al fuego.

-Ésa es una buena pregunta. -La personilla asintió con la cabeza-. Justo la clase de pregunta que la gente debe hacer si quiere conocerse. Y es la misma que tenía yo en mente. ¿Quién eres?

-Soy Sauce Nube de Estío, -respondió con aspereza-. Aunque no sea de tu incumbencia.

Volviéndose hacia el ave, la pequeña criatura articuló lo que podrían haber sido palabras o también notas musicales... Una serie de complejos sonidos vocales que abarcaban desde siseos bajos a trinos tan agudos que casi resultaban inaudibles. El ave escuchó y después respondió brevemente con un profundo y penetrante gorjeo que podría haber salido del pozo de una mina.

La personilla se volvió otra vez hacia la enana y se encogió de hombros.

-A Graznido le gusta bastante tu nombre, pero lo que realmente quiere saber es qué piensas hacer respecto a esa gente que está enredando en la meseta.

-¿Dónde? -Sauce miraba de hito en hito a la criatura-. ¿Qué gente? ¿Qué meseta?

-La de encima de los riscos. -Señaló hacia el oeste-. Hay gente allí arriba creando hielo y prendiendo fuego y haciendo toda clase de cosas. ¿Qué piensas hacer al respecto?

-Que yo sepa, no pienso hacer nada, -admitió Sauce-. ¿Por qué tendría que hacerlo?

-Eres enana, ¿no? ¿Es que a los enanos no les molesta que unos humanos entren en su territorio para hacer magia?

-¿Magia? -Sauce se estremeció-. ¿Están haciendo magia?

-Por supuesto que sí. Por ese motivo Graznido bajó desde las cumbres. Toda su familia está molesta con el asunto, ¿sabes? La magia no es buena para las rapaces.

-¿Es eso lo que él... lo que tu ave es? ¿Una rapaz gigante? Nunca había visto una.

-Como la mayoría de la gente, salvo yo, supongo. He visto a varias. Últimamente estoy viviendo con ellas, pero Graznido no es mi ave. Es su propio dueño. Yo sólo he venido a acompañarlo.

-Oh, vaya, -rezongó Sauce-. ¿Qué tal si respondes a mi pregunta?

-¿Cuál?

-La que no contestaste antes: ¿quién eres?

-¡Ah! Así que no te lo he dicho ¿eh? Me llamo Shill. En realidad mi nombre es Shillitec Medina Pieveloz, pero Shill es suficiente. Y tú ¿qué tal?

-¿Qué tal qué?

-No sé. Es algo que la gente pregunta cuando se conoce, ¿no? ¿O es que todo eso ha cambiado?

La lumbre brillaba más fuerte ahora, y los ojos de Sauce se abrieron como platos cuando de repente cayó en la cuenta de qué clase de criatura tenía delante.

-¡Eres kender! -exclamó.

-Por supuesto que sí -contestó el personajillo-. O al menos lo solía ser, antes de que el estúpido de Jass Breñal dijera que era una cabeza de chorlito. Fue entonces cuando me fui a vivir con las rapaces, y si Ese-como-se-llame quiere que regrese, tendrá que encontrarme antes. Pero soy kender, siempre lo he sido y siempre lo seré.

-Pero yo he visto otros kendens con anterioridad y no te pareces a ellos, -comentó Sauce-. Pareces... ¡Pareces una chica!

-¡Vaya, espero que sí! -Shill se estiró cuanto pudo mientras se atusaba el espeso y oscuro cabello-. Porque eso es lo que soy. -Miró en derredor, se fijó en el morral de Sauce y, acercándose a él, se agachó para mirar en su interior-. ¿Tienes algo de comer? Estoy muerta de hambre.

-Coge lo que... -empezó a decir Sauce, y entonces enmudeció al recordar lo que le habían contado sobre los kendens-. No, no, déjalo. Te lo daré yo. -Se acercó rápidamente al morral y apartó a la kender a un lado-. ¿Qué comes?

-Yo diría que cualquier cosa, -contestó Shill.

Sauce sacó los muslos de un conejo envueltos que llevaba en el petate y alzó la vista para encontrarse con el fiero y curioso ojo del ave gigante, que se había acercado y había agachado la cabeza para echar una ojeada al morral. Sobresaltada, la joven enana reuló al tiempo que alargaba la mano hacia su hacha.

-¿Y qué pasa con él? -le preguntó a la kender-. ¿Qué..., qué come?

-No te preocupes por Graznido -respondió Shill con indiferencia-. Sólo come un par de veces al mes y consigue su propia comida.

Sauce miró fijamente la enorme cabeza del ave, con su inmenso y curvo pico y sus ojos relucientes.

-Apuesto que sí -dijo.

Shill miraba hacia el este, donde una luz tenue empezaba a teñir el firmamento por encima de las cumbres.

-Pronto amanecerá -comentó-. Graznido puede llevarnos hasta la meseta, donde está esa gente, y entonces podrás decidir qué hacer al respecto.

Los Intrusos

La Gran Calzada del Tránsito llevaba utilizándose desde hacía casi cincuenta años. Arrancando de las llanuras al sur de la ciudad humana de Xak Tsaroth, la calzada conducía hacia el oeste, en dirección a las estribaciones de las montañas Kharolis, y después giraba hacia el noroeste y penetraba en territorio enano. En un puente de piedra de construcción enana, -ningún humano en ese tiempo habría sido capaz de realizar semejante obra-, la calzada cruzaba el Gran Cañón, al oeste de las quebradas y al pie de la vertiente oriental del macizo pico llamado Fin del Cielo. Allí torcía hacia el norte, bordeando los desprendimientos rocosos que había al pie de las ruinas de lo que en tiempos habría sido una fortaleza daewar, giraba durante muchos kilómetros alrededor de la base del Fin del Cielo al tiempo que ascendía en dirección al alto paso, y desde allí conducía directamente al montañoso reducto natural del antiguo reino enano de Kal-Thax. Era una vasta calzada tallada en la propia roca de las laderas. Viraba hacia el norte, evitando los asentamientos enanos de valles y prados, para finalmente desembocar en la frontera septentrional, en la gigantesca grieta conocida como el paso de Tharkas. Detrás de aquel punto había reinos de humanos y otros.

La calzada era el resultado del primer tratado alcanzado entre los enanos de Thorbardin, el corazón fortificado de Kal-Thax, y los humanos de las planicies meridionales. Willen Mazo de Hierro, jefe de los hylars de Thorbardin, y un caballero llamado lord Charon habían llegado al convencimiento de que sólo tomando esta medida, -la construcción de una vía segura a través del agreste territorio de las serranías enanas-, los dos reinos podrían librarse de las hordas de refugiados y emigrantes que en aquel tiempo constituían una gran molestia para las gentes de las planicies y una seria amenaza para los enanos moradores de las montañas.

La calzada evitaba la ciudad de Xak Tsaroth, y en su extremo de la llanura estaba guardada por caballeros de Ergoth oriental que protegían a quienes viajaban por ella, tanto del pillaje de los traficantes de esclavos y los salteadores que hacían incursiones desde esa gran ciudad, como del hostigamiento de recaudadores de impuestos y matones armados al servicio de los grandes señores de la urbe. A medida que los años transcurrían, las órdenes de caballería del reino humano de Ergoth se sentían más y más desencantadas con la corrupta ciudad, desmesuradamente extensa, que en el pasado había sido su base principal. Entre ellos había algunos que admitían sin ambages estar desilusionados incluso del propio Ergoth.

En las inmediaciones del Cañón, sin embargo, la Calzada del Tránsito penetraba en tierras enanas. Desde allí hasta el paso de Tharkas estaba patrullada por tropas de enanos a las órdenes de los thanes de Thorbardin. Aquí el propósito de las patrullas era diferente. Los enanos no estaban allí para proteger a los viajeros. Los que venían por aquí eran en su mayoría humanos, pero de muchas tribus diferentes y con distintos propósitos. En ocasiones también los había de otras razas: ogros, aunque no era frecuente, y de vez en cuando alguno que otro kender o una banda de elfos errabundos. En una ocasión toda una colonia de gnomos había pasado casi un mes en el túnel Cabeza de Halcón, hasta que los resueltos enanos los desalojaron. Al parecer, los gnomos se habían quedado atascados en el túnel de algún modo y después se había planteado una discusión entre ellos sobre el método que debían usar para salir, y se habían establecido comités para resolver el asunto; un proceso que, entre gnomos, podía durar años, así que la patrulla de enanos había acelerado su desalojo.

Para los enanos, la razón principal de patrullar la calzada era asegurarse de que quienes viajaban por ella continuaran adelante y no vagaran por su territorio. Largo tiempo atrás, los enanos habían impedido que los humanos o cualquier otra raza se estableciera en Kal-Thax y echara raíces allí. Kal-Thax era sólo para los enanos y a ellos les gustaba que fuera así.

Más adelante, en las últimas centurias, los enanos habían descubierto que donde había humanos acabaría por haber magia también. Incluso más que entre los elfos, había humanos a los que les fascinaba la magia, que la dominaban y la utilizaban, que la practicaban del mismo modo que un enano podía ejercer el oficio de cantero o carpintero.

Los enanos que patrullaban la Calzada del Tránsito tenían un excelente historial en mantener a los viajeros controlados y en movimiento. A lo largo de cincuenta años, poco más de un puñado de humanos y uno o dos ogros habían conseguido escapar de la calzada y evitar a las patrullas. La excepción de esta hoja de servicios tan brillantes eran los kendens. Los errabundos personajillos eran, simplemente, incontrolables. Un kender iba allí donde lo llevaba el impulso del momento, y ningún capitán de patrulla había hallado el modo de mantener a un kender en la calzada si éste decidía salir en cualquier otra dirección. Los enanos habían renunciado hacía mucho tiempo a intentar impedir a los kendens el paso a Kal-Thax. No merecía la pena el esfuerzo, y, aparte de ser ladronzuelos de poca monta y molestos como moscas, los kendens no representaban una amenaza.

Más que de cualquier otra raza, -en esto todos los enanos estaban de acuerdo-, no debían tolerarse los asentamientos humanos ni los humanos sueltos a su albedrío por el reino gobernado por los tañes de Thorbardin.

Cuando Grana Piedra de Molino y la compañía neidar llegaron a la Gran Calzada, no había nadie en ella y ello le hizo sentir un gran alivio. Grana era descendiente de einars y había perdido a varios antepasados a manos de las hordas errabundas de forasteros que habían llegado a estas tierras en los viejos tiempos, antes del Pacto de Exclusión. Sabía que la calzada era una buena idea, pero el simple hecho de ver a forasteros, -particularmente humanos- viajando a través de Kal-Thax, tan cerca de los desperdigados campos de labranza y aldeas del pueblo montaños, todavía lo ponía nervioso.

Pero la calzada estaba desierta hoy. De nueve metros de ancho y bordeada por los altos muros de excelente manufactura enana, se alejaba serpenteante hacia el sur, en dirección al Gran Cañón, y al norte, hacia el paso de Tharkas, y no se divisaba a nadie en los pocos kilómetros visibles desde el repecho occidental. En Roca Roja, sin embargo, se encontraron con la compañía neidar designada allí, y Grana recibió su informe.

Magos, le dijo el oficial al mando. Tres magos humanos habían entrado en la calzada en algún punto de Ergoth y la habían seguido al menos hasta más allá del Cañón, donde los guardias enanos guardaban el puente. Los tres lo habían cruzado y no habían regresado. Se habían enviado señales de tambores, alertando a los que estaban más adelante para que no perdieran de vista a los tres humanos. Pero éstos no habían llegado a Roca Roja, y un grupo de exploradores había

recorrido todo el camino hasta el puente sin encontrar rastro de ellos. En alguna parte de aquel tramo habían abandonado la calzada y ahora, presumiblemente, deambulaban por Kal-Thax haciendo lo que quiera que hacían los humanos afectados por esa abominación que era la magia.

Se había llevado a cabo una búsqueda en un radio de veinte kilómetros a ambos lados de la calzada, pero no se había hallado indicio alguno de su presencia.

Grana se estremeció al oír las noticias. Como cualquier enano, su desagrado por la magia y por quienes la practicaban era intenso. La magia no podía razonarse, no seguía pautas ni reglas naturales. Era, pura y simplemente, una abominación.

Como la mayoría de los enanos, Grana Piedra de Molino nunca había visto a un hechicero, que él supiera, y sólo tenía una idea muy vaga de lo que los magos eran capaces de hacer con su arte. Pero las historias que había oído contar le aconsejaban no subestimar el poder de la magia, y su propia experiencia le decía que debía esperar lo peor de un humano. Subió a la torre de vigía y giró sobre sí mismo lentamente, escudriñando el terreno montañoso, intentando deducir qué propósito podían tener unos hechiceros humanos para venir a territorio enano. No cabía duda de que los tres tenían una razón para viajar a Kal-Thax y, evidentemente, no querían que los enanos supieran por qué estaban allí.

Pero ¿cuál era esa razón y adónde habían ido los hechiceros? La región montañosa era vasta; podían estar en cualquier parte.

¿En el norte? Probablemente no. De haberse dirigido hacia el norte, habrían continuado por la calzada, por la que les estaba permitido viajar merced al tratado, aun siendo hechiceros, y era más rápido y más sencillo para los humanos que desplazarse campo traviesa por estas montañas. Tampoco era probable que se hubieran dirigido al este. Allí se encontraban las estribaciones de las Kharolis y, tras ellas, las llanuras del humano Ergoth. Y al este de los picos Roca Roja estaba la ciudad humana de Xak Tsaroth. Si los hechiceros se hubieran dirigido a Xak Tsaroth desde las planicies bajas, no habrían tenido que entrar en las montañas, para empezar. Y, después de haberse tomado la molestia de viajar desde Ergoth hasta aquí, no era lógico que abandonaran la calzada y se escondieran sólo para volver por donde habían venido.

Grana miró fijamente hacia el oeste, inquieto y desconcertado, allí donde las montañas Kharolis ascendían gradualmente en la distancia azulada, serranía tras serranía de abruptas cumbres. ¿Qué habría de interés para unos magos allí? En los valles y en las laderas se hallaban los pueblos y campos de los neidars; y más allá los desperdigados poblados einars. En un radio aproximado de doscientos kilómetros había poblaciones enanas esparcidas aquí y allí por todas las montañas. Y todavía más allá estaban las tierras agrestes. La sierra Diente Grande se encontraba allí, y detrás, las Cabezas de Yunque, y detrás... ¿quién sabía lo que había más allá? Sólo más montañas.

Grana se volvió lentamente y dirigió la vista hacia el sur. Detrás de los picos Roca Roja, brumoso en la distancia, se alzaba la imponente silueta de Fin del Cielo, elevándose trescientos metros por encima de todas las otras cumbres. Y detrás de Fin del Cielo estaba Thorbardin. Los ojos del neidar se entrecerraron. ¿Qué buscaban los humanos en tierras enanas? ¿Qué era lo que siempre parecían buscar los humanos? La conquista. ¿Y adónde se dirigiría alguien que intentara conquistar las tierras enanas? A Thorbardin. Allí, a gran profundidad bajo la superficie de la montaña Buscador de Nubes, se encontraba la plaza fuerte de los enanos.

¿Se dirigirían los hechiceros hacia Thorbardin? Pero ¿por qué? Aún en el caso de que supieran dónde estaba, nunca se les permitiría entrar allí. La Puerta Sur, en el extremo más alejado, de cara a los picos del Trueno y a las minas daergars que había allí, estaba terminada ya, con una inmensa puerta forrada de acero que podía cerrarse de inmediato ante una alarma; una puerta que era inexpugnable. Ni siquiera la magia podía abrir brecha en la Puerta Sur. Ni siquiera los dragones o los ejércitos más poderosos podrían forzarla.

La Puerta Norte, de cara al Fin del Cielo y las quebradas que servían de frontera con Ergoth, todavía no tenía instalada la puerta, pero este acceso, también, estaba fuertemente

guardado. A la primera señal de problemas, miles de enanos armados montarían la defensa en las instalaciones del Eco del Yunque. Ni siquiera unos magos serían capaces de salvar el puente que iba de una punta a otra de esa inmensa cámara, con jabalinas, hondas y saetas arrojadas sobre ellos desde los pozos de la muerte que jalonaban el camino.

Entonces Grana Piedra de Molino recordó algo que lo hizo apretar los dientes. ¡Había otra forma de entrar! Aunque había estado cegado durante nueve décadas, el viejo túnel daewar por debajo del Fin del Cielo seguía allí, sin utilizar y prácticamente olvidado. Excavado por los fundidores de oro un centenar de años atrás, directamente a través de las entrañas del Fin del Cielo hasta penetrar en las cavernas subterráneas bajo el Buscador de Nubes, el túnel había sido el primer acceso a las grutas que ahora eran Thorbardin.

Estaba cegado, sí, pero ¿aguantaría los embates mágicos de los conjuros?

Grana bajó prácticamente volando la escalera de la torre de vigía e hizo señas a sus neidars. Cuando estuvieron reunidos, los dividió en cinco pelotones de diez soldados cada uno. Cuatro se ocuparían de buscar a los hechiceros allí donde lo habían dejado los guardias de la calzada. A veinte kilómetros al oeste de la Calzada del Tránsito formarían un cordón y peinarían el terreno hacia poniente, registrando la zona a fondo. Él en persona iría al mando del quinto pelotón, y se dirigiría directamente al sur de Thorbardin para informar al consejo de thanes. Había llegado el momento de hablar de magia y de echar un vistazo a la antigua entrada original a la fortaleza subterránea.

Megistal estaba solo en lo alto de una escarpa de la Falla mientras otro amanecer anunciaba su llegada por encima de los picos de montaña. De pie al mismo borde de un precipicio de treinta metros de profundidad, el hechicero suspiró y sacudió la cabeza con irritación, haciendo caso omiso de la discusión que sus dos compañeros sostenían a cierta distancia a su espalda. No estaba plantado allí, mirando fijamente hacia el este, para contemplar el paisaje. Estaba allí porque era el sitio más seguro para estar de espaldas a los otros dos hechiceros que corrían de un lado a otro e intercambiaban palabras insultantes.

En este mismo momento, Megistal no quería saber nada de ninguno de los dos. Estaba exasperado con ellos, y se sentía tan furioso que no estaba seguro de lo que podría hacer si se le ponían a la vista ahora mismo. Tenía miedo de perder los estribos y descargar sobre ambos un conjuro tan terrible que después lo lamentaría. Pero sabía que no lo haría. Los poderes mágicos, profundos y secretos, que le habían sido otorgados a él y a muy pocos más por los Vástagos no eran para hacer de ellos un uso egoísta, ni siquiera en un estado de exasperación. Con todo, gruñó por lo bajo sólo con pensar en Tantas y en Sigamon.

No sólo habían echado a perder todo un agotador día examinando esta maldita meseta, sino que habían destruido, virtualmente, todo el trabajo que habían hecho antes. Megistal no sabía cuál de los dos era más culpable, si el larguirucho y santurrón Sigamon o el escurridizo, desdeñoso Tantas.

Era este último el que había empezado, por supuesto. En un sencillo conjuro de comprobación con sus piedras negras había añadido algo extra. Al parecer, no había podido resistir la tentación de hacer un alarde de sus poderes destructivos, y el conjuro había escapado a su control completamente. En lugar de limitarse a hacer la comprobación de un punto con sus rayos, el hechicero oscuro había iniciado un incendio en el pasto que se extendió a través de grandes sectores de la superficie de la meseta, avivado por el viento de montaña.

Y entonces Sigamon, en lugar de limitarse a apagar el fuego con un conjuro de lluvia, había decidido hacer una demostración de sus propios poderes y la resultante tormenta de hielo que estalló de manera repentina los había cegado a todos durante largos minutos mientras el fuego continuaba ardiendo sin freno. Chamuscado y tiritando, Megistal había conseguido finalmente poner fin a los desbocados efectos mágicos envolviendo a toda la meseta en un denso aguacero.

Pero el daño ya estaba hecho. Al menos la mitad de las estacas que tanto habían trabajado para colocar, estacas que marcaban el área circundante del punto exacto que por fin habían delimitado, o habían ardido o habían reventado por la repentina helada. La Piedra de los Tres estaba en su sitio, pero todas las líneas de poder tendrían que volver a ser marcadas con estacas si es que se quería construir una Torre de la Alta Hechicería en esta parte de Ansalon.

-No puedo creerlo, -rezongó Megistal en voz baja mientras los otros dos iban de un lado para otro intentando localizar algunos de los puntos de prueba establecidos con tanto esfuerzo. El hechicero empezaba a preguntarse si la construcción de la torre merecía la pena tantas molestias.

Todo aquello había ocurrido hacía dos días, y Megistal todavía era incapaz de dirigir una palabra civilizada a los otros hechiceros. Pero ahora amanecía un día más y ya habían perdido demasiado tiempo. Tenían un trabajo que hacer, y no se haría solo.

Empezó a volverse, dando la espalda al borde del precipicio, y entonces se detuvo cuando un movimiento atrajo su atención. A gran altura, allá arriba en el cielo, los primeros rayos de sol habían arrancado un destello en algo que se movía. Alzó la vista y luego suspiró. Sólo era un ave, una rapaz de algún tipo, cernida en el aire. Tuvo la impresión de que era grande, pero no era fácil asegurarlo. La observó durante un momento y después bajó la mirada y se puso tenso. Ahora se veía otro movimiento, lejano pero con claridad. En las laderas que había más allá de los cañones que se abrían al pie de la Falla, se movían unas figuras, pequeñas como puntitos en la distancia, dirigiéndose hacia aquí. Estrechó los ojos, resguardándolos de la claridad con una mano; luego extendió los brazos, los levantó y los bajó describiendo un arco. Se apartó del borde del precipicio, musitó un encantamiento, y el arco que había trazado en el aire se hizo visible en forma de un anillo gris reluciente, como un círculo de niebla. Megistal volvió a musitar algo, y en el interior del anillo las figuras empezaron a cobrar nitidez: tres enanos armados y montados, aumentados como si los estuviera viendo a través de unas lentes. Parecían encontrarse sólo a una treintena de metros, en lugar de la distancia de kilómetros que los hacía parecer puntitos.

Sigamon y Tantas habían dejado de pelearse y se acercaron a su compañero.

-Ah, tenemos compañía, -dijo con aspereza Tantas-. Enanos, me parece.

-A los que probablemente has atraído con tu condenado fuego -comentó Sigamon, altanero.

-O tú con tus remolinos de hielo, -gruñó Tantas-. Bien, ahora no tenemos tiempo para ocuparnos de unos enanos. -Alzó el brazo derecho y empezó a entonar un conjuro, pero Megistal lo interrumpió, agarrándolo por la muñeca.

-¿Se puede saber qué haces? -siseó el hechicero rojo.

-Voy a matarlos. -Tantas se soltó de un tirón-. No te metas.

-¿Matarlos? -Sigamon miró de hito en hito al jorobado hechicero con el sombrero negro-. ¿Por qué matarlos? No tienen importancia.

-Pero vienen hacia aquí -hizo notar Tantas-. Si nos encuentran pueden avisar a otros para que vengan también. Eso podría retrasarnos lo indecible.

-Es verdad. -Sigamon se encogió de hombros-. Bien, en tal caso, actúa con misericordia. no comparto tu desmedida inclinación a ocasionar dolor... a menos, claro está, que sea por una causa meritoria.

-¡Basta, callaos los dos! -ordenó Megistal-. No hay motivo para matar a esos enanos. Simplemente me limitaré a ofrecerles una ilusión que los aleje de aquí.

Sin esperar discrepancias, el hechicero rojo levantó una mano, señaló y murmuró:

-¡Oviat devis duon! ¡Chapak!

Dentro del anillo visual, los tres enanos parpadearon, tiraron de las riendas y volvieron las cabezas a uno y otro lado con patente desconcierto. Uno de ellos alzó la malla que le cubría la cara, entrecerró los párpados y se frotó los ojos; luego señaló hacia la derecha, y su barba se agitó mientras hablaba con los otros. El de la barba dorada, que estaba a su lado, se encogió de hombros y asintió, pero el tercero, -el más alto y corpulento-, sacudió la cabeza. Gesticuló, señalando su

caballo y los de los otros, y levantó las riendas al tiempo que decía algo. Después apuntó justo al frente.

-¡Maldición! -exclamó Megistal-. Sabe que es una ilusión. Pero ¿cómo? Utilicé magia de primera clase.

-¡Ilusión! -se burló Tantas, desdeñoso-. ¡Magia débil!

-Qué interesante, -murmuró Sigamon, que se acercó más al anillo visual-. Mira cómo estrecha los ojos. Es como si viera tu ilusión, pero también viera a través de ella. Fíjate, se lo está indicando a los otros. Quizá deberías revisar tus conjuros, Megistal. A éste le falta potencia.

El fornido enano azuzó con las riendas a su montura y cabalgó en línea recta, seguido por los otros. Tras unos cuantos metros, los tres parpadearon, miraron fijamente al frente, y señalaron.

-Se han liberado del conjuro, -comentó Sigamon-. No tienen el menor problema en ver con claridad.

Megistal se rascó la barba con gesto pensativo.

-¿Alguno de vosotros ha utilizado magia con enanos anteriormente? -preguntó.

-Sólo para ocultarnos al pasar cerca, -admitió Sigamón-. ¿Por qué?

-Los enanos odian la magia, tengo entendido, -dijo Megistal-. Me pregunto si...

Tantas hizo caso omiso de los otros dos; volvió a levantar el brazo, lo bajó y siseó:

-¡Dagat morden! ¡Chapak!

Bruscamente, el anillo visual irradió una luz intensa, y en las lejanas laderas una bola de fuego blanco azulado creció hasta envolver a los distantes jinetes. Desapareció tan rápidamente como había surgido, pero la escena en el anillo había cambiado de manera radical. Donde antes había habido tres jinetes que descendían por una exuberante ladera, rodeados de vegetación baja, ahora había humo, cenizas revoloteando y las ennegrecidas formas de tres enanos caídos. Lo único que se movía eran los aterrorizados caballos, que se alejaban galopando hacia el este, y el humo flotante arrastrado por el viento.

-Arreglado, -rió Tantas-. Están muertos. Mis conjuros funcionan a la perfección.

Megistal miró de hito en hito al hechicero jorobado, con repugnancia, y después le dio la espalda. El anillo visual parpadeó y desapareció.

-Así que has matado a tres enanos, -se burló Sigamon-. Sin embargo, tu hechizo no era perfecto. Esos caballos no parecían heridos en absoluto, sólo asustados.

-Animales indefensos, -dijo ásperamente Tantas-. A veces la magia no afecta a los animales, ¿recuerdas? Los Vástagos nos lo dijeron. -Se dio media vuelta, pero al momento se giró bruscamente y barbotó-: Podría haber matado a los caballos también si hubiese querido utilizar otro conjuro. Podría haber ocasionado un desprendimiento de rocas sobre las bestias. La magia no será algo real para ellos, pero las piedras sí lo son.

-No entiendo tanto jaleo por tres simples enanos, -criticó Sigamon.

La Puerta Norte

La entrada de la Puerta Norte de Thorbardin, cuando se terminara, sería un calco de la Puerta Sur: un acceso perfectamente excavado, enmarcado en hierro, en un muro de sólido granito que daba a una amplia repisa amurallada, a gran altura de la ladera del pico Buscador de Nubes. El propio muro de granito estaba reforzado con una malla invisible de barras de hierro que perforaban la piedra, de manera que ni siquiera con la fuerza más grande podía resquebrajarse ni romperse. El marco de la abertura era de hierro pulido, con cuatro metros de ancho y sesenta centímetros de espesor.

Pasando a través de la garita de guardia, a continuación de la entrada, había un gigantesco tornillo instalado en un orificio abierto a rosca en la piedra, forrado con grafito, y ajustado a la

transmisión de una rueda hidráulica. El tornillo en sí, y su gemelo -a casi treinta y cinco kilómetros de distancia, en la Puerta Sur- eran los dos artefactos más grandes hechos de una sola pieza en sólido acero que jamás se habían producido en las fundiciones enanas... o en ninguna otra fundición. Cada uno de ellos contenía la producción anual de hierro, coque y níquel de las mejores minas daergars, y se habían necesitado en cada uno nueve años para forjarlos, fresarlos y pulirlos hasta darles la forma final. Justo en la parte interior de la abertura, en la falda de la montaña, había una amplia zona excavada que servía como garita exterior o casa de guardia. La inmensa puerta que ahora descansaba allí, lista para ser instalada en el tornillo, era idéntica a la que ya funcionaba en la Puerta Sur: un gigantesco obturador de piedra, forrado de metal y estriado para deslizarse sobre raíles de acero, alineados e instalados en el suelo, el techo y las paredes de la garita. Una vez montado, se cerraría haciendo girar el tornillo para empujarlo y empotrarlo en la abertura.

Cuando se planearon al principio, las puertas de Thorbardin se imaginaron como obturadores con bisagras, un cerramiento eficiente desarrollado por los excavadores daewars en tiempos lejanos. Pero a medida que la gran fortaleza crecía, y las habilidades de daewars, theiwars y daergars se fundían con la destreza de los hylars, muchos planes habían sido modificados y mejorados. Un obturador de bisagras podría ser forzado por intrusos en cuanto dispusieran de tiempo y de las herramientas adecuadas para trabajar en él, pero no un obturador accionado por un tornillo, operado desde el interior y empotrado en una abertura con revestimiento metálico.

La intención original de los arquitectos de Thorbardin -muchos de los cuales todavía dirigían las miles de tareas que incluía el proyecto-, había sido que la fortaleza resultara inexpugnable a un ataque del exterior. Dentro de Thorbardin había los metalúrgicos más especializados, los mejores excavadores y constructores, y los proyectistas más ingeniosos del mundo; y, puesto que eran enanos, no estaban en contra del trabajo duro. Con estas puertas instaladas y en funcionamiento, y con el respaldo de las defensas de los grandes pasajes llamados Eco del Yunque, -unos túneles inmensos, de sesenta metros de altura, jalonados de agujeros de la muerte y que sólo podían cruzarse por un estrecho puente tendido a la mitad de la altura del túnel-, sería difícil, cuando no imposible, que en Thorbardin entrara alguien que los enanos decidieran no dejar pasar.

Todos los enanos que hubieran pasado la edad del aprendizaje artesanal eran tan diestros en el manejo de las armas como en el de las herramientas. Se había convertido en una verdad básica del saber tradicional de Thorbardin la afirmación, -originada en las viejas leyendas relatadas por los hylars-, de que la única diferencia básica entre una herramienta y un arma estaba en el uso que se le daba. Una jabalina para trepar por los muros se convertía en una lanza al arrojársela a un enemigo. Una marra descargada sobre el cráneo de un enemigo era un martillo de guerra. Un hacha de un artesano que hendía el escudo de un enemigo era un hacha de batalla. El casco protector de un excavador, llevado en combate era un yelmo; y, en la lucha, un protector metálico era un escudo de batalla.

Cierto que había pocas armas que tuvieran utilidad como herramientas. Un arco no resultaba tan eficaz como una honda para mandar pequeños objetos de un nivel a otro; una lanza era una jabalina de trepar muy poco práctica; y las espadas se forjaban primordialmente como mercancías comerciales, para negociar con ellas con los humanos de las órdenes ergothianas a cambio de objetos más útiles. De todos los enanos de Thorbardin, sólo entre los hylars, con su historial en el trato con humanos, había muchos que preferirían una espada a un buen martillo como armamento personal. Pero incluso entre ellos el martillo era muy apreciado en sus dos aspectos: como herramienta y también como arma.

Era una de las diferencias que habían surgido con el paso de los años entre los enanos de Thorbardin y sus parientes del exterior, los neidars y los desperdigados einars. Los enanos que vivían bajo la montaña eran famosos por su inclinación por el martillo, en tanto que los que vivían en el exterior preferían por regla general el hacha.

Pero, fuera cual fuera la herramienta que se tuviera a mano, siempre se estaba preparado para alzarla al instante como un arma contra cualquier intruso que intentara invadir la fortaleza de Thorbardin.

Como a Plumín Cuño de Runa, custodio de legajos, le gustaba decir: "Sólo hay un asunto concebible en el que todos los habitantes de Thorbardin se pondrían de acuerdo: los intrusos no son bienvenidos aquí. Quizá discutamos sobre qué fecha es o lleguemos a las manos argumentando si las lunas son realmente dos o tres, pero todos coincidimos en defender Thorbardin".

Hoy, el custodio de legajos iba pegado a los talones de Willen Mazo de Hierro, que, como jefe de los hylars y acompañado por sus diez guardias personales y varios oficiales de Thorbardin, hacía un recorrido por las instalaciones de la Puerta Norte.

Desde Hybardin, la ciudad en creciente desarrollo excavada en la gigantesca estalactita, en el centro del reino subterráneo, el grupo se había trasladado en los transbordadores de cables que cruzaban el mar de Urkhan hasta la zona septentrional de los muelles de Theibardin, donde Willen Mazo de Hierro se detuvo para hacer una breve visita al jefe theiwar, Talud Tolec. Después habían seguido por la segunda calzada hasta la recién ampliada caverna que en su día sería la segunda Sala de los Tribunales, -la Sala de los Tribunales Sur estaba teniendo tanto trabajo últimamente, con la expansión de una población pendenciera y escandalosa, que muy pronto sería necesaria la Sala de los Tribunales Norte-, y desde allí siguieron en dirección norte, hacia la Puerta Norte, sin detenerse más que para echar un rápido vistazo a la inmensa fosa vertical que el jefe de excavaciones había dado en llamar con ironía la "Vergüenza de Reorx". Tendría que haber sido un pozo de magma, como el Pozo de Reorx que estaba a punto de terminarse cerca de la Puerta Sur, pero aquí no había funcionado.

-Uno de nuestros fracasos, -dijo Fuste Piedra Roja tristemente mientras el grupo se asomaba al borde del gran agujero que se perdía en la oscuridad, allá abajo-. Ciento ochenta metros excavados en vertical, a través de sólida roca, y no hay nada ahí abajo, salvo más roca. Ni conductos de corrientes, ni fisuras, ni siquiera una elevación de la temperatura. Un error de cálculo, pura y simplemente. Debajo de la Puerta Sur hay magma ardiente, así que dimos por sentado que aquí lo habría también. Nos equivocamos.

-Una lástima, -dijo, comprensivo, Willen Mazo de Hierro-. Pero es un bonito agujero.

-Dos años de trabajo. -El jefe de excavaciones asintió y luego se encogió de hombros-. En fin, ya encontraremos un uso que darle. Si no alimenta las fundiciones, quizá pueda utilizarse para almacenar grano o algo.

La zona en torno al agujero estaba bien iluminada, mejor que la mayor parte de la calzada, debido a un gran conducto que llegaba hasta el exterior de la ladera de la montaña. Se había intentado equipar el conducto con lentes, como el que había cerca de la Puerta Sur, para así dirigir la luz del sol y prender el magma en reposo cuando fuera encontrado. Si no había magma que encender, al menos el agujero proporcionaría luz.

Así era como la mayoría de Thorbardin estaba iluminado. Antes de que existieran los conductos solares, las grandes cavernas habían sido unos lugares sombríos, alumbrados únicamente por los estratos naturales de cuarzo transparente que discurrían a través de la montaña, desde sus entrañas hasta las laderas. Los conductos solares, creados por la destreza artesanal de vidrieros hylars, -y con grandes depósitos de espejos de sus talleres-, ahora estaban instalados en casi todas partes por Thorbardin, y proporcionaban buena luz donde se deseaba. Sólo por la noche, -salvo en aquellos lugares de Thorbardin pertenecientes a los daergars, que veían mejor en la oscuridad-, era preciso encender lámparas para iluminar la fortaleza.

Desde el pozo de Fuste Piedra Roja había sólo unos pocos centenares de metros por una amplia vía de comunicación hasta el poblado subterráneo, bullicioso y en crecimiento, conocido por Talanquera: una serie de excavaciones de tres niveles vaciados por constructores daewars en su mayoría y apuntalados y tabicados por albañiles hylars. Tiendas, talleres y puestos jalonaban la vía principal en este punto, y detrás estaban los habitáculos de varios miles de enanos: guardias y sus

familias, comerciantes ambulantes de túneles, artesanos y otros. En los últimos años, las dos comunidades de las puertas, Porticada en el sur y Talanquera en el norte, habían crecido hasta convertirse en ciudades por derecho propio, que rivalizaban en tamaño con las siete urbes originales de Thorbardin, agrupadas alrededor del mar subterráneo de Urkhan. Sin embargo, era un crecimiento temporal. Ahora que la Puerta Sur estaba terminada, Porticada empezaba a decrecer de nuevo. Lo mismo ocurriría con Talanquera cuando la Puerta Norte fuera acabada, y a medida que los constructores y sus familias empezaran a regresar a sus ciudades. El consejo de thanes ya tenía planes para las madrigueras que quedarían abandonadas cerca de las puertas. Se convertirían en almacenes para grano, madera, fibras, carnes ahumadas, pieles y aderezos acumulados en el comercio con los reinos del exterior y con los humanos de Ergoth.

Detrás de Talanquera, tres túneles conducían al Eco del Yunque y a la gran puerta. Los de los niveles superior e inferior conducían a los corredores de defensa que se extendían por encima y alrededor del Eco del Yunque. El túnel central llevaba a la inmensa gruta en sí, desembocando en el largo puente colgante que la cruzaba de punta a punta.

El lugar era seguro ahora, y estaba tranquilo mientras la comitiva caminaba a lo largo del puente, sin embargo los miembros del pequeño grupo eran conscientes de los ojos que los vigilaban desde cientos de agujeros, y Willen Mazo de Hierro sintió un escalofrío al pensar lo que sería este pasaje para cualquiera que intentara invadir Thorbardin.

La garita y las madrigueras adyacentes bullían de actividad. Los artesanos hacían los últimos ajustes en el intrincado mecanismo de engranajes que empujaría la puerta-obturador, y los metaleros estaban montando pernos y encajes para la instalación final de la propia puerta.

El grupo de enanos charló con algunos de los que estaban trabajando allí, y después se agacharon para pasar a través de los angostos nichos que había a lo largo del gigantesco tornillo y llegar a la puerta en sí, detrás de la cual estaba el mundo exterior.

Poca luz pasaba por la entrada. Estaba terminada, pero no abierta. Se había instalado unos pilares de piedra provisionales a través de su borde exterior, dejando sólo un pequeño postigo. Cuando la puerta estuviera montada, los pilares se utilizarían como soportes para torres de vigía en la cornisa amurallada del exterior.

El obturador en sí estaba contra la pared, justo detrás del tornillo, y los enanos se desplegaron para deambular a su alrededor, mirando y curioseando. Con nueve metros de alto, dieciocho de ancho y casi dos y medio de grosor, el artilugio estaba cortado y hecho de piedra, reforzado con barras incrustadas y totalmente forrado de metal. La cara interior era de bronce, con los bordes serrados y el encaje circular para el gran tornillo de hierro limado, en tanto que la cara exterior era de grueso acero pulido.

Era exactamente igual que el obturador de la Puerta Sur.

Muy pronto, estaría instalado y en uso. Entonces, Thorbardin sería inexpugnable. Willen Mazo de Hierro caminó a lo largo del gigantesco artilugio, seguido de cerca por los Diez, su escolta personal. Se detenía de vez en cuando para medir una juntura o paladear el metal.

-Perfecto, -musitó-. ¿Y los depósitos de accionamiento?

-Llenos, -dijo Talco Combahierro. El protector de la red de canales señaló hacia arriba, indicando las cañerías de piedra empotradas que descendían como grandes columnas desde el techo hasta el nicho excavado en la piedra para la rueda hidráulica. Sesenta metros más arriba había otra caverna separada y cerrada, llena de agua procedente del lago formado en la hoya de la cumbre del Buscador de Nubes. Las válvulas estaban listas para soltar el agua cuando fuera necesario, y cuando ésta fluyera el gran tornillo giraría, avanzando sobre sus filetes con una fuerza tremenda, implacable. Una vez puesto en marcha, nada lo detendría salvo el propio obturador al encajarse en el acceso.

Al otro lado de la puerta provisional sonaron unas trompetas, y al cabo de unos instantes un enano vestido con armadura descendió presuroso por una escala lateral que había cerca, saludó a los dignatarios visitantes, y se volvió hacia su capitán.

-Vuelven algunos grupos del exterior, -anunció-. Los centinelas dicen que el más cercano es el de Mazo Puntal de Martillo y sus guardias, que regresan por el oeste. Un segundo grupo acaba de asomar por la ladera del Fin del Cielo, todavía demasiado apartado para identificarlo, aunque los centinelas creen que son neidars.

Plumín Cuño de Runa se volvió hacia Willen Mazo de Hierro.

-¿No era Mazo Puntal de Martillo con quien salió vuestro hijo Damon, mi señor?

-En efecto, -asintió el jefe hylar-. Y me... ¡ejem! Su madre se alegrará de que esté de vuelta. Suele preocuparse.

-Tengo ganas de oír el informe de Mazo, -comentó Cable Sendagrís.

Detrás del nicho del tornillo sonó un ruido metálico, seguido de voces enfadadas. Un grito penetrante y trémulo se alzó por encima del jaleo.

-¡Quítate de en medio! -demandó aquella voz-. ¡Herrín y corrosión! ¡Si miraseis por dónde vais habría menos accidentes por aquí!

-¡Eres un peligro, viejo! -bramó otra voz-. ¡Mira lo que has hecho con mi carga! ¡Por el óxido rojo de Reorx, perderé una hora recogiendo todos estos pernos!

-¿Un peligro? -gritó la primera voz, que pasó a ser un furioso gruñido-. Me llama peligro. ¡Peligro! ¡Un necio que ni siquiera es capaz de apartarse a un lado para dejar pasar unos cubos, y me llama peligro a mí! ¡Polvo de luna!

Las voces se ahogaron en gruñidos, y un guardia, -uno de los Diez-, se agachó y pasó por el nicho del tornillo. Volvió poco después, con una sonrisa asomando bajo su barba.

-¿Qué ha pasado? -preguntó Willen.

-Poca cosa, -repuso el guardia-. Era un vejete. Él y un instalador de pernos chocaron ahí detrás.

A su espalda, la voz trémula sonó otra vez:

-¡Tú, pellejo metálico! ¡Hazte a un lado! ¡Estás estorbando!

El guardia se apartó y un viejo enano entró por la angosta abertura, tirando con una cuerda de una carretilla cargada de cubos. Tras recorrer un buen trecho hacia el acceso principal, volvió la plateada cabeza hacia los reunidos y lanzó una mirada iracunda a todos sin excepción.

-¡Diantre, lo menos que podría hacer alguno de vosotros es abrirme la puerta! -rezongó-. Ya veis que tengo las manos ocupadas.

Uno de los encargados del acceso echó a andar hacia el pequeño portillo provisional, pero Willen Mazo de Hierro estaba más cerca y lo despidió con una seña.

-Tienes razón, abuelo, -dijo-. Una persona con las manos ocupadas merece que alguien le abra las puertas. ¿Qué llevas ahí?

El viejo enano miró con encono al jefe de los hylars y después se encogió de hombros.

-Cubos con materiales, -contestó por último-. Quiero mezclarlos todos para ver qué pasa. Pero, por supuesto, no puedo hacerlo dentro de Thorbardin. Estamos llegando al punto de que una persona no puede hacer nada aquí sin que alguien ponga objeciones.

-¿Qué tipo de materiales? -se interesó Willen, que se asomó a los cubos para mirar dentro. Estaban llenos de diferentes sustancias, algunas negras, otras verdes, otras amarillas y algunas de un color indescriptible.

-Elementos, -gruñó el anciano-. Azufre, hollín, fermento de ceniza... ¿Y a ti qué te importa qué tipo de materiales son? ¡Es un experimento mío, no tuyo! A todo esto, ¿quién diantre eres?

-¡Cuida tus modales, anciano! -lo reprendió alguien-. Es Willen Mazo de Hierro, el dirigente de los hylars.

-Ah, uno de éstos, -rezongó el viejo-. No tengo trato con los hylars. Vivo en Daebardin... aunque tal vez me traslade si Olim Hebilla de Oro no se disculpa pronto. -Se volvió hacia la cuerda de arrastre-. ¡Bueno, si de verdad tienes intención de abrirme la puerta, hazlo de una vez! ¡No puedo perder todo el día esperando!

Disimulando una sonrisa, el dirigente de los hylars hizo una leve inclinación, se apartó a un lado y empujó el portillo que había entre los pilares, abriéndolo. Rezongando y resoplando, el viejo enano pasó por él tirando de su carretilla de cubos tras de sí. Fuera, en el ancho parapeto, giró hacia el este y desapareció en dirección a las sesgadas pendientes que había más allá de las torres de vigía. Willen cerró el portillo.

-¿Quién era ése? -preguntó.

Algunos de los que estaban a su alrededor se encogieron de hombros y sacudieron la cabeza. Bardion Cornisa frunció el ceño con gesto pensativo y después chasqueó los dedos.

-Fardo Magnetita, -dijo-. Sabía que me resultaba familiar. Es ese al que el príncipe daewar mandó salir de Thorbardin.

-¿Salir de Thorbardin? -Willen enarcó una ceja.

-Oh, no de forma permanente, -aclaró Bardion-. Es que ya no se le permite realizar sus experimentos dentro. El príncipe ordenó que tenía que salir al exterior para hacer sus mezclas.

-Ahora recuerdo, -asintió Talco Combahierro-. Fardo Magnetita. Es el que ocasionó aquel espantoso hedor hace un mes, más o menos.

-El mismo, -dijo Bardion-. Olim me contó lo ocurrido. El viejo mezcló algunas sustancias nocivas y les prendió fuego en medio de la plaza principal de Daebardin. Media ciudad estuvo oliendo a huevos podridos durante una semana.

-¿Por qué lo hizo? -se interesó Willen.

Bardion se encogió de hombros otra vez.

-Olim dice que sólo quería comprobar si la mezcla podía arder. Algo relacionado con el intento de inventar un combustible controlable para las forjas de estañadores y así hacerse rico.

-Un hojalatero. -Barek Piedra sonrió-. ¿Se cree que es un gnomo?

-Olim dice que Fardo Magnetita tiene casi trescientos años -comentó Bardion-. A esa edad, a saber quién cree que es.

Willen Mazo de Hierro sacudió la cabeza y se ocupó de nuevo del asunto que los había traído aquí.

-Pondré mi sello en este proyecto, -les comunicó a los que estaban a su alrededor-. Estoy seguro de que el resto del consejo también hará lo mismo. Es un trabajo excelente. -Se volvió hacia el guardia de la torre-. ¿Cuándo llegará la Guardia Independiente?

-En unas pocas horas, señor, -contestó el guardia-. Ahora están en el camino de subida, dirigiéndose hacia esta puerta.

-Mazo querrá informar al consejo, -dijo Willen-. Será mejor que regresemos a la ciudad y enviemos mensajeros que avisen a los jefes.

Se encaminaba hacia el nicho del tornillo cuando un estruendo tremendo se alzó al otro lado del acceso, haciendo que el portillo temblara entre los pilares. Él y los demás se volvieron y fueron hacia la puerta presurosos; salieron a la cornisa arracimados, los Diez con las espadas desenvainadas.

Hacia el este, en la pendiente que había detrás de la torre de vigía, donde terminaba el acceso a la Puerta Norte, una gran nube de humo blanco subía arremolinada hacia el cielo y empezaba a extenderse a los cuatro vientos. De esa nube salió un ser negro, tirando de una carretilla achicharrada. Fardo Magnetita estaba cubierto de hollín de pies a cabeza; su blanco cabello alborotado y su barba estaban negros por la tizne, e incluso a esta distancia podía oírse su irritada voz temblorosa:

-¡Herrín y corrosión! ¡Esta mezcla no sirve! ¡Ningún estañador pondría eso en su forja! Ahora tendré que empezar otra vez desde el principio.

La multitud agolpada en la cornisa se apartó para dejarle paso, y el anciano fue rezongando todo el camino hasta la puerta y siguió haciéndolo dentro. Su voz se fue perdiendo en la distancia al dejar atrás el nicho del tornillo gigante.

-Creo que Olim Hebilla de Oro tomó una sabia decisión al ordenarle salir, -comentó Willen-. ¿Qué fue eso? ¿Magia?

-¡Por supuesto que no! -le aseguró Bardion Cornisa-. Puede que Fardo esté tan loco como un gusano remolcador, pero la magia le gusta tan poco como a vos o a mí.

-En fin, fuera lo que fuera lo que utilizase, nadie puede negar que ha sido muy ruidoso.

-Y appestoso, -añadió alguien. Las narices de todos se encogieron cuando una ráfaga de aire sopló en su dirección, arrastrando un poco de humo-. ¡Eso huele a huevos podridos!

Reino De Thanés

A causa del tamaño de Thorbardin, que se extendía treinta y cinco kilómetros de norte a sur, organizar un consejo de tañes llevaba tiempo. Se necesitaba un mínimo de tres días, -y más a menudo cinco o seis-, para la reunión formal y ceremoniosa de los miembros del consejo en el Gran Salón de Audiencias. Era un procedimiento tedioso y engorroso celebrar el consejo de thanés. Esta vez, el propósito de la reunión era escuchar los informes de Mazo Puntal de Martillo y del neidar, Grana Piedra de Molino, aunque a las pocas horas de su llegada a la Puerta Norte casi todo el mundo en Thorbardin sabía las noticias que traían.

Algo feroz, algo elementalmente perverso, rondaba por las montañas, arrasando pueblos diseminados, matando a toda persona o animal que estuviera en su camino. Cale Ojo Verde y diez neidars iban tras el rastro de la cosa, pero todavía no se sabía qué era o de dónde venía. Era algo tan grande como un dragón, algo que venía con la oscuridad, envuelto en nieblas. Tan grande como un dragón, pero, -Mazo Puntal de Martillo y los demás que habían estado en Cañada del Viento eran de la misma opinión-, no era un dragón. No había señales de que se hubiera utilizado magia de ningún tipo, y a los dragones les encantaba la magia.

Además, Damon el Anunciado se había empeñado en seguir el rastro de la bestia hacia el oeste. Se había marchado con dos voluntarios de la Guardia Independiente y no había vuelto para informar. Mazo empezaba a estar muy preocupado.

Y, por último, Grana Piedra de Molino había informado sobre hechiceros humanos deambulando a su antojo por territorio enano, y se había mostrado preocupado por la seguridad de Thorbardin a causa de algún antiguo túnel en desuso del que casi todo el mundo se había olvidado.

Fue esta preocupación de Grana lo que suscitó la decisión sin precedentes de Olim Hebilla de Oro, príncipe de los daewars, y de Willen Mazo de Hierro, dirigente de los hylars, de prescindir de la reunión formal de los thanés y hacerse cargo de la situación ellos mismos. La amenaza que Grana Piedra de Molino sugería, si se confirmaba, tampoco tenía precedentes. Thorbardin nunca había sido amenazado por la magia. A decir verdad, nadie se había planteado tal posibilidad, pero ahora había hechiceros en Kal-Thax, y estaban tramando algo.

Algunos hylars habían visto utilizar magia en combate largo tiempo atrás, y el recuerdo era aterrador.

Olim Hebilla de Oro estaba de acuerdo.

-No hay tiempo de convocar a los thanés, -anunció el viejo príncipe daewar a los que lo rodeaban en los muelles de Daebardin-. Conozco ese túnel. Fueron mis propios excavadores los que lo abrieron.

-Y lo cegaron posteriormente, -le recordó el protector de vías y calzadas-. Nada ni nadie ha pasado por ese túnel en casi noventa años. Haría falta un ejército para entrar allí, y sería aún más difícil recorrer todo el trecho hasta llegar aquí. Hay obstáculos que lo ciegan prácticamente cada kilómetro y medio de su recorrido.

-Está cegado, sí -admitió Olim. Sus azules ojos ardían con un brillo fiero en un semblante tan arrugado como un trozo de cuero viejo y enmarcado por una mata de pelo y una barba en los que todavía quedaban mechones dorados en medio de la plata-. Sellado, pero no contra la magia. Esos tapones carecen de la tecnología utilizada en las puertas de acceso. Entonces no disponíamos de esos adelantos técnicos, y quién sabe lo que un hechicero, -se estremeció de asco-, puede hacer contra unas simples barreras.

Una considerable multitud se había ido reuniendo en los embarcaderos de las instalaciones del muelle, gente de todo Thorbardin que había oído los rumores y sabía que algunos de los dirigentes estaban allí, convocando a los clanes a un consejo general.

Sumándose a la multitud había largas hileras de porteadores que acarreaban fardos de mercancías desde las activas forjas para transportarlas a la Puerta Sur. Durante meses, todas las forjas de Daebardin y Theibardin habían estado muy ocupadas produciendo espadas, escudos, mazos y yelmos. Carillón Lustre Brillante, el protector del comercio, había aceptado el mayor pedido de armas aprobado hasta ahora para vender a los humanos. Nadie sabía por qué había esta repentina necesidad de armamento en el sur de Ergoth, pero Carillón había obtenido una promesa y un rumor. La promesa era de las órdenes de caballería de Ergoth de que ninguna de estas armas se utilizaría contra los enanos. El rumor era que alguien en Xak Tsaroth -alguien que gozaba del favor de los caballeros-, sería el destinatario de la mercancía.

Ahora sonaba un murmullo de voces todo en derredor, y centenares de enanos se acercaron y se apretujaron para oír mejor.

Pero Plumín Cuño de Runa, custodio de legajos, se había quedado boquiabierto y miraba con expresión pasmada a Olim Hebilla de Oro y a Willen Mazo de Hierro.

-Pero no podéis... -empezó, luego se aclaró la garganta-. No podéis decidir en nombre de todo Thorbardin lo que ha de hacerse, como lo hacéis por vuestros propios clanes. No es así como se hacen las cosas. El Pacto de la Forja especifica claramente que todos los asuntos de importancia deben decidirse por los dirigentes de todos los thanes en una reunión.

-Todavía no hemos decidido nada, Plumín, -le recordó Willen-, excepto que quizá tengamos entre manos una emergencia y que no disponemos de tiempo para tramitar todos los procedimientos y formalidades de un consejo.

-¡Pero eso sería... como si tomarais el mando de Thorbardin! -insistió Plumín-. Dos jefes no pueden hacer eso.

-En una emergencia, incluso dos dirigentes son demasiados -dijo Willen con frialdad-. Es mejor que haya sólo uno.

De nuevo Plumín miró a su jefe de hito en hito.

-¡Pero entonces tendríamos un rey!

-No tendremos reyes, -replicó Olim Hebilla de Oro con brusquedad-. Siempre nos hemos opuesto a ello.

Barek Piedra, capitán general del ejército, había estado con el jefe hylar en su visita a la Puerta Norte, y todavía se encontraba presente. Se adelantó ahora, apartando de un empujón al alterado cronista.

-Os seguiré a cualquiera de los dos, -les dijo a Olim y a Willen-, pero no a ambos. Un mando militar no puede tener dos jefes.

-¡Se supone que no tienes que obedecer a ninguno de los dos, Barek! -gritó Plumín-. Tienes que responder ante el consejo en pleno no ante uno u otro thane.

Barek hizo caso omiso de él.

-Si los magos logran abrirse paso hasta aquí -continuó, dirigiéndose a los dos cabecillas-, no quedará consejo ni nada que un consejo pueda gobernar. Ya he dado órdenes a Gema Manguito Azul de apostar a la guardia de elite en el suburbio norte donde emergen los túneles. Mazo Puntal de Martillo enviará a las mejores unidades de su Guardia Independiente a la antigua ciudadela del

Fin del Cielo, donde empieza el túnel. Ahora estoy a la espera de recibir órdenes sobre lo que hay que hacer aquí. ¡De cualquiera!

-¡Están hablando de disolver el consejo de thanes! -empezó a difundirse la noticia entre la multitud reunida.

-¡Hablan de ponernos a todos bajo el gobierno de un rey!

-¿Qué rey? -La pregunta se propagó entre la muchedumbre-. ¿Un rey de qué clan?

-Probablemente del hylar, -sugirió alguien-. Por lo general son los mejores militares.

-¡Militar o no militar, no doblaré la rodilla ante cualquier presumido hylar! -fue la opinión dada por muchas voces.

-¡Pues ante un daewar, menos aún! -soltó un fornido theiwar de hombros anchos-. Antes rendiré pleitesía al plomo que proclamar a un fundidor de oro como mi soberano. -Miró a su alrededor cuando varias espadas y algunos martillos daewars se alzaron no muy lejos de él. Levantó las manos-. Eh, un momento. Tengo tanto derecho a dar mi opinión como cualquiera de vosotros.

-No. En Daebardin, no, treparriscos, -se mofó un excavador daewar-. Si tiene que haber un rey, apoyo a Olim Hebilla de Oro para el trono.

-Voy a ver lo que Talud Tolec tiene que decir acerca de todo esto, -barbotó otro theiwar, que se dio media vuelta.

Willen Mazo de Hierro oyó el comentario y se volvió en aquella dirección.

-¡Eh, tú! -gritó-. Tu jefe debe de estar ya de camino hacia aquí. Envié mensajes a todos los dirigentes tan pronto como oí el informe de Grana.

-Bueno, en ese caso, habrá una reunión de los tañes -comentó alguien entre la muchedumbre-, así que ¿a qué viene tanta discusión?

Willen suspiró, miró a Olim y se encogió de hombros.

-Tiene razón, -dijo-. Habrá una asamblea.

De nuevo Plumín Cuño de Runa se abrió paso a empujones para ponerse en primera fila.

-¡Una asamblea no es un consejo! -siseó, los ojos ardiendo de rabia-. No hacemos las cosas así. Para reunir al consejo, primero tiene que haber una convocatoria general, y los correos jurados deben llevar los sellos a todos los thanes... Bueno, a todos salvo a los aghars, puesto que nunca se los encuentra con facilidad. Después, los puntos que quieren tratarse deben ponerse por escrito en pergamino y ser leídos por pregoneros en todas las plazas mayores, y el consejo debe reunirse en el Gran Salón de Audiencias para que así todo el mundo que quiera asistir pueda...

Una fuerte mano se cerró sobre el cuello de Plumín y, levantando al cronista en vilo, lo dio media vuelta, de manera que se encontró mirando a los fríos ojos de Barek Piedra.

-Con todos mis respetos, -gruñó el capitán general-, cierra el pico y quítate de en medio. Tenemos un problema entre manos.

-Desde luego que sí. -Olim Hebilla de Oro miraba pensativamente a su alrededor, a la creciente multitud de enanos que había en sus muelles. Ya había varios miles y seguían llegando más. Se volvió hacia el capitán general-. Suelta al cronista, Barek, -ordenó. Cuando el furibundo custodio de legajos estuvo de nuevo en el suelo sobre sus propios pies, Olim le preguntó-: Deduzco que te sabes los procedimientos de memoria, ¿no es así?

-¡Desde luego! -asintió Plumín-. Es mi trabajo.

-Entonces también sabrás la cláusula de emergencia que hay en el tratado, ¿no?

-Por supuesto. Dice que... ¡Oh! -balbució Plumín mientras parpadeaba-. Oh, claro. Hay la cláusula de emergencia.

-¿Y qué es lo que esa cláusula de emergencia dice?

-Simplemente, dice que en caso de emergencia puede prescindirse de las formalidades y cualesquiera que sean los dirigentes que estén reunidos decidirán lo que hay que hacer.

-Exacto. -El príncipe daewar asintió con la cabeza-. Y eso será lo que haremos ahora. -Señaló hacia el agua. Un transbordador dejaba tras de sí una ancha estela, impulsado por los

barqueros que tiraban del cable. En la proa había un grupo numeroso de enmascarados daergars, con Vog Cara de Hierro en primera fila.

-Ya somos tres, -comentó Willen-. Y Talud está de camino.

-Ya me tenéis aquí -anunció una voz profunda. La muchedumbre apelotonada en la zona norte se apartó para dejar paso a una compañía de theiwars dirigida por Talud Tolec.

-Cuatro, -contó Willen-. Cale Ojo Verde está en el exterior, buscando a esa bestia o lo que sea, así que los neidars...

-Cale me dejó al mando, -declaró Grana Piedra de Molino-. Puedo hablar en nombre de los neidars si es necesario.

-Cinco, -dijo Willen con un cabeceo-. ¿Qué hay de Pekka Trune?

-Él y otros kiars venían pisándonos los talones, -contestó el jefe theiwar-. Estarán aquí pronto.

-Seis, -dijo el hylar-. ¿Sabe alguien dónde está... como se llame, el Gran Bulp aghar?

-Probablemente dormido o extraviado, -sugirió alguien con guasa.

-Sólo "El Uno" -le recordó Plumín a su cabecilla el nombre del jefe gully.

-Y con uno es más que suficiente, -comentó alguien de las primeras filas-. Si no mantiene alejada a su gente de mi bodega, voy a empezar a tirarles piedras en cuanto los vea.

-Bien, no lo esperaremos, -decidió Olim-. Cuando Pekka Trune llegue, nos reuniremos... eh, allí mismo servirá. Donde están los toldos.

-¡Bien! -gritó alguien cerca-. Entonces podremos tomar algunas decisiones.

-¿Sobre qué? -quiso saber otro-. ¿Sobre quién va a ser rey?

-¡Nada de reyes! -clamaron cientos de voces.

De inmediato surgieron gritos y comentarios de otros.

-¡Más vale que no sea un theiwar!

-¡No admitiré a un rey daergar!

-¡Ni a un daewar!

-¿Y para qué iba a querer un rey hylar? ¡Soy theiwar!

-¡No seguiré a nadie que no sea daergar!

Talud Tolec había llegado junto a los otros dirigentes y miró a su alrededor, con el ceño fruncido.

-Aquí nos hace falta un poco de sentido común, -dijo.

-Puede que lo que necesitamos sea un milagro, -comentó Barek Piedra-. Si esta gente es incapaz de ponerse de acuerdo en nada, ¿quién va a dirigirnos si resulta que estamos en peligro realmente?

-Tienes apostados guardias en el túnel, Barek, -dijo Willen-. ¿Está seguro?

-De momento, sí -asintió el capitán general-. Pero si los magos lo encuentran... En fin, no sabemos lo que los magos son capaces de hacer.

-Si hace falta entrar en acción, Olim puede ponerse al mando.

-¿Por qué yo? -replicó el príncipe daewar bruscamente-. ¿Por qué no tú o Talud o...?

-A mí no me mires, -gruñó Pekka Trune mientras se acercaba para ocupar su puesto entre los jefes reunidos-. Conoces a mi gente. Casi no puedo controlarlos, así que mucho menos a todo Thorbardin.

-Bien, pues, ¿por qué no Vog Cara de Hierro? -Olim señaló al líder daergar, que se abría paso entre la multitud en ese momento.

-¿Por qué no yo qué? -inquirió el daergar, su voz hueca tras la máscara de hierro.

-Están tratando de elegir a un rey, -barbotó un enano ceñudo que llevaba dos porras gemelas.

-¡No es verdad! -bramó Olim Hebilla de Oro-. ¡Nada de reyes! ¡Dejemos de hablar de reyes de una vez!

-Entonces ¿qué estáis intentando hacer? -demandaron varios enanos que había cerca.

-Intentamos celebrar una reunión de emergencia del consejo -gritó Willen Mazo de Hierro, iracundo. Tras él, los Diez desenvainaron las espadas y se desplegaron para situarse de frente a la muchedumbre en todas direcciones.

-¿Quién convoca el consejo? -preguntó Plumín Cuño de Runa mientras sacaba pluma y papel.

-Tú fuiste el primero en oír el informe, Willen, -sugirió Olim.

-Tú eres mayor que yo, -replicó Willen.

-¡Oh, está bien! ¡Yo, Olim Hebilla de Oro, príncipe del clan daewar, convoco al consejo de thanes en una sesión de emergencia!

-¿Qué se tratará en ella? -preguntó Plumín en tanto que la punta de acero de la pluma rascaba afanosa sobre el papel.

-Asuntos de estado! -bramó Olim.

-De defensa, -le recordó Willen.

-¡Por Reorx! -masculló Barek Piedra.

Lejos, en la distancia, en dirección a la calzada de los Suburbios, sonaron las trompetas, coreadas por otras más próximas, y después por otras aún más próximas. La multitud guardó silencio, y Barek Piedra escuchó con atención. Bajo la barba, el semblante se le puso pálido.

-Un nuevo informe, -les comunicó a los jefes reunidos-. Esos tres hechiceros humanos que salieron de la Calzada del Tránsito...

-¿Qué ocurre con ellos? -preguntó Willen-. ¿Se los ha encontrado?

-No, no se los ha encontrado, pero ya no son sólo tres. Unos jinetes en la frontera con Ergoth informan de que han entrado más humanos en la calzada hace dos días, y que ahora tampoco se sabe dónde están. Han desaparecido.

-¿Más hechiceros? -inquirió Olim con un rictus de desagrado-. ¿Cuántos?

-Muchos, -contestó Mazo-. Quizá un centenar o más.

Cale Ojo Verde y sus voluntarios neidars habían localizado un rastro a pocos kilómetros de Cañada del Viento. Era de una criatura, y el propio rastro les revelaba algo de lo que lo había hecho. Era una cosa grande, y también pesada. Grandes garras se habían hincado profundamente en la tierra en algunos sitios y habían aplastado piedras pequeñas en otros. Caminaba sobre dos patas, y tenía una cola larga y ondeante.

A veces, en lugar de caminar, volaba. Tenía alas, -arañazos en los afloramientos rocosos revelaban que eran unas alas equipadas con afiladas uñas-, y podía volar, pero al parecer no lo hacía a tramos largos: unos cuantos centenares de metros aquí, para cruzar un precipicio; una docena de metros allí, para saltar una grieta. En otras partes las huellas conducían hasta el borde de un risco y volvían a aparecer abajo en el fondo, como si la cosa hubiera descendido planeando, pero no hasta muy lejos.

En un sitio, donde había sobrevolado un soto de robles achaparrados, las copas de los árboles estaban rotas por donde había pasado.

-Una de dos: o prefiere no volar o no sabe hacerlo muy bien -comentó Cale a sus hombres-. No busca las alturas ni pasa mucho tiempo en vuelo.

Finalmente encontraron a un testigo. Un pastor einar que había salido a buscar unas cabras extraviadas caminaba a lo largo del fondo de una grieta a última hora de la tarde, cuando miró hacia arriba y vio algo inusual, -algo grande y nebuloso-, cruzar por un claro cercano. Sólo lo había visto fugazmente.

-Era como un banco de niebla a la deriva, -les dijo-. Sólo que había algo dentro de la niebla. Apenas se distinguía. Luego llegó una ráfaga de viento y, por un instante, barrió la niebla. Entonces lo vi. Era gris, como el acero, pero no brillante como el acero daewar, sino más oscuro, como el de las espadas daergars. Y era grande. Parecía un lagarto gigante, pero con la forma más semejante a... bueno, como un pavo escuálido, salvo que la cabeza y el cuello eran más grandes y echados hacia

adelante, no erguidos. Tenía dos patas y dos... algo parecido a alas. Y también tenía una cola larga y enorme que brillaba como hierro húmedo.

-¿Qué tamaño tenía? -le preguntó Cale al pastor.

-Así, más o menos. -El enano caminó unos diez metros-. Eso es, al menos, lo que me pareció. Puede que incluso fuera más grande. No era fácil verlo, menos cuando el viento sopló y apartó la niebla.

-¿Había niebla en alguna otra parte?

-No, era una tarde despejada. pero había niebla alrededor de esa cosa. Llevaba encima la niebla como yo llevaría una fina capa... si tuviera una prenda tan poco útil. La niebla la acompañaba y la cubría.

-¿Qué hiciste?

-¿Que qué hice? -El pastor lo miró con los ojos entrecerrados-. Lo que habría hecho cualquiera. Me escondí hasta que se marchó.

-¿Encontraste las cabras extraviadas? -quiso saber Risco Cara de Hierro.

-A tres. -El pastor frunció el ceño-. O tal vez cuatro. Algo las había encontrado antes que yo y no quedaba mucho para saber con certeza cuántas eran.

-No busques las restantes, -le aconsejó Cale-. Vuelve a casa y advierte a tu gente. Esa cosa que viste ha destruido tres aldeas hasta el momento. Estad alertas y, si veis niebla, desperdigaos y escondeos.

-Aquí fuera, me escondí -replicó el pastor con firmeza-. Pero, si esa cosa se acerca a mi casa, lucharé.

-En esos pueblos también lucharon, -dijo Cale con una expresión triste en los ojos-. Lucharon, y murieron igual que tus cabras.

-¿Y aún así vosotros, neidars, andáis buscando esa cosa? ¿Qué haréis cuando la encontréis?

-No lo sé -admitió Cale-. Matarla, si podemos.

Durante un día más los neidars rastrearon a la cosa de niebla. Después, en una profunda hondonada, cuando las sombras del ocaso se intensificaban, la cosa los encontró a ellos.

La primera advertencia llegó cuando Cale levantó la vista del débil rastro y advirtió una neblina suspendida sobre la hondonada. En lo alto, el cielo estaba despejado, pero de repente se encontraron rodeados de una niebla progresivamente espesa.

-¡Chitón! -Levantó una mano y tiró de las riendas-. La cosa está aquí, en alguna parte. Mantened los ojos abiertos y no os separéis.

Forzaron la vista mientras hacían recular a sus caballos para formar un grupo compacto. Con las armas desenvainadas, recorrieron con la mirada el entorno, que se iba oscureciendo paulatinamente. Durante unos largos instantes, no vieron nada. De repente, una densa niebla se abalanzó desde las oscuras sombras; una niebla fría, arremolinada, que parecía saltar sobre ellos, como si quisiera envolverlos.

-¡Retroceded! -gritó Cale-. ¡Apartaos de la niebla!

Hicieron recular a los caballos, sin bajar la guardia, y luego volvieron grupas y salieron a galope cuando el banco de niebla se abalanzó sobre ellos. Justo a sus espaldas oyeron un ruido que al principio era como el siseo del viento y que creció hasta convertirse en un bramido de rabia.

-¡Desplegaos y aguantad! -ordenó Cale.

Once caballos giraron sobre sí mismos y se plantaron con firmeza. En sus sillas, once enanos se echaron hacia adelante, con los escudos levantados y las armas prestas.

Por un momento la bullente masa de niebla pareció vacilar, como si observara el semicírculo formado por los enanos. De repente, el bramido se repitió; en esta ocasión fue un rugido profundo, retumbante, que levantó ecos en las estribaciones montañosas. Con el rugido llegó una oleada de niebla, como si un viento fuerte la empujara desde atrás. Los densos remolinos envolvieron a tres de los enanos; del interior llegaron los ruidos de golpes propinados y de gritos.

Un enano chilló. Un caballo lanzó un relincho de dolor, y después, otro. Los ruidos pasaron a ser sonidos de cosas desgarrándose y partiéndose, de armaduras y huesos aplastándose.

-¡Atacadlo! -gritó Cale mientras clavaba los talones en los ijares de su caballo. Los cascos retumbaron y ocho neidars se desplegaron en círculo y cargaron contra la niebla. Cale se introdujo seis metros en aquella cegadora bruma, después, doce, y de repente vio una forma oscura al frente. Desviando a su montura mediante un tirón de las riendas, se aproximó a ella y descargó un poderoso golpe con su hacha. La hoja de acero repicó como si hubiese chocado con hierro, y algo muy grande le pasó zumbando justo por encima de la cabeza. El enano hizo girar a su montura, lo siguió, y arremetió otra vez.

En esta ocasión el hacha encontró una dureza más blanda, como cota de malla, y algo rugió enfurecido. Cale oyó descargarse otros golpes, pero no alcanzó a ver nada. Entonces el rugido de rabia se hizo más intenso, y el enano miró hacia arriba. Por encima de la niebla baja, algo se erguía, imponente; una cabeza enorme, con dientes como dagas, sacudiéndose a un lado y a otro. Cale y alguien más, -no pudo ver quién-, cargaron directamente por debajo de la bestia erguida y arremetieron contra su vientre, pero, de nuevo, fue como si los aceros se hubieran descargado sobre piedra o hierro.

La cosa volvió a recular, pareció hacer una pausa, y después atacó; Cale vio algo ancho y articulado que podía ser una pata o las protuberancias de un ala, caer sobre el enano que estaba a su lado. Sonó un crujir de huesos, y una rociada de sangre se esparció en la niebla; enano y caballo acabaron hechos trizas en un visto y no visto.

Desde alguna parte, una enorme cola descargó un latigazo y a punto estuvo de alcanzar a Cale y a su montura. El enano hizo que el caballo retrocediera. Era inútil. Estaban intentando luchar contra algo que ni siquiera podían ver.

-¡Abandonad la lucha y huid! -gritó-. ¡Alejaos! ¡Escapad!

Cale salió de la niebla, seguido por otro jinete. Oyó el ruido de más cascos que corrían en distinta dirección.

El banco de niebla se agitó y rugió, abalanzándose tras ellos, y después se volvió para perseguir a algún otro. A medio camino de la pared de la hondonada, Cale sofrenó a su caballo, se volvió y vio a Risco Cara de Hierro junto a él. Los dos miraron atrás. La niebla había desaparecido. Allí donde estaba antes, Cale veía ahora sólo sombras, pero oyó el respingo de horror del daergar cuando sus ojos de minero vieron lo que había allí.

-¡Por Reorx! -exclamó Risco-. No sé a cuántos hemos perdido, Cale. Enanos... caballos... No hay nada entero ahí abajo. Sólo... ¡sólo pedazos desgarrados!

Por la mañana se reunieron los que habían sobrevivido. Cale Ojo Verde, Risco Cara de Hierro y un joven theiwar, Zarpazo Tambac, que iba a pie. Había escapado de la cosa de niebla corriendo, a pesar de que su caballo había caído y había sucumbido bajo la bestia.

De once neidars armados y montados, quedaban sólo tres. Tres enanos y dos caballos.

-¿Crees que conseguimos herir a esa cosa? -preguntó Risco con tono sombrío.

-No, -admitió Cale-. No, no creo que le hiciéramos siquiera un rasguño. Hemos pagado un alto precio y todavía sigue ahí fuera, moviéndose a su antojo.

-Va hacia el este, -señaló Risco-. En dirección a Thorbardin.

-Qué despilfarro de vidas. -Zarpazo Tambac frunció el ceño-. Y para nada.

-Para nada, no, -lo corrigió Cale-. Ahora sabemos algo sobre esa cosa. Sabemos lo que puede hacer y también algo de lo que no puede.

-¿Qué es lo que no puede hacer esa bestia? -Zarpazo lo miraba con los ojos entrecerrados.

-No se mueve con rapidez, -señaló Cale-. Es ágil, pero no muy rápida. Además, sus alas no son realmente alas, sino más bien una especie de garras palmeadas. Por eso no vuela muy lejos ni a menudo: porque no puede. Y sabemos que no ve a través de su propia niebla. Por lo menos, no muy bien. Tuvo que alzarse por encima de ella para localizarnos.

-Todo eso está muy bien, pero... -Zarpazo suspiró- ¿cómo acabamos con ella?

-No lo sé -reconoció Cale-. Tendremos que pensar en algo.
-¿Vamos a seguirla otra vez? -preguntó Risco-. ¿Nosotros tres?
-No, no serviría de nada. Tenemos que ir en busca de ayuda.

Las Sombras De Cabezas De Yunque

Durante largo rato todo fue silencio en el prado alto que descendía hacia las quebradas detrás de las cuales se alzaba la Falla. Una zona ovalada, del tamaño de una pequeña aldea, aparecía calcinada como si la hubiera abrasado un fuego instantáneo. Dentro de ella, unos cuantos tocones de matorrales carbonizados asomaban entre las cenizas, y en el centro yacían tres formas inmóviles, ennegrecidas. Mientras el sol se metía tras los picos Cabezas de Yunque, una de las formas se agitó, gimió y volvió a moverse. Al cabo de un rato, se incorporó un poco y se sentó; unos ojos solemnes parpadearon en medio de un rostro ennegrecido por el humo y enmarcado por un yelmo chamuscado y unos ralos mechones de lo que había sido una espesa barba.

Damon el Anunciado no tenía la menor idea de lo que había ocurrido. En cierto momento sus dos escoltas y él descendían cabalgando una larga vertiente, con la Falla elevándose frente a ellos a pocos kilómetros, y al momento siguiente estallaba una luz cegadora y un intenso calor, y después, nada. Tenía la garganta muy seca, y sentía la piel expuesta de su rostro, sus brazos y sus piernas como si se hubiera arrastrado a través de una forja en pleno funcionamiento.

Lentamente, con los dientes apretados, se puso de pie y se volvió hacia donde sonaba un débil gemido, muy cerca. Alguien más estaba vivo todavía. Se arrodilló junto a la caída figura, preguntándose quién sería, y entonces vio la estropeada visera de malla, sujeta todavía a su correa a pesar de que el yelmo del enano se había caído.

-Marbete, -llamó con una voz tan ronca que recordaba el chirrido de una lima contra un yunque-. Marbete, despierta.

La figura rebulló, gimió y masculló:

-¿Qué ha pasado? ¿Nos ha caído un rayo? ¿Quién...? ¿Damon? ¿Estás herido?

-No demasiado, -contestó-. ¿Y tú?

-He tenido días mejores, -admitió el theiwar. Se incorporó con esfuerzo para ponerse sentado y miró en derredor a través de la malla que probablemente le había salvado la vista de sus ojos, tan sensibles a la luz-. ¿Dónde..., dónde está ese condenado daewar sonriente?

-Cobre, -musitó Damon, al recordar a su otro compañero. Se puso de pie y miró a su alrededor. Luego echó a correr hacia donde yacía tendido el otro cuerpo. Se arrodilló al lado y después se levantó y se dio media vuelta. Cobre Bota Azul estaba muerto, el peto de la armadura completamente aplastado. Si había sobrevivido al fuego, no había sobrevivido a la caída. Daba la impresión de que su caballo hubiera rodado sobre él. Y no había señales de los animales por ningún sitio.

-Está muerto, -le comunicó al theiwar-. Y todos los caballos se han marchado con la mayor parte de nuestros equipos. -Se limpió los ojos de hollín, y alzó la vista al cielo y al mundo que lo rodeaba-. ¿Cómo pudo ser un rayo? -se preguntó-. No había nubes.

-Recuerdo algo más, -dijo Marbete mientras se incorporaba-. Justo antes..., antes de que pasara lo que quiera que fuera. Fue como si el mundo se volviera del revés. Nos habíamos estado dirigiendo hacia el oeste y de pronto íbamos, o eso parecía, hacia el sur. Lo que antes teníamos delante, estaba a nuestra derecha.

-Pero no lo estaba, -lo corrigió Damon-. Era como si hubiésemos dado la vuelta, pero no lo habíamos hecho. Y el terreno tenía un aspecto extraño. No parecía del todo normal, como si justo detrás de la vista de media vuelta hubiera otra, una que no había cambiado.

-Eso es, -asintió Marbete-. También reparé en ello. Y tú insististe en seguir de frente, y cuando lo hicimos la vista de media vuelta desapareció y las cosas volvieron a ser como antes. ¿Qué fue lo que pasó?

-No lo sé -admitió Damon-. Jamás había visto algo así. -Dio unos pasos y se arrodilló de nuevo junto al cuerpo de Cobre Bota Azul. Cerró los ojos fijos y sin vida y cruzó los brazos del daewar sobre el pecho destrozado.

-Viajero, -musitó el corpulento hylar-, tus viajes han terminado. Everbardin te abre sus puertas.

-¿Qué era eso que has dicho? -le preguntó Marbete Salan, que se había acercado a su lado.

-Es sólo algo que decimos los hylars. -Damon se encogió de hombros-. Se remonta a los tiempos antiguos, supongo, cuando algunos de nosotros éramos calnars, en un lugar muy lejano.

-Le habría gustado que se lo enterrara, -dijo Marbete.

-Sí. -Damon se puso de pie otra vez y merodeó por la zona, con Marbete pegado a sus talones. No lejos del cuerpo de Cobre encontraron unas cuantas herramientas y un rollo de cordel de cáñamo que probablemente habían caído del interior de un petate cuando los caballos habían huido desbocados. Las herramientas, igual que las armas y el equipo que llevaban consigo, estaban chamuscadas pero seguían siendo servibles: un cincel, un pico y una palanca. Damon escogió el cincel y descolgó el escudo y el martillo que llevaba encima. Le tendió el pico a Marbete-. Aquí, donde cayó -dijo-. La piedra es fina y debajo hay capas blandas donde podremos cavar con nuestros escudos. Lo enterraremos aquí.

Trabajaron hasta bien entrada la noche para enterrar a Cobre, y después compartieron el agua que le quedaba a Damon en su cantimplora y se sentaron a descansar. De repente, Marbete señaló y se incorporó de un brinco.

-¡Allí! -gritó-. Ahí está otra vez.

Damon se puso de pie y estrechó los ojos. Pasaron varios segundos y entonces un fugaz destello brilló en la distancia, en lo alto de la imponente pared de la Falla. Transcurrieron otros cuantos segundos, y después se produjo otro destello. Luego sólo hubo oscuridad.

-Hay alguien o algo allí arriba, -dijo Damon-. Esos destellos son iguales que los que vimos hace unas horas. Tres, como antes, y después nada.

-Tres colores diferentes, -añadió Marbete-. No había caído en la cuenta hasta ahora, pero uno de los destellos, el primero, tenía un tono rojo. El segundo era blanco, y el tercero, más azul. ¿Te fijaste?

-No percibí la diferencia, -admitió Damon-. Claro que tus ojos theiwars ven mejor que los míos después de anochecer. -Hizo una pausa-. ¿Azul, dices? ¿El tercer destello era azul?

-Un poco, -contestó el theiwar.

-Como la luz que nos quemó -musitó Damon-. En el instante en que la vi me pareció azul. - Se volvieron a sentar y Damon añadió pensativamente -: De ahí es de donde esa cosa, la cosa asesina, debe de haber venido. En alguna parte, allí arriba. Pero esas personas del pueblo no dijeron nada acerca de destellos luminosos. Me preguntó qué será.

-Allá, en Cañada del Viento, tu tío partió con diez neidars para buscar a la bestia, -dijo Marbete-. Los demás neidars fueron en otra dirección. ¿Hacia dónde se dirigían?

-A la Calzada del Tránsito, -comentó Damon-. Les habían comunicado algo sobre unos magos humanos que habían salido de la calzada. Pero... -Enmudeció, sintiendo un cosquilleo en la nuca y en la espina dorsal. Su mirada fue hacia lo alto de la Falla-. Hechiceros, -siseó-. ¡Magia! ¿Crees que...?

-¿Supones que era magia lo que nos golpeó, Damon? -gruñó Marbete-. ¿Qué alguien nos atacó deliberadamente... con magia?

-Nunca he visto magia. -Damon se encogió de hombros-. Pero pudo haber sido eso. Si lo era, más vale que hagamos algo con quienquiera que la está utilizando.

En su voz no se advertía la rabia que Marbete sentía, y el theiwar se preguntó una vez más qué haría falta para despertar la ira del corpulento hylar.

-Bien, no consiguió matarnos, -dijo Marbete-. Todavía no, al menos.

-Si alguien usó magia contra nosotros, entonces es que ese alguien nos ha visto. Y puede volvernos a ver aquí, en esta ladera despejada. ¿Qué te parece la idea de viajar por la noche?

-Mejor aún que a ti, -le recordó el theiwar-. Desde luego no soy un daergar, que podría contar las huellas de pisadas en un oscuro pozo de mina, pero veo muy bien a la luz de la luna.

-Entonces creo que será mejor que nos pongamos en marcha. Para cuando haya amanecido podemos estar en aquellas quebradas que hay al pie del precipicio. Descansaremos entonces, a cubierto.

Con los ojos desorbitados por el terror, Sauce Nube de Estío se aferraba desesperadamente a las pequeñas correas del arnés de Graznido mientras la gigantesca ave se remontaba más y más en el cielo. El arnés no era más que unas correas de cuero fino atadas por delante y por detrás de las alas del ave, y unidas entre sí por una tira de lo que parecía ser tela desechada, sujeta descuidadamente con unos nudos que tenían el aspecto de ir a desatarse en cualquier momento.

El primer despegue casi había terminado en desastre. La kender, Shill, no se había tomado la molestia de explicar a la enana cómo se sostenía uno sobre el lomo de un ave, y Graznido estaba sólo a unos quince metros sobre el suelo cuando las botas de Sauce resbalaron en las lustrosas plumas, y la enana cayó junto a una enorme ala, salvándose únicamente gracias a que se aferró con todas sus fuerzas a la inmensa garra que había debajo.

En el aterrizaje, había rodado, dado tumbos y recibido buenos zarandeos, pero finalmente aceptó intentarlo una vez más cuando Shill le enseñó cómo sentarse justo detrás de las gigantesca alas, utilizando la tira de tela como un agarradero y las piernas y los pies como anclajes. Ahora Sauce se sacudió el cabello que el viento le había echado a los ojos, miró al suelo y deseó haber decidido ir caminando. Abajo, el mundo estaba muy lejos y era minúsculo. Los picos y los valles parecían pequeñas arrugas entre campos mal arados, y lo que la enana sabía que eran grandes árboles en las laderas bajas, parecían poco más que pedacitos de arbustos.

-¡Vamos demasiado alto! -gritó, oyendo cómo el viento se llevaba sus palabras.

Delante de ella, la pequeña kender se volvió y dijo:

-¿Qué?

-¡Vamos demasiado alto! -repitió Sauce-. ¡No me gusta estar tan arriba! ¡Me prometiste que este pájaro volaría bajo y despacio!

-Oh. -Shill sonrió-. Bueno, para Graznido, esto es volar bajo y despacio. No pierde el tiempo haciendo el tonto cuando se trata de volar.

-Confío en que no, -exclamó Sauce.

-Claro que si decide hacer picados y toneles y acrobacias por el estilo entonces se vuelve muy emocionante...

-¡No! -chilló la enana.

-¿Qué?

-¡Nada de picados ni de toneles! ¡Nada de acrobacias! Ya es bastante malo así.

-Deduzco que no vuelas con frecuencia, -decidió Shill-. Bueno, no te preocupes. Esto sólo es una gira rápida para que puedas ver lo que han estado haciendo esos hechiceros. ¡Oh, mira! - Señaló hacia el suelo, medio incorporada, precariamente, sobre los hombros del ave-. Veo gente ahí abajo, montada en caballos. ¿Crees que son más enanos?

Agarrándose con toda clase de precauciones a la frágil tira de tela, Sauce se inclinó de lado y miró hacia abajo. A una distancia de vértigo, tres pequeños puntos descendían lentamente por una ancha ladera.

-¿Y bien? -insistió Shill-. ¿Son enanos?

-¿Quién puede asegurarlo desde aquí arriba? -replicó con brusquedad-. ¡Siéntate antes de que te caigas!

Shill pareció desconcertada durante un instante.

-Pensé que quizá los conocías, -dijo-. Unos enanos conocen a otros enanos, supongo.

-¡Siéntate sin moverte y agárrate! -El nudo delantero de la tira de tela se deshizo y Sauce cogió la punta con la mano libre-. ¿Quién infiernos ha atado este... esta cosa?

-Yo, -contestó Shill alegremente-. Muy ingenioso ¿eh? Cuando Graznido quiso que fuera con él a buscar un enano pensé que sería una buena idea hacerlo. Por supuesto, no tuve mucho tiempo para trabajar en ello, pero resultó bien. ¿No te parece divertido?

Dominando los nervios, Sauce volvió a atar el nudo rápidamente y después se agarró de la tira otra vez en el momento en que Graznido viraba a la izquierda, todavía ganando altura. El mundo allá abajo se iba haciendo más y más pequeño.

-Eso de allí delante es la Falla, -señaló la kender-. Los enanos le pusisteis ese nombre. No puede decirse que seáis muy imaginativos. Si hubiese sido yo, lo habría llamado VertiGo o Sube y Bajas o algo así de ingenioso, pero supongo que la Falla no está mal. Recuerdo que una vez mi madre cazó una comadreja y le puse de nombre...

Sauce intentó hacer oídos sordos a la cháchara de la kender en tanto que observaba con los ojos entrecerrados el tajo de kilómetros de longitud que se alzaba como una inmensa pared de piedra, frente a las estribaciones orientales. A partir del borde, hacia el oeste, arrancaba el altiplano que ascendía suavemente hacia las todavía distantes Cabezas de Yunque. Y sobre la meseta se divisaba una fea cicatriz negra que parecía medir unos ochocientos metros de punta a punta.

-¿Qué es eso? -preguntó la enana.

Shill miró hacia donde le señalaba y sacudió la cabeza.

-No lo sé. No estaba ahí cuando pasamos antes. Da la impresión de que haya habido un fuego.

-Sí, así es, -se mostró de acuerdo Sauce.

-¡Oh, mira! Ahí están éstos. ¿Los ves? Justo al borde del precipicio. Son los tres que están haciendo todos esos relámpagos y rayos y truenos y todo lo demás.

Sauce apenas alcanzaba a distinguir a los tres hombres allá abajo, muy lejos; eran poco más que unos puntitos al mismo borde del precipicio. Estrechó los ojos, forzando la vista.

-¿Crees que podríamos descender un poco para echar una ojeada desde más cerca? -preguntó luego.

La kender trinó algo en su lenguaje de pájaro, y la gran ave le respondió con un único sonido que le salió de lo más profundo del pecho.

-Graznido dice que no. -Shill se encogió de hombros-. Dice que esos hombres no son amigos suyos y que no quiere tener nada que ver con ellos. Dice que para eso estás tú aquí. Quiere que discurras qué hacer respecto a ellos.

-¿Todo eso ha dicho? -Sauce había abierto unos ojos como platos.

-Bueno, no con tantas palabras, pero era lo que quería decir.

-Bien, pues, no tengo ni la más remota idea de qué hacer con esos magos y, además, no es ése el motivo por el que vine aquí. Estoy buscando una cosa que arrasó mi pueblo y mató a casi todo el mundo.

Shill se volvió para mirar a su pasajera con unos ojos relucientes de curiosidad, y Sauce cayó en la cuenta de que la pequeña kender se había incorporado otra vez y plantaba el peso en un pie y en otro de manera alternativa, como si bailara al ritmo del batir de alas de Graznido.

-¡Estáte quieta! -instó la enana-. ¡Me estás poniendo nerviosa! -Sauce volvió la cabeza hacia un lado y parpadeó cuando una luz brillante estalló en la ladera de una montaña, bastante lejos a su espalda.

Shill también lo había visto y empezó a dar saltos por la excitación, manteniendo un precario equilibrio sobre la espalda del ave, que seguía remontándose.

-¿Has visto eso? -preguntó señalando-. Son esos hechiceros. Ya han empezado otra vez.

El destello desapareció en un instante, pero el humo subió en arremolinadas volutas en donde había estallado el fogonazo.

En ese momento, Graznido extendió las grandes alas, planeó y se zambulló de cabeza. Shill perdió pie y cayó por un costado.

Con un respingo, Sauce soltó la tira de tela, enganchó el pie a una de las correas, y se lanzó tras ella. Sus dedos se cerraron en torno a una fina muñeca y la enana tiró hacia atrás y consiguió subir a la kender de nuevo a la espalda del ave.

-¡Te dije que te sentaras! -chilló la enana.

-¡Caray! -gorjeó Shill-. ¡Eso sí que fue emocionante! -Gateó hasta ponerse en su sitio otra vez, delante de la enana, y se agazapó allí, con los ojos relucientes.

La gran ave había hecho un rápido giro dejando atrás la cumbre de la Falla y ahora descendía volando en círculo, hacia las laderas boscosas que ascendían por encima de la meseta. Shill gorjeó algo y luego se volvió hacia Sauce.

-Dijiste que querías echar una ojeada más de cerca, -dijo-. Graznido nos va a soltar donde están esos árboles, para que podamos hacerlo.

-¿Soltarnos? -Sauce frunció el ceño-. Espero que tenga intención de aterrizar primero.

-Oh, claro. Siempre aterriza. Ahí es donde me deja cuando observo a los hechiceros. Ya he estado en ese sitio varias veces. Por supuesto, he procurado que no me vieran, porque no parecen muy amigables. Pero a veces han dejado tiradas algunas cosas interesantes que supuse que ya no les hacían falta. Tengo un cáliz, y una cosa de piedra negra reluciente, y un par de zapatos con los que no sé qué hacer porque no son de la talla de nadie que conozco. Ah, y encontré varias estacas talladas con pequeños dibujos y runas. Estaban clavadas por el suelo al tuntún, aquí y allí.

Sin que lo molestara lo más mínimo la pareja que hablaba y se movía a su espalda, Graznido afirmó las enormes alas y se dirigió hacia una hendidura arbolada que había en las laderas por encima de la meseta.

Muchos kilómetros al este de la Falla, ya entrada la noche, un hombre caminaba a lo largo de la arenosa orilla de un pequeño arroyo de montaña, en dirección este. Era alto, esbelto y musculoso, con ojos negros asomando sobre una barba tupida y oscura; unos ojos que parecían estar en continuo movimiento, pasando por alto muy poco de lo que había a su alrededor. La espada sujeta a la espalda, el escudo de piel sin curtir colgado al hombro, y el arco con la cuerda montada que llevaba en la mano estaban siempre prestos para su uso. Era un intruso en tierras enanas, y sabía muy bien lo que significaba ser sorprendido por los retraídos enanos deambulando por su territorio: como mínimo, la inmediata expulsión del país llamado Kal-Thax. "Como mínimo", repitió para sus adentros; pero era más probable que significara la muerte. Los enanos no sentían aprecio por los forasteros.

Con todo, Quist Pluma Roja había venido, comprometido con una misión que detestaba pero que sin embargo estaba decidido llevar a cabo. Era mucho lo que había en juego para que el cobar se planteara siquiera un posible fracaso.

-Si hay un hombre capaz de cruzar la frontera de Kal-Thax -le había dicho el Señor Supremo de Xak Tsaroth-, no me cabe duda de que ese hombre eres tú. Y no dudo que, con tu familia a nuestro... eh... tierno cuidado, esperando tu regreso, harás cuanto esté en tu mano para tener éxito.

La "misión" era sencilla, aunque no fácil. Hacía tiempo que los grandes señores de Xak Tsaroth codiciaban las riquezas de los clanes enanos que habitaban en las montañas Kharolis, pero no habían conseguido que sus tropas pasaran el perímetro de Kal-Thax a causa de la ferocidad de las defensas enanas. Durante décadas la idea de la conquista se había dejado de lado, pero ahora el Señor Supremo volvía a maquinarse. Con el paso de los años el despilfarro de los dirigentes de Xak Tsaroth había ido en aumento, hasta que la demanda de nuevas riquezas y nuevos beneficios se

hizo abrumadora. Pero ahora esas mismas exigencias habían reducido gran parte de los ingresos de la ciudad a medida que más y más gente de Ergoth meridional se rebelaba contra los exorbitantes impuestos y las brutales tácticas de recaudación.

Incluso las órdenes de caballería de Ergoth tendían cada vez más a simpatizar con los rebeldes contra el poder de la gran ciudad estado de Xak Tsaroth. A decir verdad, los caballeros, -la fuerza unida más poderosa del reino-, no se habían sumado a ninguna rebelión hasta el momento, pero cada vez eran más los que trabajaban para obstaculizar los planes de traficantes de esclavos y recaudadores de impuestos que venían de la ciudad para expoliar y desvalijar a la gente común en Ergoth.

Ni siquiera el Señor Supremo de Xak Tsaroth era partidario de enfrentarse a las órdenes de caballería, así que buscó otras fuentes de ingresos; y allí, justo en el oeste, se alzaban los picos del país enano, rico en minerales, bosques, cultivos y comercio. Sin embargo, era un comercio en el que Xak Tsaroth no tenía parte directa. El único tratado comercial entre humanos y enanos era el que los thanes habían hecho con las órdenes de caballería. En todo el comercio entre Ergoth y Kal-Thax -o Thorbardin, como muchos llamaban ahora a todo el territorio-, los caballeros eran los agentes e intermediarios. Los enanos se habían negado de plano a iniciar tratos con Xak Tsaroth y con los grandes señores.

Así pues, el Señor Supremo buscó otro tipo de alianza. Al otro lado de Kal-Thax, hacia el oeste, había otros reinos humanos, incluyendo las tierras de Ergoth occidental, gobernadas por el emperador de Daltigoth.

El Señor Supremo había hecho cuidadosamente la elección al seleccionar a Quist Pluma Roja. Pocos humanos conocían las tierras agrestes como el cobar ni tenían su talento para la estrategia y su destreza con las armas. El Señor Supremo sabía que Quist era uno de los líderes de los cobars libres que casi habían tenido éxito en su intento de derrocar a los grandes señores.

El intento casi había tenido éxito, pero en el último momento algo había ido mal. Los soldados de Xak Tsaroth habían dispersado a los cobars invasores y habían capturado a muchos de sus cabecillas. La mayoría de éstos estaban muertos ahora, por supuesto; decapitados públicamente para diversión de los grandes señores. Los restantes habían sido enviados al lejano este para ser vendidos como esclavos en lugares tan distantes como Istar. Sólo Quist Pluma Roja y su familia se habían salvado de correr esta suerte; Quist para ocuparse de una misión para los grandes señores, y su familia retenida como rehenes para garantizar su cooperación.

La misión era sencilla. Quist tenía que viajar directamente a través de territorio enano a las tierras que había al otro lado y presentar al rey de allí la propuesta del Señor Supremo de un pacto entre Xak Tsaroth y Daltigoth, situados a ambos lados del reino enano, para aunar fuerzas y conquistarlo, y después repartirse los beneficios.

No podía cruzar por la Calzada del Tránsito porque podían registrarlo y encontrarle la propuesta. Se daba por sentado que algo así era lo que le había ocurrido al primer correo que el Señor Supremo había enviado varios años atrás. Dicho emisario había desaparecido, simplemente, en alguna parte entre Xak Tsaroth y Daltigoth. En consecuencia, Quist tenía que evitar la calzada. Tenía que ir solo, a través de las tierras alledañas a Thorbardin y el territorio agreste que había más allá.

Ni siquiera tenía un caballo, porque ningún jinete podría cruzar sin ser visto por Kal-Thax oriental, donde habría enanos por todas partes. Era casi el peor de los insultos, tener que viajar a pie. Los cobars eran jinetes, probablemente los mejores de todo Ergoth. Se decía que un cobar sin su caballo era sólo medio cobar.

Quist había recorrido a pie casi la mitad del trayecto a través de Kal-Thax. Había dejado atrás las tierras pobladas, pero todavía le quedaba mucho camino por delante.

Entonces, en esta tarde, Quist Pluma Roja tuvo un golpe de suerte. Se paró al volver un recodo del cauce del arroyo, se escondió entre la maleza baja y observó atento. Justo al frente, en

un pequeño claro, había tres caballos agotados y llenos de espuma que sólo podían ser animales huidos.

Los fieros ojos del cobar se iluminaron mientras los observaba. Buenos animales; estaban ensillados y aparejados, pero no con equipos humanos. Las pequeñas sillas de montar, con los estribos altos, eran productos enanos, como también lo era la ligera y aceitada malla de los faldares.

Pero una silla podía ser modificada.

A lo largo de la noche, Quist Pluma Roja estuvo vigilando a los caballos extraviados. Nadie vino por ellos; estaban solos. Con la llegada de la mañana, los recogió, les quitó los equipos, y se puso a trabajar en uno de los aparejos para adaptarlo a sus necesidades.

Un Tiempo De Dificultades Y Pruebas

El sol matinal no había asomado todavía tras los picos orientales cuando Damon el Anunciado y Marbete Salan llegaron al pie de la Falla. Observaron la cara del farallón desde las vertientes que ascendían hacia el imponente muro: kilómetros de roca escarpada y casi vertical que se elevaba por encima de otras vertientes que en algunos sitios subían hasta quince metros del borde del tajo, pero que en otros se quedaban tres veces esa distancia por debajo. La escarpa no era un muro liso, como daba la impresión desde lejos. La roca estaba erosionada y llena de irregularidades, y su línea trazaba una curva desigual hacia adentro y hacia afuera. Pero en su mayor parte era visible desde las pendientes de acceso, y con las primeras luces del día Marbete vio algo interesante a kilómetro y medio, más o menos, de donde se encontraban.

-En el declive hay piedras sueltas recientes, encima del antiguo cascajo, -señaló-, como si alguien hubiera estado excavando. Echemos un vistazo.

-Ve tú -dijo Damon-. Yo seguiré hasta ahí arriba. Quiero ver qué hay en lo alto de este muro antes de que el sol asome por el horizonte.

-Ten cuidado, Damon, -le advirtió Marbete-. Si esos hechiceros están ahí, como sospechas, no te darán la bienvenida.

-Ten cuidado tú también. No olvides lo que vinimos buscando aquí en primer lugar. De donde viniera esa cosa, puede haber otras como ella.

-Sólo echaré una ojeada donde está el cascajo y después te seguiré hasta arriba.

Damon se colgó a la espalda el escudo y el martillo, seleccionó una ruta, y empezó a escalar. Para un humano habría sido casi imposible escalar este muro sin clavijas ni cuerda. Pero Damon no era humano; era un enano y, como la mayoría de ellos, había aprendido a escalar casi antes de aprender a andar. La irregular pared de la escarpa ofrecía abundantes asideros para manos y pies, hasta que llegó a seis metros de la cumbre. Entonces, de repente, llegó a un tramo de piedra lisa y suave.

-La fricción del viento, -rezongó. De mala gana, descolgó su martillo y empezó a abrir agujeros, haciendo saltar esquiras de piedra con precisión de experto, y esperando que el ruido no llegara a quien pudiera encontrarse ahí arriba.

La escalada se volvió más lenta ahora, ya que tenía que pararse en cada agarre para hacer otro por encima; pero siguió avanzando, y poco después estaba abriendo el último asidero justo debajo del borde cuajado de matorrales de la escarpadura. Cuando lo tuvo hecho, se colgó el martillo otra vez, se impulsó hacia arriba, y se asomó por el borde... para encontrarse directamente frente a un rostro pequeño y curioso, enmarcado por una ondeante mata de pelo atada prietamente.

-¡Eh, hola! -saludó la criatura suavemente-. Hacías tanto ruido que temí que acabarías despertando a esos hechiceros, pero parece ser que no.

Damon se aupó por el borde de la escarpa, miró fijamente a la charlatana personilla un momento y luego se encaramó en cuclillas y echó una ojeada en derredor.

-¡Oh, bien! -dijo la pequeña criatura-. ¡Otro enano! Bueno, supongo que resultarás útil. Eres mucho más grande que mi enana. Claro que ella es una chica. ¿Tienes una espada o una lanza o cualquier arma? ¿O sólo tienes ese martillo? Mi enana tiene un hacha.

Manteniéndose agazapado, Damon recorrió con la mirada el terreno, examinándolo cuidadosamente. No muy lejos, un centenar de metros más allá del borde del tajo y justo al norte de donde estaba él, había lo que parecía ser un campamento. Un refugio alargado y medio hundido, hecho con renuevos de árbol y capas de maleza, estaba rodeado de un revoltijo de envoltorios, palos cortados y burdos recipientes. Detrás, el herboso altiplano aparecía abrasado y ennegrecido en un radio de varios centenares de metros, casi hasta la ladera arbolada que ascendía hacia los distantes picos. La meseta era estrecha en esta zona, invadida por el lomo de la montaña más próxima.

A su lado, casi pegada a su hombro, la criatura con el cabello atado en la coronilla seguía parlotteando alegremente en una voz aguda y musical.

-... esperándome allí, en aquellos árboles, -estaba diciendo-. Graznido no está ahí, desde luego. Nos dejó en la ladera a más altura y probablemente se haya marchado para contarles a los demás que hemos traído ayuda.

Damon hizo caso omiso de la cháchara. En el refugio de ramas y maleza hubo movimiento, y alguien salió a la oblicua luz del sol. Era un hombre, un humano alto y delgado con una larga y canosa barba desarreglada y la cabeza calva del todo salvo una rala corona de pelo por los bordes. Tras estirarse a la luz del sol, se puso un gorro sucio y manchado de humo que tal vez en un tiempo fuera blanco. Su atuendo estaba igualmente sucio: una túnica blanca, larga y floja, atada a la cintura con un trozo de cuerda. Tal vez la prenda le había llegado hasta el suelo en algún momento, pero daba la impresión de que se hubiera quemado por abajo y ahora sólo le llegaba a mitad de la pantorrilla, dejando a la vista un par de piernas delgadas y torpes que se sostenían sobre unos enormes pies calzados con sandalias.

-... se despierta antes por regla general, -parloteó la voz aguda junto al hombro de Damon-. Creo que no duerme tan bien como los otros. Pero tampoco tardarán en levantarse. Entonces podrás decidir qué hacer acerca de ellos. A mi enana no parece ocurrírsele ninguna buena idea.

En el refugio de ramas, el hombre de la túnica bostezó, se rascó un sobaco vigorosamente y se volvió hacia el montón de palos que había a unos cuantos pasos de distancia. Echó a andar hacia él y luego pareció cambiar de opinión. Levantó un brazo largo y delgado y lo sostuvo ante sí un momento; luego señaló con un dedo imperioso el montón de estacas. Obedientemente, varios trozos de palos de los que estaban en lo alto de la pila se alzaron en el aire, se volvieron hacia uno y otro lado, y flotaron en dirección al hombre para ir a caer a sus pies, donde se colocaron por sí mismos formando un cono de leña. El hombre masculló algo y los palos se prendieron de golpe.

Damon cayó en la cuenta de que tenía la boca abierta y la cerró con un chasquido de los dientes. ¡Magia! ¡Los hechiceros que todo el mundo andaba buscando estaban aquí, en la Falla! Los había encontrado.

-... sería mejor que lo discutierais entre vosotros, -estaba diciendo la voz charlatana-. Ésa es una buena idea. Voy a buscar a mi enana y los dos podéis discurrir un plan.

Damon se estremeció de asco. Nunca había visto magia ni tampoco había tenido interés en verla. Pero ahora estaba seguro de que lo que quiera que les había ocurrido a sus compañeros y a él, causando la muerte de Cobre Bota Azul, había sido obra de la magia. Con las cejas fruncidas en un gesto de desagrado, gruñó entre dientes y luego miró a su alrededor, de repente consciente de lo que había dicho la voz parlanchina junto a su hombro.

-¿Enana? -preguntó-. ¿Qué enana?

Pero allí no había nadie. Fuera quien fuera la pequeña criatura, se había marchado.

-¿De qué demonios hablaba? -rezongó Damon.

Se cambió a una postura mejor, soltó las correas del escudo y del martillo, y puso de nuevo su atención en el campamento. Tres hechiceros. Uno estaba despierto, y los otros dos lo estarían muy pronto. Todavía pensaba esto último cuando otro hombre salió del cobertizo, se puso derecho y estiró los largos brazos a la luz del alba. Aunque no tan alto como el primero, este hombre parecía más fuerte. Era ancho de hombros y robusto, y su porte era el de una persona fuerte y atlética. Debajo de un sombrero marrón de ala ancha, su rostro lucía una barba cerrada, un tupido matojo de pelo castaño que no habría desmerecido a un enano.

Vestía una pelliza de cuero curtido, con el cuello y los puños forrados con piel. Las polainas eran de piel de gamo y calzaba botas altas y fuertes. El único toque de color en su atuendo era la ancha correa de su mochila de cuero, que estaba teñida con un fuerte color rojo.

Se encaminó hacia la pila de madera, cogió una brazada de palos y regresó junto al pequeño fuego. Agachándose con facilidad, colocó los palos en la lumbre y después puso encima una olla de metal, echó agua de un frasco y empezó a pelar una patata.

Detrás de él, un tercer hombre salió del refugio; encorvado y caminando con un paso que recordaba un cangrejo, pasó junto a los otros y giró sobre sí mismo una vuelta completa, resguardándose los ojos con una pálida mano. Damon apenas alcanzó a ver algo de sus rasgos, ya que un negro sombrero flojo lo cubría, así como el cuello alto de su oscura y larga capa. Debajo de esta prenda se veía una túnica manchada que casi llegaba al suelo.

Cuando el mago oscuro se volvió hacia Damon, hizo una pausa y después se inclinó, escudriñando con más atención. Damon se quedó inmóvil como una estatua, oculto entre la maleza. Tenía la sensación de que el humano lo estaba mirando directamente. Un instante después, sin embargo, el hombre reanudó su escrutinio hasta completar el círculo y a continuación se dirigió a la hoguera y se sentó al lado para calentarse las manos.

Damon esperó largos minutos, pero no ocurrió nada más. Los tres reunidos en torno al fuego se limitaban a preparar el desayuno. Mejor dicho, el de la correa roja preparaba el desayuno mientras los otros dos esperaban a que estuviera listo. El de oscuro estaba sentado calentándose las manos, y el alto y delgado sacaba cosas de un paquete. Al principio Damon supuso que eran platos, pero entonces el hombre sostuvo uno de ellos en alto, examinándolo, y la luz del sol se reflejó en él. Era un espejo. El hombre estaba desempaquetando espejos.

Cuando estuvo seguro de que no había más humanos en el grupo, Damon tomó una decisión. Aunque estaban en una zona deshabitada, seguía siendo territorio enano, y estas personas eran intrusos. Agachado, moviéndose con cautela, se dirigió hacia un parche de maleza que había a escasos metros del campamento; luego, con escudo y martillo en las manos, se puso de pie y caminó hacia ellos.

-¡Vosotros no tenéis derecho a estar aquí! -dijo con tono severo.

Tres semblantes sorprendidos se volvieron en su dirección. El de la capa oscura reculó mientras mascullaba una maldición. El de la túnica blanca soltó un chillido, se tropezó con sus propios pies y dejó caer uno de los espejos, que se hizo añicos en el suelo. El que estaba agachado junto al fuego se volvió, miró con curiosidad al enano armado y después soltó a un lado la patata y el cuchillo, con cuidado, y se puso de pie.

-Perdón, ¿qué decías?

-No hay perdón para quienes invaden Kal-Thax -replicó Damon sin alzar la voz-. Sobre todo si nos atacan. ¿Acaso negáis que ayer utilizasteis magia contra nosotros? Le costó la vida a uno de mis amigos.

-Tú... -El mago oscuro se puso de pie, mirando a Damon con incredulidad-. ¿Nos estás diciendo que eras uno de ellos? ¡Eso es ridículo! ¡Maté a los tres!

-Así que fuiste tú -retumbó Damon-. Bueno, pues mataste a uno de nosotros, hechicero. Cobre Bota Azul está muerto. Su caballo le cayó encima. Tendrás que responder por ello. Por esa muerte, -miró a un mago tras otro, por turno-, y por entrar ilegalmente en una tierra que pertenece a los thanes de Thorbardin. ¿Qué hacéis aquí?

El oscuro jorobado volvió a sisear y empezó a entonar una especie de cántico, pero el de la pelliza de cuero lo hizo callarse. Se volvió hacia Damon y dijo:

-Me llamo Megistal. Éste es Tantas, y el de allí es Sigamon. Estamos aquí porque...

-¡Calla! -lo interrumpió el de la túnica blanca bruscamente-. ¡Acordamos no decírselo a nadie!

-¡Sí, pero nos han encontrado! -replicó Megistal con idéntica brusquedad-. Éste merece que le demos una respuesta. -Ladeó la cabeza y estudió a Damon atentamente-. Así que eres un enano, -dijo-. Nunca había visto uno tan de cerca. ¿De verdad eres uno de los que Tantas mató... o creyó haber matado?

-¡Los maté! -bramó Tantas con aspereza-. Sé lo que llevaba mi conjuro, y esos enanos están muertos. Nadie podría haber sobrevivido a ello.

-No has respondido mi pregunta, -intervino Damon.

-Somos topógrafos, -contestó Megistal al tiempo que hacía callar a los otros con un ademán-. Topógrafos de las Órdenes de la Alta Hechicería. Estamos aquí para preparar el sitio de ubicación de una Torre de la Alta Hechicería.

-Aquí será donde la construiremos, -gorjeó el de la túnica blanca-. Será un beneficio para todo el mundo.

-¡Unas narices, vais a construir! -le aseguró Damon-. Ni torre, ni hechicería, ni humanos en tierra de propiedad enana. No sois bienvenidos aquí.

-¿Y quién eres tú para decirnos lo que podemos y lo que no podemos hacer? -preguntó Megistal.

-Damon el Anunciado, del clan hylar de Thorbardin.

-¿Qué autoridad tienes para decidir?

-Vivo en estas tierras, -dijo Damon con tono impasible-. Vosotros, no.

-¿Es así, pues, como llamáis a esta tierra, Thorbardin?

-Esta tierra es Kal-Thax. Thorbardin es su fortaleza. Y ahora... -Señaló a Megistal con el martillo y después a Sigamon, que lo miraba ferozmente-. Tú y tú, os pediré una vez, con educación, que empaquetéis vuestras cosas y salgáis de Kal-Thax por donde vinisteis y cuanto antes. Marchaos y no regreséis jamás. -Volviéndose hacia Tantas añadió:- Tú no te marchas. Cobre Bota Azul era mi amigo y reclamo el derecho de desafío.

-¿Que reclamas qué? -Tantas lo miraba de hito en hito-. ¿Estás..., quieres decir que me retas?

-Te reto, -repuso Damon.

-¡Mordit tat! -masculló Tantas con un siseo, al tiempo que apuntaba con un dedo rígido al enano-. ¡Chapak!

De forma instantánea, apareció en el aire una espada larga, directamente delante de Damon, y se descargó contra él. El enano la paró con el escudo, absorbiendo el golpe, y el arma desapareció con un pequeño estallido, en medio de una bocanada de humo oscuro.

-Magia, -rezongó para sí Damon el Anunciado-. Parecía una espada, pero no lo era. Sólo era magia.

Tantas miraba boquiabierto al enano.

-¡Imposible! -gruñó. De nuevo, articuló una orden escueta, y una flecha con la punta de acero se hincó en el pecho de Damon, perforando el peto de la armadura. El impacto lo tiró de espaldas.

Un dolor como jamás había sentido traspasada a Damon, dejándolo sin respiración y nublandole los ojos. La flecha lo había atravesado. Pero ¿cómo podía ser una flecha? Ningún arco la había disparado.

-Magia, -jadeó, luchando por controlar el dolor que lo traspasaba-. No hay ninguna flecha. La magia es sólo magia, nada más.

Tantas se quedó boquiabierto otra vez. El enano caído se estaba incorporando. Logró ponerse en pie y bajó la vista hacia el reluciente astil que sobresalía de su pecho. El dolor asomaba a sus ojos, pero al mismo tiempo algo más se encendió en el fondo de sus pupilas.

-Sólo lo estoy imaginando, -susurró-. No es real.

Con los dientes apretados, golpeó el astil con el borde del escudo. La flecha se rompió y desapareció del mismo modo que la espada.

-¡No puedo creerlo! -chilló Tantas. Frenéticamente empezó a recitar otro conjuro, este último mucho más complejo.

-Basta ya, -bramó Damon.

Con más rapidez de la que podría imaginar un humano, balanceó su martillo y lo lanzó. Tantas intentó esquivarlo y los otros dos magos trataron de tejer encantamientos, pero era demasiado tarde. El enorme mazo zumbó en el aire, golpeó al hechicero oscuro directamente en la cara, y lo lanzó hacia atrás, tirándolo despatarrado en el duro suelo.

Aturdidos y conmocionados, los otros dos hechiceros corrieron hacia su compañero, se arrodillaron a su lado y apartaron el cuello alto de la capa. Tras la tela, donde antes había habido un rostro ahora sólo quedaba una masa sanguinolenta, con los rasgos aplastados.

-¡Está muerto! -chilló Sigamon-. ¡El enano lo ha matado!

Damon pasó junto a ellos, recogió su martillo y lo limpió en la manga del hechicero caído.

-Aceptó mi desafío, -dijo con una voz sin inflexiones-. Ha perdido. Y ahora, vosotros dos, os daré una hora para que empaquetéis vuestras cosas.

Dominado por la rabia, Sigamon se incorporó, giró hacia el enano y lanzó un conjuro que salió siseando de sus manos como hielo ardiente. De nuevo, el enano fue arrojado al suelo y esta vez el escudo y el martillo le fueron arrebatados de las manos.

Como si hablara muy lejos oyó decir a Megistal:

-¡No, Sigamon! Esto es un fenómeno que debemos estudiar. De algún modo esta criatura ha resistido la magia. ¡Debemos saber por qué!

-¡No! -Sigamon jadeaba, manteniendo el conjuro en activo mientras Damon combatía contra él-. No, es demasiado peligroso. Puede que la magia no lo mate, pero despeñarse por un precipicio, sí. ¡Apártate!

Debatiéndose, intentando librarse del lacerante dolor del conjuro que lo inmovilizaba, Damon sintió que se elevaba en el aire y vio cómo el suelo se movía debajo de él. Lentamente empezó a flotar hacia el borde de la Falla. Apretó los dientes, manoteó y pateó en el aire, y cayó al suelo con brusquedad. Pero, antes de que pudiera ponerse de pie, el conjuro lo retuvo de nuevo, levantándolo en vilo. Girándose y debatiéndose en el aire, alcanzó a ver un atisbo de los ojos desorbitados y los rasgos tensos del hechicero blanco. Sigamon estaba empleando hasta el último gramo de su fuerza en la ejecución del hechizo.

Megistal se apartó, sacudiendo la cabeza. Sigamon volcó toda su energía y concentración en el conjuro. La resistencia del enano era increíble. Tendría que haber salido lanzado instantáneamente por el borde del abismo, pero en lugar de ello todo cuanto Sigamon conseguía hacer era llevarlo flotando lentamente hacia el tajo. Mientras se concentraba con toda su voluntad, alguien tiró de su túnica.

-Disculpa, -dijo una voz de timbre agudo-. La olla se os ha caído sobre el fuego.

El conjuro se interrumpió de golpe, el enano cayó al suelo con estrépito, y Sigamon se tambaleó, resollante y sudoroso. A su lado había una persona pequeña, tan baja que no le llegaba a la cintura, y con la cabeza alzada hacia él, mirándolo con ojos brillantes.

-Una... kender, -jadeó Sigamon-. ¡Una... condenada... kender!

-Hola. Soy Shill.

Megistal miró fijamente a la kender y después volvió la vista hacia su compañero y gritó:

-¡Cuidado, Sigamon!

Antes de que el de la túnica blanca pudiera reaccionar, algo tremendamente sólido y fuerte se estrelló contra él, doblándolo en dos y empujándolo hacia atrás. Unos brazos tan gruesos como ramas de roble y tan duros como granito lo rodearon y apartaron con fuerza hasta dejarlo sin aire en los pulmones. El mago alto fue arrastrado hacia atrás una docena de pasos; luego lo levantaron en el aire, lo hicieron girar y lo arrojaron al suelo. Antes de que pudiera moverse, el enano se le echó encima y le sujetó los brazos a la espalda. Unos dedos poderosos se cerraron sobre el ralo cabello que le quedaba en la nuca, al borde del calvo cráneo, le levantaron la cabeza y la bajaron bruscamente, estrellándola de frente contra el suelo.

Sigamon perdió el conocimiento.

Perplejo y fascinado, Megistal miró al enano, que se apartaba del hechicero y se frotaba las manos como si se las limpiara.

-Supongo que ahora también tendré que ocuparme de ti, -dijo Damon, volviéndose hacia el tercer mago.

-Difícilmente podría dejar este asunto sin resolver. -Megistal se encogió de hombros, en un gesto casi de disculpa-. Pero, dime, ¿por qué no has muerto? Deberías estarlo. Esos conjuros eran muy poderosos.

-Conjuros. -Damon pronunció la palabra con desprecio-. Brujería. No me gusta la magia.

-Bueno, te guste o no, no comprendo cómo te las arreglaste para resistir del modo que lo hiciste. ¿Es que no te causaron daño los hechizos?

-Me hicieron daño, -gruñó Damon-. Más que cualquier otro dolor que haya sentido, vaya que sí. Pero en realidad no eran... de verdad. Sólo eran magia.

-¡La magia es real! -protestó Megistal-. ¿Es que no sabes eso? La magia puede... Mira, te lo mostraré. -Musitó unas cuantas sílabas y levantó la mano. Cerca, el refugio de ramas se estremeció, creció y se convirtió en una alta torre de piedra. Megistal la señaló-. ¿Qué ves ahí?

-Magia, -admitió Damon-. Veo una torre... y un refugio de ramas. La torre no es más que una ilusión.

-Tienes razón, -asintió el mago. Chasqueó los dedos y la torre desapareció-. Eso no era más que una ilusión, pero esto no lo es. -De nuevo pronunció unas palabras, y el refugio de ramas se alzó en el aire, flotó como un pájaro allá en lo alto, y volvió a posarse en tierra a varios centenares de metros de distancia-. Eso no fue una ilusión, -dijo Megistal-. Eso fue un movimiento de verdad.

-Supongo que sí -aceptó Damon-. Pero sigue siendo magia. Y la magia es algo que no queremos en Kal-Thax. ¿Vais a marcharos?

-Fascinante, -musitó el hechicero-. Una mezcla de aceptación e incredulidad, de reconocimiento y repugnancia, y, bajo todo ello, simple y llana tozudez. ¿Eres un caso especial o todos los enanos son como tú?

-No lo sé -gruñó Damon-. Y ahora, ¡fuera de Kal-Thax!

-En fin, me ha gustado charlar contigo, -dijo el hechicero-. Me has descubierto algo que ignoraba. Y en realidad no te culpo por lo de Tantas y Sigamon. Por mi parte, me alegra haberme librado del estorbo de Tantas, y en cuanto a Sigamon, le está bien empleado lo que le ha pasado. Lamento sinceramente tener que... ¡Mordes motem! ¡Chapak!

Cogido desprevenido totalmente, Damon se sintió levantado y lanzado hacia el precipicio.

-Al parecer, el ataque por sorpresa derrota a la tozudez, -se dijo Megistal.

Algo zumbó entonces a su espalda y una piedra del tamaño de un puño lo alcanzó en la parte posterior de la cabeza. El hechicero suspiró, las rodillas se le doblaron y se fue de bruces al suelo. Al mismo filo del precipicio Damon cayó dando tumbos y rodó al vacío, arañando la tierra con desesperación; se quedó aferrado al borde un momento; entonces una mano pequeña y fuerte le agarró la muñeca y una voz iracunda instó:

-¡Bueno, no te quedes colgando sin hacer nada! ¡Trepá!

Con ayuda, Damon se aupó por el borde, se puso de rodillas y se encontró mirando de frente los ojos bien separados de Sauce Nube de Estío.

-¡Tú! -exclamó.

-Por lo menos podrías darme las gracias, -comentó ella-. Si no hubiera derribado a ese hombre con una piedra lanzada con mi honda, estarías...

-Gracias, -dijo el enano al tiempo que se ponía de pie.

Al mismo filo del precipicio, guardando un precario equilibrio, la pequeña kender se asomó al vacío.

-¡Caray! -chilló-. Qué cerca estuvo eso. ¿No te alegra que trajera a mi enana? Ésta es... - Miró en derredor-. Ah, ¿os conocíais ya?

Damon observó al caído Megistal con curiosidad. El hombre había intentado matarlo, eso era indiscutible. Pero justo en ese instante el enano había percibido una especie de renuencia en él, como si el hechicero no lo estuviera intentando con todo el empeño que hubiera debido.

El Augurio Del Custodio De Legajos

Marbete Salan supo, a los pocos minutos de meterse en la grieta al pie de la Falla, que había encontrado lo que estaban buscando: el origen de la cosa de niebla que había destruido tres pueblos.

El desprendimiento de rocas fuera de la grieta no había sido provocado desde el exterior, sino por el empuje desde dentro de algo muy potente. Y todavía había marcas en la grava aplastada dejadas por las patas de la cosa.

Marbete envolvió unas prietas bolas de hierba en torno a los extremos de unos palos, y las ató con los tallos de unas plantas rastreras. El puñado de antorchas resultante, -a las que algunos enanos llamaban lámparas theiwars-, no darían mucha luz, pero cada llamita duraría un rato. Con la primera de ellas encendida, Marbete desenvainó la espada y entró en el oscuro agujero.

El túnel alto, angosto, se internaba en el risco, girando aquí y allí, donde la erosión y la fricción habían abierto fallas, pero por lo general se dirigía hacia el oeste y hacia abajo, más y más profundamente, decenas de metros por debajo de la meseta. A lo largo de casi toda su extensión, la grieta era poco más que una secuencia de canales naturales, producto de la erosión, que descendían y que rara vez medían más de unos pocos metros de anchura, aunque con frecuencia eran tan altos que Marbete no alcanzaba a ver el techo. En algunas partes los canales se precipitaban en una negra nada, tanto hacia arriba como hacia abajo, lo que lo obligaba a encontrar pasos arriesgados a través de ciegos abismos... o incluso tener que hacerse esos pasos. Sólo donde los accesos naturales eran muy angostos encontraba evidencia de que algo había pasado por allí. En varios de estos sitios se había roto la piedra a fin de agrandar el hueco lo bastante para que cupiera algo que por lo menos medía tres metros de ancho. En uno de tales lugares el enano se detuvo para catar la piedra recientemente rota del ensanchado pasaje. No llevaba mucho tiempo expuesta; no más de uno o dos meses, a lo sumo.

El avance era muy lento, pero Marbete continuó. Sus antepasados theiwars habían sido moradores de riscos que habitaban en cavernas naturales, en lo alto de escarpadas laderas, y salvar salientes peligrosos era algo tan innato en él como para un daergar trabajar en los pozos de las minas o como excavar para un daewar.

Cuando el túnel cambió, sólo pudo suponer dónde se encontraba, pero sabía que por lo menos se había internado ochocientos metros en el estrato rocoso y muchas decenas de metros por debajo de la superficie.

Apenas acababa de atisbar el cambio en el túnel antes de que la antorcha que llevaba se apagara, y tuvo que encender otra. Pero cuando tuvo luz de nuevo sus ojos se abrieron de par en par. Los canales erosionados finalizaban bruscamente en una pared de roca mucho más dura y en esta pared había una abertura perfectamente redonda, y detrás de la abertura, un túnel

perfectamente redondo que se curvaba hacia arriba. Calculó que el agujero tenía cuatro metros y medio de ancho.

Al entrar en él encontró un obstáculo: un tapón de piedra antiguo y erosionado que se había desgastado con el paso del tiempo y había caído hacia adentro. Ahora yacía en dos trozos, partido por la mitad, y la rotura sabía a reciente. Lo que quiera que hubiera pasado por aquí, había estado atascado por la "puerta" caída, y la había roto y la había cruzado.

Aunque la rotura era reciente, las superficies de la puerta eran inmensamente viejas; tanto, calculó Marbete, como las propias montañas. Los lados del túnel eran igualmente viejos, aunque exquisitamente excavados. Estaban perfectamente pulidos, lisos, sin siquiera la más pequeña marca de una herramienta que indicara cómo se había creado tal cosa. La única imperfección en el túnel era un mellado canalón que discurría por el fondo, encostrado de piedra caliza. El agua había corrido por aquí en el pasado, lentamente, pero durante mucho tiempo. Marbete miró a su alrededor y el misterio le causó un escalofrío. Era como si los propios dioses hubieran hecho este túnel mucho antes de que existiera cualquier otro ser para poder hacerlo.

Fascinado, siguió adelante, trepando a un ritmo constante por el extraño agujero. Hacia arriba y hacia adelante; el túnel era tan recto como un cable tirante. Recorrió casi quinientos metros, y luego otros tantos, y, de repente, se encontró en el final. Aquí, otra puerta de piedra se había erosionado y había caído; había permanecido así durante incalculables siglos y después había sido aplastada y apartada por algo muy grande y muy fuerte.

Al otro lado de la puerta machacada había una amplia zona abovedada; una esfera de brillante piedra tallada, a excepción del suelo, donde la piedra caliza había dejado capas duras sobre el granito, llenando casi un cuarto de la caverna. Cerca del centro, el suelo había sido roto. Había trozos irregulares de piedra caliza partida esparcidos por el lugar, en torno a un irregular crestón rocoso que semejaba el cráter de un pequeño volcán.

Marbete se acercó, sosteniendo en alto la antorcha, miró en el interior del agujero y silbó. De aquí había salido la cosa. En la cara interior de la piedra caliza había una impresión perfecta de un inmenso cuerpo enroscado. Podía ver la clara marca de una pata inmensa y garruda. Parte de la profunda concavidad en donde un enorme cuarto trasero había reposado, fundido con la cavidad aún mayor donde había quedado el molde del cuerpo en la piedra caliza. La cabeza, -podía ver pocos detalles, salvo que las mandíbulas eran muy grandes y que tenían un montón de dientes afilados-, había estado apoyada sobre un antebrazo o ala, y la larga y sinuosa cola había estado enroscada alrededor.

-Dormía aquí -se dijo el enano-. Dormía aquí y la piedra creció a su alrededor. Entonces despertó.

Buscó durante un rato, pero no había nada más que ver. Fuera lo que fuera la cosa, había estado sola. La caverna estaba completamente vacía, y la única salida era el camino por el que él había venido. Con las últimas dos antorchas que le quedaban, Marbete Salan desanduvo alrededor de dos kilómetros por los pasadizos y por fin salió al aire libre, en el punto por donde había entrado. El sol brillaba sobre la escarpa. Había transcurrido más de la mitad del día. Siguió la pared en dirección norte, por donde Damon el Anunciado había llevado a cabo la escalada, y empezó a trepar. Había notado que el nivel superior del farallón era de piedra lisa y vertical. Damon habría tenido que abrir asideros en ese tramo. Utilizaría los mismos.

En lo alto de la Falla encontró a su amigo hylar... y mucho más. Damon ya no estaba solo. Además de un hechicero muerto y otros dos vivos, se había reunido con una muchacha enana muy bonita y alguien que sólo podía ser una kender. La pequeña criatura fue la primera en ver a Marbete acercándose. Lo miró fijamente y después corrió a recibirlo.

-¡Dioses benditos! -exclamó-. ¡Otro enano! Pero te has perdido toda la diversión. Ahora ya no hay nadie haciendo magia. Soy Shill. Bueno, en realidad, mi nombre completo es Shillitec Medina Pieveloz, pero puedes llamarme Shill. Y supongo que tú eres Marbete. Damon dijo que

venías con él. ¿Lo estás buscando? Está allí mismo, con Sauce. Ella es mi enana. Están empaquetando espejos y otras cosas. Ya han empaquetado a los hechiceros, ¿ves?

Señaló, y Marbete observó con atención. Dos hombres, uno de ellos seriamente magullado, yacían uno al lado del otro, atados de pies y manos. Unas mordazas les tapaban las bocas. Un tercer hombre yacía despatarrado a poca distancia, obviamente muerto.

Al lado de una pila de paquetes y bultos, Damon el Anunciado miró a su espalda, se puso de pie y se volvió. La chica que estaba con él también se incorporó, mirando fijamente al recién llegado.

-No les quites las mordazas, -advirtió Damon-. Son practicantes de magia y sus bocas son su mayor problema. -Se acercó, examinó a Marbete y preguntó:- ¿Qué encontraste?

-Su nido, -contestó-. O su cama. Esa cosa estuvo ahí abajo mucho tiempo antes de despertar.

-¿Había otras iguales?

-Sólo ella. Alguien la encerró en una cueva tanto tiempo como para que la ladera de la montaña aumentara más de medio kilómetro y varios palmos de piedra caliza crecieran a su alrededor. ¿Qué ha pasado aquí?

-Hechicería, -barbotó Damon al tiempo que entrecerraba los ojos-. Esos tres han estado aquí arriba haciendo mediciones topográficas, ¿puedes creerlo? Intentaban ocupar esta meseta y construir algún tipo de edificio mágico en ella, una torre de hechicería o algo así, pero ya he puesto fin a ese asunto. Los invité a que se marcharan, pero prefirieron luchar. Ojalá hubieras estado aquí. No me habría venido mal un poco de ayuda.

La enana se había aproximado a ellos y manifestó bruscamente:

-¡Tuviste ayuda, en caso de que lo hayas olvidado! Si no hubiera sido por mí, ahora estarías muerto.

-Lo siento, -asintió Damon-. Sí, tuve ayuda. Marbete, ésta es Sauce Nube de Estío. Es de Cañada del Viento, y...

-La recuerdo. -Marbete sonrió e hizo una breve reverencia.

-... y nos siguió cuando nos dirigimos hacia el oeste.

-Yo la traje aquí -gorjeó la kender-. Nunca había montado en un ave, pero ahora ya lo ha hecho. Graznido quería que alguien hiciera algo respecto a estos hechiceros, así que salimos en busca de un enano y ella fue a la primera que encontramos. Chicos, ¿sabéis que los dos tenéis las barbas chamuscadas?

-¿Qué hacemos con los hechiceros? -preguntó Marbete a Damon.

-En realidad no lo sé, pero no podemos dejarlos aquí. Se pondrían a construir torres otra vez.

Marbete desenvainó su espada corta.

-No te preocupes, -dijo-. Sólo tengo que cortarles el cuello.

El hechicero de las ropas sucias dio la impresión de que iba a desmayarse de un momento a otro, pero el mago que estaba más cerca, un hombre de barba, con polainas de piel de gamo y una correa roja, se debatió y se esforzó contra las ataduras, en tanto que su voz ahogada se hacía audible tras la mordaza.

-Quiere hablar, -dijo la pequeña kender.

-Por supuesto que sí -se mofó Damon-. Quiere pronunciar un conjuro.

El hechicero sacudió la cabeza vigorosamente, intentando hablar otra vez. Damon se puso en cuclillas a su lado.

-¿Tienes algo importante que decirnos?

El hombre asintió.

-¿Nada de conjuros? -inquirió Damon.

El hombre lo consideró un momento y después hizo una seña a Marbete.

-Quítale la mordaza, -dijo-. Pero no te muevas de su lado; y, si dice una palabra, una sola palabra que no entiendes, mátalos.

Ya con la mordaza quitada, Megistal se aclaró la garganta.

-No serviría de nada matarnos. Con Tantas muerto, Sigamon y yo no podemos continuar nuestro proyecto. Se requieren tres.

-Entonces ¿no habrá torre? -preguntó Damon.

-Oh, sí habrá torre, -contestó el hombre-. Otros nos siguen. Terminarán el proyecto, estemos o no estemos aquí.

-Que te crees tú eso, -gruñó Damon-. Thorbardin se encargará de que no lo hagan.

-No podéis detener a las Órdenes de la Alta Hechicería. -Megistal suspiró.

-Podemos intentarlo, no te quepa duda. Y con todas las estacas de señalización quitadas...

-Ahora ya da lo mismo. Hemos terminado la prueba de las piedras, y la Piedra de los Tres está plantada en el punto central. Lo único que resta para poner los cimientos de la torre es la prueba de los espejos. Los otros encontrarán la Piedra de los Tres y completarán los sondeos. Entonces la construcción dará comienzo, y nada de lo que tú o todos los enanos de esta tierra hagáis será capaz de detenerla.

-Dime dónde está la Piedra de los Tres, -exigió Damon.

-No. -Megistal bajó la vista-. Mátame si quieres, pero eso no te lo diré.

La kender estaba al lado de Damon. Metió la mano en la bolsita que colgaba de su cinturón y sacó una bujería.

-¿Es ésta? -preguntó.

-¡Suéltala! ¡Vuelve a ponerla en su sitio! -voceó el hechicero, con los ojos desorbitados por la incredulidad-. ¡No es tuya, pequeña... descuidera!

De manera repentina, la cuchilla de Marbete se situó delante de la expuesta garganta del hechicero, y Damon tuvo que actuar con rapidez para impedir que lo degollara.

-¡Espera! -ordenó-. ¿Qué haces?

-Dijo una palabra que no entendía, -explicó Marbete mientras se encogía de hombros.

-Sólo significa "ladrona" -gruñó Damon. Volviéndose, cogió la piedra de la mano de la kender y la miró. Era una gema ovalada, un objeto pulido, con muchas facetas. Su color parecía variar de manera constante mientras la giraba a la luz del sol, pasando de transparente a un blanco lechoso, a diversos matices de rojo, gris y negro azulado.

-Así, sobre la marcha, yo diría que es Piedra de los Tres -dijo el enano-. ¿Para qué vale?

-¡Suéltala! -gritó Megistal-. ¡No sabes lo que haces! Sólo hay siete de éstas, una para cada Torre de la Alta Hechicería. Sin ella... ¡Sin las siete torres al completo la magia jamás estará debidamente equilibrada!

-Penoso, -rezongó Damon. Despreocupadamente, alzó la cambiante gema hacia la luz y después la probó con la lengua. Arrugó la nariz en un gesto de asco. El objeto no sabía como una gema normal, natural. Tenía un gusto terrible.

-¿Qué crees que estás haciendo? -demandó Megistal.

-Os estoy quitando del negocio de construcción de torres. -Damon se puso de pie, guardó la gema en su propia bolsa del cinturón, y cerró la tapa.

-¡Eh! -protestó la kender-. ¡Es mía! ¡Yo la encontré!

-¿Los matamos ahora? -preguntó Marbete al tiempo que volvía a poner la mordaza al hechicero.

-No. -Damon vaciló-. Probablemente deberíamos, pero... no. Quizá hagan correr la voz de que los magos no son bien recibidos aquí.

-¿Qué vamos a hacer con ellos?

-Dejarlos, -decidió Damon-. Para cuando se hayan soltado, estaremos muy lejos de aquí. -Se volvió hacia Megistal-. Puedes dar las gracias por haber conservado la vida, humano. No olvides que se te ha ordenado salir de Kal-Thax. Te sugiero que te marches tan pronto como puedas moverte.

Mientras los dirigentes de los clanes de Thorbardin, reunidos en sesión extraordinaria sobre una repisa rocosa despejada para la ocasión y que se asomaba a los muelles de Daebardin, se metían en materia y escuchaban los informes de Grana Piedra de Molino y de Mazo Puntal de Martillo, Plumín Cuño de Runa deambulaba al tuntún por el área como una pequeña y oscura nube. Con la cabeza gacha y las manos cruzadas a la espalda, caminaba de aquí para allí mascullando para sí, a veces obligando a otros a desviarse bruscamente hacia un lado para evitar chocar con él.

Sumido en sus reflexiones, intentó recopilar sus ideas en un orden lógico y práctico, como cualquier buen enano haría si algo lo incordiaba. Pero parecía no servir de nada. Oh, claro que había cosas que lo incomodaban. No estaba nada satisfecho con lo de la reunión informal del consejo. Plumín adoraba la pompa y la ceremonia, y los jefes habían prescindido de todo ello y habían ido directamente al grano.

El asunto de la bestia asesina que se había lanzado sobre Kal-Thax también lo preocupaba. Era terrorífico e intranquilizador que pudiera haber semejante criatura justo aquí, en las montañas de los clanes enanos. ¿Qué clase de ser era? ¿De dónde venía? ¿Habría otros iguales en algún sitio? ¿En qué estaría pensando Damon el Anunciado para emprender la loca empresa de buscar el nido de esa cosa? Damon iba a ser el "Padre de Reyes", si es que había algo de cierto en las viejas historias sobre su nacimiento. Y ahora estaba ahí fuera, en territorio salvaje, en alguna parte, casi como si buscara provocar su muerte.

Era Mistral Thrax quien le había dicho a Plumín que Damon estaba destinado a ser el Padre de Reyes. El propio Mistral Thrax lo había oído de boca del espectro de Kitlin Pescador, que era una leyenda. Mistral lo había creído, y Plumín deseaba que fuera verdad... aunque no acababa de hacerse a la idea de imponer un rey a los suyos.

Pero, si Damon se echaba a los caminos en tierras agrestes y hacía que lo mataran, entonces nada de esto podría hacerse realidad.

Plumín siguió paseando, rezongando para sí, y preocupándose.

Estaba el problema de los hechiceros humanos que habían desaparecido de la Calzada del Tránsito; primero, tres, y ahora, si se daba crédito a la gente de la frontera ergothiana, quizá un centenar o más. ¿Qué hacían los humanos en Kal-Thax? ¿Qué se traían entre manos? Y lo que hacía esto aún más terrible es que se trataba de practicantes de la magia. Para un enano, eso era tan atemorizante como repulsivo.

Y la intranquilidad de Grana Piedra de Molino acerca del antiguo túnel daewar que conducía a la montaña Fin del Cielo; eso también era una gran preocupación. ¿Estaba realmente cegado el túnel? ¿Estaba a prueba de practicantes de magia? Y si no, ¿podría rectificarse ese fallo? Plumín Cuño de Runa sabía muy poco sobre magia, pero su intuición le decía que cualquier cosa que se hubiera cerrado podía abrirse.

A su entender, el único modo de que el antiguo túnel fuera seguro es que no lo hubiera. Y su instinto le decía que si, de alguna forma, quedaba borrado de la memoria, entonces ni siquiera la magia podría sacarlo a la luz.

Vagando por las calles del puerto de Daerbardin, Plumín continuó preocupándose y echando humo. Algo lo incomodaba; una especie de corazonada o intuición que parecía escabullirse cuando estaba a punto de concretarse. No estaba seguro de cuál de sus muchas preocupaciones era.

¿Podía ser el hecho de que la Puerta Norte, aunque casi terminada, seguía siendo un acceso abierto? ¿O el hecho de que no se hubieran tenido noticias de la patrulla de Cale Ojo Verde desde que había partido tras las huellas de la criatura de la niebla? ¿Sería algo que había comido y le había sentado mal?

Hizo memoria de las muchas cosas que podían ser motivo de preocupación para él, buscando alguna clave de cuál había surgido en sus pensamientos repentinamente pasando de ser inquietud a terror innato. Mistral Thrax había sido siempre un enano intuitivo que a menudo parecía saber un poco más sobre las cosas de lo que en realidad debería saber. Según él, le había venido por

haber estado expuesto a la magia una vez. Se había recuperado de los efectos mágicos, le contó, pero algunos vestigios permanecían retardados, como débiles ecos.

Quizá algunos de esos ecos hubieran pasado a Plumín Cuño de Runa.

Estaba la cuestión que se había convertido en tema principal entre los dirigentes casi desde el mismo instante en que Berek Piedra la planteó. El punto de que, en una emergencia, Thorbardin podía tener un solo líder. Como el capitán general de las fuerzas militares había expuesto, la cuestión era evidente e indiscutible. Pero para Plumín, como para casi todos los enanos de Thorbardin, la idea de que todo el mundo estuviera dirigido por una sola persona resultaba atemorizadora. Y, lo que era aún peor, rayaba en lo herético.

Sólo una vez había habido alguien que había intentado ser rey de todos los enanos, y ese alguien fue el maníaco Glome, hacía noventa años. Glome había muerto por ello, pero el episodio había reafirmado algo en que todos los enanos se mostraban de acuerdo: no querían tener un rey.

Y tampoco nadie quería ser rey. Ningún enano en su sano juicio, en opinión de Plumín, buscaría tener un trabajo así. Pero, en caso de una emergencia real, alguien tenía que ponerse al mando.

Plumín se rascó la barba, sacudió la cabeza y reanudó su ir y venir; entonces alzó la vista y sus ojos se abrieron como platos. Se encontraba a la orilla del agua, -el lago subterráneo llamado el mar de Urkhan-, y algo, una ilusión óptica, había atraído su atención hacia la gigantesca estalactita que colgaba sobre el centro del lago desde las sombras del techo de la gran caverna. La estalactita era la estructura natural de piedra viva más grande que cualquiera de ellos había visto nunca. Probablemente era la mayor estalactita del mundo. Se llamaba el Árbol de la Vida, y en su interior se hallaba la floreciente ciudad de Hybardin, hogar del clan hylar.

Los conductos solares instalados sobre Daebardin iluminaban la costa claramente, pero en el centro del lago había una penumbra, como si se estuvieran formando nubes en torno al Árbol de la Vida; unas nubes oscuras que se extendían en todas direcciones para ensombrecer los abovedados techos de Thorbardin.

Plumín parpadeó y se frotó los ojos. Una ilusión óptica, se dijo. Pero seguía allí, y ahora una figura fantasmal pareció surgir en las nubes. Inmensa, fluctuante y apenas perceptible, podría haber sido un débil espejismo, pero Plumín la contemplaba boquiabierto con respetuoso sobrecogimiento. Era el vago perfil de un enano, y parecía pasar de un contorno a otro. En un instante parecía ser un viejo enano apoyado en una muleta, -tal como Mistral Thrax se recostaba en la suya a veces-, y al instante siguiente era ligeramente distinto, como un enano andrajoso, cubierto de heridas y abrumado por el dolor, que sostenía un arpón en la mano.

Plumín lo observó fijamente, tragó saliva y miró a su alrededor para comprobar si alguien más había reparado en el fenómeno. Pero, al parecer, nadie más lo había visto. La gente iba y venía a su alrededor, dirigiéndose presurosa aquí y allí, como siempre, pero ni siquiera los que echaban una ojeada hacia el lago mientras pasaban parecían notar nada raro. Sin embargo, cuando Plumín se dio media vuelta, la cambiante imagen de la nube seguía allí visible para él. Unas voces sonaron en su mente ahora; voces que susurraban al unísono:

Lo que uno teme no son los dientes de un dragón, ni la cola ni las garras, susurraban las voces. Lo que se teme cuando la mente evoca un dragón es al dragón en su totalidad.

-¿Qué? -preguntó Plumín en voz alta. A su alrededor, varios enanos echaron una ojeada en su dirección, arquearon las cejas en un gesto de curiosidad y después prosiguieron su camino.

No es este o aquel pergamino el que contiene sabiduría, musitaron de nuevo las voces en su cabeza. La sabiduría no se encuentra en ningún pergamino... si bien está en todos ellos.

Plumín frunció el entrecejo, sacudió los brazos y gritó:

-Por Reorx bendito, ¿qué significa eso?

A su alrededor la gente se detuvo, lo miró de hito en hito y después se alejó presurosa, esperando que fuera lo que fuera lo que afectaba al custodio de legajos no fuera nada contagioso.

La visión de la nube fluctuó del viejo apoyado en una muleta al enano sosteniendo un arpón y viceversa.

Un radio no es una rueda, susurraron las voces de la mente. Una punta no es una flecha, ni el grano es pan. Conocimiento no es sabiduría, Plumín Cuño de Runa, ni una pieza es el rompecabezas.

-¿Se supone que eso tiene que tener algún sentido? –chilló Plumín-. ¿Qué significa?

Los miembros de una compañía de guardias que pasaban cerca se miraron entre sí y sacudieron las cabezas. El custodio de legajos estaba cada día más raro.

Las voces mentales guardaron silencio un momento mientras la visión fluctuaba y cambiaba. Entonces una única voz, una voz titubeante y extrañamente modulada, le susurró:

Tus preocupaciones tienen fundamento, Plumín Cuño de Runa. Thorbardin corre peligro. Cuidado.

Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, la voz dio paso a otra y Plumín dio un respingo:

¿Qué es lo que te enseñé?, siseó la voz de Mistral Thrax en su mente. ¿Qué fue lo primero y lo fundamental que intenté meter en tu dura cabezota?

Entonces, tan rápidamente como había aparecido, o había dado la impresión de aparecer, la visión se desvaneció, si bien la sensación de nubes flotando sobre Thorbardin permaneció. Quizá el custodio había tenido una visión, y quizá sólo lo había imaginado, pero de repente los vagos temores en su mente se hicieron certeza. Dio media vuelta, el semblante más blanco que el hielo del invierno.

¡Lo fundamental! La sabiduría no es saber algo. La sabiduría es todo el conocimiento que uno tiene, expresándose a su manera, revelándole a la mente cosas que están más allá del conocimiento.

La intuición, le había dicho Mistral Thrax hacía muchos años, es la sabiduría que intenta pasar a través de los angostos pasajes de la mente.

Plumín sabía ahora lo que lo había estado incomodando. No era sólo el misterio de los magos, ni sólo la bestia asesina que rondaba por las montañas, ni sólo la cuestión de cómo afrontar una emergencia. Era la combinación de todas esas cosas juntas.

De algún modo estaban conectadas entre sí; de algún modo, estaban relacionadas y eran partes distintas del peligro que Plumín presentía.

¡Thorbardin corría peligro, y las oscuras nubes que percibía eran un augurio!

Se aproximaba una época tormentosa.

-¡Barek Piedra tenía razón! -anunció Plumín a nadie en particular, si bien los que pasaban cerca sufrieron un sobresalto y se volvieron para mirarlo-. ¡Los magos vendrán a Thorbardin y tendremos que combatirlos! ¡Y la bestia de la niebla está ahí fuera por culpa de los magos!

Dispersando espectadores en todas direcciones, Plumín Cuño de Runa corrió tan deprisa como sus cortas y fuertes piernas se lo permitieron, encaminándose hacia el pabellón donde los dirigentes de los clanes se enfrentaban en ese momento a la cuestión de cómo actuar en una emergencia que pudiera amenazar a toda la fortaleza y al reino que protegía.

Mientras se acercaba, Plumín no dejaba de gritar:

-¡Escuchadme! ¡Oídmeme! ¡No necesitamos un rey, pero necesitamos un...! ¡Necesitamos un...! Oh, herrín, ¿cuál es la palabra adecuada? ¡Un..., un ejecutivo! ¡Un consejo puede regir, pero alguien tiene que mandar!

En el pabellón, rostros perplejos se volvieron hacia él.

-¿Qué diantres está farfullando el cronista? -preguntó Olim Hebilla de Oro, volviéndose hacia Willen Mazo de Hierro-. Es un hylar, Willen. ¿Tiene algún sentido para ti lo que dice?

Por un instante el jefe hylar no respondió. Luego, lentamente, asintió con la cabeza.

-Sí, tiene sentido. Y, por Reorx, ¡tiene razón! -Se puso de pie y levantó las manos pidiendo silencio. Cuando tuvo la atención de todos dijo-: Propongo una regencia. Todos estamos de acuerdo en que Thorbardin no necesita rey, pero debemos tener a alguien que pueda dirigirlo todo cuando

sea preciso. Un regente podría tener total autoridad para dirigir y dar órdenes y, sin embargo, no ser rey. Sería un jefe de jefes.

Los dirigentes consideraron la idea.

-¿En qué se basaría tal autoridad? -preguntó Talud Tolec.

-En la aprobación del consejo, -repuso Willen-. Aprobación dada de antemano para ciertas acciones en ciertas condiciones.

-No obstante, el problema continúa, -retumbó Vog Cara de Hierro-. Puede ser que llegue el día en que los daergars sigan a un theiwar o los theiwars a un daewar, pero ese día no ha llegado aún. ¿Por qué iba un daergar a seguir a uno que no es daergar, o un theiwar a alguien que no es theiwar?

-Porque seguirían a sus propios jefes, -dijo Willen-. Un regente no sólo representaría al consejo, sino a todos y cada uno de nosotros, los dirigentes.

-Los kiars siguieron a los hylars una vez, -comentó Pekka Trune-. No lo lamentamos. ¿Sería Willen Mazo de Hierro regente?

-No tengo el menor deseo de serlo. -El hylar sacudió la cabeza-. Olim Hebilla de Oro es el mayor aquí. Que sea él el regente.

-¡Ni hablar! -resopló Olim-. Vosotros sois jefes de vuestros clanes. Yo soy príncipe de mi pueblo. Si me convirtiera en regente, aunque lamento tener que admitirlo, los daewars podrían volverse realmente insufribles.

-Ya lo son, -rezongó un theiwar de la escolta.

-A mí no me miréis. -Talud Tolec se retiró de la mesa cuando las miradas se volvieron en su dirección-. No quiero ser regente. Ni siquiera quería ser cabecilla de los theiwars.

Vog Cara de Hierro se quitó la máscara metálica, y su zorruno rostro, enmarcado por el cabello entrecano, se arrugó en un gesto ceñudo.

-Rehúso que se me tome en consideración para ese puesto -declaró-. Soy daergar y jamás seré menos... ni más.

-Bueno, pues de esta mesa no nos levantamos hasta que alguien sea elegido regente, -resopló Olim.

-Por Reorx -rezongó Plumín-. Y yo que pensé que se me había ocurrido una buena idea.

El Pozo De Reorx

Willen Mazo de Hierro de los hylars, -muy en contra de su criterio-, fue nombrado regente de Thorbardin por cinco votos a uno. El único voto contrario fue el suyo propio. El argumento de Olim Hebilla de Oro fue determinante en la decisión de los dirigentes. Habiendo sido calnars en un tiempo, señaló el príncipe daewar, los hylars tenían la experiencia cultural del manejo y la defensa de una gran fortaleza enana. Thorbardin había sido su hogar. En segundo lugar, argumentó, habían sido los hylars los que consiguieron unir a los thanes bajo el Pacto de la Forja, y podía darse por supuesto que un pueblo que había creado un vínculo era el más indicado para mantener dicho vínculo. Y por último, señaló el astuto daewar, cuyos ojos relucían mientras sellaba la suerte de Willen, el hylar era el único clan de Thorbardin del que el resto de los clanes no tenían motivos ancestrales para odiarlo. Los hylars no llevaban en estas montañas el tiempo suficiente para haberse ganado enemistades y resentimientos. En consecuencia, proclamó, la única elección lógica para regente de Thorbardin era Willen Mazo de Hierro.

Hechas todas las consideraciones, Willen se tomó el resultado de la votación con bastante comedimiento. Fue de un lado a otro de la mesa echando pestes y acusando a sus colegas de

gobierno de todo, desde traición a complicidad, y después volvió a su asiento y golpeó el tablero con su fuerte puño.

-Si he de ser regente, -tronó mientras su mirada furibunda pasaba de un jefe a otro-, iniciaré mi mandato con algunos edictos.

Su primer decreto fue que cualquier enano que lo tratara o se dirigiera a él del modo en que uno trata o se dirige a un mandatario, que se preparara para enfrentarse a él en los fosos. No toleraría las pompas de la realeza más que cualquier otro enano en su sano juicio.

Su segundo decreto fue que la terminación de la Puerta Norte tenía prioridad extrema en Thorbardin y tendría que llevarse a cabo tan rápidamente como fuera humanamente, -o mejor dicho, enanamente-, posible.

Su tercera disposición fue que el antiguo túnel daewar, -la ruta original de exploración al reino subterráneo-, debía ser inspeccionado exhaustivamente, sus cierres reforzados y, si ello era posible, el extremo del exterior, situado ochenta kilómetros al norte de la primera madriguera, en la vertiente nororiental del pico Fin del Cielo, no sólo tendría que ser clausurado, sino borrado de la faz de la tierra para siempre. Para la lógica enana, el único túnel realmente impenetrable era el que no existía.

-Costó una década excavar ese túnel, -dijo Olim-. ¿Cómo propones hacerlo desaparecer en menos tiempo?

-Les daré a tus mejores excavadores una semana para que encuentren una respuesta a esa pregunta. -Willen miraba al daewar con ferocidad-. Si para entonces no la tienen, entonces, ¡por Reorx que ofreceré mi propia solución! -El nuevo regente se volvió hacia los otros jefes, su mirada pensativa y seria.

-Creo, por los informes que tenemos, que Thorbardin va a arrostrar graves peligros dentro de poco. Quiero un inventario de todos los efectivos y mecanismos de que disponemos para la defensa.

-Eso ya lo sabes, -señaló Talud Tolec-. Contamos con las tropas de la guarnición, con los guardias y con la Guardia Independiente.

-Sí, lo sé -asintió Willen-. Y tenemos las puertas; al menos, una de ellas. Y el Eco del Yunque detrás de cada entrada. Tenemos los agujeros de la muerte y los puestos de guardia. Todo ello tiene fines defensivos. Lo que quiero es un inventario de qué otras cosas disponemos que puedan utilizarse como armas si es preciso. En Thorbardin nuestro pueblo tenía un dicho: "Cuando hay enemigos, ten en cuenta la otra cara de tus herramientas". Significa que cada herramienta puede servir como arma si el que la maneja sabe cómo usarla. También quiero que el número de soldados de la guarnición se doble. Que se instalen puestos de señalización con bengalas y tambores cada kilómetro y medio en todas las cavernas, madrigueras y calzadas, para así no tener que depender de corredores y señales luminosas en caso de emergencia. Quiero adiestramiento diario en todas las unidades de combate y una unidad de reserva preparada para respaldar cada unidad regular.

Barek Piedra, capitán general del ejército, esbozó una fría sonrisa al oír las últimas instrucciones. Willen Mazo de Hierro hablaba su mismo lenguaje.

-Hicimos una buena elección, Olim, -susurró Talud Tolec al príncipe daewar-. Éste toma el mando cuando tiene que hacerlo, y sabe pensar como un guerrero.

Olim asintió con gesto abstraído y volvió a sumirse en sus enojosos pensamientos. No dejaba de preguntarse cómo podía nadie hacer desaparecer un túnel en un periquete, así, sin más, cuando construirlo les había costado diez años de esfuerzo a los mejores excavadores daewars.

Para cuando Megistal logró liberarse de sus ataduras y empezó a desatar a Sigamón, se encontraban solos en la meseta, encima de la Falla. Los enanos, -el llamado Damon y su compañero, así como la muchacha que se les había unido-, hacía mucho que se habían marchado.

Habían descendido por la cara de la Falla en dirección hacia el este, y se habían perdido entre las abruptas quebradas. Si Megistal hubiese podido realizar un conjuro de seguimiento mientras los tenía todavía a la vista, ahora sabría dónde se encontraban. Pero, con las manos atadas y la boca amordazada, no le había sido posible utilizar la magia corriente. En cuanto a la kender, acababa de marcharse hacia quién sabía dónde.

Sigamon se sentó, se quitó la mordaza de un tirón y se frotó las muñecas.

-Ese enano casi me mató -lloriqueó, quejumbroso-. ¿Por qué no acabaste con él?

-Estuve más cerca de morir que tú. -Megistal le dio la espalda-. Fascinante, -musitó para sí mismo-. Ese enano pudo resistir la magia realmente. Se debatió contra ella y sobrevivió. Jamás habría imaginado que alguien pudiera hacer algo así.

-Tozudez, -siseó Sigamon-. Orgullo y tozudez y... ¡y puro y simple egoísmo!

-¿Egoísmo? -Megistal lo miró, ceñudo.

-¡Egoísmo, sí! ¡La magia es importante! La canalización de los poderes mágicos, a través de las torres, es vital. Sin embargo, estos enanos tienen el descaro de anteponer sus propios intereses al bien común.

-Oh. -Megistal se encogió de hombros-. Bueno, ya no hay necesidad de preocuparse por la construcción de una Torre de la Alta Hechicería aquí. Sin la Piedra de los Tres colocada debajo de su punto central, la torre no respondería a sus ocupantes ni sabría cómo protegerse a sí misma. Sólo sería un edificio corriente, como cualquier otro. La Piedra de los Tres es la fuente de vida de una torre, y ahora ha desaparecido.

-Entonces tendremos que recuperarla, -dijo Sigamon con brusquedad-. ¿Adónde han ido con ella?

-Sabes tanto como yo, -replicó Megistal. Volvió a darle la espalda y de nuevo habló más para sí mismo que para el otro-. ¿Ese enano es un caso excepcional o todos ellos son resistentes a la magia? ¿Y de ser así, hasta qué punto lo son? Me gustaría realizar una investigación de esos enanos...

-¡Investigación! -se mofó Sigamon-. ¡Bien, pues, investiga, correa roja! Yo tengo mejores cosas que hacer. -Erguido sobre sus larguiruchas y torpes piernas, el de la túnica blanca cruzó los brazos sobre el pecho, inclinó la cabeza y entonó:- Degat tonin ot... -Vaciló e inhaló hondo-. Detesto este hechizo, -gimió-. Siempre me da náuseas. ¡Degat tonin ot tonosos! ¡Chapak!

En el punto donde estaba de pie, el aire fluctuó y, de repente, el mago desapareció. Megistal sacudió la cabeza. Para recurrir a un conjuro de transporte el hechicero tenía que estar realmente alterado, porque, dondequiera que estuviera ahora, se sentiría revuelto como consecuencia de él. Los conjuros de transporte afectaban incluso a los estómagos más fuertes, y el de Sigamon no lo era demasiado.

Mascullando para sus adentros, Megistal recogió unas cuantas provisiones, las guardó en una mochila y se encaminó al borde del precipicio. Hizo una pausa al percibir movimiento en la distancia, y conjuró un anillo visual. Cuando la imagen se hizo clara, el mago frunció el entrecejo. No eran los enanos. No había señales de ellos. La imagen del anillo visual sólo era un humano, un bárbaro de las llanuras de alguna clase, montado a caballo.

Al hechicero se le ocurrió que un corcel podía serle útil. Viajar a caballo era más rápido que hacerlo a pie y mucho más agradable que un conjuro de transporte. Despreocupadamente, el mago señaló con un dedo a la imagen del anillo y musitó un encantamiento. Los dos, caballo y hombre, parecieron quedarse petrificados en el sitio, sin moverse. Megistal cargó con la mochila y pisó fuera del borde del precipicio. Con un sencillo conjuro de levitación descendió hasta el fondo del risco y se encaminó al este, hacia donde su caballo lo aguardaba.

Que Sigamon y aquellos que venían siguiéndolos se preocuparan de la Piedra de los Tres y de la construcción de torres, decidió.

Ciertamente, ciento veinte hechiceros, -ciento veintiuno, contando a Sigamon-, bastarían para encontrar la piedra, recobrarla de los enanos y continuar con el proyecto. Megistal había

encontrado algo más interesante en lo que pensar. Quería observar con más detenimiento esta tierra de enanos y a sus habitantes. Había salido de la primera torre para emprender estudios superiores en las artes mágicas. Creía, -al igual que todos los que conocía-, que ninguna criatura sensible podía resistirse al poder de la magia sin utilizar magia para ello. Y, sin embargo, un enano acababa de hacerlo.

Cuando Megistal llegó al lugar donde el inmóvil jinete estaba sentado a lomos del petrificado caballo, el hechicero agitó una mano y musitó algo. El hombre fue levantado de la silla y dejado caer sin ceremonia alguna sobre el pedregoso suelo. Megistal se colocó junto al animal, se subió a la silla, y puso fin a su encantamiento de paralización. Al instante, el caballo avanzó un paso y después se giró a medias, mirando en derredor con desconcierto. Megistal aferró las riendas y, haciéndolo volver grupas, se dirigió al trote hacia el este. A su espalda, el hombre caído se incorporó a trompicones.

-¡Ladrón de caballos! -gritó al tiempo que colocaba una flecha en su arco.

-Deme tosis -musitó Megistal.

La flecha que se dirigía zumbando hacia él giró hacia un lado como si la hubiese desviado un escudo y se perdió entre los matorrales. El hechicero se giró en la silla de montar.

-¡Vete! -le gritó al hombre que corría hacia él. Pronunció otro conjuro y un árbol alto apareció de repente justo en el camino del hombre, que chocó contra él, salió rebotado hacia atrás, y quedó tendido en el suelo, despatarrado. El árbol se desvaneció, y Megistal azuzó con los talones a su montura. Mientras el corcel se lanzaba a un galope veloz que devoraba las distancias, Megistal se dijo:- En fin, la magia funcionó bien con él.

A su espalda, Quist Pluma Roja se puso de pie, limpiándose la sangre de la cara. Sus ojos, tan fríos y furibundos como nubes de invierno, siguieron al mago que se alejaba en la distancia.

-Un hechicero, -gruñó el cobar-. Un brujo cuatrero.

Se sacudió el polvo, recogió sus armas caídas y se volvió a mirar hacia el oeste, en la dirección hacia donde se dirigía anteriormente. Entonces, con un feroz gruñido, dio media vuelta hacia el este otra vez. Sus credenciales de Xak Tsaroth estaban ocultas entre la guarnición de la silla sobre la que ahora montaba el mago. Sin ellas, no podía llevar a cabo la misión que el Señor Supremo le había encomendado. A menos que pudiera recuperar el pequeño rollo de pergamino con su firma, su sello y su licencia de tránsito, no tenía sentido continuar el viaje.

Además, Quist Pluma Roja era un jinete. Era un jinete cobar. Y para un cobar era un insulto imperdonable que alguien le robara su caballo.

-Hechicero o no, -se dijo-, ese ladrón de la correa roja va a desear no haberme visto nunca.

Jamás alcanzaría al mago yendo a pie, lo sabía. Pero el lugar donde había encontrado el caballo no estaba lejos, y de donde venía ése, había otros dos. En todos sus años en territorios salvajes, Quist Pluma Roja no se había topado con nada ni con nadie al que no pudiera seguirle el rastro y alcanzarlo si montaba un buen caballo.

Dentro de la Puerta Sur, detrás del Eco del Yunque, el agujero de magma llamado Pozo de Reorx era el centro de una intensa y agitada actividad, como lo venía siendo desde su primer día de puesta en marcha, hacía varios años.

Aquí los enanos excavadores, siguiendo los planos proyectados por los hylars, habían abierto el agujero más profundo de todo Thorbardin. Desde el piso inferior del Atrio de Porticada, en el centro de una plaza en la que había grandes fundiciones y cientos de tiendas de metalúrgicos, puestos de comercio y un centenar de fábricas de distinta clase, el conducto descendía casi mil quinientos metros en vertical, un agujero circular de nueve metros de diámetro en su parte alta, y circundado, doscientos cincuenta metros más abajo, por una serie de cavernas laterales que albergaban inmensas fundiciones. En el fondo del conducto, a casi kilómetro y medio de profundidad, el reluciente magma burbujeaba. No era el magma natural que se había descubierto en

el viejo Thorin, sino un magma de fabricación enana, uno de los mayores logros de la ingeniería de esta raza en los últimos cien años. Al construir el pozo, los enanos de Thorbardin habían excavado hasta llegar a un estrato rocoso que, una vez prendido y fundido con un intenso calor, se sustentaría a sí mismo como magma durante extensos períodos.

La piedra apropiada había sido encontrada a mitad de camino en la perforación. Lo supieron por el gusto de la piedra, el sabor a fuegos latentes. No era magma, pero podía convertirse en magma... a diferencia del fallido Vergüenza de Reorx, en la Puerta Norte, donde este tipo de estratos no se encontró. Con gran cuidado y excelente artesanía, la sima fue encendida durante un período de tres años enfocando luz del sol directamente desde los conductos solares situados encima del gran Salón de Audiencias, a través de una serie de lentes de fabricación hylar. La más grande de estas lentes, un enorme cristal convexo llamado Templo de las Estrellas por el modo en que reflejaba el cielo nocturno, estaba directamente encima del pozo.

La repetición del encendido una vez al año era adecuada para mantener vivo el magma del fondo del conducto.

En cierto modo, el Pozo de Reorx era el corazón de Thorbardin. Proporcionaba energía a todas las grandes fundiciones que convertían el mineral, -el obtenido en las minas daergars y en el comercio con las órdenes humanas de Ergoth-, en metales en bruto con los que se fabricaban los productos de Thorbardin. Además, el Pozo de Reorx estaba comunicado con incontables túneles pequeños y conductos para llevar aire caliente a través del reino subterráneo.

Todas las ciudades de Thorbardin tenían una central térmica, y sólo una de ellas no estaba alimentada por el Pozo de Reorx. Únicamente la urbe hylar, Hybardin, suspendida sobre el centro del mar de Urkhan, no podía recibir calor del pozo. Se había empezado la construcción de un conducto principal que después se paró cuando los excavadores descubrieron que su ruta discurría peligrosamente cerca del fondo del mar de Urkhan. La central térmica hylar estaba basada en la radiación directa a través de los conductos solares de los picos del Buscador de Nubes, concentrada con espejos en los depósitos principales del Árbol de la Vida.

Un efecto secundario de esto, que algunos consideraban una bendición y otros un fastidio, se producía en el sistema de cañerías de Hybardin. Todas las ciudades de Thorbardin tenían un sistema de canalización de agua dirigido por los protectores de canales bajo la dirección de Talco Combahierro, el protector general de la red de canales de Thorbardin. Intrincados laberintos de acueductos, depósitos, pilones y conducciones perforadas proporcionaban agua limpia a todas partes de las ciudades. Pero, en Hybardin, el agua de las cañerías estaba siempre caliente.

Otros enanos de Thorbardin tenían que calentar el agua para bañarse. Los hylars tenían que enfriarla para beberla.

Además de prender las fundiciones y calentar las viviendas de Thorbardin, el Pozo de Reorx proporcionaba energía a las plataformas elevadoras situadas en los principales conductos verticales de transporte. Había plataformas elevadoras por todas partes en Thorbardin, pero la mayoría se accionaban manualmente, utilizando poleas y tornos. Cada elevador era una cadena sin fin de cable acodado que corría entre grandes poleas en un hueco vertical cerrado, con una puerta abierta en cada nivel de la ciudad donde prestaba servicio. Unas plataformas semejantes a estantes iban acopladas a los cables a intervalos de dos metros y medio, y cada una de ellas podía transportar nueve enanos o una carretilla de mineral. Cuando los elevadores estaban funcionando, si alguien deseaba ir de un nivel a otro sólo tenía que montarse en una de las plataformas mientras pasaba y después bajarse cuando llegaba al nivel al que quería ir.

Los principales conductos de transporte, sin embargo, eran demasiado grandes para moverse con tornos operados manualmente. Éstos operaban con fuerza de vapor, generada en las tinajas de agua, instaladas en el fondo de cada hueco, con el calor del Pozo de Reorx distribuido por las instalaciones a tal propósito y retenido con válvulas provistas de un mecanismo de muelles para la liberación de energía. La acción resultante, para cualquiera que no fuera enano, habría resultado aterradora. En cada puerta de cada elevador, -elevadores que triplicaban el tamaño de las

plataformas corrientes-, un suelo metálico aparecía por la parte inferior y se paraba en medio de traqueteos cuando los grandes muelles enroscados en las profundidades obligaban a las válvulas a cerrarse. Durante un minuto y medio, aproximadamente, la gran plataforma permanecía quieta mientras los que venían en ella se bajaban y los que esperaban fuera, montaban; entonces, cuando la presión del vapor bajo las válvulas subía al punto crítico, sonaba un silbato, la puerta se cerraba con un golpe seco, y la plataforma ascendía, rugiente, a gran velocidad para pararse de forma brusca en el siguiente nivel.

Las plataformas de bajada, que aparecían en las puertas situadas enfrente de las de subida, eran simplemente el otro lado de los elevadores en su curso de descenso de la gran cadena sin fin.

Para los enanos, era un sistema tremendamente práctico y lógico para transportar grandes grupos de gente u objetos pesados de uno a otro nivel. El hecho de que el estruendoso y brusco sistema de los elevadores accionados por vapor pudiera resultar mortal para cualquiera que entrara o saliera de una plataforma en el momento en que las válvulas soltaban la presión, no era algo que los preocupara. Los enanos, con su sentido práctico natural, simplemente no subían ni bajaban de una plataforma después de que el silbato hubiera sonado.

Con todos estos usos, el Pozo de Reorx era, en opinión de la mayoría, la mejor herramienta de Thorbardin. No obstante, ahora, cuando se conoció la orden de Willen Mazo de Hierro de tener en cuenta la otra cara de las herramientas, planteó un enigma. Talco Combahierro, el protector de la red de canales, fue el primero de los protectores en llegar al Templo de las Estrellas para estudiar el asunto, y paseaba alrededor del gran agujero, deteniéndose de vez en cuando para asomarse, precariamente, sobre la barandilla, cuando Cambit Vaina de Acero, protector de vías y calzadas, llegó y se reunió con él. En cuestión de minutos, los dos estaban paseando y rascándose la cabeza con expresión desconcertada. Carillón Lustre Brillante, protector del comercio, y Gema Manguito Azul, protector de la vigilancia, se les unieron, e incluso Bardion Cornisa, -quien, como protector de residuos y desechos, no tenía nada que ver con el gran pozo-, vino a observar.

El regente había ordenado que todas las herramientas de Thorbardin tuvieran un uso alternativo, -en caso de emergencia- como arma de defensa. Sin embargo, el Pozo de Reorx, la mayor herramienta de todas, no ofrecía tal uso, o al menos a ellos no se les ocurría la forma. Como un solo hombre, los protectores superiores de Thorbardin caminaron, se asomaron al agujero y reflexionaron. Gacho Soflama, amanuense del consejo de protectores, iba tras ellos con pizarra y buril. Pasado un rato, llegaron Bezel Cantazo, encargado de forjas, y Humo Piedra Caliza, maestro de minas.

-La teoría hylar está bien, -retumbó el supervisor daergar tras su máscara de hierro-. Todo lo que puede servir como herramienta debería servir también como arma. Pero ¿esto? No veo cómo.

-Tampoco yo, -admitió Bardion Cornisa-. Es un agujero. Cierto que tiene casi kilómetro y medio de profundidad y que en el fondo hay magma activo, pero sigue siendo un agujero.

-Aún así, es una herramienta, -insistió Bezel Cantazo-. Calienta las fundiciones, mueve los elevadores, y alimenta las centrales térmicas. ¿Qué es entonces, sino una herramienta?

-Una herramienta, sí -se mostró de acuerdo Cambit Vaina de Acero-, pero sigue siendo un simple agujero. ¿Cómo puede usarse un agujero como arma?

-De un modo muy efectivo, -dijo entonces Bardion Cornisa, con una mueca-, si podemos persuadir a nuestros enemigos para que salten dentro de él. Pero no me parece un plan práctico para una contingencia general.

Alrededor de la barandilla del pozo se había reunido un gentío, pero los que estaban por la parte exterior se volvieron y recularon cuando un nauseabundo olor se les metió en las narices.

-Con "premisio" -pidió una voz de timbre agudo.

Los protectores se volvieron. Justo detrás de ellos, veinte o más aghars, -los pequeños seres, burdos y torpes, más conocidos como enanos gullys-, se aproximaron a la barandilla. Más que un grupo de enanos gullys era un desparramo, los unos tropezando con los otros, dando trompicones

aquí y allí, pero arreglándoselas de algún modo para llevar entre todos, -más o menos recto-, un barril de cobre grande, abollado, abierto por la parte superior, y que apestaba de manera repulsiva.

El que iba a la cabeza, un hombrecillo andrajoso y desaliñado, de barba gris, llamado Fallo, era el Gran Opinante del clan aghar Bulp.

-Con "premisos" -repitió, esta vez con más urgencia-. Quitar "denmedio", por favor.

A medida que los protectores se apartaban, los enanos gullys acarrearón el repugnante recipiente hasta la barandilla y allí lo vaciaron en el Pozo de Reorx, estando a punto de dejar caer el barril en el proceso

-¡Eh, vosotros! -resopló Talco Combahierro-. ¿Qué estáis haciendo? ¿Qué era eso?

El pequeño Gran Opinante miró a su alrededor.

-¿Eh?

-¿Qué era lo que habéis tirado al pozo?

-Gran Bulp dice limpiar tanque de "cantarillas". -Fallo se encogió de hombros-. Ese caldo está en tanque.

-¿Por qué lo habéis tirado al Pozo de Reorx?

Fallo volvió a encogerse de hombros y miró fijamente a los enanos, mucho más grandes que él, que había a su alrededor.

-"Tinía..." -Tragó saliva y lo intentó de nuevo-. "Tiníamos quechar" en un sitio alguno.

-¡No en el Pozo de Reorx! -bramó Talco Combahierro-. ¡Los residuos del alcantarillado van a los pozos procesadores de basuras! Vosotros, los aghars, tenéis un pozo de desperdicios. ¿Por qué no lo echasteis allí?

-No usa pozo para caldo como éste ya, -explicó el pequeño Gran Opinante-. Sitio mucho bueno en caza de ratas para "suciar" con caldo de "cantarillas".

-¡Por Reorx! -Talco sacudió la cabeza-. Creía que lo había visto todo ya, pero... ¡esto!

Allá, muy abajo, las aguas residuales del alcantarillado aghar cayeron en el magma y empezaron a evaporarse con el calor. Un rugido distante arrancó ecos en el gran conducto, y una pequeña nube de vapores rancios flotó hacia arriba.

-Así que esto era lo que pasaba con nuestros conductos de calor, -rezongó Cambit Vaina de Acero-. Gris Bolen creía que había herrumbre en alguna parte del sistema.

-¡Voy a poner punto final a esto! -bramó Bardion Cornisa. Mirando ferozmente a Fallo, inquirió:- ¿Dónde está vuestro dirigente?

-¿Quién?

-¡Vuestro jefe! ¡El Gran Bulp! ¡Ese comoquiera que se llame!

-Ah, él. -Fallo se encogió de hombros-. Se llama "E'luno". Pero no "sabo" dónde está. Gran Bulp "piérdese" un montón.

Gema Manguito Azul había vuelto a la barandilla que rodeaba el Pozo de Reorx y se asomaba por el borde con gesto pensativo. Se le estaba empezando a ocurrir una idea sobre cómo podría utilizarse el pozo como un arma defensiva. pero, antes de exponerla en voz alta, decidió discutirla primero con Willen Mazo de Hierro.

La Formación De La Tormenta

En una abra retirada, al oeste de los picos del Trueno, mientras las lunas de Krynn salían sobre las llanuras de Ergoth por el este, se fueron congregando hechiceros. La luna blanca apareció primero, gélida y brillante sobre un horizonte negro como el ébano, y una larga hilera de figuras emergió de las sombras de una garganta de altas paredes. En fila india, descendieron por las rocosas vertientes y se reunieron en la pequeña abra, cada uno deteniéndose por turno para mirar al este,

hacia la luna saliente, y pronunciar suaves palabras de respeto. Todos eran humanos y varones, aunque formaban un grupo variopinto y nada parejo. Algunos vestían túnicas; otros, faldas montañesas y capas. Unos calzaban botas, y otros, sandalias. Algunos se tocaban con sombreros de distintos tipos, pero muchos llevaban la cabeza descubierta. Unos iban afeitados y otros lucían barba; algunos eran fornidos, y otros, delgados. Unos eran hombres de mediana edad, y otros parecían mucho mayores. Algunos llevaban cayados, y otros, simples palos; pero la mayoría no llevaba herramientas ni armas de ningún tipo.

El único rasgo predominante entre ellos era que muchos, si no la mayoría, tenían al menos una prenda de vestir de color blanco. Aunque las Órdenes de la Alta Hechicería todavía eran muy recientes, ya se estaba convirtiendo en una práctica de muchos de sus componentes el vestir de manera simbólica, cada cual del color de la luna que regía su correspondiente escuela de hechicería.

Cuarenta magos llegaron con la salida de la luna blanca, y uno de ellos los esperaba allí. Cuando todos los recién llegados hubieron terminado sus gestos de respeto hacia la luna saliente, se volvieron hacia el que los había convocado.

-Sigamon, -dijo uno-, ¿fuieste tú quien envió el conjuro de llamada?

-Sí, fui yo, Porcirin, -asintió Sigamon, la nariz arrugada en un gesto de desagrado. Nunca le había gustado la actitud oficiosa y arbitraria del mago de la ciudad oriental de Istar que se llamaba a sí mismo Porcirin el Puro. En cualquier situación, si se le daba la menor oportunidad, Porcirin trataría de ponerse al mando. Y cuando lo conseguía, en opinión de Sigamón, por lo general dirigía en dirección equivocada.

-Espero que tuvieras una buena razón, -dijo Porcirin con brusquedad-. Nos hemos desviado muchos kilómetros de nuestra ruta para acudir.

-¿Por qué no estás en el lugar de ubicación de la torre? -quiso saber algún otro-. Era tu tarea, y la de los otros dos, completar las pruebas de piedras y espejos y esperarnos allí.

-La torre corre peligro, -contestó Sigamon-. La Piedra de los Tres ha sido robada.

-¿Robada? -Los rostros se volvieron los unos hacia los otros, mirándose con incredulidad-. ¿Cómo pudo ser robada? -demandó alguien-. ¿Quién la cogió?

-Esperad a que lleguen los demás, -respondió Sigamon-. Contaré lo ocurrido una vez, cuando todos estén aquí.

Aguardaron, algunos sentados en el frío suelo, otros paseando impacientemente. Por el este, la luna blanca, Solinari, ascendía en el oscuro firmamento. Entonces, abajo y por el norte, pareció que las estrellas que brillaban en el horizonte desaparecían, seguidas por otras que había encima, y se formó un círculo de oscuridad en el cielo estrellado. En el abra, un hechicero señaló:

-Nuitari, -dijo.

Aparentemente más pequeña que Solinari, pero saliendo con mayor rapidez, la luna negra ascendió sobre el horizonte, y a través del abra unas sombras nocturnas se movieron a medida que salía gente de un valle alto. De nuevo, el grupo era de cuarenta hombres, de apariencia tan variada como los del primer grupo, pero coincidentes en el detalle de que la mayoría de ellos llevaba ropa oscura y alguna prenda, -sombrero, túnica, jubón o polainas-, de color negro.

Se acercaron al grupo que ya estaba allí y uno de ellos se adelantó. Era un hombre alto, esbelto, vestido con sombrero y capa oscuros, y unos ojos cínicos y crueles.

-Hermanos, -saludó, haciendo una ligera inclinación de cabeza.

Muchos de los magos de prendas blancas lo contemplaron con sorpresa.

-Kistilan, -murmuraron algunos-. ¿Qué hace ése aquí?

-Se nos ha convocado con una llamada, -dijo el de oscuro-. Aquí estamos, y más vale que haya una buena razón. No me gusta que me hagan perder el tiempo.

-Sigamon envió la llamada, -explicó Porcirin el Puro con gesto despectivo-. Dice que la Piedra de los Tres para la torre de las montañas ha desaparecido.

-¿Desaparecido? -siseó la figura del sombrero negro-. ¿Es que la ha perdido?

-Dice que fue robada, -comentó alguien.

El hechicero oscuro, Kistilan, giró bruscamente hacia Sigamon.

-¿Cómo es eso posible? -demandó-. ¿Quién la robó? -Luego giró sobre sí mismo, recorriendo el abra con la mirada-. ¿Eres el único de los probadores que está presente? ¿Y Tantas?

-Muerto, -respondió Sigamon fríamente.

Por el este, una débil luz rojiza asomó sobre el horizonte, y el borde de la roja Lunitari apareció. Por encima de una cresta que se alzaba sobre el abra llegó otra fila de cuarenta hombres, muchos de ellos luciendo algo rojo en su vestimenta. Cuando se acercaron a los magos congregados, uno de ellos demandó:

-¿Quién de vosotros nos ha convocado? Hemos caminado muchos kilómetros hoy, y no en la dirección correcta.

-Conque caminasteis, ¿no? -Sigamon se adelantó y miró ferozmente a los recién llegados-. Deberíais estar agradecidos por disfrutar de la comodidad de caminar. Yo vine con un conjuro de transporte, y todavía tengo revuelto el estómago.

Los de las prendas rojas que estaban más cerca lo miraron de hito en hito.

-¿Sigamon? -dijo uno de ellos-. ¿Qué haces tú aquí? ¿Por qué no estás en la Falla con Megistal y el jorobado? ¿Qué ha ocurrido?

-Megistal se ha marchado a estudiar a los enanos, -se mofó Sigamon-. Ni sé ni me importa dónde está. El jorobado, Tantas, ha muerto, asesinado por un enano. Y ese enano tiene la Piedra de los Tres. Sin ella, nuestra misión en estas tierras es inútil.

-¿Un enano? -Las voces se alzaron con incredulidad-. ¿Que un enano mató a Tantas? ¿Qué magia utilizó esa criatura?

-Un martillo. -Sigamon sacudió la cabeza-. Arrojó un martillo y mató a Tantas. Entonces me golpeó brutalmente sin motivo alguno y nos dejó a Megistal y a mí atados y amordazados mientras que él y sus cómplices se marchaban llevándose la piedra de la torre.

-¿Un enano? -repitieron al unísono una docena de voces.

-¿Qué cómplices tenía ese..., ese enano? -preguntó el de la capa negra, Kistilan, con sorna-. ¿Eran dragones? ¿O quizá un ejército de magos renegados? ¿Habías perdido tus poderes del mismo modo que tu razón, pálido conjurador?

Sigamon miró enfurecido a su escarnecedor antagonista y levantó una mano temblorosa. Un conjuro subió a sus labios, pero no lo pronunció. No era enemigo para Kistilan, y él lo sabía.

-¡Basta! -gritó uno de los magos rojos-. ¡Ya es suficiente! ¡Dejadlo los dos! Luchad después si lo deseáis, pero antes queremos enterarnos de lo ocurrido.

-Ojo con el tono que empleas, -susurró otro-. Ése es Kistilan. ¿Es que no lo conoces?

-¿Kistilan? -el de la túnica roja observó detenidamente al mago oscuro y bajó los ojos-. ¿Qué hace Kistilan aquí? -musitó.

-Lo que le apetezca, como siempre, -rezongó otro.

Durante unos largos segundos el silencio reinó en el abra; luego un mago rojo de edad levantó las manos en un gesto de tregua.

-Sigamon, dijiste que Megistal se marchó a estudiar a los enanos. ¿Por qué?

-Cree que pueden ser inmunes a la magia, -contestó el interpelado-. Es una estupidez, por supuesto, pero...

-Lamento que Megistal se haya marchado, -siseó Kistilan-. Una vez juró acabar conmigo y estaba ansioso por verlo morir en el intento. Su magia, desde luego, no tiene comparación con la mía. Pero, incluso con el poder más endeble... como por ejemplo el tuyo, Sigamon..., no entiendo cómo un simple enano pudo derrotaros.

-Era extraordinariamente tozudo. Además, nos hizo trampa. Se aprovechó de nuestra amabilidad con él.

-Entiendo. ¿Quiénes eran los que estaban con él?

-Otros enanos, -admitió Sigamon, que agachó los ojos con cortedad-. Otros dos enanos y una kender.

-Increíble, -rezongó alguien-. ¿No pudiste controlar a esos enanos con tus conjuros, Sigamon?

-¡Por supuesto que habría podido! Mi error fue intentar ser amable. El enano traicionó mi buena disposición.

-¿Y Tantas? -preguntó Kistilan-. No me imagino a Tantas coartado por la amabilidad.

-El enano lo cogió desprevenido.

-¿Y Megistal? Es un mago poderoso, o eso es lo que se comenta... aunque algún día le enseñaré lo que es verdadero poder.

-Megistal intentó utilizar ilusiones. El enano rehusó creerlas. Ya te lo he dicho: era una criatura extraordinariamente tozuda.

Sin acabar de dar crédito al informe de su colega, pero preocupados, ciento veinte hechiceros se agruparon en la oculta abra, a bastante altura en las montañas, para escuchar toda la historia y discutir qué hacer al respecto. Kistilan se mantuvo apartado, el rostro oculto por las sombras. Fuera cual fuera la verdad aquí, sabía que era lo que había estado esperando. Los enanos se habían enfrentado a las Órdenes de la Alta Hechicería. Si la Piedra de los Tres había sido robada, tendrían que recuperarla por cualquier medio que fuera necesario. Sólo existían siete de estos artefactos en todo el mundo, uno para cada una de las siete Torres de la Alta Hechicería que los Vástagos habían decretado.

Entre los hechiceros había algunos que sospechaban adónde podían haber llevado la piedra los enanos.

-Es una fortaleza, -dijo uno-. Está al norte de aquí, donde tres riscos coronan un poderoso pico.

-La montaña se llama Buscador de Nubes, -esclareció otro-. La gente de Ergoth habla de una fortaleza que los enanos han construido allí. Nadie sabe mucho sobre ella, salvo su nombre: Thorbardin.

En las sombras, Kistilan sonrió cruelmente mientras pensaba con rapidez. La fortaleza de los enanos... Era lo que más ambicionaba el Señor Supremo de Xak Tsaroth.

-Una fortaleza no es nada, -dijo el mago oscuro de manera despreocupada-. Si es allí donde está la Piedra de los Tres, entonces alguien debe ir y recobrarla.

-Eso es razonable, -se mostró de acuerdo Salanik, un mago rojo-. Sigamon, tú y los otros probadores viajasteis por esta tierra hasta llegar a la Falla. ¿Viste la fortaleza de los enanos?

-No. -Sigamon se encogió de hombros-. El territorio al norte de aquí está lleno de enanos. Pensamos que era mejor que no nos vieran, así que evitamos entrar en contacto con ellos.

-Entonces creo que deberíamos echar un vistazo a ese sitio. Puedo recrearlo si...

-No puedes recrear algo que no has visto, -protestó Sigamon-. Ni siquiera un seguidor de Lunitari puede realizar una visión ciega.

-...sí, -continuó Salanik-, tenemos un par de ojos para verlo.

Entre la muchedumbre de magos hubo mucho ruido de pies moviéndose con nerviosismo y los rostros se volvieron hacia otro lado. Nadie quería sufrir la incomodidad del transporte mágico. Entonces Kistilan se puso de pie.

-El que perdió la piedra es el que debería ir y mirar -proclamó. Con una mueca maligna, el mago negro se volvió a medias, musitó un rápido encantamiento y se giró del todo para señalar directamente a Sigamon-: ¡Chapak! -barbotó, completando el conjuro.

Sigamon abrió los ojos de par en par y alzó las manos.

-¡No! -chilló-. ¡Nooooo! -El grito se perdió en el silencio al tiempo que el mago desaparecía.

-Una elección tan buena como cualquiera, -comentó Salanik con indiferencia-. Echaos hacia atrás, todos vosotros. -Los hechiceros se retiraron, dejando un hueco despejado-. Vit vistis, obis ot Sigamon -entonó el mago rojo extendiendo los brazos. En el espacio desocupado apareció una luz, una burbuja de pálido fulgor que se volvió más fuerte y más sólida, y después se aclaró para

mostrar un panorama borroso, envuelto en sombras: una visión de un suelo pedregoso, alumbrado por las lunas, como si lo estuvieran mirando desde arriba... En el suelo había dos pies calzados con sandalias, sosteniendo unas piernas delgadas y torpes que asomaban hasta el borde chamuscado de lo que en tiempos había sido una túnica blanca. La escena se movió arriba y abajo, inestable, y todos los magos que observaban fruncieron el ceño.

-¿Es eso todo lo que puede ver? -protestó alguien-. ¿Qué está haciendo?

-Está vomitando. -Kistilan sonrió-. El conjuro de transporte le ha revuelto el estómago.

Impacientes, los ciento veinte esperaron mientras que la vista a través de los ojos de Sigamon oscilaba y fluctuaba. Entonces la visión cambió al alzarse, y en la burbuja visual las distancias crecieron: empinadas vertientes de una grandiosa montaña, bañada por las sombras a la luz de las lunas, ascendiendo hasta alcanzar una altura imponente. En lo alto de la cima, silueteados contra el cielo nocturno, había tres enormes pináculos naturales de roca, a cuyo pie se elevaban jirones y volutas de neblina.

-La montaña Buscador de Nubes, -explicó un hechicero ergothiano-. El lugar donde se encuentra la fortaleza enana llamada Thorbardin.

-No veo ninguna fortaleza, -dijo otro con impaciencia-. Sólo veo una montaña.

Eso era lo que todos veían: sólo una montaña. En su cara, a gran altura, había una cornisa amurallada, y detrás un óvalo metálico, pero nada que sugiriera la existencia de una fortaleza.

-Quizá está al otro lado, -sugirió el creador de la burbuja visual-. Kistilan, ¿podrías...?

-Por supuesto. -El hechicero oscuro se encogió de hombros-. Aunque no le va a gustar. La cara norte de esa montaña debe de estar a cuarenta kilómetros de distancia de donde se encuentra ahora. -Musitó un conjuro y la escena de la burbuja se volvió borrosa, fluctuó de manera nauseabunda, y se aclaró.

De nuevo estaban mirando el suelo, pero esta vez más de cerca, y las manos de Sigamon eran visibles. La escena se meció arriba y abajo y después se estabilizó cuando uno de los dedos de Sigamon escribió un mensaje en el polvo: Te odio por esto, Kistilan.

La vista en la burbuja cambió cuando el mareado hechicero se puso de pie y alzó los ojos hacia las vertientes septentrionales del Buscador de Nubes. La escena se movió hacia uno y otro lado, escudriñando las laderas, y entonces se detuvo en un lugar alto del pico, donde se divisaban luces de antorchas en una cornisa. La luz revelaba un gran portal ovalado de algún tipo, con un repecho ancho y amurallado delante. Unas figuras minúsculas se movían por los alrededores, deteniéndose aquí y allí, como si estuvieran escuchando algo. Y, aunque distante, los hechiceros reunidos oyeron el sonido de tambores retumbando en la noche.

-Toque de tambores, -dijo un ergothiano-. Los enanos se comunican con tambores. Algo los ha alarmado.

-Quizá han visto a Sigamon, -sugirió alguien-. Los enanos tienen centinelas apostados por todas partes en las montañas.

-No es probable, -dijo otro-. No hay más luz que la de las lunas, y Sigamon está en las sombras, muy por debajo de esas cornisas.

-Tengo entendido, -intervino el ergothiano-, que hay una tribu de enanos, los daergars, que ven en la oscuridad.

La vista en la burbuja pasó de un sitio a otro, como si el mago hubiera girado rápidamente sobre sí mismo para mirar a su espalda.

-¡Haz caso omiso de los enanos, Sigamon! -instó alguien con rudeza-. ¡Busca la fortaleza!

Obedientemente, los ojos volvieron hacia la montaña otra vez. Había muchas luces allí ahora, e hileras de antorchas en alguna otra parte de la vertiente. Pero en ninguna parte se veía algo que guardara semejanza con un castillo o unas almenas.

-¿Seguro que hay una fortaleza? -preguntó alguien-. No se ve nada.

-¡Necios! -barbotó Kistilan-. La estamos mirando en estos momentos. La propia montaña es la fortaleza. Esa abertura allí arriba es una puerta, como la que vimos en la cara sur, pero ésta está

abierta. Los enanos son mineros y cavadores. ¡Thorbardin está bajo la superficie, debajo del pico, no en la ladera!

-¿Qué abertura, ésa? -señaló alguien-. Sí, ésa y la que hay al otro lado, son puertas, entonces la dichosa fortaleza tiene que ser enorme.

"Enorme, -pensó Kistilan-, y valiosa." Se preguntó si la recompensa ofrecida por el Señor Supremo de Xak Tsaroth igualaría el tesoro que podría exigir quien tuviera esta fortaleza en su poder.

En la burbuja, la luz de antorchas perfilaba los salientes y las trochas de las laderas. Era como si cientos y cientos de enanos estuvieran saliendo de la montaña y descendieran apresuradamente hacia el valle que había abajo.

-Bueno, si es ahí donde está la Piedra de los Tres, enviemos a Sigamon a recuperarla, -sugirió Salanik-. Ya está allí.

Pero entonces la vista de la burbuja varió rápidamente, como si los ojos que la contemplaban se hubieran vuelto para mirar detrás. Una compañía de seres bajos y fornidos estaba allí; todos iban equipados con escudos y diversas armas. El que estaba más cerca se adelantó, gesticulando con actitud iracunda, y en la burbuja daba la impresión de no tener rostro, de ser sólo una máscara de metal sin rasgos, con una hendidura para los ojos.

La mano de Sigamon apareció en la burbuja visual, y se extendió hacia los enanos, con el índice señalándolos.

-Bien, pues, de ese puñado sí puede encargarse, -dijo alguien.

Del dedo salió una luz brillante, y una densa niebla de partículas de hielo se arremolinó en torno a los enanos, volviendo borrosas sus figuras.

-Una helada, -comentó un mago blanco-. Sigamon es muy adepto a ellas.

El hielo arremolinado se aclaró, y donde antes había enanos ahora sólo se veían bultos de sólido hielo.

-Se acabó -dijo un mago negro con despreocupación-. Envíalo ahora dentro a coger nuestra...

Uno de los bultos de hielo crujió y se movió. Después otro, y otro más. El hielo se resquebrajó y de los fragmentos salieron gateando enanos, retorciéndose de dolor pero empezando a ponerse de pie y a recuperar las armas caídas.

-¡Aún están vivos! -siseó un hechicero entre la multitud-. ¿Es que Sigamon ha perdido su poder?

El dedo del hechicero apuntó de nuevo, y unas rocas enormes parecieron caer desde arriba y desplomarse sobre los enanos agachados y doloridos. En un instante, todo el grupo estaba enterrado bajo una avalancha de piedras. Entonces, increíblemente, las rocas se movieron, algunas de ellas empezaron a desaparecer de la vista, y los enanos seguían allí. Muchos yacían inmóviles sobre el duro suelo, pero otros se movían y, mientras los hechiceros contemplaban la escena con fascinación, uno de ellos se puso de rodillas y después de pie. Sostenía un escudo de hierro ante sí, y una jabalina en la otra mano; la oscura hendidura de la máscara pareció arder con el odio.

El dedo estirado de Sigamon apuntó otra vez, pero en esta ocasión el enano actuó primero. Más deprisa de lo que parecía posible, dio un paso adelante, se agazapó y arrojó la jabalina de punta de hierro. En la lejana abra, los hechiceros dieron un respingo y se agacharon cuando el arma arrojada dio la impresión de volar directamente hacia todos y cada uno de ellos.

Entonces la burbuja osciló y desapareció. En el pasmado silencio del abra, alguien dijo:

-¡Lo ha matado! ¡Ese enano ha matado a Sigamon!

-¿Cómo es posible? -preguntó otro con voz trémula-. ¿Cómo es posible que ninguno de ellos siguiera vivo? Esa helada era suficiente para acabar con cualquiera de manera instantánea. Y después la avalancha de piedras...

-Recordad lo que nos contó -murmuró uno de los magos rojos-. Dijo que Megistal creía que un enano podía... resistir la magia de algún modo. Él y Megistal realizaron una ilusión con un enano, y el enano se negó a creer esa ilusión. Tozudo, es lo que dijo.

-¡Tonterías! -espetó Salanik-. Nadie puede resistir la magia salvo con magia.

-Para ir sobre seguro, -sugirió uno de los magos en la multitud-, quizá deberíamos desplazarnos todos para recuperar nuestro talismán. No entiendo lo que hemos presenciado, pero no debemos correr riesgos.

Kistilan se adelantó al centro de la muchedumbre.

-Estoy de acuerdo, -dijo-. Lo que hemos visto aconseja que seamos precavidos. Además, tomar la fortaleza de la montaña exigiría el empleo de una cantidad ingente de energías. ¿Para qué agotarnos cuando hay un modo mejor de hacerlo?

-¿Y cuál es ese modo mejor? -preguntó Salanik.

-La pura y simple fuerza de las armas, -contestó el hechicero oscuro-. Hay un ejército cerca de Xak Tsaroth. Mercenarios dispuestos a luchar. Que se encarguen ellos de estos enanos en nuestro lugar.

-Los mercenarios luchan por dinero, -le recordó un mago que vestía una falda montañesa blanca-. ¿Qué propones que hagamos para solucionar ese detalle?

Kistilan lanzó una mirada furibunda al hombre.

-Necio, -masculló. Puso rodilla en tierra, cogió una piedrecilla, y la sostuvo ante sí. De pronto, el guijarro se convirtió en una moneda reluciente. Kistilan movió un brazo haciendo un arco en el aire, como sin darle importancia, y todo a su alrededor, en el suelo, quedó alfrombrado de monedas.

-Yo me ocuparé de los mercenarios. Sé cómo manejarlos, -dijo-. El resto no tenéis más que seguirme.

Los tambores decían que el asesino de la niebla había atacado de nuevo, esta vez el pueblo neidar Tierras Altas, cerca del gran valle del Respiro. Los granjeros neidars estaban sobre aviso respecto al banco de niebla que se aproximaba, y la mayoría había abandonado el pueblo antes de la llegada de la bestia, pero algunos se habían quedado para luchar. Ésos estaban ahora muertos.

En Thorbardin, Cale Ojo Verde oyó el informe de la Puerta Norte y reunió a los neidars que estaban a su mando. Willen Mazo de Hierro conferenció con Barek Piedra y después asignó tres compañías de la guarnición de la Guardia Independiente para que acompañaran a los neidars. Irían hacia el norte, rodeando las laderas occidentales del Buscador de Nubes, para localizar el rastro de la bestia de la niebla y matarla.

Los tambores enviaron un mensaje a Mazo Puntal de Martillo, capitán de la Guardia Independiente, que se encontraba fuera con dos compañías, guardando la entrada del antiguo túnel daewar contra la amenaza de hechiceros hasta que fuera clausurado de manera permanente.

Si la criatura mantenía el rumbo, cabía la posibilidad de que las fuerzas de Cale Ojo Verde y las compañías de Mazo Puntal de Martillo la atraparan en medio, en algún punto entre el valle del Respiro y el Fin del Cielo.

A la luz de las lunas, la expedición se agrupó en la Puerta Norte, donde equipos de artesanos trabajaban sin descanso para terminar el montaje del gran portón. Armados y con actitud solemne, llevando antorchas, los enanos salieron en tropel por la Puerta Norte y descendieron por una serie de salientes escalonados que conducían hacia el valle sumido en sombras, donde los caballerizos neidars aguardaban con monturas ensilladas para los que fueran a ir cabalgando.

Cale Ojo Verde estaba a mitad de camino de los corrales cuando vio, en las laderas bajas que había detrás de los pastizales, un relumbrón de luz blanca que pareció crecer de la nada. Sólo lo vio durante un momento, y entonces desapareció. Pero un instante después hubo otro destello, más débil que el primero, y a su luz dio la impresión de que grandes rocas llovían del cielo y se iban

apilando en el suelo conforme caían. La luz se apagó y murmullos de sorpresa y preocupación corrieron a lo largo de la columna de enanos. Todos habían visto algo, pero ninguno sabía qué era.

-¿Podría ser la bestia? -preguntó alguien-. ¿Podría haber dado media vuelta... y recorrer toda esa distancia hasta aquí?

-No es la bestia, -aseguró Cale a los que tenía cerca-. No se mueve tan deprisa. Lo sé porque la he rastreado. Aún cuando hubiera dado media vuelta, sigue estando al norte del Fin del Cielo.

Al aproximarse a los corrales, la cabeza de las columnas se encontró con un grupo de vapuleados daergars que llevaban el cuerpo de un humano. El minero más adelantado levantó una mano al reconocer a Cale. Se quitó la máscara metálica; bajo ella, la sangre manchaba la barba del enano.

-Cale, -dijo-. Soy yo, Jedden Dos Filones.

-Te conozco, Jedden, -lo saludó el jefe neidar-. ¿Qué ha pasado?

-Este hombre, -señaló el daergar-, era un hechicero. Lo encontramos en las vertientes de allí. Le ordené que se marchara, pero realizó hechizos contra nosotros. Perdimos a siete de nuestra compañía. Algunos murieron a causa del hielo, y otros por la lluvia de rocas... o lo que parecía una lluvia de rocas, sólo que las rocas no llueven del cielo. Pero quizá a los que murieron no se les pasó eso por la cabeza.

A la luz de las antorchas, Cale miró el cadáver del hechicero y luego se volvió.

-Llévalo a la Puerta Norte, -ordenó-. Pero no lo metáis. Quién sabe lo que un hechicero es capaz de hacer... aún estando muerto. Avisad a Willen Mazo de Hierro y contadle lo ocurrido.

El daergar miró a espaldas de Cale, a los enanos montados en sus corceles, y a las compañías de infantería reunidas a su alrededor.

-Oímos los tambores. ¿Qué decían?

-Decían que la bestia de las nieblas ha atacado de nuevo, esta vez mucho más cerca, en alguna parte al norte del Fin del Cielo.

-¿Tenemos tropas allí?

-Mazo Puntal de Martillo está allí con dos compañías montadas. Quizá podamos atrapar a la bestia entre las dos fuerzas.

-Y si la atrapáis, -dijo el daergar frunciendo el ceño en un gesto sombrío-, ¿podréis matarla?

-Eso lo sabremos a no mucho tardar, -contestó Cale.

El Sabor De La Rabia

Mazo Puntal de Martillo oyó los tambores en la noche y envió ojeadores a observar un amplio perímetro en torno a la vertiente norte de la montaña Fin del Cielo. La bestia de la niebla había atacado de nuevo, esta vez en el valle del Respiro, a bastante distancia hacia el este de donde se habían producido sus primeros ataques en poblaciones enanas. Parecía estar moviéndose en un amplio arco, desde algún punto de las tierras salvajes occidentales hacia el mismo corazón del reino enano.

-Manteneos muy alerta, -instruyó a sus mejores ojeadores-. Sobre todo vigilad los pasos que bajan desde el valle del Respiro, justo al norte de aquí. Tal vez la bestia se esté dirigiendo hacia la Calzada del Tránsito.

-Sí -repuso un guardia de aspecto severo-. Pero, capitán, ¿qué es lo que buscamos? ¿Alguien ha visto a esa cosa?

-No exactamente. Pero sabemos que es grande, que camina sobre dos patas, no como una persona, sino más bien como un pavo, y que tiene alas para cortos planeos y una larga cola. Pero a

lo que hay que estar atento es a la niebla. La bestia siempre va envuelta en ella. Si veis un banco de bruma que se desplaza, informadlo.

A lo largo de toda esa noche y del día siguiente, los ojeadores permanecieron vigilantes en todos los riscos y peñascos en un radio de ocho kilómetros de la antigua ciudadela del Fin del Cielo, escudriñando la campiña. Era imposible verlo todo, dentro de cada paso y cada grieta. Bajo los afilados picos al este del valle del Respiro, el terreno era agreste y escabroso, surcado por un centenar de sombrías hendiduras y serpenteantes cañones a cada kilómetro de extensión. Pero los enanos inspeccionaron cuanto les fue posible, y no vieron nada.

Entre los miembros de la Guardia Independiente se hacían especulaciones. Si la bestia se dirigía, efectivamente, hacia el este, decían algunos, lo mejor sería apartarse de su camino y dejarla que siguiera adelante. En aquella dirección estaban los reinos humanos y la inmensa y bulliciosa urbe de Xak Tsaroth. Dicha ciudad, con su comercio esclavista, sus constantes intrigas y maquinaciones, sus lacayos montados dedicados al pillaje y al saqueo, sus pandilleros recaudadores de muy diversos impuestos, su hambre insaciable de riquezas, y la ambición de sus grandes señores, sólo había sido una fuente de problemas para los enanos de Kal-Thax hasta donde todos alcanzaban a recordar. Si la bestia de la niebla se dirigía a Xak Tsaroth, algunos se sentían inclinados a aclamarla a su paso.

Pero en su camino se encontraba la Calzada del Tránsito, hicieron notar otros. La gran calzada era el resultado de un solemne tratado entre Thorbardin y las órdenes de caballería de Ergoth meridional, y los enanos estaban comprometidos a defender a quienes viajaran por ella a través de su territorio, del mismo modo que los caballeros defendían a los que lo hacían a través de Ergoth.

Con el ocaso del segundo día, llegó el informe de los exploradores a Mazo Puntal de Martillo. Por el oeste había habido destellos, señales de espejos dobles con la última luz del día. Cale Ojo Verde y sus neidars, acompañados por tropas de la Guardia Independiente, se encontraban en posición, bajo la cresta del Lomo del Valle. La criatura había pasado por allí y ahora estaba en algún punto entre las dos fuerzas. Se pedía a Mazo que enviara tropas hacia el norte para interceptarla mientras Cale le cerraba el paso por detrás.

Entonces el sol se metió tras los picos occidentales y las señales terminaron. Pero, desde el sur, los tambores sonaron de nuevo. Hablaban de hechiceros humanos, y de amenaza a Thorbardin.

Era un dilema para Mazo Puntal de Martillo. Cale Ojo Verde lo necesitaba para que actuara como yunque para su martillo, para atacar a la bestia asesina. Sin embargo, la razón de que estuviera aquí era guardar el antiguo túnel contra los hechiceros, y ahora éstos se estaban agrupando.

-Tengo que dividir las tropas, -le dijo a Mica Escudo de Plata, su segundo al mando-. Toma dos tercios de nuestra fuerza, ve hacia el norte, y despliega a tus hombres en semicírculo. Con suerte, los neidars de Cale empujarán a la bestia hacia vuestra posición y podréis matarla.

-Con suerte y con la ayuda de Reorx, -añadió el guerrero de cabello rubio.

-No ataquéis con la máxima fuerza, -instruyó Mazo-. Cuando esa cosa se lance sobre vosotros, tanteadla con arremetidas y fintas. Cale cree que no puede moverse rápidamente. Si corréis peligro, retroceded despacio y dejad que ellos la ataquen desde atrás. Cale ha visto a la criatura y sabe más de ella que cualquiera de nosotros. Haced lo que él os diga.

-¿Y tú, capitán?

-Permaneceré de vigilancia aquí, con un centenar de soldados. El antiguo túnel tiene que estar protegido hasta que Willen Mazo de Hierro y los artesanos encuentren un modo de sellarlo para siempre.

Con el crepúsculo, los que iban a luchar contra la bestia se pusieron en marcha, en dirección norte.

-¡Que Reorx os acompañe! -les deseó Mazo mientras se alejaban. Después puso su atención en el centenar de soldados que se habían quedado y en la protección del túnel que había detrás de la antigua ciudadela.

La bestia llamada Furia estaba colérica. En un amplio valle había encontrado otro puñado de seres de sangre caliente y había atacado. Pero fueron pocos los que pudo matar. La mayoría había huido, corriendo por delante de ella y desperdigándose hasta desaparecer en la distancia. Los que se quedaron trataron, a su estilo patético y débil, de combatirla, y aquello había resultado divertido. Pero el entretenimiento había durado sólo unos cuantos minutos. Cuando todos estuvieron muertos y hechos trizas, ella había dado rienda suelta a su rabia destruyendo sus viviendas, sus rebaños espantados y sus otras posesiones, pero seguía siendo una diversión muy pequeña.

Rabiando e hirviendo de cólera, envuelta en la arremolinada niebla que el frío que emanaba de su interior generaba de forma constante, siguió su camino. El sol del día salió y se metió dos veces, y ella subió largas vertientes que conducían hacia los imponentes picos. Cruzó a través de un estrecho paso, en la oscuridad de la noche, y empezó a descender por la otra vertiente. Fue entonces cuando reparó en que había seres pequeños detrás de ella, siguiéndola. El instinto le aconsejaba que encontrara un agujero y esperara, que les pusiera una emboscada cuando pasaran por delante. Había muchos esta vez... muchos que morirían para su diversión. Pero al frente había otros, moviéndose para cortar el paso. Sabía que atacar a cualquiera de los dos grupos alertaría al otro, dándoles la ocasión de escapar, y ella los quería a todos.

En las laderas que había debajo del paso, la criatura se volvió y se dirigió hacia el sur, en un ángulo agudo con respecto a la dirección que llevaba antes. El criterio frío, instintivo, le decía que cuando los dos grupos de seres de sangre caliente, -el que la perseguía y el que intentaba interceptarla-, se encontraran, se unirían y todos actuarían como perseguidores. Irían tras ella, pero todos estarían juntos. Entonces podría emboscar al grupo completo. Que la siguieran todos, sí; entonces encontraría un agujero y esperaría al acecho. Podría matar hasta el último si conseguía atraerlos a su guarida.

Las sombras del crepúsculo se hicieron más densas mientras la bestia continuaba, presurosa, la marcha por las laderas. Aquí, extendió las anchas y atrofiadas alas para planear sobre un precipicio; allí, hizo un alto para esparcir unas rocas que le cerraban el paso, y lejos, tras de sí, notó que los dos grupos de sangre caliente se habían reunido y venían tras ella. Durante largas horas de la noche viajó tan deprisa como le era posible, buscando un sitio para ponerse al acecho, un sitio donde obstáculos naturales pudieran ocultar la niebla que siempre la rodeaba, hasta que los seres de sangre caliente se encontraran lo bastante cerca para atacarlos.

En las oscuras horas anteriores al alba, encontró el lugar. Donde los declives se apartaban, ondulantes, y un valle se abría al frente, la bestia alzó la cabeza por encima de la niebla y miró en derredor. Y allí, directamente delante, en la ladera de un alto pico que se alzaba por encima del extremo opuesto del valle, estaban las viejas y desmoronadas paredes de lo que antaño había sido una construcción. El instinto le advertía que había encontrado su guarida-trampa. Descendió planeando lo que quedaba de desnivel y sobrevoló la mayor parte del valle, con la niebla extendiéndose tras de ella como un largo y tenue jirón de nubes a la luz de las lunas. Cuando aterrizó, se encontraba directamente debajo de las viejas murallas de la ladera. Se encaminó hacia la construcción, las garras retumbando contra el suelo a medida que las poderosas patas la llevaban cuesta arriba, balanceándose con un ritmo semejante al de un pájaro, con su larga cola haciendo de contrapeso en el movimiento de vaivén.

Fue acercándose más y más al lugar y, de repente, unas rocas se precipitaron sobre ella. Allí arriba había más de los pequeños seres de sangre caliente, entre los muros envueltos en sombras. Oía sus gritos mientras las piedras lanzadas rebotaban contra su dura corteza y seguían rodando con estruendo cuesta abajo, tras ella.

Agachó la cabeza y vaciló, dejando que se formaran densos remolinos de niebla a su alrededor, y acto seguido se lanzó a la carga.

Al irrumpir entre los muros derruidos, fue recibida por una andanada de piedras lanzadas con hondas, y a continuación por otra andanada de objetos de madera y metal. La mayoría no le hizo daño alguno, pero unos cuantos la alcanzaron en el cuello y entonces sí sintió un dolor apagado e irritante. Recuerdos arcaicos acudieron a su memoria; recuerdos del tiempo antes de dormir, cuando aquellos a los que daba caza descubrieron que podían herirla si la alcanzaban en el cuello. No les había servido de nada. Sólo habían conseguido enfurecerla más, pero la bestia lo recordó e inclinó la testa, protegiéndose el cuello, que era su único punto vulnerable.

Los seres calientes bullían a su alrededor, arremetiéndole con espadas y martillos, borrosos en la niebla cada vez más densa, y ella respondió a sus ataques. Con garras y colmillos, alas y patas, y ondeante cola, descargó su furia en ellos, haciéndolos trizas, aplastando y machacando sus débiles cuerpos, matando y disfrutando en un éxtasis de furia.

Los había a docenas. Muchas docenas. Algunos se habían escapado en el tumulto, pero en lugar de huir sus ataques se recrudecieron, y ella siguió matando, matando y matando. Cuando un penetrante dolor la traspasó, comprendió que, de algún modo, uno de los pequeños seres había logrado situarse debajo de su cabeza y, arremetiéndole hacia arriba, había abierto un corte en su cuello. Sólo era una pequeña herida, pero la bestia rugió y retrocedió bruscamente, levantando la cabeza; luego se lanzó hacia abajo, a la caza del que le había hecho daño.

El pequeño ser hizo una finta y rodó sobre sí mismo, y las centelleantes garras se cerraron sobre otros dos que se habían adelantado para defender al caído. Con dientes y uñas los desgarró y los despedazó, y buscaba al otro cuando algo atrajo su mirada. Envuelto en profundas sombras, detrás de los viejos muros, había un agujero en la cara de la montaña, y tras él había un pasaje cegado.

Dando la espalda a la carnicería, Furia trotó hacia la oscuridad y miró la maciza obstrucción. Con el impulso de unos cuantos pasos, la embistió con un hombro y sintió cómo cedía un poco. Volvió a golpearla, una y otra vez, hasta que la derribó. El pasaje que había detrás era un enorme túnel que se perdía en la oscuridad. Rugió, y los retumbantes ecos le descubrieron que el túnel acababa a cierta distancia; o eso, o estaba obstruido. Pero no importaba. Los perseguidores estaban detrás y vendrían por ella. Los estaría esperando. Un pasaje como éste era el sitio perfecto para su emboscada. Que la siguieran aquí dentro, y no escaparía ni uno.

De vuelta en el exterior, entre los derruidos muros, Furia deambuló por el campo de batalla donde había llevado a cabo la matanza. Aquí y allí encontró alguno de los sangre caliente todavía vivo y lo aplastó. Después no quedó ninguno. Un centenar de cadáveres destrozados alfombraban el área, rodeados por los restos de sus patéticas armas y fragmentos de armadura aplastada. Se preguntó si habría alguno; desde luego, no más de uno o dos. Estos seres no habían intentado huir; le habían plantado cara y habían luchado. Incluso habían intentado contraatacar.

En la muralla exterior, se alzó sobre los remolinos de niebla y vio a una de las criaturas alejarse cojeando ladera abajo, hacia el valle. Habría ido tras ella, pero en el mismo momento vio movimiento al otro lado del valle.

Con un profundo gruñido, Furia se volvió y se dirigió hacia el agujero que había encontrado. Que se marchara el que cojeaba; sólo era uno. Ella esperaría a los que eran muchos. Chapoteando en los charcos de sangre de su campo de matanza, la enorme bestia hizo un alto aquí y allí para golpear y partir los silenciosos cuerpos de sus víctimas, manteniéndose agachada para que la niebla la ocultara, y las murallas ocultaran a su vez la niebla. Cuando su rabia quedó momentáneamente satisfecha, se deslizó hacia afuera y caminó en dirección este, permitiendo que la niebla fuera visible y dejando un rastro evidente. Luego, fuera del alcance de la vista del valle, trepó a las alturas, aprestó las cortas y atrofiadas alas, y descendió en un rápido planeo al punto del que había partido.

De nuevo tras las derruidas murallas, se deslizó en el agujero de la montaña. En la oscura profundidad del túnel, llegó a una segunda barricada. Un tapón de piedra cegaba el pasaje. Con cuidado esta vez, casi con mimo, lo aflojó, lo apartó, y pasó al otro lado; acto seguido se volvió para ponerse de nuevo en su sitio. Ahora podía esperar. Los pequeños seres vendrían; unos pocos explorarían y no encontrarían nada. pero finalmente todos acabarían por entrar. Entonces los tendría a su alcance. Agazapada en la oscuridad, tan paciente como el tiempo, Furia aguardó.

Mazo Puntal de Martillo se moría. Sabía que se estaba muriendo. Le faltaba el brazo izquierdo, arrancado hasta el codo de un mordisco, y todos sus intentos de atarse la herida para cortar la hemorragia habían sido vanos. La sangre, y con ella la vida, se le iba escapando. Además, tenía el pecho aplastado y los pulmones estaban llenos de líquido.

Aún así, siguió avanzando. El camino era cuesta abajo, y debía llegar tan lejos como le fuera posible para que la bestia de la ciudadela no viniera tras él y lo rematara. En alguna parte, ahí fuera, en el valle o más allá, estaban los restantes miembros de su Guardia Independiente así como Cale Ojo Verde con sus guardabosques neidars.

Se estaba muriendo. El mundo osciló ante sus ojos y el enano ya no pudo moverse más. No recordaba haber caído, pero estaba tirado en el suelo, tendido sobre una piedra en la ladera, por encima del valle. Desesperadamente, cerró los dedos como un cepo en torno al muñón de su brazo izquierdo y apretó hasta que el dolor le aclaró la vista. Para evitar desmayarse, golpeó con los talones en la roca, apretó los dientes e intentó silbar. El sonido que salió de sus labios tuvo poco de silbido. La sangre de sus destrozados pulmones lo ahogó y lo hizo toser, lo que provocó que expulsara más sangre. Se sentía como si lo estuvieran estrangulando.

La debilidad lo envolvió como una fría corriente de agua y el enano luchó contra ella valientemente. Intentó contar las lunas que se alzaban en el cielo, pero daban vueltas y brincaban, y perdió la cuenta. Oyó una voz y no supo si era la suya propia o la de otra persona.

-Reorx, dame fuerza, -susurró-. Reorx, no me dejes partir todavía. Everbardin puede esperar... un poco más.

Alguien estaba arrodillado a su lado. Había varios, y otros los rodeaban; formas oscuras, vigorosas, barbudas, iluminadas por las lunas. Alguien decía su nombre, y, de nuevo, Mazo se apretó el muñón del brazo hasta que el dolor le aclaró los ojos. Lentamente, reconoció a algunos de ellos. Mica Escudo de Plata estaba allí; y Brune Tamal; y... y muchos otros, apiñados en derredor. Y el que estaba arrodillado a su lado, acunando su cabeza en un brazo que sentía como cálido acero, era Cale Ojo Verde.

-Cale... -Mazo trató de hablar, pero fue interrumpido por una tos espasmódica que lo hizo empaparse en su propia sangre. Cuando las convulsiones pasaron, lo intentó de nuevo-. Cale, fue la bestia. Nos encontró... en la ciudadela. Todos los demás... los cien... están muertos.

-Guarda silencio, Mazo, -lo tranquilizó Cale-. Encontraremos a la bestia, te lo prometo.

-Cale, no podíamos hacerla. Nuestras espadas rebotaban en ella. Hasta que... Cale, se la puede herir. En el cuello. Le hice un corte, no muy grande, pero la herí. Arremete contra el cuello, Cale. Ahí se le puede hacer daño.

-Te he oído, Mazo. -La voz del neidar temblaba, y a la luz de las lunas brilló una lágrima deslizándose por su mejilla-. Lo recordaré.

-Cale...

-Sí, Mazo.

-Cale, mi esposa, y nuestros hijos...

-Nos ocuparemos de ellos, -prometió el neidar.

-Y, Cale, dile a Damon...

-¿Qué, Mazo?

-Dile..., dile que me he sentido orgulloso de ser su amigo.

Las últimas palabras fueron sólo un apagado murmullo, apenas audible. Después el capitán de la Guardia Independiente hizo una última y áspera inhalación y su cabeza cayó hacia un lado. Había muerto. Cale lo soltó suavemente sobre la ensangrentada roca y se puso de pie.

-Que informen los tambores, -dijo-. Mazo Puntal de Martillo ha muerto. Cien de los mejores han muerto, y la bestia sigue viva.

A su alrededor, una docena de encargados de enviar comunicaciones soltaron las correas de sus tambores y empezaron a entonar la cadencia que era, -al estilo de los enanos-, un mensaje y un lamento a la vez, un canto fúnebre por los respetados muertos.

-Everbardin, -susurró Cale-, acoge a esta alma... y a las otras... en tu seno.

Las primeras luces del alba teñían los picos cuando la llamada de los tambores transmitida en cadena llegó a oídos de Damon el Anunciado, al filo de las tierras salvajes, ciento cincuenta kilómetros al suroeste de la antigua ciudadela del Fin del Cielo.

Regresar desde la Falla hacia Thorbardin había sido un viaje largo y lento para el reducido grupo. Los dos, Damon y Marbete, sabían que los estaban siguiendo, y Marbete había visto a su perseguidor. Era el hechicero de la correa roja, el que había dicho llamarse Megistal. Tenía un caballo, -uno de sus propios corceles extraviados, creía Marbete-, y les seguía el rastro de cerca, deteniéndose de vez en cuando para hacer aparecer en el aire relucientes anillos, dentro de los cuales el mago escudriñaba detenidamente, como si buscara.

Retrocediendo sobre sus propios pasos, Marbete lo localizó y lo estuvo observando durante un rato, agazapándose y poniéndose fuera del alcance de la vista cada vez que el hombre hacía uno de sus encantamientos. De algún modo, supuso con su intuición theiwar, el mago sería capaz de localizarlos y encontrarlos si una de las veces podía descubrir exactamente dónde estaban. Así que se aseguraron de que no pudiera verlos. Avanzaron en zig-zag, desanduvieron sus pasos y se mantuvieron a cubierto. La muchacha einar, Sauce, acabó exasperada con ellos, pero descubrió que no servía de nada discutir.

La intención de Damon era desorientar al hombre lo bastante como para que cuando llegaran a territorio habitado sólo tuviera una idea aproximada de su dirección, no dónde se encontraban exactamente.

Damon había notado el enorme poder de la magia del hombre y no deseaba ser atrapado en campo abierto por algún encantamiento mágico cuya fuente ni siquiera pudiera ver y mucho menos combatir.

En consecuencia, mientras levantaban el campamento donde habían pasado la noche, en una zona de matorrales, a la vista de los campos de cultivo einars, el hechicero se encontraba a cierta distancia al sur de ellos, siguiendo un rastro falso que podría tenerlo ocupado todo el día. En la distancia, por el este, detrás de las tierras pobladas, se alzaban las macizas siluetas del Fin del Cielo, el Buscador de Nubes y los picos del Trueno. Con suerte, podrían estar a salvo en Thorbardin, -llevando la piedra de color cambiante que tanto valoraban los hechiceros-, antes de que el mago pudiera hacer nada al respecto.

Y fue entonces, justo al amanecer, cuando la llamada de los tambores llegó con el viento. Damon se puso de pie, ladeó la cabeza para escuchar, y entrecerró los ojos.

-¿Qué es? -demandó Sauce mientras cerraba un petate-. ¿Ha ocurrido algo?

-¡Chitón! -la acalló Damon, que seguía escuchando.

Marbete Salan, a unos metros de distancia, también escuchaba, pero parecía desconcertado. Entendía algo el lenguaje de los tambores, como había aprendido a hacer la mayoría de los enanos de Thorbardin, pero sólo un poco. Era muy complejo el contenido de los cantos de los tambores, sutilezas de tono y ritmo, cosas que sólo un hylar era capaz de descifrar realmente.

Al cabo de un momento, Damon se volvió y miró a los otros.

-La bestia de la niebla ha estado en el Fin del Cielo, -dijo-. Había guardias allí y los atacó.

Marbete sintió un escalofrío recorrerle la espina dorsal.

-¿Guardias? ¿Quiénes?

-La Guardia Independiente. -Damon bajó la vista-. Mazo Puntal de Martillo y cien soldados. Todos han muerto. La bestia los mató.

Marbete lo miraba con una expresión conmocionada en los ojos.

-Mazo..., mi capitán, ¿muerto?

-Todos ellos. -Damon asintió con la cabeza-. Esa bestia derribó la puerta del viejo túnel, pero ahora no saben dónde está. Corredores con antorchas llegaron hasta la segunda barrera y comprobaron que seguía en su sitio.

-Damon, esa cosa... -Empezó Marbete; luego respiró hondo para controlar la rabia que se iba acumulando en su interior-. Los hechiceros del farallón... hicieron algo. La despertaron, y ahora anda libre.

-Sí, los hechiceros. -Damon alzó los ojos y Sauce Nube de Estío dio un respingo al ver la expresión de su semblante. Incluso Marbete Salan se quedó mirándolo, sobresaltado. En los ojos entrecerrados del alto hylar ardía una cólera tan abrasadora como los fuegos de las forjas y al tiempo tan fría como el hielo. En noventa años, nadie había visto furioso a Damon el Anunciado. La gente había llegado a creer que el corpulento y afable hylar no tenía el frío acero de la ira dentro de sí, simplemente. Pero ahora una furia palpable, tan fuerte como los vientos invernales, parecía arder en sus ojos. Sauce retrocedió, los ojos desorbitados, y Marbete tuvo la impresión de estar mirando la más pura cólera.

-Vamos, -dijo Damon suavemente-. Se acabaron los juegos con el correa roja. Por su propio bien, más le vale que no nos encuentre antes de que lleguemos a casa. -Levantó la tapa de su bolsa del cinturón, sacó la Piedra de los Tres, y la contempló con una expresión gélida-. Esto es importante para los magos, ¿no? Bien, me parece estupendo, porque es algo que jamás tendrán mientras yo esté con vida.

-Hay otros hechiceros, Damon, -le recordó Marbete-. Si es tan importante, vendrán a buscarla. Vendrán a Thorbardin.

-Que vengan, -repuso Damon-. Que vean nuestras puertas... una vez, antes de morir.

Sauce todavía lo estaba mirando boquiabierto. En el camino, habían entrado en un terreno pantanoso de matorrales para recoger bayas, y ahora tenía el rostro pringado de barro, que se había sumado a las manchas de hollín y ceniza que ya llevaba cuando se habían conocido.

-¿De..., de verdad odias tanto a los humanos?

-¿A los humanos? -Él sacudió la cabeza-. No tengo nada contra los humanos, muchacha. No contra todos ellos, en cualquier caso. Pero tengo una cuenta pendiente que saldar con quienes son tan..., tan corruptos que practican la magia.

En unos matorrales cercanos algo se movió y una voz potente dijo:

-Al decir eso, enano, te has salvado de acabar con una flecha hincada en el corazón.

Giraron sobre sus talones, las armas prestas, al tiempo que un hombre alto, de aspecto fiero, salía a descubierto. Una flecha estaba encajada en el arco que sostenía en las manos, pero que ahora llevaba hacia abajo.

-Me llamo Quist Pluma Roja, -se presentó-, y también tengo una cuenta pendiente que saldar. En especial con ese practicante de magia al que habéis hecho ir dando vueltas tras vuestro rastro.

En lo alto, muy arriba, un ave volaba en círculo bajo el sol matinal, un ave mucho más grande de lo que habría supuesto alguien que la viera desde el suelo.

Graznido había observado la reunión de hechiceros en el abra situada entre los picos meridionales, y quería desentenderse de ellos. No se encontraban cerca de la Falla, ni cerca de las aguileras de las rapaces instaladas casi en las cumbres de las Cabezas de Yunque, y no eran de su

incumbencia. Con todo, la pequeña criatura que viajaba sobre su lomo insistió en que echaran otro vistazo, y ahora había atisbado a los tres enanos de la Falla, allá abajo, en el lejano suelo. En el lenguaje de trinos agudos, suplicó y rogó a Graznido que la llevara a tierra con ellos para poder contarles lo de los magos que se habían reunido en las montañas.

Por último, Graznido se ablandó. No, no la llevaría hasta donde estaban ellos. En esa zona había demasiados poblados, demasiadas probabilidades de ser descubiertos y desafiados por criaturas de su clase. Y los de la raza de Graznido habían descubierto mucho tiempo atrás que el mejor modo para las rapaces de tratar con ellas era evitarlas, simplemente. La gente no entendía a las aves gigantes, y casi todos los encuentros habían acarreado problemas.

Al frente, sin embargo, donde se alzaba una gran montaña contra el brillante cielo, había vastas zonas altas donde no se divisaban asentamientos. Los inmensos ojos de halcón recorrieron el paisaje en aquella zona. A gran altura del lomo del más cercano de los grandes picos, un valle profundo y cerrado parecía dar la bienvenida, un lugar donde incluso una rapaz podía aterrizar sin ser vista.

Graznido situó sus alas y se dirigió hacia el retirado punto de aterrizaje. Podía dejar a la kender allí, y ella se encargaría de llegar hasta los enanos.

El ave cayó en la cuenta de que quizá no volvería a ver a la pequeña criatura. Era el estilo de los kenders: ir y venir a su antojo. En muchos aspectos, sería un alivio el que la kender no regresara nunca a las Cabezas de Yunque. A menudo resultaba muy molesta.

Y, no obstante, la gran ave, -cuya especie era conocida como los señores de las cumbres por quienes conocían su existencia-, admitía para sus adentros que probablemente echaría de menos a Shillitec Medina Pieveloz cuando se hubiera marchado. Su vida aislada y tranquila de rapaz quizá le resultara un poquito aburrida después de haberse relacionado con una kender durante un tiempo.

La Explosión Del Hojalatero

Pozo Piedrarroja, jefe de excavaciones de los daewars, y Cambit Vaina de Acero, protector de vías y calzadas de Thorbardin, habían pasado en vela muchos días buscando un modo de clausurar de forma definitiva el antiguo túnel daewar a través del Fin del Cielo, pero habían sido incapaces de idear un plan que requiriera menos de cinco años de trabajo. Cosa sorprendente, fue el custodio de legajos, Plumín Cuño de Runa, quien sugirió la idea que el regente, Willen Mazo de Hierro, decidió poner en práctica.

El custodio de legajos se había invitado a sí mismo a cenar en los aposentos del regente con el pretexto de tomar nota de las proclamaciones de Willen Mazo de Hierro para que así pudieran ser copiadas y expuestas en todas las ciudades y mercados. De hecho, su visita estaba más motivada por Tera Sharn que por Willen. La esposa del regente, -y madre de Damon el Anunciado-, era una persona encantadora, cortés y sagaz, que tenía una gran intuición en asuntos que a veces desconcertaban a Plumín, y que además era hija del casi legendario Colin Diente de Piedra, primer dirigente de los hylars. Mucho del saber popular que Plumín había recopilado acerca de los orígenes de su propio pueblo ancestral, lo había obtenido durante sus charlas con Tera Sharn. Y, lo mejor de todo, Tera Sharn era una excelente cocinera.

Ahora, mientras Plumín tomaba asiento junto a Willen y a Cable Sendagrís, Primero de los Diez, a la mesa de tablonos en la nueva residencia del regente en Hybardin, recorrió la habitación con la mirada, pensativamente. Entre la mayoría de las otras razas de Krynn, daba por sentado el cronista, un gran dirigente viviría con lujo. Se decía que en la ciudad humana de Xak Tsaroth el palacio del Señor Supremo tenía un centenar de habitaciones, la mayoría de ellas tan grandes como salas de asambleas. Mercaderes elfos habían hablado de las altas y bellas torres del lejano

Silvanesti. Incluso entre los goblins, según había oído contar, allí donde se desarrollaba un asentamiento de sucias chozas y cuevas nocivas, los goblins de mayor rango siempre reclamaban una choza o cueva varias veces mayor que las que había a su alrededor.

Pero nunca había sido así entre los enanos, y los hylars no eran una excepción. Willen Mazo de Hierro era el respetado jefe de los hylars, y ahora también era el regente de todo Thorbardin, pero la vivienda que ocupaban su esposa y él consistía en cuatro habitaciones sencillas, ubicadas en la excavación superior en el interior de la estalactita llamada el Árbol de la Vida. Los tabiques estaban hechos con simples bloques de piedra, y las runas cruzadas de hylar y dirigente, talladas en la madera de la puerta principal, eran la única indicación de que alguien importante vivía allí. En tamaño y estilo de construcción, el hogar del jefe era muy semejante a cualquier otra casa de Hybardin. Los techos de piedra estaban enjalbegados, como casi todos los techos hylars, aunque los techos theiwars tendían a ser grises o pardos, y los daewars lucían un fárrago de colores fuertes e intrincados diseños. Las paredes estaban adornadas con sutiles y elegantes tapices elegidos por Tera Sharn, y los muebles eran sencillos, de buen gusto y sólidos. Además, cada habitación contaba con murales de lentes y espejos para distribuir la luz de los conductos solares.

En conjunto era una típica vivienda hylar y, -salvo por la variedad de gustos en decoración, colores y colocación de las cosas- típica de la mayoría de los hogares enanos en la mayoría de las ciudades enanas que Plumín había visto.

Lo que no era típico era el aroma que llegaba flotando de la habitación de al lado, donde Tera Sharn estaba cocinando la cena sobre un fogón de rejillas alimentado con relucientes brasas. Las aletas de la nariz de Plumín se contraían de gusto. El olor era rico y sutil, ligeramente reforzado con una mezcla de especias finas que los kiars producían en las cuevas de cultivo y de las compradas a los recolectores humanos de los reinos de las órdenes de Ergoth.

-Si alguna vez me caso, -comentó Plumín-, elegiré una esposa que sepa cocinar tan bien como mi señora Tera... si es que hay alguna otra que sepa. -Aspiró el tentador aroma, y su nariz se estremeció al recordar otras cosas mucho menos agradables que había olido recientemente.

Entonces Tera entró por el umbral arqueado, llevando una bandeja de cobre cargada con su creación culinaria y los ojos de Plumín se abrieron de par en par.

-¿Huevos? -Tragó saliva-. ¿Ésos son huevos?

-Por supuesto que son huevos. -Tera sonrió al custodio de legajos-. Recién recogidos de los nidos de palomas que hay sobre el Valle de los Thanés. Algunas de las mujeres los recogen allí y los venden en el mercado daewar.

-Pareces sorprendido, Plumín, -dijo Willen, que miraba con atención al cronista-. ¿No comes huevos?

-Por supuesto que sí -asintió Plumín, que se sintió como un necio-. Yo... disculpa mi distracción, lady Tera. Estaba pensando en huevos cuando los trajiste, pero en un contexto totalmente distinto.

-¿Qué contexto es ése? -preguntó Willen.

-Pensaba en ese viejo hojalatero, con sus mezclas repugnantes. El que no hace más que intentar encontrar combustible para las forjas de estaño y en lugar de ello corrompe el aire con el tufo a huevos podridos.

-Fardo Magnetita, -le recordó Cable Sendagrís-. Tampoco yo olvidaré ese olor fácilmente.

-O el ruido. -Plumín esbozó una mueca-. Sólo unos pocos cubos con..., con "materiales" e hizo que toda la cara norte del Buscador de Nubes se sacudiera.

-¡Eso es! -retumbó Willen-. ¡Por Reorx, creo que has dado con ello!

-¿A qué te refieres, querido? -preguntó Tera.

-Al antiguo túnel daewar, -contestó su marido-. ¡Herrín! ¡Se me tendría que haber ocurrido a mí!

-¿Ocurrido qué? -Plumín miraba a su dirigente de hito en hito.

-Ése es el problema de ser jefe de jefes, -proclamó Willen-. Cuando una persona tiene demasiadas cosas en la cabeza, no puede pensar en todas. Los hechiceros andando por las montañas a su capricho. Una cosa por ahí fuera que va matando gente por el puro placer de hacerlo... -Lanzó una mirada sombría a Cable-. ¿Se ha sabido algo de Cale o de la Guardia Independiente?

-Todavía nada. -El Primero de los Diez sacudió la cabeza.

-Y Damon anda ahí fuera, en alguna parte, sin considerar lo preocupada que está su madre...

-No estoy realmente preocupada por Damon, querido, -lo tranquilizó Tera-. Después de todo, es digno hijo de su padre. Puede cuidar de sí mismo.

-¡Estás medio enferma de preocupación! -increpó Willen.

-Bueno, desde luego aquí hay alguien que lo está -replicó su esposa.

-... además de procurar que la Puerta Norte entre en funcionamiento. Y luego está la idea de Gema Manguito Azul sobre la otra cara del Pozo de Reorx...

-¿Qué idea?

-Olvídalo. Todavía lo estoy pensando. En fin, que con todas estas cosas en la cabeza, además he estado preocupado con lo del viejo túnel daewar. Grana Piedra de Molino tiene razón, ¿sabéis? Es un punto débil en nuestras defensas. La magia podría infiltrarse en él. Pero no se me había ocurrido nada que hacer al respecto hasta ahora mismo, cuando Plumín ha sugerido la solución.

-¿Qué solución? -quiso saber el cronista, perplejo.

-Puede que funcione, -masculló Willen para sí mismo-. Cable, envía en mensaje a Olim Hebilla de Oro. Dile que le eche mano a su viejo hojalatero... ¿cómo se llama?

-¿Fardo Magnetita?

-Sí, él. Dile que traiga a Fardo Magnetita y a un equipo de cavadores y que se reúna conmigo en la Puerta Norte. Ah, y dile que traiga todos los cubos que pueda conseguir de ese "material" con el que el viejo juega.

-Sí. -El Primero de los Diez estaba ya de pie, su expresión desconcertada, pero dispuesto a obedecer. Willen echó su banqueta hacia atrás y se levantó; miró en derredor, buscando el yelmo, el escudo y el martillo.

-¡Willen! -instó Tera-. ¡Sea lo que sea, al menos podéis acabar de cenar!

-Oh, sí. -El jefe de jefes tomó asiento de nuevo-. Supongo que tienes razón. Plumín, pásame esos huevos. -A Cable le dijo-: Y tened preparados caballos al pie de la Puerta Norte, con carros y paquetes de provisiones. Tenemos un largo camino por delante.

-¿Adónde? -preguntó Plumín.

-¡Al Fin del Cielo! -barbotó Willen-. ¡Al viejo túnel! ¿De qué crees que estoy hablando todo el rato?

-Pues, la verdad, no lo tengo muy claro, -admitió el cronista.

-¡Willen, no puedes marcharte! -dijo Tera con severidad-. Ahora eres regente de Thorbardin, y no puedes salir en misiones en el exterior. Se te necesita aquí.

-¡Oh, herrín! -Willen se hundió en la banqueta al comprender que su mujer tenía razón-. La vida era mucho más sencilla cuando no era más que un soldado, -rezongó-, o incluso cuando era un simple jefe de clan. Y Olim tampoco puede ir porque está celebrando reuniones con los protectores. En fin... -Se volvió y miró fijamente a Plumín Cuño de Runa-. Puesto que la idea fue tuya, te nombro jefe del proyecto. Estás al mando; sugiero que partáis de inmediato. Hay más de ochenta kilómetros desde la Puerta Norte hasta la vieja ciudadela, y no tenemos tiempo que perder.

El cronista miraba a su líder con los ojos abiertos como platos.

-¿Qué se supone que tengo que hacer? -preguntó.

-¡Pues lo que has sugerido! Ir a la ciudadela y cegar el túnel de manera que ni siquiera la magia pueda penetrar en él. Hacer que desaparezca como si nunca hubiese existido. Borrarlo de la faz del mundo.

-Pero no sé...

-Tengo la corazonada de que tu idea funcionará muy bien. -Willen asintió con un vigoroso cabeceo-. Lo discutiremos mientras nos comemos los huevos.

Y así fue como, cuando los tambores informaron de la matanza de Mazo Puntal de Martillo y sus cien soldados en la antigua ciudadela que había delante del túnel daewar, Plumín Cuño de Runa, custodio de legajos, llevaba recorrido un buen trecho en su camino hacia ese lugar, a la cabeza de una extraña procesión. Además de los guardias y escoltas armados, su compañía contaba con docenas de cavadores daewars, con montones de herramientas apiladas en carretillas, tres carretas cargadas con tarros y barriles llenos de sustancias tales como cenizas de lejía, azufre en polvo, sales minerales, hollín compacto, grafito molido muy fino, y un viejo daewar de cabello blanco que iba montando guardia junto a una colección de tinas de mezcla, material de forja en seco y extrañas herramientas.

Viajaron en la noche bajo la luz de las lunas, tan deprisa como sus guías nocturnos daergars podían trotar, y, cuando el alba trajo el sonido de los tambores, se encontraban a bastante altura en las vertientes orientales del Fin del Cielo, dirigiéndose hacia las crestas nororientales, bordeando el enorme pico a lo lago de escarpadas sendas.

La luz del alba puso de manifiesto un panorama grandioso, de vastas distancias, con los promontorios menos importantes de la gigantesca montaña elevándose detrás de sus abras poco profundas, y tras ellos, a kilómetros de distancia y centenares de metros más abajo, la serpenteante cinta de la Calzada del Tránsito que subía desde el humano Ergoth hacia el Gran Cañón, donde el antiguo Kal-Thax empezaba. En la lejanía se divisaban los vastos y extensos llanos de Ergoth meridional, el reino de los humanos.

Pero esta mañana pocos entre los apresurados viajeros se pararon para maravillarse ante la vista. Los tambores les habían informado de la masacre de Mazo Puntal de Martillo y sus cien guardias, llevada a cabo por una criatura que parecía ser pura furia.

Plumín hizo que se adelantaran unos cuantos tambores para responder, para enterarse de quién se encontraba en la escena de la matanza y qué estaba pasando. Cale Ojo Verde y una fuerza de guardabosques neidars se encontraban allí, contestaron los tambores, junto con el resto de las compañías de la Guardia Independiente de Thorbardin. Sin cabecilla ahora, las compañías de Thorbardin se habían quedado con los neidars y esperaban órdenes.

¿Y dónde estaba la criatura, la bestia asesina?

No lo sabían, salvo que parecía haberse dirigido al este. Se habían encontrado huellas, pero todavía no se había seguido el rastro.

Plumín volvió presuroso a los carros, donde el viejo Fardo Magnetita guardaba sus barriles y barricadas arcanos.

-Ya puedes empezar a mezclar tus combinaciones, venerable anciano, -dijo-. Pronto habremos llegado donde las necesitaremos.

-¿Combinaciones? -resopló el hojalatero-. Combinaciones fallidas, hasta el momento. ¿Para qué sirve un combustible de forjas que se niega a arder de un modo civilizado? ¿Quién quiere un producto que lo único que hace es apestar y explotar? Puede que esta vez intente algo distinto.

-¡Al infierno con tu combustible para forjas! -barbotó Plumín-. Lo que queremos es exactamente lo que hiciste la última vez, en el exterior de la Puerta Norte. ¿Te acuerdas?

-¡Por supuesto que me acuerdo! ¿Crees que estoy senil? -El viejo enano ladeó la cabeza al tiempo que enarcaba una gruesa ceja-. ¿Para qué necesitas esa sustancia?

-No importa para qué la necesito, -replicó el cronista-. Mi trabajo es utilizarla, y el tuyo, hacerla. Tú asegúrate de que haces un montón.

Para cuando la caravana tuvo la antigua ciudadela al alcance de la vista, ladera abajo, en la loma de la gran montaña, el viejo Fardo Magnetita estaba muy ocupado removiendo con afán grandes tinas llenas de una sustancia gris negruzca de aspecto polvoriento, encima de la carreta en marcha, protestando y rezongando en voz baja.

-Éste no es el modo más adecuado de combinar una mezcla. Probablemente saldría mucho mejor si pudiera empapar todo esto para mezclarlo y después extenderlo en mesas de secar. De esa forma resultaría un compuesto mejor, con muchísimo más control de consistencia. Pero dice que lo haga como la última vez, así que lo hago como la última vez. Con prisas y sin limpieza. ¿A quién le importa? ¡Herrín y corrosión! ¡Estos jóvenes de hoy! No hacen más que meterte prisa y achucharte, y no tienen ni pizca de paciencia...

Mientras Plumín bajaba por la ladera para conferenciar con Cale Ojo Verde, los cavadores daewars se pusieron manos a la obra en lo alto de la vertiente, unos ochocientos metros por encima de la ciudadela abandonada que guardaba la boca del túnel daewar. Con cinceles y mazos, picos y palancas, palas y barrenas, empezaron a hacer un amplio y estrecho corte en la roca de la montaña, un corte en forma de cuña de unos doce metros de profundidad, por lo menos.

Y, mientras ellos trabajaban, Fardo Magnetita echaba pestes y rezongaba y mezclaba una tina tras otra de seco polvo gris negruzco compuesto con sales minerales recogidas por buscadores kiars, azufre de las excavaciones einars al norte de Roca Roja, y una mezcla de grafito molido de las minas daergars con polvo de hollín recogido en los escudos de los hornos theiwars.

Plumín Cuño de Runa deambulaba por los alrededores, en el campo de matanza de la bestia, siguiendo a Cale Ojo Verde. Los cuerpos, -y trozos de cuerpos-, de los guardias asesinados habían sido retirados para proceder a su entierro, pero había señales de la carnicería por doquier. Piezas de armaduras, armas y equipos rotos, jirones de ropas, y petates de campo destrozados aparecían esparcidos como desechos, y en todas partes, -en el suelo, en los muros, incluso en lo alto, donde las viejas vigas todavía sobresalían en los techos-, había sangre seca. Los cuerpos de varios caballos, que aún no se habían retirado, eran la muda evidencia de la espantosa furia de la criatura que los había matado. Estaban hechos pedazos, literalmente.

-¿Qué..., qué clase de bestia haría algo así? -preguntó Plumín sobrecogido y con el semblante demudado.

-Furia, -dijo el neidar-. Su nombre es Furia.

-¿Cómo lo sabes?

-No podría tener otro nombre, -respondió Cale fríamente.

En el destrozado cerramiento del viejo túnel, Plumín contempló fijamente el tapón de piedra roto y las profundas sombras que había detrás.

-¿Hizo esto?

-Es muy fuerte, -afirmó Cale-. Rompió el cerramiento y entró, pero después volvió a salir y se dirigió hacia el este. Tranquilízate, envié corredores con antorchas a inspeccionar el interior del pasaje, y el segundo tapón está intacto.

-Para que te fíes de los cerramientos inexpugnables. -Plumín sacudió la cabeza-. Por Reorx, espero que lo que hemos venido a hacer aquí funcione.

-¿Qué es exactamente lo que estáis haciendo? -Cale alzó la vista a lo alto de la ladera, donde la excavación iba progresando.

-Vamos a..., o al menos, esperamos que... Mira, preferiría no intentar explicártelo en este momento. Si funciona, te lo contaré después. Confórmate con saber que Willen Mazo de Hierro nos ordenó intentarlo, y eso es lo que estamos haciendo. Pero entre tanto, y en caso de que funcione, te sugeriría que tú y todos tus hombres os mantuvierais alejados hasta que hayamos terminado.

-¿Alejados? ¿A qué distancia?

-No lo sé. -Plumín se encogió de hombros-. Por cuestión de seguridad, yo diría que, al menos, kilómetro y medio.

-¿Kilómetro y medio? -El neidar lo miró boquiabierto, y luego se encogió de hombros-. Si tú lo dices... Pero avísame cuando hayáis terminado.

Plumín se atusó la barba mientras contemplaba la zona alta de la ladera con actitud pensativa.

-Oh, si funciona, lo sabréis, -dijo.

Los mejores cavadores del mundo conocido eran los daewars de Thorbardin, y el equipo que había ido con Plumín Cuño de Runa se encontraba entre los mejores de éstos. Antes de que el sol se situara sobre las Cabezas de Yunque en el oeste, la zanja estaba acabada. Era una especie de pilón con forma de "V", cortado directamente hacia abajo en la cara de la vertiente. Se extendía a través de la ladera trescientos metros y tenía quince metros de profundidad en la parte más honda, en el centro.

A lo largo del lado superior del corte, un centenar de enanos trabajaban con carretillas y palas, echando capa tras capa del producto que Fardo Magnetita había mezclado. El compuesto caía como una cascada de polvo negro sobre el fondo del pilón. Cuando se hubo echado todo dentro, el fondo del corte era un ancho paso de más de dos metros de profundidad. Según los cálculos de Fardo, habían depositado tres toneladas de la mezcla. Plumín era de la opinión que estaba más cerca de las cinco toneladas.

Cuando todo eso estuvo hecho, los obreros empujaron grandes trozos de piedra cortada hasta el pilón y los echaron dentro, enterrando la totalidad del material negro bajo cinco metros de cascotes, salvo un hueco central de metro y medio. Luego, con mucho cuidado, Plumín encendió una linterna montada en un soporte alargado de madera, como un brazo, la puso colgando sobre el centro descubierto del corte, y ató un lazo corredizo de cable fino alrededor del brazo del soporte. Como quien va pisando huevos, los enanos ascendieron a toda prisa la cuesta arriba, soltando cable a su paso tras de sí. Trescientos metros más arriba de la ladera, se quedaron sin cable.

-Esto tendrá que servir, -dijo Plumín.

Los cavadores y las cuadrillas de enanos buscaron refugio en cualquier sitio que pudiera proporcionarles protección, agazapándose tras peñascos y afloramientos rocosos, y aplastándose en agujeros poco profundos, en tanto que los guardias los rodeaban, sosteniendo los escudos sobre sí mismos y sobre los trabajadores.

Plumín miró de soslayo a Fardo Magnetita.

-¿Estás seguro de haber mezclado ese compuesto igual que la última vez?

-Por supuesto que sí -barbotó el viejo enano-. ¿Crees que no conozco mi oficio?

-Si tu oficio es hacer combustible para las forjas de estaño, entonces no estoy muy seguro, -admitió Plumín.

-Vale, no funcionó bien, -rezongó Fardo-. Pero al menos tendrás que reconocerme el mérito de ser constante.

-Bueno, supongo que estamos a punto de descubrirlo, -dijo el cronista. Musitando una plegaria a Reorx, recordándole que los enanos eran su mejor creación y por ende su pueblo elegido, Plumín tiró del cable. La larga línea rozó contra la inclinada vertiente, se puso tensa y Plumín tiró con más energía. Allá abajo, la brillante linterna brincó y se balanceó en su soporte. Después, de forma repentina, el brazo del soporte se soltó y la estructura se tambaleó. La linterna cayó en el agujero.

Durante un momento no ocurrió nada. Luego, con un estruendo semejante a todos los truenos juntos oídos hasta entonces, el corte en la cara de la montaña estalló, vomitando todo un muro de piedra, polvo y humo lanzado hacia el cielo, impulsado por un cegador estallido de luz. Los escombros volaron más y más arriba, alzándose hacia las esponjosas nubes que flotaban muy altas, impulsados hacia arriba por un gigantesco muro de fuego instantáneo. Las nubes que se alzaban captaron la última luz del día y se encendieron y cobraron vida con el brillante esplendor. La propia ladera de la montaña pareció estremecerse, y unos pequeños corrimientos de grava y polvo descendieron en remolinos a lo largo de casi dos kilómetros de la vertiente. El atronador estruendo quedó ahogado por un trueno más profundo y retumbante que fue aumentando de intensidad.

-¡Por los remaches rojos del Gran Reorx! -gritó alguien-. Plumín, ¿qué has hecho?

El muro de escombros tapaba todo el panorama desde el norte hasta el este y daba la impresión de seguir creciendo por momentos. Entonces un guijarro rebotó en el escudo de un guardia, y una piedra del tamaño de un puño se precipitó al suelo con un sonoro golpe, a un par de centímetros de la rodilla de Plumín. Cayeron más y más piedras, una violenta granizada de escombros que aporreó y machacó toda la vertiente. Y abajo, perdido entre el polvo y el humo, el ominoso bramido se volvió un ruido ensordecedor, como un continuo toque de tambores, que creció más y más.

Los minutos transcurrieron y todavía siguió cayendo piedra en la ladera del Fin del Cielo. Entonces el trueno de escombros que se desplomaban se fue apagando, y el ruido rugiente, constante, se oyó más lejano, alejándose en medio de retumbos, ladera abajo. Aquí y allí, los guardias ladearon los escudos, y los obreros se asomaron para contemplar la bruma de polvo que empezaba a aclarar a medida que los vientos de las capas altas descendían por la vertiente. El borde más próximo del gran corte cavado se hizo visible, pero detrás de él parecía que no había nada. Plumín Cuño de Runa y Fardo Magnetita salieron de sus escondrijos, echaron un vistazo a su alrededor, y luego empezaron a bajar por la ladera, seguidos por otros.

En el corte, pararon y se quedaron mirando como bobos. Donde antes había una limpia hendidura cortada a través de la ladera, ahora era una escarpa de doce metros de altura. Al pie de ésta, el terreno estaba alterado. Toda la vertiente de más abajo era un mar de grava y escombros, inclinado hacia la vieja ciudadela... o hacia donde tendría que haber estado la vieja ciudadela. Allí no se veía nada ahora. Una enorme avalancha había enterrado todo bajo millones de toneladas de escombros de piedra. Y en el aire de la tarde se alzaba con fuerza el pestilente olor a huevos podridos.

Con cuidado, descendieron por la nueva escarpa y se dirigieron hacia donde suponían era la altitud en la que había estado la ciudadela. No había nada. La avalancha causada por la mezcla de polvos de Fardo Magnetita se había llevado por delante todo lo que se alzaba en su camino y había enterrado el asentamiento por completo -de hecho, toda la ladera de la montaña-, entre quince y treinta metros de profundidad.

-Funcionó -dijo Plumín. De manera impulsiva, agarró a Fardo Magnetita por los hombros y empezó a bailar con el anciano haciéndole dar vueltas con entusiasmo-. ¡Funcionó! -gritó-. El antiguo túnel ha desaparecido. Como si nunca hubiera existido. ¡Nada, ni magia ni bestias ni ejércitos ni el paso de los siglos volverán a abrirlo! ¡El túnel ya no es un túnel! ¡Es un túnel que nunca lo fue!

-¡Suéltame! -gruñó Fardo mientras se separaba del cronista y lo miraba furibundo-. Por supuesto que funcionó. Yo mismo preparé el compuesto.

Una Extraña Alianza

La explosión de Fardo Magnetita, -o, como quedaría recogido en las crónicas de Thorbardin, la explosión de Plumín Cuño de Runa- cambió para siempre el perfil de las zonas bajas en las vertientes nororientales del pico Fin del Cielo. La piedra en capas de estratos se había desgajado de la cara de la montaña por la explosión, dejando un nuevo precipicio ennegrecido por el humo a lo largo del lomo más alejado, un precipicio que se iba estrechando hacia abajo al tiempo que se curvaba en torno a la vertiente. Abajo, había un nuevo rasgo que añadir; la gran avalancha había esparcido hacia abajo y hacia afuera los pesados escombros de una profunda pendiente, desplegando un abanico sobre la curvatura de la ladera, enterrando todo cuanto había encontrado a su paso. La vieja ciudadela, construida por los daewars en tiempos remotos, ya no existía. El túnel que había empezado allí, dirigiéndose a través del Fin del Cielo hasta donde ahora se encontraba

Thorbardin, estaba enterrado bajo ingentes masas de roca, coronadas por una gigantesca cornisa de granito que se había desprendido y se había desplomado junto con otros cascotes de menos importancia.

Todo el abanico de piedra caída se extendía casi dos kilómetros, y un terremoto secundario en el sureste había provocado otro desprendimiento sobre una profunda abra que casi había llegado al puente donde la Calzada del Tránsito cruzaba el Gran Cañón. El desprendimiento se había detenido justo cuando estaba a punto de destruir el puente.

Avalanchas secundarias por encima de la fractura principal, a gran altura en la cara del pico, habían abierto profundas grietas en la ladera, a cada lado de una prominencia natural, y habían desperdigado las rocas desprendidas, que rodaron y acabaron por formar dos acumulamientos gemelos más abajo.

A partir de entonces, la cara noreste del Fin del Cielo, -vista desde las tierras humanas al otro lado del Cañón más allá de las estribaciones, y, en un día claro, incluso desde tan lejos como estaba Xak Tsaroth-, semejaba el rostro de un enano gigante y feroz, de ojos hundidos y entrecerrados, cejas espesas, y una nariz roma por encima de una ancha boca, con las comisuras curvadas hacia abajo, y de la que arrancaba una espesa y ancha barba. El derrumbe secundario, al sur y al este por encima del puente, parecía incluso un grueso y poderoso puño levantado con gesto desafiante. Era una escultura que, aún habiéndose creado de manera accidental, sería considerada durante siglos la obra estatuaría más grande de todo el mundo.

Plumín Cuño de Runa estaba arrobado con el éxito de su arriesgada empresa, y la mayoría de los que estaban con él se quedaron aturdidos y conmocionados por lo ocurrido. Los de abajo, que habían esperado en el valle, sintieron una mezcla de emociones durante un rato. Las unidades de guardias pasaron gran parte de la noche recuperando los caballos que habían salido de estampida en todas direcciones, desbocados por la explosión, y una compañía de hoscos neidars se puso en marcha de inmediato rodeando las vertientes para ver qué daños podían haberse causado en la calzada y el puente. La mañana estaba avanzada cuando por fin todo el mundo estuvo reunido de nuevo.

-Tienes suerte de que ese desprendimiento se frenara antes de llegar al puente, -señaló Cale Ojo Verde al cronista-. Sospecho que los miembros del consejo de thanes en persona te habrían destripado y partido en cuartos si el puente se hubiera hundido.

-Supongo que empleamos más mezcla de la que realmente se necesitaba, -admitió Plumín-. Pero no me negarás el hecho de que nada ni nadie entrará en ese túnel otra vez. Haría falta un cataclismo para que se abriera.

En muchos kilómetros alrededor, la explosión tuvo distintas consecuencias. El fogonazo se vio desde tan lejos como los puestos fronterizos del Promontorio, al este de la Puerta Sur, donde una caravana de comerciantes enanos acababa de entregar un gran suministro de armas a unos mercaderes humanos. Era el mayor pedido encargado de una sola vez para la entrega de armamento cuyo destino estaba fuera de Kal-Thax. Miles de excelentes espadas de acero enano, escudos, yelmos, y diversos tipos de armas iban camino del este, hacia Ergoth. Su lugar de destino se había mantenido en secreto, incluso para los enanos. Con todo, el tercer lord Charon, en quien los enanos habían aprendido a confiar, le había dado su palabra a Olim Hebilla de Oro de que las armas no eran para ser utilizadas en ningún sentido contra Thorbardin.

Olim tenía sus propias ideas, sin embargo, respecto a quien quería las armas y por qué. El astuto daewar y sus espías comerciantes mantenían una estrecha vigilancia del mundo exterior. Incluso mejor que los errabundos neidars, Olim Hebilla de Oro sabía los altibajos en los reinos que había más allá de las tierras enanas.

-Sospecho que van a Xak Tsaroth, -le había dicho a Willen cuando se recibió el pedido de compra. -¿A los grandes señores?- Willen se puso ceñudo.

-No, pero sí quizá a los que están hartos de los grandes señores, -contestó Olim, esbozando una sonrisita torcida.

En la Puerta Norte de Thorbardin, la explosión se dejó sentir y se oyeron sus ecos, y se dobló el número de guardias a lo largo del Yunque del Eco.

En las vertientes occidentales de la montaña Buscador de Nubes, una pequeña criatura, la mitad de alta y apenas con la cuarta parte del peso de un enano varón, acababa de terminar la escalada de una gran pared para salir del hoyo donde el ave la había dejado. Le había costado casi todo el día trepar desde el fondo de lo que los enanos llamaban Valle de los Thanés hasta la cara de la montaña, y cuando las ondas de choque llegaron hasta ella desde ochenta kilómetros de distancia, la zarandearon y la hicieron perder el equilibrio, lanzándola de nuevo cuesta abajo, dando tumbos e intentando agarrarse, hasta casi la mitad de la altura que acababa de escalar. Se quedó colgada allí un rato, sosteniéndose en vilo en unos precarios asideros, y después tomó aire profundamente y parpadeó los grandes y brillantes ojos.

-¡Caray! -exclamó-. ¡Cómo me habría gustado ver lo que quiera que haya sido eso!

Sigilosos hechiceros, que avanzaban hacia Thorbardin desde el sureste, se zambulleron en busca de refugio cuando el cielo se iluminó por una explosión, y varios de ellos musitaron conjuros repentinos, no muy bien preparados. El consabido pandemónium fue intenso. Conjuros de protección chocaron contra otros conjuros de protección, y los hechiceros salieron lanzados por el aire en todas direcciones. Se prendieron fuegos aquí y allí; cayó lluvia en varios sitios; un torbellino pasó girando en medio del grupo; y un renuevo de un arbusto espinoso se convirtió en un nido de siseantes y retorcidas víboras.

Pasarían días antes de que los hechiceros se hubieran reorganizado y se hubieran librado de los efectos mágicos... y hubieran localizado y hecho volver a unos cuantos que, de manera inadvertida, se habían enviado a sí mismos a largos viajes.

En un claro, detrás de los campos de cultivo einars, al pie del Buscador de Nubes, tres pares de ojos se volvieron bruscamente hacia el norte cuando tuvo lugar la explosión. Uno de los pares de ojos era enano; los otros dos, humanos, y sólo se desviaron de manera momentánea antes de volver a los asuntos que tenían entre manos. Habían pasado todo el día aquí, en este claro; la situación pasaba por un compás de espera. Damon el Anunciado había marcado las pautas y después se había marchado hacia Thorbardin con Sauce Nube de Estío, llevándola casi a rastras.

Los que se quedaron eran el hosco guardia theiwar, Marbete Salan; el guerrero humano cobar, Quist Pluma Roja; y el hechicero de la correa roja, Megistal.

Damon les había dicho que esperaran hasta su regreso, y eso era lo que estaban haciendo, porque Marbete Salan así lo ordenaba.

El mago estaba protegido del cobar sólo por la circunstancia de que Quist Pluma Roja les había dado su palabra a los enanos de que -mientras Megistal se comportara como es debido-, no lo atravesaría con una flecha. El cobar, a su vez, estaba protegido de los conjuros del hechicero por el hecho de que al primer indicio de brujería, Marbete Salan había jurado solemnemente enterrar una pesada hacha en el cráneo del mago.

Y el theiwar estaba protegido de los dos humanos por el profundo antagonismo que había entre los dos, como así también por la curiosidad que sentían. Damon el Anunciado había insinuado a cada uno de los hombres que tenía algunas ideas que tal vez podrían ser beneficiosas para todos.

Era una extraña alianza, pero era la que Damon había decidido que quizá resultara productiva. Antes, sin embargo, tenía una piedra de muchos colores y una chica einar que llevar y

dejar a salvo en Thorbardin. Habían cogido los caballos de los humanos que, como Damon hizo notar sin rodeos, pertenecían a las manadas de Thorbardin y, por lo tanto, en ningún momento les habían pertenecido ni a uno ni a otro humano.

En la populosa ciudad de Xak Tsaroth, el estallido en el pico del Fin del Cielo se vio como un relámpago en la lejanía, y el retumbante sonido, -cuando llegó- fue como el de un trueno distante. Desde los suntuosos palacios de los grandes señores hasta las cárceles sucias y malolientes, desde los abarrotados mercados de ladrones hasta los barracones de lo alto de la muralla de los custodios de la ciudad; desde las chozas y cobertizos de los plebeyos a las lujosas guaridas de petimetres cortesanos y recaudadores de impuestos, la ciudad bullía aquella tarde con rumores y susurros. Había por todas partes compañías armadas de custodios, recorriendo las calles y callejones con antorchas encendidas y espadas en las manos, y en todas las posadas y tabernas la gente se reunió para hacer especulaciones en voz baja.

Darr Bolden estaba vivo, decían. Darr Bolden había escapado de los grandes señores y había vaciado las mazmorras donde muchos de sus seguidores estaban encarcelados. Darr Bolden, líder de la secreta Sociedad de Hombres Libres, estaba en alguna parte de Xak Tsaroth, y sus partidarios se estaban reuniendo con él a millares. Los Hombres Libres se estaban armando, y Darr Bolden había prometido más armas, una espada y un escudo para cada hombre dispuesto a seguirlo contra los grandes señores.

Dónde iba a conseguir esas armas, nadie lo sabía. Pero los rumores no cesaron. Darr Bolden había hecho lo imposible antes. Tal vez lo hiciera otra vez. Quizá -sólo quizá- los Hombres Libres lograran liberar Xak Tsaroth de la tiranía y la corrupción que pesaba sobre los ciudadanos desde hacía tanto tiempo.

Y hubo alguien más que oyó -y sintió- la explosión que cambió la apariencia del Fin del Cielo. Había esperado pacientemente, segura de que vendrían por ella las criaturas de sangre caliente que había fuera del túnel. Oculta tras la puerta de piedra reinstalada, esperó, lista para dar rienda suelta a su rabia y matar. Pero no vinieron. En lugar de ello, la montaña se sacudió y retumbó, y el túnel se llenó de polvo sofocante. Y cuando quiso ir a ver qué había pasado, se encontró con que no podía salir. Ni siquiera su fuerza descomunal podía hacer nada contra la masa de sólida piedra desprendida que cegaba el extremo final del túnel.

Durante un rato bramó y rugió, yendo de un lado a otro del oscuro pasaje en el que estaba atrapada. Ya otra vez, en tiempos remotos, había sido atrapada y enterrada por aquellos que la temían y la odiaban. Ahora había vuelto a pasar. Pero en esta ocasión no estaba congelada entre hielo. Estaba despierta y furiosa y preparada para contraatacar. Con una gélida cólera que llenó el túnel de espesas nieblas, penetró más profundamente en la montaña. Había encontrado dos sellos; quizá hubiera otros que pudiera romper. Tal vez este túnel tenía otra salida, en alguna parte. Y, si así era, puede que ellos estuvieran allí, esas patéticas criaturas que la habían atrapado. En tal caso, todos morirían de una forma horrible.

Ella se ocuparía de que así fuera. Ella era Furia, y no podían detenerla.

Cuando la explosión del Fin del Cielo tuvo lugar, Damon el Anunciado ya estaba en Thorbardin camino del Árbol de la Vida, con una seria y determinada Sauce siguiéndole los pasos. Había intentado librarse de ella varias veces, dejarla al cuidado de familias que se ocuparían de ella y le proporcionarían alojamiento y comida, pero la muchacha había rehusado. Con una cabezonería que incluso el más terco daergar habría admirado, se pegó a los talones del corpulento hylar y trotó

detrás de él al tiempo que sus ojos iban de un lado para otro, como saetas, contemplando boquiabierta las maravillas de este mundo subterráneo que nunca había visto.

Sabía lo de Thorbardin, por supuesto. Todos los einars lo sabían, y muchos habían visitado la fortaleza subterránea. Durante años, Sauce había oído relatos sobre la colosal empresa emprendida por la alianza de los thanes hylar, daewar, theiwar, daergar y kiar, las tribus a las que aquellos que vivían en la superficie estaban dando en llamar por el nombre colectivo de holgars, o enanos de la montaña, que construían ciudades enteras debajo de un gran pico. Pero oír las historias era una cosa, y ver el lugar con los propios ojos era otra muy distinta.

En toda su vida, pasada en la aldea Cañada del Viento, nunca había visto a tanta gente como estaba viendo ahora a cada mirada que echaba. Abarrotaban las vías y las plazas cientos, millares de atareados enanos de toda clase, edad y condición que iban de aquí para allí, haciendo esto o aquello. Los yunques repicaban, las forjas resoplaban, el golpeteo vibrante de las excavaciones parecía venir de todas partes, y el murmullo de centenares de voces; todo ello creaba una especie de zumbido constante. Se maravilló con los imponentes elevadores, que transportaban plataforma tras plataforma de enanos hacia arriba y hacia abajo por los conductos verticales. Se quedó boquiabierta ante una larga sarta de carretillas de tracción de cable, montadas sobre rieles, que desapareció en un túnel lateral que en sí mismo era más grande que lo que había sido todo el pueblo Cañada del Viento. Contempló, maravillada, a la gente que se paraba para beber de unos canalones de piedra montados en la pared por los que corría agua dulce, y las aletas de su nariz se agitaban con los deliciosos aromas que procedían de una panadería, donde docenas de enanos trabajaban en los hornos, dando vuelta a las grandes hogazas de pan de harina integral, mientras la gente hacía cola para comprar los panes todavía calientes y recién hechos.

Arriba, en los altos techos, vio los conductos solares de los que había oído hablar y se maravilló por los inmensos artefactos de cristal que acumulaban y distribuían la tenue luz de última hora de la tarde procedente del exterior. Se preguntó qué aspecto tendrían de día, cuando la luz del sol penetrara a través de ellos.

Y, cuando tuvo un primer atisbo del mar de Urkhan, se sintió tan deslumbrada que dejó caer su hacha. El arma tintineó en la suave piedra del pavimento, y la joven se agachó para recogerla; luego puso de nuevo su mirada en la maravilla que se extendía ante ella. Le habían contado que había un lago en Thorbardin, pero jamás había imaginado algo tan maravilloso como lo que ahora contemplaban sus ojos. Era un lago tan extenso que sus orillas opuestas se divisaban borrosas y distantes; las profundas aguas captaban toda la luz de arriba y la reflejaban hacia lo alto desde unas luminosas profundidades verdes. Era una vista magnífica, pero al parecer sólo servía como preparación para lo que le esperaba al visitante cuando sus ojos se encontraban con lo que se alzaba en el centro del lago. Allí, suspendida sobre las aguas, extendiéndose hacia el techo de la caverna, ochocientos metros más arriba, se hallaba la gigantesca estalactita llamada el Árbol de la Vida de Hylar. Piedra sólida, viva, que relucía con oscuros lustres que se reflejaban en las aguas que había debajo. Y, extendiéndose hacia afuera desde la "base", había atareados y bulliciosos muelles y embarcaderos que daban a las construcciones de Hybardin.

Sauce se detuvo y miró de hito en hito; luego se apresuró a alcanzar a Damon.

-¿Dónde vamos? -jadeó.

El enano bajó la vista hacia la muchacha y sacudió la cabeza como si se diera por vencido.

-Yo voy al Árbol de la Vida, -dijo-. Tengo cosas que hacer. ¿Por qué no te..., bueno, te tomas un respiro y echas un vistazo por los alrededores? O toma algo de comida. Hay un montón de sitios por aquí en los que se puede comer. No necesitas monedas. Di que eres mi invitada. Quizá encuentres un sitio agradable para dormir y empezar a conocer a algunas personas.

-Repito, -insistió-: ¿dónde vamos?

Damon sacudió la cabeza otra vez y señaló hacia el lago.

-Allí -contestó-. Es donde vivo.

-Hybardin, -dijo la muchacha, saboreando la palabra-. ¿Cómo llegaremos a ella?

-Por transbordador de cable, como todo el mundo.

El transbordador tenía nueve metros de eslora y lo manejaba un barquero theiwar. Contaba con grandes tornos a cada punta para tirar de los cables, y una plancha de abordaje que lo unía al muelle de madera que estaba más bajo. Sauce siguió a Damon a bordo, moviéndose con cuidado para eludir la multitud de enanos que ya habían embarcado. Casi todos eran hylars, y la totalidad eran varones, con sus barbas oscuras y peinadas hacia atrás como era su estilo, aunque entre ellos habían unos cuantos daewars rubios, así como theiwars de anchos hombros y dos o tres daergars enmascarados. Casi todos ellos vestían armadura, y todos parecían conocer a Damon. Varios lo saludaron con un ademán, otros le dijeron algunas palabras de bienvenida, y la mayoría se volvió, a continuación, a mirar a Sauce con desdén.

Mientras la muchacha pasaba ante una fila de bancos llenos, apenas alcanzó a escuchar un susurro que intercambiaron dos de los que estaban sentados:

-¿Dónde crees que la encontró Damon?

-No lo sé, pero si hay más como ella ahí fuera, pediré ir en la siguiente patrulla.

La muchacha sintió que el rubor le encendía las mejillas, pero mantuvo gacha la cabeza y siguió caminando hasta que Damon encontró un sitio para sentarse, casi en la proa del transbordador. El theiwar que manejaba el torno saludó al corpulento hylar con un cabeceo, sonrió a Sauce y anunció:

-¡Lleno!

La llamada se repitió en el otro extremo de la embarcación, alguien retiró la pasarela, y los tornos traquetearon a medida que el transbordador empezaba a desplazarse sobre las aguas tenuemente iluminadas del mar de Urkhan. Arriba, un conductor solar captó la última luz del ocaso y magnificó una estrella que apareció en su campo. Las olas chapoteaban contra los costados de la embarcación, y rociadas de espuma se alzaban ante su proa. Sauce se movió ligeramente y se acercó a Damon; después lo miró a la cara y frunció el ceño. Daba la impresión de que, momentáneamente, se encontrara muy lejos de allí. Y una gran tristeza le enturbiaba los ojos.

-¿Qué pasa? -preguntó Sauce. No hubo respuesta; él parecía no haberla oído. Tras un momento, el barquero theiwar se inclinó sobre la muchacha, se llevó una mano a los labios, y susurró:

-¿Es que no lo sabes, chica? Damon estuvo casado, hace mucho tiempo. Nuestros transbordadores no eran tan buenos en aquel entonces. Fue en este mismo recorrido en el que la embarcación volcó, y su esposa murió ahogada.

-¿Y dices que fue hace mucho tiempo? ¿Cuánto?

-Mucho, -repitió el theiwar-. Puede que cuarenta años o más.

-Sí. -La muchacha se volvió a mirar a Damon, que se dirigía hacia el elevador más próximo-. Sí, eso es mucho tiempo.

Fue una Sauce Nube de Estío silenciosa y taciturna la que siguió a Damon el Anunciado a tierra firme. Nunca había subido en un elevador y estuvo a punto de caerse cuando la plataforma en la que se encontraba arrancó bruscamente y ascendió al interior del Árbol de la Vida. Pero alguien la agarró y la sostuvo firmemente.

-Gracias, -dijo y se volvió para encontrarse con uno de los rostros más impresionantes que jamás había visto; era una hylar, con hebras de plata en su largo cabello, y de ojos pensativos, bien separados, que de algún modo le resultaron familiares.

-Cuesta un poco acostumbrarse a estos trastos, -dijo la mujer-. Me llamo Tera Sharn.

-Hola. Yo soy Sauce Nube de Estío, y... ésta es la primera vez que he venido a Thorbardin. Estoy con alguien, pero se me adelantó y va en la plataforma anterior. Vive aquí, ¿sabes? Se llama Damon. Damon el Anunciado.

-Por supuesto, -repuso Tera Sharn-. Me encontraba en Daebardin cuando oí decir que Damon había regresado. Y tú... -Miró a Sauce de arriba abajo, asintiendo con un gesto de aprobación-. Tú vienes con él.

-En realidad no fue idea suya, -admitió Sauce-. Creo que ha estado intentando librarse de mí, pero puedo ser muy cabezota si me lo propongo. -Miró a su alrededor con desconcierto cuando la plataforma se frenó en el siguiente nivel y se dispuso a bajar allí, pero la mujer la cogió del brazo.

-Aquí no, -le indicó-. Damon estará en el nivel superior. Te acompañaré.

-Gracias, -dijo otra vez Sauce-. No quiero perderlo de vista.

-¿Aunque él sí quiera perderte de vista a ti?

-Oh, no creo que quiera eso. Realmente no. Lo que sucede es que todavía no se ha dado cuenta de que no quiere, ¿sabes? Perderme de vista, quiero decir. Verás, él aún no ha caído en la cuenta, de modo que tengo que seguir a su lado hasta que lo haga. Darse cuenta, quiero decir. Reparar en mí.

-¿Damon no ha reparado en ti? -los ojos penetrantes de Tera se tornaron aún más pensativos.

-Oh, sabe quién soy. Después de todo, lo he estado siguiendo por territorio salvaje y también lo he ayudado a derrotar hechiceros. Pero no se ha fijado en mí. -Bajó la vista y sacudió la cabeza-. No tiene mucho sentido, ¿verdad?

-Oh, ya lo creo que sí -le aseguró Tera Sharn-. Damon puede ser un poco torpe a veces. En eso se parece a su padre.

-¿Es que lo conoces personalmente?

-Podría decirse que sí, querida. Soy su madre.

-¡Oh! -Sauce se tapó la boca con las manos-. ¡Oh, herrín! Lo siento. Quiero decir, que no debería haber dicho todas esas cosas sobre... sobre que él no se había fijado en mí.

-¿Por qué no? Estoy convencida de que es cierto. -La plataforma se detuvo otra vez, y otra, y por último llegó a un nivel en el que Tera Sharn bajó del elevador, tirando de Sauce tras de sí-. Ven conmigo, querida. Probablemente Damon está justo ahí delante, con su padre en nuestra casa. Pero entraremos por el otro lado y nos reuniremos con ellos dentro de poco.

Tera condujo a la muchacha girando en varias esquinas hasta llegar a otro corredor, y entraron por una sencilla puerta de madera que se cerró tras ellas. Al otro lado, había un umbral en arco y se oía el sonido de voces masculinas, pero Tera tiró de la chica a través de otra puerta y empezó a rebuscar en baúles y cajones. Pieza a pieza, fue sacando una preciosa falda montañesa con filigranas, una blusa de tejido de fabricación elfa, medias y flexibles botas, y un sencillo corpiño. Sauce abrió los ojos como platos ante las ricas texturas y sutiles tonalidades de las telas. Jamás había visto unas ropas tan bonitas.

Tera Sharn señaló hacia un canalón de pared, con una palangana y unos trozos de tela suave debajo.

-Lávate el polvo del camino, querida, -dijo-. Estas cosas son para ti. Puedes cambiarte detrás de esa cortina.

-¿Para mí? -Sauce miraba boquiabierta a la mujer-. ¿Por qué?

-Porque, debajo de toda esa mugre del viaje, hay una muchacha muy guapa, -repuso Tera-, y ya va siendo hora de que mi hijo se fije en ti.

Tera dejó sola a la muchacha para que se aseara y se cambiara, y entró en la estancia principal de la casa. Dio la bienvenida a su hijo y después se retiró un paso, mirándolo fijamente.

-Has cambiado, Damon, -dijo-. Hay algo en ti que...

-Ha tenido un encuentro con hechiceros, -explicó Willen con voz gélida-. El cambio que adviertes es la ira, y tiene motivo para estar furioso. Lo que estaban intentando hacer...

-No pueden hacer nada sin esto. -Damon alzó una piedra que parecía estar cambiando de color constantemente, de transparente a blanco, luego a tonalidades negras y después a tonos rojos-. Han venido a nuestra tierra para construir un edificio de hechicería. Pero sin esta piedra no pueden hacerlo.

-Entonces vendrán por ella, -afirmó Willen-. No se dan por vencidos tan fácilmente.

-Tendremos que pararle los pies, -se mostró de acuerdo Damon-. Pero se me ha ocurrido una idea sobre eso.

-Nuestro hijo está pensando en establecer un compromiso con un hechicero, -explicó Willen-. Tiene uno, más o menos cautivo, fuera de la fortaleza. Cree que puede llegar a un acuerdo.

-Lo que creo es que este hechicero en particular está más interesado en conocer a nuestro pueblo que en construir una torre -dijo Damon-. Creo que podemos hacer un trato.

-¿Piensas que nos ayudaría en contra de su propia gente? -inquirió Tera.

-Oh, no de un modo directo. Pero puede enseñarnos cosas que nos hace falta saber. Por ejemplo, lo que los magos tienen capacidad para hacer, y su forma de pensar. En unos pocos minutos de conversación he descubierto muchas más cosas sobre él de lo que el mago imagina. Me enteraré de muchas más cosas. Pero esto, -añadió mientras le tendía la piedra a Willen, -debe permanecer aquí, en Thorbardin. No deben recuperarlo nunca.

-Te prometo que no lo harán, -dijo su padre. Entonces sus ojos se abrieron de par en par cuando la puerta que había detrás de Damon se abrió y Sauce pasó a la sala-. ¡Bueno, hola! ¿Quién es ésta?

Damon se volvió y la boca se le quedó colgando. Por un instante, sólo fue capaz de mirar fijamente, y después consiguió tartamudear:

-¿Sa... Sauce? ¿E... eres tú?

-Es la primera vez que se ha fijado en ella de verdad, -le susurró Tera Sharn a su marido.

-La primera... -Willen volvió los ojos hacia Tera, pero enseguida dirigió de nuevo la mirada pasmada hacia Sauce-. ¡Por el trueno! ¿Es que este chico está ciego?

Enlazando su brazo con firmeza, Tera condujo al regente de Thorbardin fuera de la sala. Willen echó un vistazo por encima del hombro a los dos jóvenes, que seguían de pie en la habitación, mirándose el uno al otro, embobados.

-Me parece que tú tienes que ver algo en esto, -le dijo a su esposa en voz baja.

-Desde luego que sí. Cuando una persona encuentra a su pareja, más vale que se dé cuenta.

Brujería Y Tozudez

-La magia es tan real como las lunas de Krynn, -insistió Megistal al tiempo que señalaba el rutilante firmamento enmarcado por los imponentes muros del Valle de los Thanes-. La magia depende de las lunas, de hecho. Hay tres orientaciones de poder, del mismo modo que hay tres lunas. Vosotros, los enanos, sí creéis que hay tres lunas, ¿no es así?.

-Desde luego que sí. Las hemos visto.

Damon el Anunciado echó más combustible al fuego que ardía entre ellos y desvió la vista hacia el corpulento guerrero cobar, Quist Pluma Roja, que estaba asando un pichón ensartado en un espetón. Detrás, a cierta distancia, había otra lumbre donde una docena de voluntarios enanos guardaban una respetuosa distancia mientras preparaban su cena. Damon y Marbete habían traído a los humanos a este lugar, -la única zona de Thorbardin a cielo abierto-, por una buena razón. Con las salas de guardia fortificadas que conducían a las calzadas subterráneas de Thorbardin, cerradas desde dentro a cal y canto, al igual que el gran conducto ventilador, no había salida del Valle de los Thanes salvo un ascenso perpendicular. Marbete descolgó una escala de cable, y los humanos siguieron a Damon hasta el suelo del valle donde esperaban los doce voluntarios; después Marbete había retirado la escala. El hechicero tal vez pudiera salir de allí mediante un conjuro de levitación, pero ningún humano podía hacerlo escalando, simplemente.

Y, Damon estaba bastante seguro de que ninguno de los dos hombres intentaría huir. Tenían sus propios motivos para quedarse.

La fascinación de Megistal por los enanos y su tenaz resistencia a la magia era muy sincera y muy fuerte. El cobar, por otro lado, no tenía el menor interés en los enanos, pero le había jurado a Damon que ayudaría a vigilar a Megistal a cambio de un caballo.

Así que ahora estaban sentados en torno al fuego, en el suelo del Valle de los Thanés, y Quist Pluma Roja asaba pichones mientras el mago y el enano discutían sobre la magia.

-No habéis visto las tres lunas, -argumentó Megistal-. Habéis visto dos. La tercera es...

-Lo sé. -Damon hizo un ademán desdeñoso-. Es negra y no puede verse. Pero tenemos observadores del cielo, humano. Y tenemos lógica para darnos cuenta de que cuando un espacio negro cruza el firmamento de forma habitual, igual que lo hacen las lunas, entonces es que eso, también, tiene que ser una luna. Sí, las lunas son reales. ¡Pero la magia, no!

El semblante del hechicero se crispó con un gesto ceñudo, exasperado.

-¿Cómo puedes discutir la existencia de la magia, enano? La has visto. La has sentido. ¡La magia existe!

-No he dicho que no exista, -comentó Damon afablemente-. Sólo he dicho que no es real. ¿Has mirado alguna vez dentro de un espejo?

-¡Pues claro que sí! -barbotó Megistal-. ¿Y qué?

-¿Qué es lo que viste allí?

-A mí mismo.

-No, no es verdad. Sólo viste una imagen. ¿Crees que eras realmente tú, al otro lado del espejo, devolviéndote la mirada?

-Por supuesto que no, -dijo el mago-. Pero lo que vi era real.

-No lo era. Una imagen no es realidad. Sólo es una imagen.

-¡Una imagen real!

-Como magia real -reflexionó Damon, ocultando una sonrisa-. Sólo porque uno la ve no significa que esté ahí.

-¡Dioses! -Megistal se levantó bruscamente, dio una vuelta dando patadas al suelo y volvió a sentarse-. ¡Qué testarudo eres! ¿Adónde quieres ir a parar, qué intentas insinuar?

-Dijiste que querías probar la magia con los enanos. -Damon se encogió de hombros y se sirvió un trozo del pichón que Quist había cocinado mientras que el cobar ponía otro a asar.

-Sí, quiero saber por qué, y cómo, os las arregláis para resistir algunos conjuros muy poderosos, -repitió Megistal-. Pero ¿a qué vienen todas estas preguntas?

-Un justo intercambio, -contestó Damon-. Yo te ayudo a entender a los enanos, y tú me hablas de la magia. Podrías empezar por explicarme qué es exactamente la magia.

Megistal se rascó la cabeza.

-Eso es difícil, -repuso-. Es como intentar describir el color rojo a alguien que es ciego de nacimiento.

-Inténtalo, -instó Damon.

-Bueno... por ejemplo, tu amigo, el bárbaro, -dijo, señalando a Quist.

-¿Bárbaro? -gruñó Quist-. ¡Soy cobar!

-Vale, el cobar entonces. Pero, por ejemplo, es posible que pudiera no ser un humano en absoluto, sino alguna otra clase de criatura. Existe una realidad para cada posibilidad, y tal vez en alguna otra realidad el cobar es algo distinto, quizá... un lobo.

-No. No lo es. -Damon sacudió la cabeza-. No es un lobo. Es un hombre.

-Claro que lo es... en esta realidad. Pero hay muchas realidades, ¿sabes? La magia es el puente que las comunica entre sí. En otra realidad, este hombre podría ser un lobo. -Despreocupadamente, el hechicero movió un dedo y musitó un encantamiento. De pronto, donde Quist Pluma Roja estaba agachado en cuclillas, desplumando un pichón, pareció que había algo distinto. Una gran figura canina rielaba a su alrededor, los ojos ferales prendidos fijamente en el hechicero.

-¿Te das cuenta ahora? -dijo Megistal-. Ahora es un lobo.

-No, no lo es, -negó Damon.

Megistal señaló la visión junto al fuego.

-¿Es que no lo ves? ¡Mira! Eso no es un hombre. ¡Eso es un lobo!

-Veo un hombre, -se mantuvo firme Damon-. Hay una imagen de un lobo rodeándolo, pero él no es esa imagen.

-¿Cómo puedes ver un hombre ahí? -gritó Megistal-. ¡Yo no veo ningún hombre!

-Tú ves lo que quieres ver, -replicó el enano-. Y yo veo lo que hay ahí.

Con un feroz aullido, la figura lobuna tensó las patas para saltar sobre el mago, y Megistal siseó:

-¡Kapach!

No fue un lobo lo que saltó sobre el mago, sino un furioso guerrero cobar. Los dos rodaron por el suelo, apartándose de la lumbre, insultándose y golpeándose, y Damon tuvo que meterse entre ellos y separarlos gracias a la fuerza de sus brazos y a su determinación.

-¡Basta ya de tonterías! -gruñó.

Los humanos se pusieron de pie, mirándose ferozmente el uno al otro, y el enano se plantó entre ambos.

-¡Ya es suficiente! -repitió. Señaló la lumbre-. ¡Vosotros dos, sentaos!

Rezongando, Quist Pluma Roja volvió a su sitio y Megistal lo siguió.

-¿Lo ves? -dijo-. Era un lobo.

Damon se volvió hacia el cobar.

-¿Eras un lobo en ese momento?

-Sí -barbotó Quist-. Y, si vuelve a hacerme eso, lo mataré.

-Lo que yo decía, -Megistal extendió las manos-: en realidad era un lobo. Eso es la magia.

--No era un lobo, -reiteró el enano machaconamente-. Él y tú creísteis que lo era, pero no lo era.

-¡Dioses! -barbotó Megistal-. ¡Entonces, observa esto, enano! -Con ademanes irritados, se cruzó de brazos y se elevó un metro sobre el suelo, luego un metro más, y otro. Cuando estuvo a seis metros por encima de la lumbre, gritó:

-¡Mírame, enano! ¿Puedes verme?

-Con toda claridad.

-¿Dónde estoy?

-Justo ahí arriba, -señaló Damon con un dedo.

-¡Bien! Me ves donde estoy. Y dime, ¿cómo crees que he subido hasta aquí?

-¿Con magia?

-Exactamente. Ahora estamos llegando a alguna parte. Estás de acuerdo en que me encuentre aquí arriba, flotando en el aire.

-No, en realidad no estás. Sólo crees que estás.

Suavemente, Megistal descendió al suelo.

-¡Tozudez! -murmuró-. Pura y simple tozudez.

-¿Quieres probar otro conjuro conmigo? -preguntó Damon.

-Si me das permiso...

-Como te lo prometí -asintió el hylar-. Pero si duele mucho a lo mejor tengo que matarte.

-¡De eso nada! -protestó Quist Pluma Roja-. Cuando llegue ese momento, el mago es mío.

-Está bien, entonces será algo suave, -aceptó Megistal-. Haré que te entren picores. Eso es fácil; puedo lograrlo con los ojos cerrados.

-De acuerdo. -El enano se puso de pie, soltó la correa del escudo y lo sostuvo suelto a su lado.

-Haz que me entren picores manteniendo los ojos cerrados.

Megistal cerró los párpados, levantó las manos y musitó algo. Rápidamente, Damon levantó el escudo y le dio la vuelta. Oculto en su curvatura había un fino espejo hylar. El mago musitó el

encantamiento, señaló hacia el espejo y Damon dio de nuevo la vuelta al escudo y lo sostuvo a un costado, como lo tenía antes.

-Ahí tienes. -Megistal abrió los ojos-. Ahora, sabrás que... ¡Ooooh! -Abrió los ojos desmesuradamente y empezó a rascarse con frenesí-. ¿Qué..., qué has hecho?

-Sólo quería comprobar una cosa, -contestó Damon, sonriente-. Interesante.

Megistal se rascaba con tanta fuerza y tan deprisa que le costó un minuto anular el dichoso conjuro. Cuando lo hubo conseguido, suspiró. El cobar, sentado junto a la lumbre, reía a mandíbula batiente, falto de aliento.

-Bueno, vamos a ello, -dijo Damon-. Tengo los voluntarios que te prometí. Puedes probar tus conjuros en ellos siempre y cuando nadie salga herido sin su permiso. ¿Entendido?

-Entendido, -asintió Megistal, que todavía se preguntaba cómo se las había ingeniado el enano para hacer que el conjuro se volviera contra él.

Mientras las lunas ascendían por el cielo nocturno, bañando de suave luz el Valle de los Thanos, Megistal se dedicó a estudiar a los enanos, y Damon a estudiarlo a él.

Los voluntarios eran en su mayoría chicos jóvenes, lo bastante impulsivos y aventureros como para soportar de buen grado los suaves castigos e inconvenientes generales de estar sujetos a la magia. Entre ellos, sin embargo, sin que Megistal lo supiera, había dos personajes del reino enano. Damon no veía motivo para revelar al hechicero que uno de sus sujetos de prueba era Barek Piedra, el capitán general del ejército de Thorbardin, y el otro Gema Manguito Azul, protector de vigilancia y seguridad.

Las horas transcurrieron en el valle iluminado por las lunas mientras Megistal probaba conjuro tras conjuro en un enano tras otro, en tanto que Quist Pluma Roja observaba con fascinación y Damon el Anunciado hacía sugerencias.

Cuando Megistal pronunció las palabras "¡Hippochus bes! ¡Chapak!", Jira Sother, un joven theiwar de largos brazos, fue transformado, -a los ojos de los dos humanos-, en un caballo gris. Para los enanos, era como si la imagen de un caballo hubiera aparecido rodeando al theiwar, pero Jira estaba aún allí. Y, cuando Jira se volvió y se alejó unos pasos, la imagen se desvaneció. Volvía a ser él mismo.

-¡Fantástico! -murmuró Megistal-. ¡Eh, tú! Dime, ¿eras un caballo en ese momento?

Jira se volvió.

-No, pero estaba dentro de uno, y no me gustó.

Terrón Ojoscurio, un fornido joven de oscura ascendencia daergar, se adelantó y se encontró levitando a tres metros sobre el suelo.

-¿Estás flotando en el aire? -preguntó Megistal.

-Eso parece, -respondió Terrón-; pero, como eso es imposible, probablemente no lo esté.

Los dedos extendidos de Megistal empezaron a temblar y la frente se le perló de sudor. A despecho de todo el esfuerzo del hechicero, el enano empezó a descender.

-¡Quédate ahí arriba! -demandó Megistal.

-No estoy arriba, -respondió Terrón, que se iba hundiendo más y más-. Esto no es real.

-¿No puedes mantenerlo en el aire? -preguntó Damon.

-Se está volviendo muy pesado, -resopló Megistal-. Pero eso es imposible. Mientras está bajo este conjuro, no debería pesar nada en absoluto.

Damon se encogió de hombros.

-Terrón Ojoscurio pesa setenta y dos kilos.

De pronto, el daergar cayó a plomo los últimos noventa centímetros que lo separaban del suelo y aterrizó ágilmente.

Megistal sacudía la cabeza, resollando, sin aliento.

-No lo entiendo, -masculló, como si hablara consigo mismo. Se giró, señaló a otro voluntario y musitó unas palabras. El enano seleccionado se encontró cubierto de plumas de repente. Parecía un desdichado búho.

-¡Miradlo! -instó Megistal-. ¿Qué es lo que veis?

-Parece que tiene plumas, -dijo Damon.

-¿Tienes plumas? -preguntó el mago al enano.

-No, -le aseguró el interpelado-. Nunca las he tenido. Ahora mismo parece que las tengo, pero no es así.

-¡Dioses! -Megistal resopló al tiempo que sacudía la cabeza.

El enano que se adelantó entonces era mayor que la mayoría de los demás. Vestía una brillante armadura, y algunas hebras de plata se dejaban entrever en la oscura barba que enmarcaba unas mejillas llenas de arrugas, y unos fríos ojos bien separados.

Antes de que Megistal pudiera iniciar la salmodia, el recién llegado dijo:

-Basta de juegucitos, hechicero. Mátame, si puedes hacerlo.

Megistal enarcó las cejas y se giró hacia Damon.

-Te di mi palabra de que... -empezó.

-No importa, -contestó el hylar-. Haz lo que te dice. Mátalo, si puedes.

-¿Estás seguro?

Damon alzó los ojos hacia el mago y le sostuvo la mirada con un gesto de desafío.

-¿Y tú? -preguntó.

Megistal respiró profundamente.

-De acuerdo. -Musitó un conjuro, y una roca enorme, impulsada con fuerza, apareció encima del enano de la armadura y se precipitó sobre él. El enano apenas si tuvo tiempo de alzar el escudo para desviarla, y el impacto lo hizo hincarse de rodillas en el suelo. Pero la roca salió rebotada hacia un lado. El enano se puso de pie.

-Ningún hombre habría podido parar eso, -dijo Megistal, sin salir de su asombro-. ¡Esa roca tiene el tamaño de una tina de agua!

El enano de la armadura miró su escudo, examinó su superficie, y susurró algo al enano de barba rubia que estaba a su lado. El barbirrubio se adelantó un paso, tiró a un lado el escudo y se despojó de la armadura.

-Inténtalo conmigo, -demandó, mirando ferozmente al hechicero-. Mátame, si puedes.

-Mátalo, -secundó Damon el Anunciado-. Mátalo con ese hechizo, si puedes.

Megistal inhaló hondo otra vez, concentrándose en sus poderes, poniendo toda su voluntad en el conjuro. Esta vez no fue una roca, sino una gruesa saeta, como las disparadas por las balistas en los asedios. El astil de siete centímetros de ancho con su cabeza de cuatro filos pareció salir de la nada, volar veloz hacia el enano, y atravesarlo de parte a parte. Cayó de rodillas, jadeando.

-¡Ahí tenéis! -barbotó Megistal-. ¡Magia!

Por un momento, el empalado enano yació inerte. Entonces, se retorció, gimió y se sentó mientras se esforzaba por arrancar el astil de su pecho. La saeta empezó a tornarse transparente al tiempo que el enano tiraba de ella. Perdió consistencia, se encogió y por último desapareció. El enano se puso de pie, pálido y tembloroso, pero vivito y coleando.

-¿Te encuentras bien, Gema? -preguntó Damon.

-Por todas las llamas del infierno, eso me ha dolido, -le aseguró Gema Manguito Azul al hylar-. Ahí tenías razón, Damon. Pero me encuentro bien. Realmente no había nada.

Megistal los miró boquiabierto, primero a un enano y luego al otro. Quist Pluma Roja observaba fijamente al recientemente empalado enano con total incredulidad.

-Si hubiese creído que era una saeta real, ahora estaría muerto -le explicó Gema a Berek con voz tranquila.

-Y si yo hubiese creído que esa roca era del tamaño que parecía ser, estaría hecho papilla, -se mostró de acuerdo el capitán general-. Pero la piedra no era real y, sin embargo, me zarandé.

Damon el Anunciado miró al hechicero, con una expresión de profunda curiosidad en sus ojos entrecerrados. De algún modo, al enano le había parecido que, al menos en dos ocasiones, el mago se había retenido. Los encantamientos habían sido conjuros poderosos y fueron lanzados con

fuerza, pero Damon tenía la sensación de que algo más allá de los hechizos había sido contenido, o aplazado... algo contra lo que los enanos quizá no tuvieran defensa.

-¿Has tenido ya bastantes juegos por ahora? -preguntó Damon-. ¿Has descubierto lo que querías saber?

-He descubierto que no eres sólo tú el que puede resistir los conjuros, -contestó Megistal-. Al parecer ocurre con los enanos en general. Y he confirmado que el método de resistencia es una simple y obcecada negativa a creer. No os gusta la magia, así que simplemente... no la dejáis formar parte del concepto que tenéis del universo. Pero todavía ignoro cómo lo hacéis. Debe de haber algunas defensas naturales en vuestra raza. La magia es incontrovertible y tan cierta como las realidades alternativas.

-No existen realidades alternativas, -manifestó Damon, tajante.

-Dioses, -rezongó Megistal-. Tienes una mente tan abierta a las sugerencias como un trozo de basalto. Muy bien, supongo que he aprendido todo cuanto podía. Ahora, ¿qué es lo que queréis de mí?

-Oh, ya sabemos lo que queríamos, -le contestó Damon-. Salvo un detalle: en la magia ¿el poder está en la persona o en el propio conjuro?

-Eso no pienso decírtelo, -repuso Megistal con desconfianza-. Probablemente ya he revelado demasiado.

-Entonces supongo que tendré que descubrirlo por mí mismo. -Damon se encogió de hombros, señaló a Megistal y dijo:- Hippochus bes. ¡Chapak!

El hechicero se quedó boquiabierto; pero, cuando quiso cerrar la boca, ya no era la de un humano, sino el belfo de un caballo. Donde antes se encontraba Megistal ahora se erguía un corcel de capa rojiza, que sacudía las crines con desconcierto.

-El poder está en el hechizo, -determinó Damon-. Es lo que imaginaba. -Luego se dirigió al caballo, dentro del cual todavía seguía viendo al mago, y dijo:- No eres realmente un caballo, ¿sabes? Nunca lo has sido y nunca lo serás. -Se volvió hacia Quist Pluma Roja-. Te prometí una montura. ¿Quieres este caballo?

-¿Cuánto tiempo seguirá con esa forma? -preguntó el cobar, con los ojos desorbitados por la sorpresa.

-No tengo la más mínima idea, -admitió Damon-. Hasta que el conjuro se invierta, supongo. O hasta que el mago comprenda que la magia sólo es una mala costumbre. Cuando llegue a esa conclusión, dejará de ser un caballo. Claro que tampoco volverá a ser un hechicero.

Quist caminó alrededor del caballo rojo, examinándolo. Era un buen animal, grande, tan resistente y bien formado como cualquiera de los que había visto.

-Me llevo éste, -dijo mientras se volvía y descubría que él y el corcel estaban solos. En alguna parte, una puerta se cerró con un sonido metálico, pesado. Los enanos se habían marchado. Corrió hacia donde había oído el ruido y sólo encontró un montón de balas de paja y barriletes de agua. Miró en derredor al amplio y profundo vallecillo, con sus muros verticales, y farfulló todas y cada una de las maldiciones de la cultura cobar así como unas cuantas de otras tribus.

El enano había cumplido su palabra de proporcionarle un caballo. Tenía un caballo, siempre y cuando no volviera a convertirse en un hechicero, pero estaba prisionero aquí, en este valle, sin salida.

La intuición empezó a dirigir sus actos y el hombre volvió corriendo hacia la lumbre, donde había dejado el petate. Buscó en su interior. Las credenciales del Señor Supremo y la carta dirigida al monarca de Daltigoth habían desaparecido. Por lo visto, los enanos las habían descubierto. Sabían cuál era su misión. Y lo habían hecho prisionero.

Entonces acudió de nuevo a su mente el extraño comentario que Damon el Anunciado le había hecho: "Si nos ayudas con nuestros problemas, tal vez podamos ayudarte a resolver los tuyos".

Pero ¿qué podían saber ellos de la naturaleza de su problema, de su familia retenida como rehén en Xak Tsaroth para asegurar su regreso, de la crueldad del Señor Supremo...?

Algo le dio un suave golpe por detrás. El caballo estaba allí, apretando el hocico contra su hombro, esperando que lo rascara. El cobar lo miró pensativamente.

-Bueno, -dijo-, yo, por lo menos, creo en tu magia aunque te odie por ello. Te vi transformarte en caballo, y, diga lo que diga el enano, para mí eres un verdadero caballo. - Despreocupadamente, pasó su fuerte mano por el hocico del animal y lo rascó entre las orejas-. Eso es todo lo que eres ahora, -añadió-: sólo un caballo.

Dentro de Thorbardin, Damon el Anunciado, Barek Piedra y Gema Manguito Azul compararon notas mientras volvían presurosos hacia el Gran Salón, donde el regente y los dirigentes estaban aguardando.

-Hemos descubierto que la magia puede hacernos daño, -admitió Gema Manguito Azul-. Tiene un gran poder.

-Pero su poder no es absoluto, -intervino Barek-. Me pregunto si los propios hechiceros entienden realmente la magia.

-Opino que no, -sugirió Damon-. Creo que ése es el motivo por el que quieren construir torres de brujería. Tienen magia, pero su dominio es limitado. Quieren refinar sus facultades.

-También hemos descubierto que los otros hechiceros vendrán por su piedra. Harán cuanto esté en su mano para recuperarla.

-Por lo que he visto, los hechiceros no son buenos en nada salvo con la magia.

-Cuando se produzca el ataque, no será sólo de hechiceros, -le dijo Barek a Damon-. Los guardabosques neidars han informado hoy que varias compañías numerosas de invasores humanos han entrado en Kal-Thax. Ignoramos cómo lograron pasar a los guardias de fronteras sin encontrar oposición, pero sospecho que los hechiceros tienen algo que ver en ello. Los neidars dicen que convergen hacia un lugar al suroeste de aquí, donde es posible que los hechiceros estén ya reunidos.

-Bueno, hemos descubierto algo importante que puede sernos de ayuda, -comentó Damon-. Ahora sabemos que la magia está en las palabras de los sortilegios, que no hace falta ser hechicero para que un encantamiento funcione si se sabe el conjuro.

-Tú realizaste uno, -admitió Barek-. No creía que fueras capaz de hacerlo, pero lo hiciste.

-Espero no tener que repetirlo. -Damon encogió la nariz en un gesto de asco-. Casi me hizo vomitar. Lo que más necesito ahora es meterme un rato largo en un buen baño caliente.

La Fortaleza De Thorbardin

Ya no cabía duda de que, basado en los informes neidars, Kal-Thax había sido invadido y que Thorbardin sería atacada. A la bestia de la niebla no se la había vuelto a ver desde el día en que había matado a Mazo Puntal de Martillo y a los cien miembros de la Guardia Independiente en el Fin del Cielo, y había quienes opinaban que se había marchado. Pero la mayor amenaza, la presencia de los hechiceros que la habían liberado, persistía, y estaban determinados a recuperar el objeto que los enanos les habían arrebatado, la Piedra de los Tres, sobre la que la Torre de la Alta Hechicería de Kal-Thax debía construirse.

Durante nueve décadas, los thanes aliados de Thorbardin habían trabajado para crear la más poderosa de las fortalezas, en las entrañas de las montañas, debajo del pico Buscador de Nubes. Y ahora la fortaleza pasaría la prueba de fuego, con el destino de toda la raza enana puesto en juego. Si Thorbardin caía, entonces todo Kal-Thax caería.

Al mando del regente, Willen Mazo de Hierro, Thorbardin se preparaba para el asedio. Los depósitos y almacenes se estaban abasteciendo con provisiones; los defensores se entrenaban en cavernas y corredores; y las grandes fundiciones que rodeaban el Pozo de Reorx rugían de actividad conforme el hierro daerger y la pirita theiwar entraban en la fabricación del acero para ser transformados en armas. Los herreros estaban entrenados en la fabricación de armas, ya que recientemente habían terminado un importante pedido de armamento para algún comprador del reino humano de Ergoth; armas que, según se rumoreaba, eran para un hombre llamado Darr Bolden. Pero ahora las forjas trabajaban en turnos dobles ya que todos los guardias, soldados y reservistas de Thorbardin, e incluso todos los civiles físicamente capacitados para sostener un arma, habían sido llamados a filas.

Los tambores cantaban a través de las montañas, y las patrullas neidars recorrían la campiña cercana sirviendo de escolta a comunidades enteras de einars, que no estaban afiliados a ningún clan, hacia la seguridad de la gran fortaleza. Llegaban a millares y entraban como una riada a través de los grandes accesos de la Puerta Sur y la Puerta Norte, pasando ante las casas de guardia donde el obturador de la Puerta Sur se encontraba listo para ser cerrado, y ante el obturador idéntico de la Puerta Norte, que todavía estaba siendo instalado a toda prisa sobre su ariete. Poblaciones al completo llegaron de los valles y los campos, conduciendo su ganado y llevando sus pertenencias, para desaparecer en el vasto laberinto subterráneo que era Thorbardin.

En Hybardin, Daebardin, Theibardin, Theibolden y Daerbardin; en Cava Norte y Ribalago; en la ciudad kiars sin nombre, y en todos los núcleos establecidos de asentamientos, los martillos repicaban. Se estaba habilitando espacio adicional para los refugiados, y leñadores y tejedores trabajaban para levantar grandes campamentos temporales en las cuevas de plantaciones del este y el oeste, de las que se había retirado a los gusanos remolcadores. Estos animales, unas criaturas gigantes de nueve metros de longitud, que en sus amorfas cabezas tenían racimos de tentáculos, se encontraban en cavernas más retiradas, donde los cuidadores kiars las utilizaban para limpiar y alisar campos para más plantaciones.

Cambit Vaina de Acero, protector de vías y calzadas, al principio intentó contar y hacer un registro de todos los que venían del exterior, a fin de intentar impedir infiltraciones de gentes que no pertenecían al reino. Pero la marea de refugiados era tan ingente que sus escribientes se encontraron desbordados por el trabajo, y malhumoradas muchedumbres se iban amontonando en las entradas. Así pues, adoptó otro método. A la entrada de cada una de las dos cámaras del Eco del Yunque hizo instalar unos cables tirantes cruzados de lado a lado, a la altura de un metro cincuenta centímetros. A ambos extremos, había guardias apostados, con órdenes de detener a cualquiera que tuviera que agacharse o inclinar la cabeza para pasar por debajo de los cables. Ningún humano o elfo adulto pasaría tal inspección, y ningún ogro de cualquier edad.

Más allá de los campos de los einars, otras poblaciones, -las de los establecidos neidars a quienes la mayoría llamaban ahora enanos de las colinas-, empezaron a desplazarse hacia el interior, en dirección a la fortaleza, algunos para refugiarse en ella y otros para unirse a sus primos, los guardabosques neidars, como primera línea de defensa.

Cale Ojo Verde había dejado claro al jefe de jefes que los neidars combatientes permanecerían en el exterior, pasara lo que pasara.

-Thorbardin puede que sea impenetrable, -argumentó-, ¿pero qué tiene de positivo si no queda nadie fuera para defenderla?

Willen Mazo de Hierro estaba en todas partes, o eso parecía, examinando las defensas, revisando tropas, reuniéndose con los dirigentes y los protectores. Seguido por Cale Sendagrís y los Diez, el regente hylar estaba en perpetuo movimiento de un lado a otro de Thorbardin.

Barek Piedra, capitán general del ejército, estudiaba planes y estrategias con sus comandantes, siempre teniendo presente que serían precisas dos líneas defensivas si los hechiceros y sus "aliados" -las recientes hordas de mercenarios humanos seguían viniendo de las tierras colindantes con Ergoth y los territorios agrestes que había más allá- lanzaban un ataque detrás de

las estribaciones exteriores. horbardin había sido construida para defensa, pero nunca había pasado la prueba de fuego de un verdadero conflicto. Y, además de la amenaza de tropas y ejércitos, ahora debía enfrentarse a las fuerzas apenas conocidas de la Brujería.

Gema Manguito Azul, protector de vigilancia y seguridad, pasó revisión a todas sus fuerzas y después delegó el mando directo en manos de otro daewar, Lodar Faldón Amarillo, capitán de los guardias de corte. Gema tenía otra misión y para llevarla a cabo dispondría de un centenar de los mejores cavadores daewars, un centenar de theiwars seleccionados entre voluntarios, -todos los cuales habían trabajado como barqueros en el mar de Urkhan-, y una tropa de los mejores zapadores de minas de Vog Cara de Hierro, todos ellos envueltos de la cabeza a los pies en un tejido resistente al calor creado por los tejedores de Daebardin con las fibras recolectadas por los kiars. Además, había puesto a trabajar a una docena de vidrieros, soplando enormes globos de cristal equipados en un extremo con unas bocas de treinta centímetros de diámetro, así como conteras de trabillas para hombros.

Parte de la misión empezaba en el Pozo de Reorx, justo encima de los respiraderos de las fundiciones, donde los conductos de centrales térmicas distribuían calor a varias ciudades. Aquí, los zapadores daergars, con máscaras y gruesas prendas exteriores del tejido especial, se pondrían a trabajar para instalar una cubierta de hierro, articulada con bisagras, encima del conducto abandonado que se había empezado a abrir años atrás a fin de proporcionar calor a Hybardin, antes de descubrir un método mejor.

La otra parte de la misión estaba a kilómetros de distancia, trescientos metros lago adentro de la orilla meridional del mar de Urkhan. Una docena de transbordadores se habían congregado allí, sobre la reluciente superficie del agua, atados entre sí de manera que formaban una pequeña isla flotante. Debajo de cada embarcación había cabos para trepar, largos cabos con contrapesos de piedra que descansaban en el fondo del lago.

Cavadores daewars, serios y nerviosos, estaban reunidos en las embarcaciones, equipados con botas de suelas de plomo y cinturones de herramientas. Cada uno de ellos llevaba puesto en la cabeza un globo de cristal, sujeto con correas por debajo de los sobacos. Un cabo de remolque iba sujeto a cada cinturón, y los cavadores fueron bajados por los laterales, en grupos de diez, por unos jocosos y sonrientes barqueros theiwars.

Cada cavador se hundió como una piedra hasta el fondo del lago, trabajó furiosamente durante unos ocho minutos, y después fue sacado del agua, dándole ocasión de respirar aire fresco antes de volver a sumergirse. Probablemente era la peor experiencia en la vida de los cavadores, intentar hacer un agujero debajo del agua mientras vivían gracias al aire contenido en una frágil bola de cristal, y, lo que era aún peor, depender por completo de un puñado de "theiwars amantes del deslustre" para que los subieran a la superficie antes de que se ahogaran. Con toda seguridad, ninguno de ellos lo habría intentado siquiera de no ser por el respeto que les inspiraba Gema Manguito Azul, por no mencionar la cuantiosa recompensa prometida por Olim Hebilla de Oro a todos los que sobrevivieran.

Así, mientras los zapadores de minas cubrían el viejo conducto de la central térmica en el Pozo de Reorx, los cavadores trabajaban al otro extremo, perforando hacia el mismo conducto a fin de inundarlo con agua.

Fue Willen Mazo de Hierro, como regente, quien aprobó el proyecto. Ahora, mientras observaba cómo los cavadores buzos descendían desde las embarcaciones, el regente suspiró y se volvió hacia Gema Manguito Azul.

-Rogemos a todos los dioses, Gema, -dijo-, para que este invento funcione como es debido... si llegamos a necesitarlo. Porque, como no funcione, imagino que el consejo de thanes destripará y cortará en pedacitos a un ex regente y a un excelente militar por tener ideas descabelladas.

Con todos estos intensos preparativos en marcha, Sauce Nube de Estío no tuvo mucho que hacer salvo observar cómo la fortaleza de Thorbardin cobraba vida a su alrededor. Damon el

Anunciado se negó en redondo a que lo acompañara en su expedición de estudio de hechicería, y desde su regreso había estado tan ocupado, metido en todo tipo de preparaciones, que apenas si lo llegó a ver de pasada.

Al principio, Sauce no se apartaba de Tera Sharn, aprendiendo las costumbres de Thorbardin. Después, cuando Tera se vio involucrada en un "plan de defensa de damas para los hogares", Sauce deambuló de aquí para allí a solas, explorando el inmenso reino subterráneo que -ya lo tenía decidido-, iba a ser su hogar si se las ingeniaba para que Damon se fijara en ella unas cuantas veces más. Vestida con las ropas finas y prácticas que Tera le había enseñado cómo ponerse, pero sin resignarse a soltar su hacha de leñador, que llevaba consigo a todas partes, la muchacha einar deambulaba por los alrededores, extasiándose con las maravillas de Thorbardin. El sistema de control de los conductos solares la fascinaba, del mismo modo que lo hacía el esplendor nocturno del Templo de las Estrellas, encima del Pozo de Reorx. Viajaba en los elevadores y en las carretillas de tracción por cable, paseaba por las vías públicas, y exploraba las galerías con sus millares de tiendas y puestos. Observaba a los artesanos mientras trabajaban, ya fuera en las forjas, los telares, las lanzaderas, o los tornos. Vio los sombríos corredores de Daerbardin; los silenciosos, umbríos pasajes de Theibardin; y las luminosas plazas públicas, llenas de colorido, de Daebardin. Y, en más de una ocasión, se encontró en la situación de tener que rechazar grupos de jóvenes enanos que rivalizaban por atraer su atención.

Estaba fascinada con las inmensas cavernas de cultivos, miles de campos subterráneos y cornisas cuajadas de enredaderas, donde los clanes habían aprendido a cultivar un centenar de tipos de cosechas útiles. Pero las entradas a los suburbios de cultivos del este y del oeste estaban abarrotadas de campamentos de refugiados, así que la joven se dirigió hacia la antigua caverna del norte, más allá de Theibardin. Era allí, contaban, donde se habían hecho los primeros cultivos. Entonces se la llamaba la primera madriguera, y casi todos los experimentos de agricultura subterránea aplicados con posterioridad en los campos de cultivos más recientes se habían llevado a cabo allí. Pero el suburbio norte propiamente dicho sólo se utilizaba en la actualidad para granjas de cultivos propios.

Iba de camino hacia allí, paseando a través del bazar de Daebardin que había a la orilla del lago, cuando una aguda voz musical la llamó desde atrás.

-¡Eh, hola! -gorjeó Shillitec Medina Pieveloz-. ¡Tenía la esperanza de encontrarme con alguien conocido! ¡Caray! ¿No es éste el sitio más extraño que has visto en tu vida? He intentado verlo todo, pero hasta ahora sólo he recorrido una pequeña parte.

-¿Qué estás haciendo aquí? -replicó Sauce, lanzando una mirada furibunda a la menuda y delgada criatura con un gran copete de cabello-. Tú no deberías estar en Thorbardin. Thorbardin es sólo para los enanos.

-Es eso cierto? -La kender soltó una risita-. Bueno, supongo que da lo mismo, porque nadie me dijo que me marchara cuando entré.

-¿Cómo entraste?

-Sólo pasé, como hacían todos los demás. Había esa gran entrada, con enanos por todas partes, ofreciendo un aspecto fiero y solemne, y luego todo tipo de enanos que iba entrando, así que también entré. Tenían un cable tendido a esta altura, aproximadamente. -Se puso de puntillas y levantó la mano hasta donde alcanzó-. Y, después de que había cruzado por debajo del cable, ya estaba dentro. Nada del otro mundo. ¿Tuviste que caminar bajo el cable tú también?

-Pero no es posible que nadie se haya fijado en ti desde entonces. -Sauce frunció el ceño-. Sin duda alguien tiene que haberte dicho que te vayas.

-Oh, claro que sí -gorjeó Shill-. Me dijeron que me marchara en aquel agradable sitio donde comí pan y carne caliente. Y también me dijeron que me largara en un lugar muy grande donde hacía mucho calor y todo el mundo estaba sudando y haciendo un montón de ruido con sus martillos. Y, por supuesto, también me lo dijo ese enano poco amistoso que tenía todas esas cosas

preciosas extendidas sobre su mesa. Me gritó. Claro que nunca me ha importado que me griten. ¿Y a ti?

-¿Qué clase de cosas preciosas?

-Oh, cosas como ésta. -Shill buscó en su bolsita del cinturón y sacó una impresionante gargantilla de brillantes joyas engastadas en filigranas de oro-. Cosas bonitas de todo tipo.

-No me extraña que chillara-, rezongó Sauce.

-Oh, no las robé. Estaban tiradas en el suelo. Supongo que alguien las tiró o algo así. ¿Adónde vamos?

-Yo voy a visitar una caverna de cultivo. No sé adónde piensas ir tú.

-Eso no suena mal. Te acompañaré.

-¿Y qué te hace pensar que me gustaría que me vieran aquí, en Thorbardin, en compañía de una... kender?

-No te preocupes, -le aseguró Shill-. Si alguien te pone reparos, yo responderé por ti. Sólo tendré que decirles que eres mi enana.

Sin tener, en apariencia, más opción en el asunto, Sauce reanudó su excursión con Shill pegada a sus talones y parlotando sin parar. Dio la casualidad de que, a pesar de que se cruzaron con multitudes de afanosos enanos en cada recodo e intersección, la criatura que la seguía no atraía más que alguna que otra mirada ligeramente curiosa. Al cabo de un rato, llegó a la conclusión de que nadie esperaba encontrar un kender en Thorbardin y, por ende, nadie reconocía a uno cuando lo tenía delante. Y la llamativa kender, -con sus capas de abigarradas prendas multicolores y sus diversas bolsas y mochilas hinchadas hasta reventar-, podía pasar a primera vista por un chiquillo enano desnutrido y con demasiado pelo.

Por su parte, Shill no paraba de hablar, disfrutando de la excursión enormemente. Sus brillantes ojos, a cuyo escrutinio escapaba muy poco, estaban en constante movimiento, viendo todo cuanto había que ver. Un grupo de kiars venían en su dirección, llevando porras y equipamiento del día. Sauce se apartó a un lado para dejarlos pasar, pero Shill se metió justo entre medio del grupo, mirando boquiabierto sus musculosos brazos, su pelo alborotado y desaseado, sus ralas barbas y sus ojos demasiado juntos. Mientras la kender pasaba, agachándose bajo un codo aquí, eludiendo el pisotón de una bota de pieles allí, unos pocos kiars volvieron la cabeza para mirarla.

-¿Qué era eso? -preguntó uno.

-¿Quién sabe? -dijo otro-. El cachorro de alguien.

-Pues vaya cachorro de aspecto chocante, -comentó el primero, mientras se encogía de hombros.

Sauce estuvo tentada de preguntar al kiar si se encontraban en la calzada correcta para ir al suburbio norte. Los kiars eran gente rara; por lo general bastante afables, y en ocasiones verdaderamente amistosos, eran notorios por su naturaleza mudable. Según había oído contar, un amistoso kiar podía volverse repentinamente colérico y agresivo sin un motivo aparente. Muchos entre los otros clanes evitaban el trato con los kiars por completo.

Aún así, Tera Sharn le había dicho que los kiars eran, -como grupo-, intensamente leales a Thorbardin y a sus líderes. Y eran los más diestros de todos los clanes en las tareas de labranza en campos subterráneos. Parecían poseer una misteriosa habilidad para conducir en manada y manejar los gigantescos gusanos remolcadores que tiraban de las explanadoras y los arados, giraban los trituradores de piedra y acarreaban la capa superior de tierra fértil para las cuevas de cultivos. Grandes, fuertes y necios, los gusanos gigantes eran un excelente recurso en los campos de cultivo, pero pocos enanos que no pertenecieran al clan kiar eran capaces de controlarlos. Y un gusano sin control podía resultar mortal, como los enanos habían aprendido mucho tiempo atrás.

Shill alcanzó a Sauce, parlotando ahora sobre los kiars, y la enana echó una ojeada en derredor cuando la luz se reflejó en algo brillante. La kender sostenía una pequeña redoma plateada y la observaba con curiosidad.

-¿Qué es eso? -señaló Sauce.

-No lo sé. Lo he encontrado en algún sitio. Mira, tiene un tapón.

Sin esperar comentario alguno, la kender desenroscó el tapón de la redoma y miró por la boca del recipiente.

-También hay plata dentro, -dijo. Ladeó el recipiente y una gota grande de un líquido brillante y metálico cayó en el suelo del túnel, donde se extendió, tan reluciente como un espejo nuevo-. Muy bonito -opinó Shill.

Sauce se agachó, tocó el metal líquido con la punta de un dedo, precavidamente, y lo olisqueó. Estrechó los ojos y echó la cabeza hacia atrás, frunciendo el entrecejo.

-¡Tamex! -escupió-. Tamex, el falso metal. ¡Deshazte de eso! ¡Es veneno!

-¿Lo es? -Shill se encogió de hombros-. Pues a mí me parece que es bonito. Mira, verteré un poco en la palma de mi mano y...

Una fuerte mano se disparó y, arrancando bruscamente el recipiente de los dedos de la kender, lo lanzó contra la pared; en su camino, la redoma dejó una estela de brillante mercurio.

Shill miró fijamente el recipiente tirado; luego, su mano enrojecida por el cachete. Después alzó la vista hacia el furioso semblante de Sauce, y en la comisura del ojo se le formó una lágrima.

-No tenías que hacer eso, -dijo con un hilo de voz.

-No, es cierto, -barbotó Sauce-. Podía haberte dejado jugar con esa porquería, y quizá ver cómo te ponía enferma o incluso te volvía loca o lo que sea que el tamex hace con la gente. Vamos a ver: ¿de dónde lo has sacado?

-Allí atrás, -señaló la kender, conteniendo a duras penas un sollozo-. Donde estaban esos kiars. Quizá alguno de ellos lo perdió o algo por el estilo.

Sauce miró fijamente a la dirección por la que habían venido, recordando algo que le habían contado sobre los kiars. Algunos de ellos, se decía, traficaban con azogue. Una capa del falso metal podía hacer que una herramienta oxidada pareciera nueva y brillante, al menos el tiempo suficiente para engañar a un incauto comprador. Traficar con el falso metal era un crimen serio en Thorbardin. Muchos enanos incautos habían sido envenenados por el contacto con el tamex.

Sauce se estremeció, de repente muy contenta de no haberse parado a hablar con esos kiars en particular.

Shill sollozaba quedamente, y Sauce se arrodilló a su lado.

-Lo siento, -se disculpó-. Estaba asustada. No quería hacerte daño.

El suburbio de cultivos del norte era inmenso, una cueva natural de kilómetro y medio de ancho en algunos sitios y casi cinco de longitud. Aquí la luz era tenue, procedente de unos cuantos conductos solares desperdigados y varios estratos anchos y sesgados de cuarzo natural que llegaban hasta las altas vertientes de la montaña. Lejos, a la derecha según la perspectiva de las muchachas, alcanzaron a ver conductores trabajando con los gusanos remolcadores de nueve metros de largo, echando la capa superior de humus en un campo recién allanado. Un muro distante separaba la madriguera posterior de la principal. La kender intentó echar a correr en aquella dirección, pero Sauce todavía la tenía sujeta de la mano.

Arrastrando a la reacia kender tras de sí, Sauce se encaminó hacia el norte. En la distancia había campos ya terminados y plantados. Sobre ellos, en los muros de la caverna, había gradas y terraplenes en los que crecían vides frutales y plantas trepadoras de muy diversas variedades. Cuanto más se aproximaban, más dulce olía el aire, en opinión de Sauce; era casi como las brisas en los campos de la aldea... Sacudió la cabeza, intentando alejar cualquier pensamiento sobre Cañada del Viento. Evocar su vida allí acababa por traerle a la memoria lo que había ocurrido, y era un recuerdo extremadamente doloroso.

Tirando de Shill tras ella, deambuló entre los campos maravillándose. Éstas no eran cosechas einars. Algunas cosas, como cereales y fibras finas, no crecían en el subsuelo; pero otras cosas que sí podían hacerlo, habían sido plantadas por los clanes aliados. Justamente en este campo

había recursos comestibles para miles de personas. Combinados con los cereales, frutas, fibras, madera y hortalizas que Thorbardin recibía en venta del exterior, había sustento para toda una raza.

En una pared de piedra, en el extremo norte de la caverna, donde una docena de variedades de especias, hierbas aromáticas y medicinales crecían, Sauce se paró para respirar los penetrantes aromas; de pronto, notó que la temperatura del aire había descendido bruscamente.

-¡Mira! -la kender, que seguía a su lado, señaló-. ¡Vapores!

Casi oculto detrás de una verde cortina de enredaderas, había una especie de sello de piedra. Era como si un túnel muy grande se hubiese clausurado mucho tiempo atrás. Pero aquí y allí, alrededor de los bordes de la piedra encajada, se filtraban unos tenues vapores, como leves jirones de niebla que flotaban entre las enredaderas.

Sauce se aproximó y escudriñó atentamente. Los vapores no eran más que volutas que se filtraban entre las grietas de la piedra, pero eran fríos. Fríos como vientos invernales, pensó. Tan fríos como... como la niebla en la que había llegado la bestia asesina a Cañada del Viento.

Entonces se oyeron las lejanas voces de los tambores, resonando a través de la caverna. En los campos de las cercanías, la gente se irguió para prestar atención; después recogió sus herramientas y se dirigió presurosa hacia el túnel principal, situado a casi kilómetro y medio de distancia.

-¿Qué pasa? -preguntó Sauce a un granjero theiwar que pasó a su lado-. ¿Qué dicen los tambores?

-Es la llamada a las armas, -gruñó el enano-. ¡Nos están atacando!

El Enemigo

Fue un grupo de mineros daergars que acababan de terminar su jornada de trabajo al final del día el que descubrió la ruta de la invasión. Eran más de un centenar y habían pasado varias semanas recogiendo muestras de minerales en el laberinto de pozos existente bajo los picos del Trueno, al sur del Promontorio, al pie del Buscador de Nubes. Ahora tenían hecho el inventario y se dirigían al norte para informar a Vog Cara de Hierro, en Thorbardin. Salieron de las minas al final del día, cuando el crepúsculo abrazaba las tierras montañosas, y casi ninguno se puso la máscara metálica con rejilla para los ojos. La luz del anochecer era difusa y agradable, y la brisa anunciaba el verdor de la primavera.

Cargados con sus picos, martillos y escudos mineros, algunos llevaban puestos los cascos cónicos que les protegían las cabezas de las piedras desprendidas, mientras que otros los llevaban colgados del brazo por las correas; continuaron su camino hacia el norte en tanto que el largo anochecer meridional iba oscureciéndose hasta dar paso a la noche. Había un trayecto de tres días hasta la Puerta Sur y, como buenos daergars, preferían viajar de noche y descansar durante el día.

Habían recorrido más de seis kilómetros cuando su jefe, Marra Buscavetas, llegó al largo saliente curvado donde la senda de la mina viraba hacia los campamentos de lavaderos de oro del arroyo Helado, y se detuvo, desconcertado. Desde la cornisa se divisaba un panorama grandioso hacia el norte, una vista que abarcaba todo lo que había en ciento sesenta kilómetros a la redonda. Desde aquí, casi toda la zona alta del Promontorio era visible, y detrás de él, las vertientes del gigantesco Buscador de Nubes, que ascendían en la distancia hacia la corona de sus tres riscos: los Tejedores de Nubes.

Todos los mineros daergars habían contemplado la majestuosa vista centenares de veces en sus idas y venidas entre los pozos mineros en lo alto y los campamentos de lavaderos abajo. Pero ahora el panorama era diferente de algún modo, y los daergars se amontonaron alrededor de Marra Buscavetas, llenos de desconcierto.

-¡Allí! -señaló uno de ellos hacia el norte-. Esa loma boscosa, que corre de este a oeste... No recuerdo ninguna loma allí.

-Es que no la hay, -abundó otro-. Al menos, no la había la última vez que pasé por aquí. Hay un pequeño cañón, no una loma.

-Tienes razón, -dijo Marra-. Ahí abajo es donde la trocha principal cruza el cañón. Al menos, así lo hacía. Pero ahora termina. Corre hacia esa loma y se corta.

Pyrr Picoacero se abrió paso a codazos entre los demás. El jefe de pozos mineros era un enano canoso, de piel curtida y arrugada, con unos enormes antebrazos y una vena de testarudez que no les iba muy a la zaga en tamaño. Se situó al lado de Marra Buscavetas y contempló fijamente el panorama que se divisaba en la distancia, a unos cuantos kilómetros

-¿Qué hace una loma ahí? -retumbó-. No hay nada así allí, donde está eso.

-Eso es también lo que me parecía a mí -se mostró de acuerdo Marra-. Pero parece que ahora sí hay una loma allí.

Perplejos y desconfiados, los mineros descendieron por la serpenteante senda hacia los campamentos de lavaderos, y luego viraron hacia el norte, por el camino principal a Thorbardin. Aquí, en el pequeño valle del arroyo Helado las escarpadas laderas les impedían ver las tierras hacia el norte, pero la senda ascendía, -como había hecho siempre-, hacia el Promontorio y a la fortaleza de la montaña que había detrás.

Habían recorrido varios kilómetros cuando salieron de Pasocortado a las vertientes en declive donde la senda conducía, -o debería haber conducido-, a través de un intervalo de cañones y cárcavas, a donde empezaba la amplia e inclinada pradería llamada el Promontorio. Pero ahora el sendero no conducía a cañones ni grietas. En lugar de ello, corría hacia la falda de un alto serrijón coronado de bosques y allí se paraba.

Más perplejos a cada momento, los daergars se acercaron a la extraña formación, y la contemplaron con absoluto desconcierto. La tarde había dado paso a noche cerrada, pero para los ojos de los daergars la luz de las estrellas era suficiente.

Al principio de la sorprendente vertiente, el sendero terminaba, así, sin más.

-No acabo de creerlo, -gruñó Pyrr Picoacero-. Alguien está haciendo trampas. Aquí no hay lomas ni cerros. Nunca los ha habido.

Marra Buscavetas caminó hasta el final del camino y dio otro paso. El suelo de la ladera parecía ligeramente elástico, pero sostuvo su peso.

-Vamos, -dijo-. Treparemos la loma y veremos qué aspecto tiene el otro lado.

-No tengo intención de trepar un cerro que no existe, -anunció Pyrr-. Aquí hay un sendero que cruza un cañón. Siempre ha habido un sendero y un cañón, y siempre he recorrido el camino y cruzado el cañón. No pienso cambiar de costumbres ahora.

Con un feroz ceño, el jefe de pozos mineros dio un paso fuera del final del sendero y la pierna se le hundió hasta la rodilla en la pedregosa pendiente. Dio otro paso, y se encontró metido hasta la cintura en lo que parecía ser una sólida ladera.

-Te lo dije, -manifestó, alzando la vista hacia Marra, que estaba sobre la pendiente, por encima de él-. Aquí no hay ningún cerro. -Con inflexible determinación, el testarudo jefe de pozos mineros siguió adelante y desapareció en la falda de la loma, que pareció cerrarse tras él, como si no hubiese habido nadie.

Siguiéndolo con la mirada, Marra sintió cómo sus propios pies se hundían en la floja superficie. De repente se encontró de pie sobre suelo firme y la "ladera" lo envolvió hasta el cuello.

-¡Pyrr tiene razón! -dijo-. ¡Éste no es un cerro real!

-¿Entonces que es? -quiso saber alguien.

-No lo sé -admitió Marra. Avanzó otro paso y la ladera lo cubrió. Se sintió como si estuviera metido en gelatina y apenas alcanzaba a verse las manos extendidas ante sí. A cada movimiento, el "cerro" se le resistía, y después cedía. Pero podía respirar normalmente y, a despecho de la resistencia de lo que quiera que fuera en donde estaba metido, todavía podía moverse. Retrocedió

hasta tener la cabeza y los hombros fuera y se miró las zonas expuestas. No llevaba nada pegado. Fuera lo que fuera, no era pegajoso ni fluido; se inclinó para catar la superficie que tenía delante. No sabía a nada. Era como si no hubiera nada allí.

-Vamos, -les dijo a los que estaban detrás de él-. Voy a llegar hasta el fondo de esto.

Algunos de los enanos vacilaron.

-No es el mejor modo de plantearlo, -comentó alguien. Pero otros se lanzaron hacia adelante, siguiendo a su líder. A continuación se desató una gran confusión. Algunos penetraron directamente dentro de la ladera, como Pyrr y Marra habían hecho, pero otros se encontraron subiendo hacia arriba, trepando un cerro.

Desde abajo, Marra los llamó a gritos:

-¡Eh, vosotros, los de ahí arriba! ¡Bajad aquí!

-¿Cómo? -preguntó uno-. Esto es la falda de un cerro.

-¿A quién vais a dar más crédito, a vuestros ojos o a los míos? -demandó Marra-. Esto no es un cerro. ¡Y ahora, vamos!

Casi todos los que estaban en la ladera se hundieron y se perdieron de vista, y la compañía desapareció en el interior del cerro, todos, salvo seis jóvenes daergars que simplemente parecían incapaces de hundirse. Tenían la afirmación de sus jefes de que allí no había un cerro, pero el hecho era que estaban de pie en él. Sin otra cosa que hacer, los seis continuaron trepando, dirigiéndose hacia la cumbre con la esperanza de encontrarse con el resto de su grupo al otro lado.

Dentro de la extraña loma, Marra anduvo a tientas hacia adelante hasta llegar junto a Pyrr Picoacero, que se había parado.

-¿Qué pasa, Pyrr? -preguntó. Su voz sonaba amortiguada y suave en la densa penumbra.

-Mira, -dijo Pyrr-. Justo al frente. Luces.

Marra estrechó los ojos y vio lo que el jefe de pozos mineros había visto antes. Al frente, aparentemente cerca, una hilera de tenues luces amarillentas flotaban una tras otra, a veces en grupos de cinco o diez, y a veces tan apiladas que resultaba imposible ver si se trataba de muchas luces pequeñas o de una única grande. Las luces se movían todas de derecha a izquierda; aparecían desde lo que Marra suponía era el este, y se perdían hacia el oeste.

El jefe minero daergar apartó a Pyrr a un lado y se aproximó cauteloso a la hilera de luces; observó que se volvían más claras y definidas a medida que se acercaba. Parecían antorchas. Siguió adelante y vio figuras borrosas avanzando al trote, o, mejor dicho, las cabezas y los hombros de unas figuras. Era como si gente alta avanzara a lo largo de una zanja y sólo se les viera la parte superior del cuerpo. Se aproximó más, y soltó una exclamación ahogada. Las luces eran antorchas; antorchas que llevaban humanos armados que pasaban justo delante de él.

Mientras daba otro paso, la última antorcha pasó y la oscuridad cayó sobre el lugar. Marra siguió adelante y, de repente, se encontró al otro lado de la extraña y espesa sustancia que lo rodeaba. Estaba de pie al borde de una pequeña zanja, dentro de lo que parecía ser un amplio túnel de roca sólida. Miró a la izquierda y vio el final de un abultado grupo de hombres armados que se alejaban al trote, girando en un recodo. Sus antorchas proyectaban extrañas sombras en las paredes del túnel.

Justo detrás de él, Pyrr Picoacero salió de lo que parecía un sólido muro de piedra, y otros más aparecieron y se fueron agrupando alrededor, mirando boquiabiertos el largo túnel que parecía extenderse a través del fondo de un cerro que no era tal cerro.

-¿Qué es esto? -inquirió un zapador-. ¿Es magia?

-Puede, -repuso Marra-. Nunca he visto magia, pero esto, desde luego, tiene pinta de serlo.

Desde el fondo del túnel llegó el sonido de voces y pies trotando, y el brillo de las antorchas se reflejó en la piedra. Otra banda de hombres armados giró en otro recodo y se frenaron en seco cuando la luz de las antorchas cayó sobre la muchedumbre de daergars que se interponía en su camino.

-¡Enanos! -gritó una voz humana.

Una flecha zumbó por el corredor y se clavó en la garganta de un minero. El enano cayó, sacudido por las convulsiones de la muerte, y otros dos salieron lanzados hacia atrás al ser alcanzados, uno por una flecha y otro por un dardo arrojado por un lanzador de mano.

Marra levantó su escudo de minero.

-¡Defensa! -vociferó.

Al instante, todos los enanos que estaban de pie echaron rodilla a tierra, con el escudo colocado ante sí. Una andanada de flechas, dardos y saetas arrojada por la banda de humanos pasó silbando por encima y retumbó al chocar contra los escudos.

-¡Al ataque! -ordenó Marra. Los enanos se pusieron de pie y cerraron filas al tiempo que cargaban por la zanja, convertidos en un muro sólido y corto de escudos levantados y pies corriendo. La primera línea de daergars chocó contra los humanos, y cayeron hombres, chillando y tambaleándose mientras que martillos, picos y escoplos los machacaban. Incluso mientras éstos caían, los que seguían de pie entre ellos se doblaron por la mitad cuando las barrenas aparecieron entre los escudos y destrozaron rodillas y muslos. Treinta humanos o más cayeron en cuestión de segundos, y la primera línea de daergars los barrió; luego se apartó, dividiéndose hacia los laterales con movimientos disciplinados para dejar paso a una segunda oleada de enanos, que se lanzaba al ataque contra los humanos que venían detrás. Aquí y allí, un daergar caía por un golpe casual, pero fueron muchos más humanos los que se desplomaron.

-¡Las antorchas! -ordenó Marra.

Filas de enanos pasaron como un enjambre entre la pelotera, trepando por los costados de la pequeña zanja, y corrieron a lo largo de la línea de humanos que seguían empujando hacia adelante. Las hachas de excavación se descargaron, y las antorchas salieron volando de las manos humanas cuando los daergars aprovecharon el alboroto para extinguirlas con sus escudos. En cuestión de segundos, todo el sector del túnel estaba a oscuras.

En la oscuridad, los daergars se pusieron a trabajar con mortífera eficiencia. Un vago fulgor aquí y allí era toda la luz que los ojos de los mineros necesitaban.

Fue una masacre. Los humanos que intentaron defender su posición, fueron destrozados, y los que trataron de huir fueron alcanzados y asesinados. Cuando volvió a hacerse el silencio, la voz de Marra ordenó:

-¡Reagrupamiento! -Los daergars se reagruparon a su alrededor, empapados de sangre y sudando por el esfuerzo. Habían sido más de cien; todavía quedaban más de ochenta, y por cada enano caído al menos había diez invasores humanos muertos. Con las antorchas apagadas, los humanos no habían tenido la menor oportunidad. Lo que para los ojos de los humanos, -y de la mayoría de los enanos-, era oscuridad, para los daergars era luz para combatir.

-Pregunta a éste, -dijo un minero. Varios ceñudos daergars trajeron a empujones a un vapuleado humano, el único superviviente. Marra reconoció la apariencia y las ropas de los asaltantes llamados los Saqueadores, nómadas de los desiertos septentrionales que alguna vez habían intentado penetrar en territorio enano. El hombre estaba ensangrentado y desarmado, si bien todavía llevaba sujeto a la muñeca derecha el extraño y curvo cesto con el que los Saqueadores arrojaban sus mortíferos dardos.

-Sólo ha quedado vivo uno, -gruñó un minero mientras azuzaba al hombre con el mango del pico para que siguiera avanzando.

-¿Quién eres, y qué buscas aquí? -demandó Marra al hombre.

El humano esbozó una mueca burlona y sacudió la cabeza. Sin la más leve vacilación, Pyrr Picoacero se adelantó y se agachó delante del hombre; soltó la correa de su pesado martillo y sacó una clavija larga del morral.

-Le clavaré los pies al suelo, -le dijo a Marra-. Los humanos hablan mejor de ese modo.

Varios enanos cogieron al hombre por las piernas, inmovilizándolo, y el fornido jefe de pozos mineros apoyó la punta de la clavija en el empuje del enorme pie y levantó el martillo.

-¡Espera! -chilló el humano-. Espera, os lo diré. Vinimos... nos contrataron unos hechiceros para luchar.

-¿Para luchar contra quién? -inquirió Marra.

-Contra... -El hombre tragó saliva con esfuerzo-. Contra los enanos.

Pyrr levantó el martillo otra vez.

-¡Espera! -aulló el hombre-. ¡No es nada personal! Han..., han contratado un montón de gente. Sólo son negocios.

-¿Con qué os contrataron? -preguntó Marra.

-Monedas, -respondió el hombre-. En..., en mi bolsa del cinturón.

Unas manos enanas soltaron la bolsa del cinturón del hombre y vaciaron el contenido. Un puñado de brillantes monedas cayeron al suelo. Un minero recogió una, la miró con el ceño fruncido, y la cató.

-Piedra, -rezongó-. Es de una clase que parece una moneda, pero no es más que un guijarro.

-¿Cuántos sois? -quiso saber Marra, pero entonces alzó una mano. En el túnel, en alguna parte, sonaban voces humanas-. Sacadlo de aquí -ordenó.

Sin vacilar, Pyrr Picoacero agarró el brazo del hombre con sus fuertes dedos. Otros lo cogieron por el otro brazo, y el humano fue aupado al borde de la zanja e impulsado hacia el muro. Los enanos, lanzados a plena carrera, llegaron a la pared y desaparecieron en su interior. El hombre chilló, se estrelló contra la roca, y salió rebotado; dio unas volteretas y rodó por el borde de la zanja. Allí donde había chocado, unas cabezas asomaron por la "piedra" salpicada de sangre.

-Puag, -dijo Pyrr.

Marra se agachó al lado del hombre. Estaba muerto. Cerca, un enano se inclinó y recogió un guijarro.

-Piedra, -dijo-. Ahora ni siquiera parece una moneda.

-Creo que mejor será que informemos a Vog Cara de Hierro de todo esto, -decidió Marra.

Túnel adelante, más luces tenues indicaron que más invasores humanos se aproximaban. Dándose media vuelta, Marra trepó lo que esperaba fuera el lado norte de la pequeña zanja y caminó directamente hacia la pared de piedra del túnel.

-Aquí no hay ningún túnel, -se recordó a sí mismo. Penetró en la piedra y desapareció. Tras él, los demás lo siguieron en pequeños grupos a la vez. El último de ellos todavía trepaba al borde de la zanja cuando otra banda de mercenarios giraron en el cercano recodo y se encontraron pisando y tropezando con los cuerpos de los muertos.

Los que iban delante, sosteniendo las antorchas en alto, divisaron a los pocos daergars que todavía estaban en el "túnel" y corrieron hacia ellos con las espadas enarboladas.

Surco Pozohondo, un joven zapador, fue el último daergar que llegó al borde de la zanja, y varios humanos muy grandes le pisaban los talones mientras corría a toda mecha hacia el muro. Se zambulló de cabeza en lo que parecía sólida roca, y la atravesó. A su espalda, las hojas de acero resonaron contra sólida piedra, y un par de guerreros Saqueadores rebotaron contra la pared.

Fuera del extraño cerro, el grupo de daergars emergió a una noche normal y contempló el Promontorio, que se extendía frente a ellos con el Buscador de Nubes elevándose detrás.

Cinco jóvenes mineros, con expresión avergonzada, descendieron presurosos la cuesta de la loma que no era una loma, y se reunieron con ellos, mirando boquiabiertos las ropas y herramientas manchadas de sangre de aquellos que habían logrado cruzar y habían sobrevivido.

-Esto es lo que os pasa por dudar de vuestra buena lógica, -los increpó Pyrr Picoacero-. Sabíais que no había un cerro ahí, pero creísteis que lo había, así que os perdisteis toda la diversión.

-Que os sirva de lección, -agregó Marra-. Si sabéis que una cosa es así, es que es así. Si sabéis que no es así, es que no es así. En caso contrario, es que sois tan tontos como los humanos.

Cuando la primera oleada de mercenarios humanos descendió por los largos prados desde el oeste, encaminándose hacia los caminos que había bajo la Puerta Sur, los tambores dieron la alarma y los enanos se prepararon para hacerles frente. Doce centenas de combatientes holgars -cuatro compañías montadas y ocho compañías de infantería-, salieron de la fortaleza de la montaña por la Puerta Sur y marcharon con la precisión de un desfile cuesta abajo por los terraplenes gemelos de acceso a la puerta, para ocupar posiciones a intervalos, por encima de los tremedales septentrionales del Promontorio.

Algunas de las unidades de combate eran de la misma tribu; tres de las cuatro unidades montadas eran hylars casi en su totalidad; dos unidades de infantería eran theiwars; y una, la legendaria fuerza de asalto Maza Dorada, era daewar en su totalidad. El resto, sin embargo, eran compañías mezcladas de hylars, daewars, theiwars, daergars e incluso unos cuantos kiars.

Con rápida precisión, las compañías ocuparon las posiciones asignadas: a lo largo del flanco expuesto de la vertiente meridional del Buscador de Nubes; en las formaciones rocosas, cerca del Valle de los Thanés; en los cañones de abruptos riscos, antiguos terrenos de asalto de los theiwars; detrás de los bastiones al pie de cada sala de guardia que protegía cada calzada; en la ladera boscosa que se asomaba a los pozos mineros daergars; y fuera del propio Promontorio. La línea de defensa era un arco combado y reforzado de tropas de a pie, con escuadrones de rápido desplazamiento a cada extremo, y caballería con armadura en las alas y la punta.

Mientras situaba a sus unidades, Berek Piedra no hizo el menor intento de ocultar su potencia. Veterano de muchas batallas, el capitán general sabía que el solo espectáculo de los enanos armados y situados en formación para el combate bastaba para impresionar a muchos guerreros humanos.

Así pues, Berek dejó que los humanos vieran a qué se estaban enfrentando; o, al menos, la primera línea de defensa. Lo que no podían ver era el equipo especial transportado por algunos de los defensores y lo que había detrás de la primera línea. Dentro de muchos de los escudos que llevaban los defensores había espejos. Ocultas a lo largo de la mayoría de las trochas y senderos que conducían desde el Promontorio a las vertientes aguardaban, emboscadas, compañías con redes y cables, trampas que soltaban pesos suspendidos y péndulos, estacas con resortes y bolas de espinos. En las rocas por encima de cada ala de línea defensiva, había compañías de honderos, equipados con hondas tejidas de cuero y gran surtido de bolas de hierro.

Y a lo largo de cada camino amurallado que subía hacia la Puerta Sur, ocultos por las torres de guardia que se alzaban a intervalos allí, se encontraban los ingenios de defensa concebidos y creados en las factorías de Thorbardin: unos arcos inmensos, que se tensaban mediante tornos y que podían disparar una lanza gruesa de tres metros de longitud a una distancia de trescientos metros, así como baterías de catapultas armadas con todo tipo de cosas, desde piedras y hojas de dagas, a recipientes de bronce llenos de las horrendas cocciones de Fardo Magnetita. Y, detrás de los puestos avanzados más altos, había dos gigantescos ingenios que se elevaban a gran altura y que los humanos jamás habían visto porque los enanos nunca se los habían enseñado ni los habían utilizado. Era una creación reciente de las fábricas: unos lanzadiscos que podían arrojar discos de hierro de bordes aserrados, con bastante potencia como para derribar árboles de gran tamaño.

Éstas eran las defensas exteriores de Thorbardin, las que estaban a plena vista y las que no lo estaban.

Los primeros avistamientos habían sido de un millar o más de asaltantes humanos que venían a través del Promontorio, desde alguna parte cerca de su extremo sur occidental. Pero ahora, mientras el sol de Krynn ascendía en el firmamento, los tambores anunciaron la aparición de otros millares de enemigos. La línea de severos guerreros en marcha parecía duplicarse y cuadruplicarse a medida que llegaba al alcance de la vista, extendiéndose a todo lo ancho del extenso praderal. Los hombres habían avanzado apelotonados, pero ahora, conforme se iban desplegando y formando grupos separados, parecían llenar la mitad del Promontorio. En lo alto de los picos de vigía, unos ojos penetrantes hicieron cuentas y cálculos, y los tambores hablaron de nuevo. Siete mil, dijeron.

Diez compañías, desplegadas y aproximándose; cada compañía contaba con setecientos guerreros humanos bien armados y aguerridos.

En la cornisa amurallada, fuera de la Puerta Sur, se encontraba Willen Mazo de Hierro, acompañado por los Diez. El regente oyó el número calculado de enemigos y frunció el entrecejo. Los defensores del exterior, las compañías de campo, sumaban mil doscientos enanos en total.

-Seis a uno, -musitó el jefe de jefes-. Bien, contamos con algunas sorpresas para compensar esa desventaja.

Pero entonces, de repente, los tambores de las montañas entonaron un nuevo mensaje, y todos los ojos enanos se volvieron hacia los prados.

No había un ejército humano ¡sino dos! ¡No, tres! Llegando al Promontorio desde el sur y el este se veían más masas de humanos, hordas en marcha desplegándose y formando compañías de combate. Y cada ejército era igual que el primero.

¡Tres asaltos! Los tambores lo transmitieron con sus ritmos. No eran siete mil invasores, sino tres veces esa cifra.

Y por encima de Thorbardin, en los altos puestos avanzados al pie del Colmillo del Vendaval, otros tambores se unieron al redoble. Willen se volvió, resguardándose los ojos. Directamente hacia el oeste, saliendo justo entonces tras las vertientes que se alzaban sobre los prados, había otro ejército, un cuarto ejército tan numeroso como los otros tres.

Apresurándose a lo largo de la pasarela que cruzaba el Eco del Yunque de extremo a extremo, Damon el Anunciado examinó sus imponentes defensas: el puente, precariamente suspendido, sin nada alrededor excepto el vacío y los agujeros de la muerte y, en su extremo exterior, la garita de la sala de guardia, con su inmenso obturador listo para moverse y encajar en su sitio. Parecía inconcebible que alguna fuerza atacante pudiera llegar a la Puerta Sur, y mucho menos cruzarla. Pero, si tal cosa llegaba a suceder, aquí estaba la última y mejor línea defensiva.

Más allá del Eco del Yunque, Damon oyó los tambores de los centinelas, y sus mandíbulas se tensaron. ¿Tantos invasores? ¿Cuatro ejércitos? ¿Cómo podía haber tantos? ¿Por qué habían traído tantas tropas los hechiceros?

Cruzó Porticada a todo correr, dejando atrás a sus cincuenta voluntarios, y rodeó presuroso el nicho del obturador para salir a la cornisa amurallada donde su padre y los Diez observaban las tierras que se extendían ante ellos. En la muralla, Damon miró hacia el Promontorio y sintió que su respiración se volvía entrecortada. Jamás había visto tantos humanos. ¡Jamás había visto tanta gente de cualquier clase!

El primer ejército, por el suroeste, estaba ya a mitad de camino del Promontorio, una inmensa formación en marcha de hoscos guerreros que avanzaban a lo largo de un amplio frente.

Y a la derecha y a la izquierda, los otros ejércitos también se aproximaban. Ejércitos idénticos. Idénticos en número, idénticos en formación... Damon entrecerró los ojos al reparar en un jinete de primera línea del asalto del este: un hombre con capa de pieles y casco, montado en un caballo pinto, justo como el...

Los ojos de Damon giraron veloces hacia la derecha. Allí, en primera línea del primer grupo, había un jinete idéntico: capa de pieles, casco, caballo pinto y todo lo demás. Damon dio una palmada a su padre en el espaldar metálico de su armadura y señaló.

-¡Mira!

El ejército del sur cruzaba en ese momento las áreas de postas, lejos en el Promontorio. La distancia era mayor, pero allí, también, había un hombre envuelto en pieles sobre un caballo pinto.

-¡Son imágenes! -bramó Damon-. ¡Magia! ¡Un ejército se ha convertido en varios!

-¿Magia? -Willen Mazo de Hierro estrechó los ojos, escudriñando en la distancia-. Entonces ¿no son reales? ¿Quieres decir que no pueden hacernos daño?

En el área de transacciones, -un conjunto de cobertizos bajos y corrales cercados donde las caravanas de mercaderes se reunían en la época de comercio-, algo estaba ocurriendo. Un par de enanos habían aparecido allí, daewars de barbas rubias, vigilantes de mercancías, que salieron de un cobertizo para huir hacia la Puerta Sur. Los humanos los vieron, y una docena de jinetes galoparon entre las líneas de infantería en su persecución. En un momento, los enanos eran derribados con violentos tajos de espadas. Incluso desde esta distancia, los que estaban en la cornisa amurallada pudieron ver el rojo brillante de su sangre.

Los tambores retumbaron, y los enanos miraron hacia el oeste. Justo detrás de las formaciones rocosas al pie del Valle de los Thanés, un pequeño grupo de einars había salido repentinamente de su escondite y se encontraba directamente en el paso del cuarto ejército humano. Altos guerreros se lanzaron presurosos al ataque, y los enanos intentaron defenderse. Un humano cayó, y después otro. Pero todo acabó en un momento. De manera metódica, los asaltantes acabaron con el pequeño grupo de enanos y continuaron el avance.

-Pues parecen muy reales, -gruñó Willen-. Matan como gente de verdad.

-Sólo hay un ejército, -aseguró Damon de forma tajante-. Pero no sabemos cuál es. Hasta que lo sepamos, todos ellos pueden ser muy reales.

Los Campos Sangrientos De La Puerta Sur

Con pura astucia, -y con la ayuda de un par de conjuros que habían enviado a Valneb, cabecilla de los magos blancos, a un lugar donde sus encantamientos fallarían hasta que aprendiera a decirlos al revés, y que habían convertido a Gilmar, el túnica roja, en una olla de cobre-, el hechicero oscuro Kistilan se había hecho con el control de los representantes de la magia en las montañas Kharolis... exactamente como planeaba hacer desde el día en que había partido de Xak Tsaroth. Los dos líderes rivales acabarían por regresar, lo sabía. Valneb se las arreglaría para invertir el conjuro de regreso, y Gilmar lograría hacer rebosar el líquido y apagar el fuego que ardía bajo él. Pero Kistilan sabía que podía encargarse de ambos sin problemas. En todas estas tierras, quedaban sólo dos hechiceros que eran "favorecidos por los poderes": él mismo y Megistal. Y Megistal había desaparecido.

Para el resto, Kistilan había explicado con detalle sus condiciones.

-Cuando los enanos hayan sido derrotados, -proclamó-, y la Piedra de los Tres se haya recuperado, podréis disponer de la piedra, para la Torre de la Alta Hechicería, y de todos los enanos supervivientes como esclavos para su construcción y para cualquier otro propósito que deseéis. Pero cualquier otra cosa que encontremos en el interior de la fortaleza de la montaña, incluida la propia plaza fuerte, es mía. Me pertenecerá sólo a mí, para hacer con ella lo que guste.

Kistilan sabía muy bien el precio que el Señor Supremo estaría dispuesto a pagar por tener bajo su dominio el territorio enano. El gran señor soñaba con un imperio, igual que Kistilan soñaba con ejercer el poder absoluto sobre todas las criaturas.

Y, así, el asalto a Thorbardin fue dirigido primordialmente por una persona, y esa persona era Kistilan. Su intención era moverse con rapidez, conquistar a los enanos de este lugar y establecerse como Hechicero Supremo antes de que apareciera alguien que quisiera disputarle su derecho. En consecuencia, utilizando los poderes elementales que había asumido y respaldándose en la magia de todos los demás, duplicó el ejército de mercenarios, y volvió a duplicarlos. Donde antes marchaban siete mil guerreros mercenarios, ahora lo hacían veintiocho mil, acercándose al cordón defensivo dispuesto por los enanos en la base del Buscador de Nubes. Tras enviar a treinta hechiceros para seguir y dirigir a cada uno de los tres ejércitos reproducidos, el propio

Kistilan, -con una escolta de veintisiete acólitos que eran leales a su causa-, acompañó la fuerza mercenaria original en su avance desde el suroeste.

Encaramado cómodamente en un adornado trono que flotaba quince metros por encima de las últimas filas de la retaguardia de la fuerza mercenaria atacante, Kistilan disfrutaba de una excelente vista de todo el campo de batalla. Asintió con satisfacción al ver que dos enanos, levantados como piezas de caza del abandonado campamento de comercio, caían muertos, y de nuevo asintió al observar al pequeño grupo de enanos exterminado por sus tropas del flanco izquierdo. Los dos ejércitos implicados en los sucesos eran réplicas creadas por la hechicería.

-¿Resistentes a la magia? -musitó-. Sigamon era un necio por creer semejante cosa de los enanos. -Con un ademán, el hechicero señaló a los distantes magos que seguían a los ejércitos irreales. Sus tropas y la segunda unidad, justo a su derecha, no participarían en el primer asalto. La tercera y cuarta unidad, al este y al oeste de la línea enana, iniciarían el ataque.

Kistilan musitó un conjuro y lanzó sus órdenes al vacío. De inmediato, dos voces, -las de otros magos situados a casi kilómetro y medio a cada extremo-, respondieron, sus voces sonando tan cerca de él como si ellos hubieran estado a su lado.

En el extenso paisaje de prados al oeste de las formaciones rocosas, el cuarto ejército se desplegaba y se dividía en cuatro para presentar una larga línea frontal a los enanos que aguardaban. Al toque de trompetas, los miles de hombres empezaron a avanzar de manera inexorable, compañía tras compañía de soldados de infantería con escudos, picas y espadas. La oleada frontal era una sólida línea de hombres, hombro con hombro y escudo con escudo, que se extendía casi cuatrocientos metros de punta a punta. Los atacantes llegaron a un centenar de metros de los defensores enanos y entonces se pararon frente a ellos. Las trompetas volvieron a sonar, y la línea frontal de humanos se agachó detrás de los escudos extendidos. Tras ellos, arqueros y Saqueadores dispararon sus proyectiles. Flechas y dardos de mano volaron a centenares, silbando y zumbando en el aire en dirección a los enanos más próximos.

En un abrir y cerrar de ojos, los enanos variaron su formación: las filas delanteras se arrodillaron y las segundas levantaron los escudos. El repiqueteo de flechas y dardos contra el acero enano resultó ensordecedor. Aquí y allí un enano se tambaleó y cayó, pero los huecos en el muro de escudos se cerraron de inmediato al ser sustituidos por otros.

De nuevo, arqueros y lanzadores de dardos dispararon sus proyectiles, y de nuevo la línea enana apenas resultó afectada. Hombres de la ola de asalto aferraron con fuerza sus escudos, preparándose para incorporarse y avanzar.

Era lo que Willen Mazo de Hierro había estado esperando. En el momento en que los portadores de escudos movieron los pies para levantarse, hubo un instante en que fueron vulnerables. Willen hizo una señal, un tambor sonó, y, de las rocas por encima de la suave pendiente, cientos de bolas de hierro salieron disparadas por centenares de hondas.

La precisión en la elección del momento justo fue perfecta. Por todas partes caían hombres, doblándose sobre otros, chocando entre sí mientras se desplomaban. La hilera de escudos se vino abajo y las hondas zumbaron una vez más, como enjambres de furiosas avispas. La segunda andanada de bolas de hierro hizo estragos entre las filas desprotegidas de arqueros y lanzadores de dardos. Sin los escudos y sólo protegidos con armaduras ligeras, los hombres cayeron a centenares a medida que las pesadas bolas de hierro chocaban contra cráneos, costillas, brazos, piernas, gargantas y vientres. Muchas de las bolas rebotaban lateralmente para ir a estrellarse una segunda y hasta una tercera vez en las apretadas filas de mercenarios antes de perder fuerza e impulso.

Una carga de guerreros montados, agrupados justo detrás de los arqueros, se deshizo cuando las bolas de hierro hicieron blanco tanto en jinetes como en caballos.

-¡Mirad a los caídos! -gritó Damon el Anunciado, desde la cornisa de la Puerta Sur-. ¡Fijaos en lo que está pasando!

Por todas partes, en el campo donde hombres y corceles habían caído, el aire pareció rielar con un fulgor verdoso que destelló fugaz aquí y allí. Y los cuerpos caídos empezaron a tremolar y a

desvanecerse.

-¡Ese ejército no es real! -dijo Damon-. Sólo es brujería.

¡Decídselo a nuestros soldados!

Los tambores resonaron, y la línea defensiva enana vaciló, atendiendo al mensaje. Entonces, como siguiendo un plan, una docena o más de despeinados guerreros kiars salieron de una de las compañías enanas y corrieron hacia los atacantes, aullando y blandiendo sus garrotes. Las flechas zumbaron, y las espadas arremetieron a medida que llegaban, y en cuestión de un segundo todos los kiars estaban en el suelo, mortalmente heridos... durante un momento. El silencio se adueñó del campo de batalla cuando los cuerpos estremecidos se sentaron mientras arrancaban de sus cuerpos astiles que desaparecían, recogían sus garrotes y reanudaban la carga, directamente contra el grueso de los millares de hombres. Cargaron y siguieron cargando, dejando tras de sí un amplio rastro de cadáveres humanos, en tanto que las hondas zumbaban desde la ladera, reforzando su ataque.

-Locos kiars, -rezongó Willen Mazo de Hierro.

-¿Locos? -replicó Damon-. Tal vez. O tal vez sólo se estén divirtiendo. Dale a un kiar una buena excusa para desmandarse y ten por seguro que la aprovechará.

En su trono flotante, detrás del primer ejército, Kistilan contemplaba fijamente el distante estrago que tenía lugar allá delante, y entonces sus ojos se tornaron fríos. De algún modo, los enanos, o al menos unos cuantos de ellos habían resistido a sus tropas de choque. Siete mil combatientes perfectamente creados con un excelente conjuro, y un simple puñado de enanos corrían libremente entre ellos, derribando todo cuanto encontraban a su paso. Lleno de rabia, apuntó con la mano y musitó algo. De su dedo salió disparado un rayo que pasó chisporroteando sobre las cabezas de sus guerreros para después disparar relucientes descargas a los desmandados kiars. Uno por uno, los enanos se tambalearon y cayeron, ennegrecidos y humeando.

El cuarto ejército, sin embargo, estaba en plena desbandada: caballos desbocados, hombres dándose a la fuga por todas partes. Muchos de ellos se dirigían ciegamente de vuelta a la fuerza principal. Kistilan musitó unas palabras, y el cuarto ejército al completo, con sus miles de guerreros, rieló y desapareció. En el campo de batalla sólo quedaban los cuerpos de los caídos, que todavía no se habían desvanecido, y los restos humeantes de los enanos.

Entonces, dos de aquellos cuerpos ennegrecidos se movieron, se agitaron y se sentaron.

Kral Baden se sacudió, miró en derredor, y esbozó una mueca, de manera que los blancos dientes destacaron en el rostro sucio de hollín. Se volvió hacia el otro kiar que había sobrevivido.

-Creí que un rayo nos había alcanzado. Pero hoy no hay rayos, porque no hay nubes.

El tercer ejército de humanos había seguido avanzando y ahora se enfrentaba a la pequeña línea de enanos, las unidades de cabeza solo a unos cuantos centenares de metros de distancia.

Lodar Faldón Amarillo, al frente de la fuerza de elite daewar llamada Maza Dorada, había oído los tambores y había visto las tropas humanas del oeste derrumbarse y desaparecer. Entonces, los tambores tenían razón. De las tres hordas humanas que quedaban, dos eran sólo obra de la brujería, no eran "reales" en términos enanos, y por ende no eran verdaderamente peligrosas. Pero ¿cuáles eran las ilusiones?

En el campo de batalla, las tropas humanas estaban formando; los jinetes se situaban en primera línea para una carga contra la infantería enana. Lodar hizo una seña, y un tambor hylar corrió hacia él.

-Solicita permiso para probar esta fuerza, -dijo Lodar.

El tambor hizo un rápido redoble con su vibral, y el profundo y obsesivo ritmo se propagó hacia lo alto por las laderas. Hubo un instante de vacilación, y después llegó la respuesta.

-El jefe de jefes da su permiso, -tradujo el tambor hylar.

-¡Voluntarios! -pidió Lodar. Al instante, todos los miembros de la Maza Dorada adelantaban un paso, ofreciéndose voluntarios.

-Muy bien, -asintió Lodar-. La fuerza al completo. Esos jinetes cargarán contra nosotros, -dijo, señalando-. Esperad mi señal, y entonces formad dos compañías. La línea de la primera compañía contraatacará, abajo y defensa, y después a la inversa. La segunda compañía se mantendrá en su posición. Martillo y yunque.

-Tienen lanzas, -comentó el jefe de un escuadrón.

-No tienen lanzas, -replicó Lodar categóricamente-. Eso no es más que brujería. Esos hombres no están ahí.

-Sí, señor. -El jefe de escuadrón sonrió-. Como esos otros que los locos kiars arrasaron.

Las trompetas sonaron, y un centenar de jinetes salieron del frente humano lanzados al trote, desplegándose en una amplia línea, con un hueco de unos dos metros entre jinete y jinete. Lodar Faldón Amarillo hizo el signo de Reorx sobre el peto de su armadura y confió en que lo que había dicho al jefe de escuadrón fuera cierto. Sus tropas estaban convencidas ahora de que los enemigos que tenían delante no eran más que ilusiones de la magia.

Lodar esperaba fervientemente que lo fueran.

La línea de la caballería humana avanzó al trote, después a medio galope y después a galope tendido, con las lanzas de punta de acero en ristre. En cuestión de un momento había cruzado la mitad del campo y estaba a medio camino entre sus propias fuerzas y la línea enana.

-¡Según el plan! -grito Lodar-. ¡Carguen!

Los escudos en alto y los martillos prestos, la mitad de la Maza Dorada corrió hacia los jinetes lanzados a la carga, desplegándose en una formación de punta de lanza, una "V" sólida, cerrada, de enanos a la carrera.

Los jinetes, cogidos por sorpresa por la inesperada contracarga, vacilaron un instante y la línea perdió regularidad. Pero enseguida reanudaron el galope, las lanzas inclinadas hacia los blancos bajos y fornidos que eran los enanos. Con un retumbar de cascos y el estruendo de las botas de los enanos, las dos formaciones chocaron en mitad del campo. Aquí, una lanza atravesó una coraza enana; allí un daewar se agachó, eludiendo la arremetida, y quebró las patas delanteras de un caballo con un único golpe de martillo. Entonces, de repente, todos los enanos cayeron al suelo, boca arriba, con los escudos por encima. Los caballos pasaron, atronadores, por encima y alrededor de ellos, con las lanzas apuntadas hacia abajo, y los hombres fueron cayendo cuando los martillos arremetían desde debajo de los escudos y derribaban a sus monturas.

Los segundos se hicieron eternos, y la carga pasó y continuó retumbante hacia la segunda unidad de la Maza Dorada, todavía manteniendo la posición. Allí donde las fuerzas se habían encontrado había un revoltijo de cuerpos: hombres, caballos y enanos por todas partes. Pero, entre los enanos, la mayoría levantó sus escudos, se incorporó de un brinco y se dio media vuelta.

Lodar apretó los dientes para aguantar el dolor y miró el astil de lanza roto que le sobresalía del peto.

-No es real, -se dijo ferozmente-. Más vale que no sea real.

Todo a su alrededor, otros enanos heridos y lisiados se repetían lo mismo. Y, de pronto, las lanzas se desvanecieron, los agujeros en las armaduras se cerraron, la sangre dejó de fluir. Y detrás, en lo alto de la vertiente, los tambores cantaron lo que los centinelas habían visto. Este ejército, como el del oeste, no era más que una ficción.

Pero, ficción o no, los jinetes seguían a la carga en dirección a la segunda compañía de la Maza Dorada.

-¡El yunque! -ordenó Lodar-. ¡Formación de aplastamiento!

Con una sólida falange de furiosos daewars a su espalda, Lodar Faldón Amarillo se lanzó tras los jinetes humanos.

Todavía con un número de setenta, la carga de caballería llegó al "yunque" de la defensa daergar como una guadaña descargándose sobre trigo... y rebotó como una guadaña que golpeará roca.

Con los escudos reforzados con resistentes mazas de madera aseguradas sobre sólida roca, los daewars hicieron frente a la carga de caballería del modo que habían aprendido a hacerlo un siglo atrás. Real o no, lanzas o no, una carga de caballo no puede romper escudos de acero clavados en piedra. Los humanos chocaron contra la línea, las lanzas se rompieron y muchos de los jinetes salieron desmontados de las sillas por el impacto. Algunos caballos pasaron sobre los escudos y allí las sillas les fueron aligeradas de sus cargas mediante bolas de hierro lanzadas por hondas y golpes de martillo. Otros se dieron media vuelta y chocaron y se dieron empellones con otros.

-¡Retiraos! -gritó una voz humana-. ¡Reagrupación!

Pero era demasiado tarde. Como una personificación de la cólera enfundada en acero y barbidorada, la primera compañía de la Maza Dorada alcanzó a los jinetes por la retaguardia y los aplastó contra el "yunque" de la línea reforzada. Por todas partes, el metal repicó contra metal, los hombres gritaron, los caballos patalearon, y el canto entonado por voces profundas de "¡Reorx! ¡Reorx! ¡Reorx!" se repitió como un eco; los enanos caían y volvían a incorporarse para luchar de nuevo. Los hombres caían, pero no se levantaban.

Lejos de la lucha del campo de batalla, los hechiceros que guiaban la réplica del ejército corrían de aquí para allí en medio del desconcierto y la frustración. El ejército empezó a dispersarse, con grandes grupos dirigiéndose a lugares donde ponerse a cubierto, seguidos por hechiceros que discutían y peleaban entre ellos.

En un lugar donde los deshielos de la primavera habían erosionado la tierra a lo largo de un arroyuelo, formando un laberinto de barrancos de altos bancales, Desliz Codel había estado escondido, esperando una ocasión para emboscar a alguien. El joven theiwar se había separado del grupo al que había sido asignado y después quedó aislado por el avance de los mercenarios por el este.

Ahora permaneció agazapado detrás de una losa inclinada, junto a un alto bancal, mientras centenares de humanos pasaban presurosos frente a él, algunos cabalgando y otros a pie. Desliz los vio pasar, muchos de ellos a menos de un metro de donde estaba escondido, muriéndose de ganas por emboscarlos. Pero estaba solo y ellos eran muchos. Tras unos minutos, todos hubieron pasado, y Desliz empezó a incorporarse. Entonces volvió a agacharse cuando un hombre de aspecto extraño salió corriendo por detrás de un peñasco y se detuvo, resollando y falto de aliento. El hombre no iba armado y sólo llevaba una larga y sucia túnica de tela blanca. Con un siseo de rabia, miró fijamente a las cárcavas por las que los otros humanos se habían marchado y levantó una mano.

-Dek seratis -dijo-. Dek manit...

Lo que quiera que tuviera intención de añadir se quedó sin ser dicho. El martillo de Desliz Cobel le dio un golpe seco en el cráneo y el humano se desplomó en el suelo.

Desliz saltó desde lo alto del bancal junto al hombre caído y luego caminó alrededor de la inmóvil figura. El hombre todavía respiraba. Desliz levantó su martillo otra vez, pero entonces cambió de opinión. Se colgó el arma, se agachó junto al hombre, lo levantó sobre sus fuertes hombros y se puso de pie. Con las extremidades del inconsciente humano arrastrando por detrás y por delante, Desliz se encaminó hacia las vertientes de Thorbardin. Quizá, pensó, a alguien allí le gustaría hablar con este humano acerca de lo que estaba pasando.

Desde la cornisa amurallada, en el exterior de la Puerta Sur, Willen Mazo de Hierro y Damon el Anunciado contemplaron la destrucción de la carga de caballería y supieron que Lodar Faldón Amarillo había estado acertado en su suposición. Habían identificado al segundo ejército producto de conjuros.

Damon, que escudriñaba a través de un artilugio de visión a distancia desarrollado por los vidrieros hylars, -unas lentes de aumento montadas dentro de un tubo de bronce-, vio algo ahora que no había visto antes. Lejos, en el Promontorio, donde todavía quedaban dos ejércitos idénticos, un punto o mota oscura flotaba en el aire por encima de una de las hordas. Girando las bandas marcadas con filetes del artilugio, ajustó las lentes para obtener un mayor aumento de la imagen. La

mota creció y se convirtió en un hombre sentado en un sillón..., un sillón suspendido en la nada, simplemente flotando por encima de la masa de humanos que había debajo.

Tendió el "vistalejos" a su padre, señalando el punto en la distancia. Willen atisbó a través de las lentes y después le pasó el artilugio a Barek.

-Un hechicero se ha impuesto sobre los otros, -dijo Damon-. Entonces, él es el que está al mando. -Se volvió hacia su padre y al capitán general-. Si tuvieseis cuatro ejércitos y sólo uno de ellos fuera real, ¿a cuál de ellos dirigiríais?

-Al real, -contestó Willen.

-Comprobemos nuestra teoría, -dijo Barek a Damon-. Ha llegado el momento de sacar los lanzadiscos.

Damon asintió con la cabeza.

-Estoy de acuerdo, -abundó Willen-. Veamos si el ejército real está al mando de un hechicero real.

A la orden del capitán general, los tambores sonaron y, un poco más abajo de cada rampa inclinada, los enanos se pusieron a trabajar con cables y tornos. Lentamente, de detrás de cada torre de guardia principal, apareció un enorme instrumento de vigas atadas y reforzadas, tan alto como las propias torres. Moviéndose sobre enormes ruedas de hierro, cada lanzadiscos salió a la vista rodando, y los enanos treparon por sus costados, llevando herramientas. Los tornos de arriba empezaron a chirriar y, en lo alto de cada torre, un brazo largo y articulado, grueso como el tronco de un cedro de montaña, empezó a doblarse hacia atrás más y más, crujiendo a medida que los muelles de cables soportaban la tensión de su inercia.

Cuando los dos brazos estuvieron echados hacia atrás un cuarto del recorrido alrededor de la torre de vigas, unos anclajes de piedra se colocaron en las bases de las estructuras. Más enanos treparon por los ingenios, llevando discos de hierro con los bordes de acero. Cada uno tenía noventa centímetros de diámetro y veinte de espesor en su parte central, y se afinaba gradualmente hacia el borde, que era una fina banda de acero templado, con afilados dientes de siete centímetros y medio de largo. Los discos tenían el aspecto de unas sierras circulares gigantescas.

Con gran cuidado, los enanos operarios colocaron los discos en ranuras curvadas, al extremo de cada uno de los largos brazos echados hacia atrás, y después descendieron a toda prisa de la estructura, dejando arriba sólo a los equipos de lanzamiento.

Barek Piedra miró al abarrotado campo de batalla, calculando distancias.

-Kilómetro y cuarto, -anunció-. Elevación total.

-¿Estos artefactos tienen ese alcance? -preguntó Damon a su padre.

-No del todo, -admitió Willen-. Sólo unos mil metros. Pero Barek sabe lo que se hace.

Damon miró a través de la distancia y asintió con la cabeza.

-Ah, -dijo-. ¿La piedra y el agua?

-Exactamente, -contestó Willen.

-El ejército de la derecha, -indicó Barek a los enanos encaramados en las torres-. ¡El que tiene esa mota negra flotando encima!

-¡No podemos acertar a dar en ese puntito! -replicó alguien a voces-. ¡Herrín, Barek! ¡Puede que seamos buenos en esto, pero no hasta ese punto!

-¡A la mota, no! -chilló el capitán general-. ¡Me refiero al ejército! ¡Apuntad al centro, donde los humanos están más apelonados!

-Veremos qué podemos hacer, -respondió el operador desde arriba.

Los cables se tensaron y los tornos chirriaron a medida que los brazos trincados de las torres lanzadiscos eran ajustados para la máxima elevación, y se colocaban pasadores de seguridad para tomar puntería.

-¡Listos! -dijo la voz desde arriba.

-¡Pues hacedlo! -bramó Barek.

Con chasquidos gemelos que semejaron los ecos de un trueno, los lanzadiscos cobraron vida. Los brazos sueltos gritaron al girar medio arco, chocaron con estruendo contra los pasadores de seguridad, y las torres de vigas reforzadas al completo se estremecieron y retumbaron. Discos gemelos salieron disparados, alto en el claro cielo, y después iniciaron una curva descendente en la distancia.

-¡Se están quedando cortos! -gritó alguien.

-La piedra y el agua, -repitió Damon.

En el alcance máximo, los grandes discos descargaron tajos hacia abajo. Alcanzaron el suelo a dos tercios de la distancia de la posición del ejército humano, levantando grandes nubes de polvo, y volvieron a elevarse, rebotes gemelos, como dos cantos planos arrojados sobre la superficie de un lago.

En un instante, los dos discos llegaron a las primeras filas de la horda humana y las cruzaron aplastando y machacando, girando y hendiendo, cortando todo cuanto encontraban en su camino. Hombres y caballos cayeron; y trozos de hombres y caballos. Como aullantes segadoras giratorias, los discos de borde aserrado hicieron una carnicería en su recorrido de un centenar de metros entre los mercenarios, cortando cabezas en las primeras filas, sesgando torsos en filas de más atrás, mutilando piernas y pies aún más atrás... Luego chocaron contra el suelo y volvieron a rebotar, derribando más y más hombres a su paso.

Por encima del ejército, el punto flotante se meció arriba y abajo cuando el hechicero se puso de pie en su trono, agitando los brazos y pateando de rabia.

-Buenos tiros, -retumbó Berek Piedra-. Y ahora enfoca con ese aparato de lentes en los muertos. Obsérvalos.

El ejército bullía y se agitaba llevado por el pánico, pero, donde la sangre se acumulaba en charcos alrededor de los cientos de muertos, no ocurrió nada. Los cadáveres yacieron allí, pisoteados por sus compañeros, y no titilaron ni desaparecieron.

-Ése es, -anunció Damon-. Ése es el ejército al que debemos hacer frente. Todos los demás guerreros no son más que ilusiones. -Levantó el artilugio de las lentes para observar al hechicero flotante y gritó-: ¡Guardias! ¡Los espejos!

A todo lo largo de las murallas, los guardias dieron la vuelta a sus escudos, colocando la parte posterior hacia afuera al tiempo que el aire detrás de la Puerta Sur chisporroteaba y ardía.

Descargas de energía mágica, dirigidas a las torres lanzadiscos y a los enanos situados en la cornisa principal, chocaron contra los brillantes espejos y rebotaron. Los rayos de energía salieron disparados desde los espejos hacia afuera, y cruzaron la abierta llanura para descargarse entre los mercenarios agrupados allí. Surgió humo, y hombres prendidos como antorchas salieron corriendo en todas direcciones, calcinándose y desplomándose mientras corrían. El restante ejército duplicado, al este del grupo principal, centelleó y desapareció.

-Éste es un truco que aprendí de mi hechicero favorito, -le explicó Damon a su padre.

Alas De Hechicero

Habían pasado días desde que a Quist Pluma Roja lo habían dejado atrapado en el lugar cerrado e inaccesible que los enanos llamaban Valle de los Thanes, y ya empezaba a preguntarse si sus carceleros se habrían olvidado que estaba allí. Los paquetes y barriletes de suministros que le dejaban junto a una puerta cerrada a cal y canto eran la única indicación de que había alguien que estaba enterado de su existencia. Llevaba solo desde la noche en que había presenciado cómo un fornido e iracundo enano utilizaba la magia del propio brujo para transformarlo en caballo.

Con el paso de los días, el alto y hosco cobar había recorrido el pequeño valle, buscando una salida. Tras haber renunciado a ello -un enano podría trepar semejantes paredes, pero ningún humano lo haría jamás-, se limitó a explorar para pasar el tiempo. Encontró un sitio donde unas tumbas cuidadas y limpias señalaban el cementerio de los enanos y deambuló por allí, con curiosidad. Cada una de las cortas tumbas, cuidadosamente cubiertas, estaba colocada en perfecta simetría con las demás y señalada con un trozo de piedra cortado, con runas inscritas que Quist no supo leer. A pesar de su cólera con los enanos por haberlo engañado y encerrado en este sitio, no deseó profanar las tumbas que encontró allí. Un acto así podría ocurrírsele a un Saqueador o algún otro salvaje por el estilo, pero no al orgulloso cobar. Aunque las runas no le decían quién estaba enterrado allí, seguían siendo el indicador de que era el lugar de descanso de alguien que había sido amado, alguien que había importado a aquellos que lo habían enterrado.

Curiosamente, le sorprendió descubrir que era lo mismo que hacían los cobars: poner inscripciones en las tumbas de los seres queridos. Su propio pueblo respetaba a sus muertos, y también, al parecer, lo hacían los enanos. En ese aspecto por lo menos, pensó, los enanos eran mucho más humanos que muchos humanos que conocía, tales como los de los desiertos del norte y los que regían Xak Tsaroth; especialmente los que regían Xak Tsaroth.

¿Qué haría el Señor Supremo a su familia cuando fracasara en su misión y no regresara? El cobar no lo sabía, pero le dolía pensar en ello. Fuera cual fuera la suerte que corrieran, dedicaría su vida a pagar con la misma moneda.

A veces cabalgaba en el caballo rojo al que había dado en llamar, muy acertadamente, Encantador, ya que hasta hacía poco había sido un mago humano; otras veces deambulaba a pie por el solitario y pequeño valle y esperaba que alguien viniera o que algo pasara. Y ahora había ocurrido. Con las primeras luces del día, se había despertado para ver un pequeño estandarte amarillo ondeando en un palo, cerca de la pared donde le habían dejado sus primeras provisiones. El estandarte marcaba un montón reciente de suministros, y en lo alto del montón se encontraban todas sus armas: engrasadas, pulidas e intactas.

Se preguntó qué significaba aquello. ¿Tenían los enanos intención de liberarlo pronto? ¿Le habían dado un modo de salir en libertad que él era incapaz de ver? ¿O -la idea se le pasó por la mente-, estaba ocurriendo algo más allá del valle que podría ponerlo en peligro? ¿Le estaban dando la oportunidad de defenderse?

La idea no era descabellada. En el tiempo que había pasado con Damon, Quist había advertido una extraña especie de honor en el corpulento enano.

¿Tendrían honor los enanos? Le estuvo dando vueltas a la pregunta. Los enanos no eran humanos, pero en muchos otros aspectos eran como humanos. ¿Acaso unas gentes que podían pensar y razonar tan bien como los humanos, -y que honraban a sus muertos-, serían capaces de comprender la hidalguía?

Fuera cual fuera la razón, Quist había recuperado sus armas y durante todo el día estuvo patrullando el pequeño valle, a menudo alzando la vista hacia los remates de las encumbradas paredes. El día parecía distinto de los anteriores. Los tambores, -los tambores enanos que nunca parecían estar callados en esta tierra-, estaban extraordinariamente activos. Era obvio que algo importante estaba pasando. Y una vez, en la distancia, traído por un soplo de brisa errante, a Quist le pareció oír el sonido de trompetas humanas. Dos veces al menos durante el día, el aire por encima del valle titiló y chisporroteó con el toque de la magia liberada. Y, más y más conforme transcurría el día, reparó en que Encantador lo seguía de cerca; siempre parecía encontrarse pegado a su espalda, y a menudo levantaba la hermosa cabeza equina para mirar a lo alto del borde del valle y al cielo abierto, allá arriba.

El caballo parecía notar cosas que Quist no percibía. El animal estaba inquieto y nervioso. Una vez, cuando se pegó demasiado a él, el cobar lo apartó de un empujón.

-¡Déjate de tonterías! -gruñó-. ¡No sabes nada! ¡Sólo eres un caballo!

El animal volvió la cabeza para mirarlo con sus enormes y pensativos ojos, y después sacudió la testa vigorosamente y relincho. Casi parecía que intentara hablar, y Quist le sonrió mientras le acariciaba el cuello.

-No puedes pronunciar un conjuro, ¿eh? -dijo-. Eso es probablemente lo único que te impide volver a transformarte de nuevo en hechicero; y, si hicieses eso, tendría que matarte porque si no lo hiciera entonces tú seguramente intentarías matarme a mí.

Una vez más, el caballo lo miró fija y pensativamente. Luego se volvió y paseó lentamente por los alrededores, como si se hubiera olvidado de él. Pero durante el transcurso de una hora, pudo ver al animal pateando el suelo, subiendo y bajando la cabeza, y a menudo escuchó el peculiar ruido semejante a un suave relincho, como si estuviera tratando de hablar.

Casi había anochecido y Quist estaba preparando una pequeña lumbre, cuando Encantador regresó. En la mortecina luz, el caballo se plantó a su lado, agachó la cabeza y lo empujó con el hocico. El cobar levantó la vista.

-¿Qué quieres ahora? ¡Estoy ocupado!

Se dedicó de nuevo a la hoguera, soplando la leña fina hasta hacerla prenderse, y el caballo volvió a darle con el hocico, casi tirándolo sobre el fuego.

El cobar se puso de pie, ceñudo, y empezó a regañar al animal, pero se calló. De algún modo, en la cercana oscuridad, le parecía diferente de como era antes. Se apartó un paso, justo en el momento en que el fuego prendió con fuerza y le proporcionó luz para ver. Quist dio un respingo, pegó un brinco hacia atrás, y aferró con fuerza la empuñadura de su espada. ¡El caballo tenía alas! De algún modo, se las había ingeniado para que le crecieran un par de alas anchas de plumas rojas que desplegó grácilmente mientras él lo contemplaba y que después volvió a doblar sobre los flancos.

-Sigues siendo un hechicero, -barbotó Quist-. ¡Lograste realizar un conjuro!

El caballo subió y bajó la cabeza, sus grandes ojos estudiándolo.

-Has hecho que te crezcan alas, ¿pero no pudiste convertirte otra vez en un humano?

El caballo sacudió la cabeza con aire entristecido.

-¿Vas a intentar matarme? -El cobar desenvainó a medias su espada al tiempo que se agazapaba.

El caballo sacudió la cabeza con determinación y pateó el suelo.

-Entonces ¿qué es lo que quieres? -quiso saber Quist.

El caballo se volvió a medias y avanzó lentamente hacia él, agachando el ala casi hasta el suelo. Cuando estuvo a sólo un paso de distancia, hizo una graciosa reverencia, extendiendo una pata delantera y doblando la otra, de manera que le ofrecía el lomo. El movimiento era inequívoco para cualquier jinete.

-Quieres que te monte, -musitó Quist.

El caballo asintió.

El cobar vaciló un instante; luego se dio impulso y subió de un salto a lomos del animal, las piernas apretadas en torno a la cincha bajo las alas. Desenvainó la espada, levantándola sobre la ondeante crin que tenía delante.

-De acuerdo, -dijo-. Pero no vamos a hacernos daño el uno al otro, ¿verdad?

El caballo giró la cabeza y lo miró como si lo hubiera insultado; luego se agachó, saltó y extendió las enormes alas al tiempo que las batía. El suelo quedó abajo y volaron en una rápida espiral ascendente hacia el borde del valle, allá arriba.

La imponente mole del pico Buscador de Nubes se alzó ante su vista; después, el Promontorio, detrás, y Quist lanzó un silbido. Ahí fuera, en los grandes prados, había centenares de hogueras; todo un ejército acampado bajo las estrellas. Y a lo largo de toda la cara sur del pico, -y en las estribaciones inferiores-, se veían antorchas y lámparas.

El caballo ascendió más, volando en círculo mientras Quist caía en la cuenta de lo que estaba viendo. Los enanos estaban bajo asedio. Un ejército estaba a sus puertas, y había habido

lucha. Encantador viró las alas, planeó sobre la cara sur de la montaña, y descendió a cincuenta metros del gran portal que allí había antes de remontarse de nuevo. Quist vio un portón inmenso, guardado por cientos de enanos equipados con armaduras completas. Algunos de ellos señalaron hacia arriba y gritaron, pero Encantador viró a la derecha y se dirigió sobrevolando las quebradas hacia el Promontorio. Las hogueras de campamento de un ejército se extendían adelante y abajo, y Quist estrechó los ojos; luego siseó con asco cuando divisó algunas de las figuras que había alrededor de los fuegos.

-¡Saqueadores! -rezongó-. ¡Los Saqueadores y los forajidos del Rik! ¡Mercenarios!

Cerca del centro de gran campamento, Encantador plegó las alas y descendió hacia un fuego separado de todos los demás. A su alrededor, había muchas figuras, unas sentadas y otras de pie. Una, con sombrero negro, estaba hablando, gesticulando y haciendo ademanes enfurecidos mientras el resto escuchaba. Quist reparó en que ninguno de ellos llevaba armas. ¿Hechiceros?, se preguntó.

Todavía a una altura considerable, el caballo volador giró y se alejó con rapidez, de vuelta a donde habían venido. Antes de que Quist cayera en la cuenta, estaban de nuevo sobrevolando el Valle de los Thanés y descendían.

-¡No! -gritó-. ¡Acabamos de salir de ahí! ¡No vuelvas!

Pero el caballo siguió descendiendo, y los muros del valle se cerraron en torno a ellos. En el fondo, Encantador aterrizó suavemente y Quist se bajó de un salto, blandiendo la espada.

-¿Por qué has vuelto a traerme aquí?

Por toda respuesta, el caballo plegó las alas y echó a andar hacia la pequeña lumbre que el cobar había dejado encendida. Cuando llegó ante el fuego, se volvió, miró al hombre y luego extendió un casco grande y delicado, señalando. Junto al fuego estaba el escudo de Quist, su cinturón de dagas, el arco y la aljaba; exactamente donde los había dejado.

-Oh, -dijo el cobar-. Bueno, gracias por acordarte de mis cosas.

El día había ido bien para los holgars, si se tenía todo en cuenta. Se había derramado sangre, pero en su mayor parte había sido sangre humana. Sin contar los falsos "ejércitos" a los que los enanos habían considerado testarudamente sólo unos espejismos, -una vez que los hubieron identificado-, cientos de mercenarios habían caído bajo los discos de los lanzadiscos, y no pocos en un ataque daergar lanzado tras caer la noche. Según las estimaciones de todos los comandantes, las bajas enanas durante todo el día eran alrededor de cincuenta.

Y, a última hora, a Willen Mazo de Hierro le llegó la información de que la Puerta Norte estaba terminada, con su inmenso obturador instalado y funcionando. El que ya hubiera quedado instalado el gigantesco cierre en su sitio dejaría libres a varios miles más de guardias y trabajadores para hacer frente al ataque de la Puerta Sur. Ahora mismo, la mayoría de la población de Talanquera, detrás de la Puerta Norte, se dirigía en oleada hacia el sur, a través del reino subterráneo, preparándose para el combate en el camino.

Algo inquietante molestaba a Willen. Al mismo tiempo que la noticia de la terminación de la Puerta Norte, llegó Cale Ojo Verde.

-Hemos traído a la gente del campo aquí para que estén seguros -dijo el neidar-. Pero no se quedarán. No pertenecemos a este lugar, Willen, bajo el peso de la piedra, del mismo modo que tampoco tú ni los otros holgars pertenecéis a los espacios abiertos.

Willen miró fijamente a su cuñado, pensativo. En otros tiempos los dos habían sido calnars, y los dos habían sido hylars durante la emigración a través de Ansalon. Pero, incluso entonces, Cale Ojo Verde había sido distinto. Una persona de las cumbres y el cielo abierto, jamás se había sentido cómodo en las moradas subterráneas de los holgars, y con el paso de los años muchos otros más, de distintas tribus, se le habían unido. Se habían convertido en un pueblo diferente, el neidar. Del mismo modo que los clanes holgars, -el hylar, el daewar, el theiwar, el daergar y muchos kiars-,

eran gente de la piedra, los neidars eran gente del sol. Mientras que los holgars eran gente del martillo, los neidars eran gente del hacha.

-Algunos de nosotros, los que tienen familias, permanecerán aquí -explicó Cale-. Pero el resto se marcha. Hemos hecho todo lo que podíamos dentro de Thorbardin. A partir de ahora, sólo seríamos un estorbo.

Willen asintió en silencio y le tendió la mano.

-Entonces toma los caballos, Cale, -dijo-. Tómalos y haz buen uso de ellos.

Algún tiempo después, Willen oyó que los neidars habían abandonado Thorbardin y que la Puerta Norte se había cerrado a sus espaldas.

Continuaba el problema del ataque mágico, pues cabía la posibilidad de que los hechiceros burlaran de algún modo el portón sellado de las entradas; pero vigilantes equipados con vistalejos, los tubos de lentes, habían estado observando todo el día, cerca de la grieta, contando magos. Era una suposición bien fundada que el asalto a Thorbardin del grueso del ejército estaba concentrado en la Puerta Sur. Así que sólo una reducida compañía de guardias y operadores permanecieron en la Puerta Norte.

En conjunto, había sido un día con éxito en la defensa de Thorbardin. Pero sólo era el primer día, y todavía había un ejército ahí fuera, en el Promontorio; un ejército que al menos contaba con seis mil mercenarios humanos organizados y más de un centenar de magos.

-Hemos vencido un día, -le dijo Willen a Berek Piedra-. Pero no hemos ganado la guerra. Hoy hemos jugado con ilusiones y hemos probado algunas de nuestras defensas. Mañana la cosa se pondrá seria.

En el inclinado terraplén defensivo, debajo de la cornisa principal, surgieron gritos y revuelo. Los guardias levantaron las linternas, y los que estaban en la cornisa vieron un grupo que forcejeaba mientras se dirigía hacia ellos; eran una docena o más de fornidos theiwars que arrastraban a un humano vestido con túnica blanca que llevaban en medio, empujándolo y dándole empellones. El hombre mascullaba cosas, y de vez en cuando algunos enanos flotaban varios palmos en el aire y luego volvían a descender, iracundos, y maldiciendo en el más puro estilo theiwar. Por un instante, pareció que dos o tres theiwars relucían con una extraña luz. Luego, a otro le crecieron alas de murciélago y le salieron colmillos que le crecieron curvados sobre la barba.

-¡Basta ya! -bramó un theiwar al tiempo que soltaba una patada bien dirigida a la espinilla del hombre. El humano soltó un aullido de dolor, masculló algo, y la cabeza del que le había dado la patada se volvió, momentáneamente, la de un conejo. Otro theiwar alargó la mano, cogió al hombre por la barba, y lo hizo agacharse para cruzarle el rostro con un fuerte bofetón.

-Ya lo has oído, -dijo el enano-. ¡Basta de tonterías!

El hombre lanzó una mirada furibunda a los enanos que lo rodeaban, masculló algo más, y dio la impresión de que desaparecía. Sus captores se aferraron tozudamente al aire vacío y continuaron sus forcejeos mientras caminaban.

-No pasa nada, -dijo uno-. No se ha marchado. Sólo se ha hecho invisible. Ya ha hecho lo mismo varias veces.

Damon el Anunciado bajó presuroso el terraplén para detenerlos antes de que llegaran a la puerta.

-¿Dónde cogisteis a éste? -preguntó.

-Desliz lo atrapó en las quebradas, -respondió uno de ellos mientras señalaba a un joven theiwar de largos brazos que sujetaba con firme determinación alguna parte invisible del invisible prisionero.

-Todavía está aquí -le aseguró Desliz Codel al corpulento hylar-. Te lo demostraré. -Alzó una mano, tanteando el aire vacío, y luego, con dos dedos, obligó a que dos párpados invisibles se abrieran. Entre sus dedos apareció un ojo de expresión furibunda-. Me parece que los brujos son incapaces de hacer invisibles sus ojos -explicó el joven theiwar-. Si los tienen abiertos, siempre se los puede ver.

-Interesante. -Damon reparó en que, al estrechar los ojos y forzar un poco la vista, podía atisbar vagamente la silueta del hechicero. La invisibilidad era, después de todo, sólo magia, y Damon había aprendido que cuanto más obstinadamente se negaba a aceptar la magia, ésta perdía mayor efectividad.

-¿Quién eres? -le preguntó al furioso ojo que asomaba entre los dedos de Desliz.

-No es de tu incumbencia, -gruñó una voz iracunda-. Delatas sepit mikti...

-¡Chapak! -finalizó Damon el encantamiento mientras señalaba con su firme índice el ojo del mago.

El invisible hechicero chilló, se sacudió y se hizo visible bruscamente, de pie en medio de un enjambre de abejas.

-¡Sujetadlo! -ordenó Damon-. Haced caso omiso de las abejas; ¡no son reales!

Los theiwars mantuvieron sujeto al forcejeante hombre, que no dejaba de aullar.

-¡Vaya! -exclamó Desliz-. ¿Hiciste tú eso, Damon?

-No, lo hizo él. Pero su intención era que me pasara a mí.

-¡Ka... kapach! -tartamudeó el hechicero mientras agitaba brazos y piernas contra el enjambre de abejas que lo rodeaba. Las abejas siguieron zumbando, picándolo sin piedad-. ¡S... so... socorro! -gritó-. ¡Por f... favor..., ayu... ayúdame!

-¿Cómo? -preguntó Damon con indiferencia.

-D... di "¡Ka... k... kapach!"

-¿Y te portarás bien?

-¡S... sí! ¡L... lo juro! ¡Ay!

-Kapach -dijo Damon. Al instante, las abejas desaparecieron, si bien unos verdugones rojos empezaban a hincharse por todo el cuerpo del hombre.

-Deberías haber elegido otro oficio, -comentó Damon-. No eres muy bueno con la magia. -Señaló hacia el oscuro Promontorio, con sus miles de hogueras distantes-. ¿Quién está al mando allí?

-K... Kisti... Kistilan, -respondió el hechicero. Su tartamudeo se estaba haciendo más acusado.

-¿Es el que iba en el sillón flotante?

-E... ése e... era él, s... sí.

-¿Qué es lo que quiere?

-Q... quiere este s... sitio, -dijo el infeliz brujo. Su rostro se estaba hinchando de un modo grotesco a causa de las picaduras de las abejas-. Los d... demás s... sólo que... queremos la P... piedra d... de los T... tres. Kis... Kistilan q... quiere Tho... Thorbardin.

-Nunca tendréis ni lo uno ni lo otro, -le aseguró Damon.

-¡No p... podéis opon... oponeros a la m... magia! -barbotó el hombre-. S... sois unos ne... necios si p... pensáis que p... podéis ha... hacerlo.

-¿Lo somos? -El hylar señaló al hombre otra vez-. Delatas sepit mikti...

-¡N... n... no! -chilló el hechicero.

Damon le sonrió con malicia y después bajó la mano.

-¿C... cómo..., cómo has a... apre... aprendido eso? -tartamudeó el hombre, que tiritaba de manera incontrolable.

-Lo aprendí de ti hace un momento. Tengo una memoria excelente.

Con la llegada de la oscuridad, la mayoría de las tropas de la línea exterior se habían retirado al perímetro más cercano para descansar y cenar. Los humanos, tan ciegos en la oscuridad como cualquier daewar o hylar, no era probable que se movieran hasta la mañana siguiente. Pero aquí los comandantes enanos no habían contado con los hechiceros. Una hora antes de la salida del sol, las trompetas sonaron en las cercanas laderas, y las fuerzas de ataque de mercenarios humanos

cargaron contra los campamentos enanos exteriores, siguiendo parches de una extraña luz que alumbraba el suelo delante de ellos del mismo modo que la luz de la luna los alumbraría a través de claros en las nubes en una noche tormentosa.

Sólo la intensa disciplina salvó a la Maza Dorada, -la que estaba adelantada en el sendero principal de la vertiente-, de ser aniquilada. Varios centenares de guerreros Saqueadores, guiados por las habilidades de los magos, salieron de la oscuridad y cayeron sobre la brigada daewar en medio de aullidos de triunfo y el estruendo metálico de las armas.

Si los daewars sorprendidos así hubiesen pertenecido a cualquier otra unidad, habrían sido masacrados. Pero al primer indicio de ataque, incluso antes de que Lodar Faldón Amarillo hubiera impartido órdenes, los soldados daewars se habían incorporado y adoptaron una formación en círculo de manera que crearon un doble anillo de acero de escudos y espadas. Algunos de los Saqueadores salvaron el primer anillo al caer enanos bajo dardos de mano y espadas largas, pero ninguno logró pasar el segundo anillo. Durante largos minutos, la lucha fue feroz, acero chocando contra acero, los gritos de guerra de los mercenarios en un salvaje contrapunto al canto de los enanos combatientes mientras sus espadas arremetían por detrás de sus escudos y retrocedían goteando sangre.

El anillo exterior se rompió una vez, y después una segunda, e incluso una tercera; pero, en cada ocasión, los enanos del círculo interior se adelantaron para cubrir las brechas. Dentro del círculo, las hondas enanas zumbaban a medida que los honderos lanzaban una andanada tras otra de bolas de hierro contra la arremetida de humanos. Y, en el centro de sus tropas, Lodar Faldón Amarillo estaba encaramado sobre un barril de agua, desviando flechas y dardos con su escudo, yelmo y brazales al tiempo que escudriñaba la línea de combate iluminada por el fulgor mágico. Vio un intenso empuje de los humanos formándose justo más allá del lado sur del anillo.

-¡Cuadrante inferior del sendero, romped formación y cargad! -gritó.

En el mismo momento en que, en aquel punto, los humanos corrían hacia el círculo de enanos, el círculo se combó hacia afuera, en su dirección, los escudos alineados se apartaron repentinamente y una avalancha de enanos salió a la carga con los escudos en alto, directamente contra el frente de ataque. Las dos cargas se encontraron y penetraron una en otra, pero después los humanos retrocedieron. Los proyectiles de las hondas los acribillaron por detrás mientras corrían.

En los quebrados barrancos al sur del sendero de la vertiente principal, el ataque sorpresa humano no tuvo éxito. Éstos eran antiguos campos de operaciones de los salvajes theiwars, y los theiwars que tenían a su cargo este sector ahora estaban muy familiarizados con ellos. Aquí fue donde alrededor de un centenar de invasores descubrieron lo que sus antepasados habían descubierto en otros tiempos: la especialidad de los theiwars era la emboscada.

Los humanos, aproximadamente un centenar de mercenarios y dos o tres hechiceros, entraron a la carga en las quebradas, dirigiéndose hacia las pacíficas lumbres de cocinar que había justo al frente. Para cuando vieron que nadie cuidaba de las hogueras, ya era demasiado tarde para dar media vuelta. Delgadas cuchillas y martillos de oscuro hierro theiwars se tiñeron de rojo esa noche, y muy pocos atacantes escaparon.

Los luchadores nocturnos daergars, en su camino de regreso tras hostigar a los campamentos humanos, no fueron tan afortunados como los theiwars. Un fogonazo de extraña luz los sorprendió a casi todos con sus máscaras quitadas y los cegó en el momento en que dos escuadrones de invasores se les echaban encima, tajando y cortando. Los daergars participantes en la escaramuza nocturna dejaron casi cuarenta muertos en aquel campo, casi la mitad de su compañía.

Fue una infantería mixta la que impidió que las hordas humanas llegaran casi a los terraplenes. Bajo el mando directo de Barek Piedra, cuatro compañías de guardias de Thorbardin formaron filas debajo de las calzadas inclinadas, y los humanos que llegaron allí, tras pasar entre otras unidades enanas, no fueron contrincantes para ellos. La lucha apenas duró unos minutos, y

después los invasores dieron media vuelta y desaparecieron en una oscuridad que sobrevino de repente.

Los ataques sorpresa no habían llegado a Thorbardin, pero sumados a los combates del día anterior, se habían cobrado su precio. De mil doscientos enanos que formaban la defensa exterior la mañana anterior, no quedaban más de mil. Willen Mazo de Hierro escuchó los informes e hizo retirarse a las unidades de la guardia hacia las vertientes principales, desde el terraplén occidental hasta el oriental, y allí fue donde, vapuleados y ensangrentados, los defensores esperaron la llegada de la luz del nuevo día.

El Día Del Destino

Los primeros albos del día, asomando sobre las llanuras del Ergoth meridional, pusieron de manifiesto un lúgubre panorama debajo de la Puerta Sur de Thorbardin. Centenares de lumbres matinales tejían capas de humo por encima de las estribaciones inferiores del pico Buscador de Nubes, donde millares de guerreros humanos se amontonaban, preparándose para un asalto de máxima fuerza a la fortaleza enana. Las hordas humanas, que ya no estaban concentradas en el distante Promontorio, habían avanzado durante la noche, ganando terreno en escaramuza tras escaramuza, hasta que los prados abiertos quedaron tras ellos y justo al frente tuvieron las imponentes laderas de la montaña con su fortaleza.

Con las primeras luces, los invasores humanos prepararon su ataque mientras que, apenas a cuatrocientos metros más adelante y trescientos metros más arriba, centenares de enanos salían en tropel por el portal de la Puerta Sur para bajar como una riada por los inclinados terraplenes a fin de reforzar las posiciones defensivas en la cara de la montaña, desesperadamente cerca de su última barricada: la Puerta Sur.

Willen Mazo de Hierro y el consejo de thanes habían decidido que Thorbardin debía defenderse desde fuera durante tanto tiempo como fuera posible.

-Sólo si conservamos las posiciones de las laderas, -señaló Willen a los jefes reunidos-, podemos evitar un estado de sitio. Si no nos queda más remedio, nos retiraremos dentro y cerraremos la puerta. Pero, cuando eso se haya hecho, ya no podremos combatir. Estaremos atrapados dentro de nuestra fortaleza, y el reino de fuera quedará desprotegido. Que Reorx no lo quiera, pero, si tenemos que encerrarnos en Thorbardin, Kal-Thax se habrá perdido.

Los dirigentes de los clanes estuvieron de acuerdo en que un asedio sería el final del reino enano en las montañas Kharolis. La mayor fuerza de Thorbardin, -su impenetrabilidad-, era al mismo tiempo su mayor debilidad como fortaleza protectora del reino que tenía alrededor. Sólo había dos entradas: la Puerta Sur y la Puerta Norte. Si ambas puertas se cerraban y nadie podía entrar, entonces tampoco nadie podía salir.

Una vez que Thorbardin se cerrara, los humanos podrían montar el asedio a las dos puertas de manera indefinida y entre tanto podrían saquear, robar y ocupar todo el territorio para cuya protección Thorbardin había sido creada. Y las fuerzas enanas, dentro de la plaza fuerte subterránea, no podrían hacer nada al respecto. Sin la presencia de Thorbardin y sus fuerzas de combate, las tierras de los einars y las poblaciones en progresivo crecimiento de los neidars se perderían. La propia Thorbardin sobreviviría, -durante un tiempo-, pero Kal-Thax, no. En consecuencia, se decidió que, aunque la Puerta Norte estaba cerrada, la Puerta Sur permanecería abierta a toda costa mientras hubiera enanos suficientes para defenderla. Cerrar el gran portal sería la retirada final y el último recurso.

Al llamar a todas las reservas, las fuerzas exteriores de Thorbardin casi igualaban a las que se amontonaban en la ladera. Pero las voces de los tambores anunciaron que más humanos estaban

cruzando Ergoth ahora, atraídos por la noticia de la guerra y las ansias de saqueo. Mediante los mercaderes de las fronteras, los caballeros de Ergoth habían dado la alerta. Algo estaba ocurriendo dentro de la ciudad humana de Xak Tsaroth. Los secuaces de los grandes señores se habían retirado tras las murallas, la ciudad había sido cerrada y no se tenían noticias de ella. Ahora sólo los desperdigados puestos adelantados de los caballeros humanos se encontraban entre las hordas errantes y la calzada del oeste, y los caballeros tenían entre manos trabajo más que suficiente para defender sus propias tierras.

Efectivamente, la advertencia era que los enanos sólo contaban consigo mismos y que los dioses los protegieran.

Fue un serio y determinado Damon el Anunciado el que cruzó el último portal en esta mañana. Vestía armadura de batalla completa debajo de una túnica gris, y en el doblado del brazo llevaba el yelmo de penacho rojo que había pertenecido a Mazo Puntal de Martillo. Portaba espada y martillo, y el escudo que colgaba detrás de su hombro lucía el blasón del martillo y el puño de la Guardia Independiente. Tras él aparecieron doscientos jóvenes enanos, con expresiones severas similares y armas y equipamientos similares.

Cable Sendagrís, Primero de los Diez, reconoció al hijo del jefe, hizo una leve reverencia en respeto al orgulloso símbolo que llevaba y después se apartó a un lado. Detrás de él, Willen Mazo de Hierro se volvió y sus ojos se estrecharon al ver a su hijo.

-¿Qué significa esto? -gruñó-. Damon, ¿quién te ha nombrado capitán de la Guardia Independiente?

-Ellos, -contestó, respondiendo al gesto ceñudo de su padre con otro igualmente firme y decidido-. Los supervivientes de la fuerza de Mazo Puntal de Martillo. Vinieron ante mí después de caer la noche y me pidieron mi promesa de compromiso. Se la di. Mazo era mi amigo.

-Comprendo, -dijo el jefe de jefes-. Bien, como líder de la Guardia Independiente, es tu derecho elegir tu cometido. ¿Has hecho esa elección?

-Los hechiceros, -repuso Damon sin vacilar-. Los he visto, los he tratado, y he enseñado a la Guardia Independiente lo que sé. Solicito permiso para concentrar mis fuerzas en los practicantes de brujería que hay entre nuestros enemigos.

-¿El hechicero Kistilan? -preguntó Berek Piedra.

-Es mi blanco principal, -dijo Damon.

-Los hechiceros se escudan tras sus hordas, -advirtió Willen, ceñudo-. ¿Cómo podrás llegar a ellos?

-Déjame intentarlo, -instó su hijo-. Nadie está mejor equipado para combatirlos. He probado su repugnante magia. Incluso he aprendido un poco de ella.

Willen suspiró. No tenía argumentos contra tal planteamiento. Su hijo tenía razón.

-Pero contaba con tenerte aquí -dijo-. Si los hechiceros nos sobrepasan..., si cualquiera de ellos cruza la puerta...

-Confía en Gema Manguito Azul, -aconsejó Damon-. Ese astuto daewar tiene un plan si ocurre algo así.

-Conozco su plan. -Willen se estremeció-. Espero que no tengamos que ponerlo en práctica. -Contempló a su corpulento hijo; luego se encogió de hombros y le palmeó el hombro protegido con la placa metálica-. Los miembros de la Guardia Independiente estaban en su derecho de elegirte, Damon. Y tú estás en tu derecho de asignarte tu propia misión. Muy bien, ésas son tus órdenes. Sólo...

-Sólo ¿qué? -preguntó Damon cuando su padre se dio media vuelta sin acabar la frase.

-Nada, -gruñó Willen, sin volver la vista atrás-. Nada más de lo que le pediría a cualquier guerrero de Thorbardin: ten cuidado..., Damon el Anunciado.

Su hijo hizo el saludo del puño cerrado, distintivo de los hylars, se dio media vuelta y se puso el yelmo de Mazo Puntal de Martillo. Sin más ceremonias, Damon se puso en marcha, descendiendo por el terraplén oriental en dirección a las antiguas sendas theiwars. Serios y

decididos, sus voluntarios, -pues tal era la naturaleza de la Guardia Independiente, el de la voluntariedad de todos sus miembros-, marcharon tras él. Como si fueran un solo enano, en sus mentes estaba el recuerdo de Mazo Puntal de Martillo y la horrible bestia que lo había matado, una cosa que había llegado a Kal-Thax por la maquinación y la confabulación de unos hechiceros.

Asistidos por la magia, ingenieros humanos habían estado trabajando en los bosques que flanqueaban el Promontorio oriental, y ahora unas máquinas de asedio rodaron a través de los prados: catapultas, arietes y arcones de municiones que se desplazaban sobre ruedas y deslizadores a la sombra de altas y escudadas torres, en cuyo interior podían entrar y protegerse una docena de filas de arqueros y lanzadores de dardos.

La primera de estas torres que se puso a alcance de tiro acabó hecha astillas por los discos de los grandes lanzadiscos desde los terraplenes enanos, pero en contrapartida cayó una lluvia de piedras de catapultas sobre los lanzadiscos que destruyó el entramado de uno de ellos, de manera que crujió, se inclinó y cayó en medio de un gran estruendo desde el alto terraplén, para hacerse añicos contra la rocosa ladera de más abajo. El segundo lanzadiscos fue retirado para hacerle reparaciones, y los honderos enanos que flanqueaban las torres de guardia principales concentraron sus tiros en los humanos que estaban cerca de las máquinas de asalto, haciendo retroceder a los equipos y a los soldados de infantería.

Una de las catapultas fue abandonada a trescientos metros del terraplén occidental, y, cuando los soldados de a pie humanos de las filas más próximas corrieron hacia ella para recuperarla, les salió al paso una compañía de guardias enanos recién llegados de la ciudadela de Porticada. Siguió una lucha feroz, mano a mano, moviéndose de un lado para otro en la amplia y pavimentada área de transacciones. Guerreros humanos y enanos se encontraron y se mezclaron; las espadas acuchillaban, los martillos centelleaban, los escudos resonaban con el mortífero canto de la batalla.

Mano a mano, con la ventaja de su mayor estatura, las salvajes gentes de las llanuras se abalanzaron contra las gentes de la montaña, más bajas y fornidas, y se encontraron con una severa y decidida resistencia. Los escudos en alto y blandiendo las armas, los enanos se introdujeron en las filas humanas como cuñas de pequeños demonios, y muchos humanos descubrieron la verdad de las leyendas acerca de que, centímetro por centímetro, un enano era más pesado y más fuerte que un humano, y que el acero enano era el mejor del mundo.

En lo más reñido de la trifulca, trabajadores theiwars se abrieron paso hacia la abandonada catapulta, defendiéndola con almádenas manejadas por macizos brazos, y la giraron en dirección contraria.

Al ver lo que los theiwars estaban haciendo, los guardias respondieron, y la configuración del conflicto cambió de manera gradual, pasando de ser una pelotera al azar a un empuje organizado de los humanos en una dirección específica. La guardia se desplegó en línea, arremetieron a lo largo de dos frentes del asalto humano, y, golpe por golpe, hicieron retroceder a la gente alta hasta apelotonarlos contra sus propios compañeros. Blandiendo armas y palancas ferozmente, la docena de theiwars, -eran veinte a su llegada a la catapulta-, bajaron los contrapesos de elevación y anclaron los deslizadores; luego gritaron al unísono: "¡Ahora!"

Mientras los guardias retrocedían a todo correr, la catapulta fue disparada, sin apuntar, directamente contra la amontonada defensa humana. El misil, una piedra de treinta kilos, abrió un paso de muerte de un metro de ancho a través de la multitud, y los guardias regresaron de nuevo al frente de batalla, y renovaron su ataque echándose sobre los supervivientes.

Los humanos se dieron media vuelta para huir, y la retirada se convirtió en una derrota y fuga desorganizada hasta que los enanos que perseguían a los que huían fueron rodeados por los flancos por otras unidades del ejército humano y atacados por ambos lados.

La Maza Dorada de Lodar Faldón Amarillo, -una mortífera y sólida línea de brillantes escudos, relucientes armaduras y centelleantes espadas que desperdigaba a los humanos a su paso-, cargó contra lo más reñido de este nuevo combate.

Como si el conflicto que se iba ampliando en el llano de transacciones del oeste fuera una señal, el ejército humano se lanzó a un ataque total a todo lo largo del frente defensivo enano. Durante largos minutos, las líneas enanas aguantaron, contestando cada arremetida con buen acero enano. Pero por cada humano que caía una docena más surgía como un enjambre para ocupar su lugar, y los enanos empezaron a retroceder, paso a paso, agazapados y escudándose, descargando estocadas y golpes a la par que se abrían paso hacia atrás remontando los angostos caminos hacia los propios terraplenes.

Un grupo numeroso de bárbaros, separándose del resto, lanzó un ataque directo entre los terraplenes. Utilizando picos, ganchos arrojados y cuerdas de escalar, se dirigieron directamente hacia la cornisa de la entrada, sesenta metros más arriba. Berek Piedra los vio venir, trepando como un enjambre por la escarpada pendiente, y esperó hasta que la mayoría estuvo comprometida, colgando de las cuerdas, antes de responder. A su orden, un anaquel instalado con bisagras en lo alto de la muralla de la cornisa se inclinó hacia arriba, empujado por palancas manejadas por los enanos, y docenas de barriles abiertos, llenos con aceite hirviente, se desplomaron sobre los que trepaban. Se alzaron repentinos muros de fuego al prenderse las juncias y los matorrales de abajo, y los humanos desaparecieron en el fuego en medio de aullidos.

Piedras de catapultas y arietes de troncos arremetieron por encima del feroz combate contra los terraplenes inferiores para acabar estrellándose contra las torres de guardia enanas. Una de las torres de arqueros de los humanos rodó hasta ponerse en posición, y, acto seguido, andanadas de flechas llovieron desde ella, buscando a los enanos que estaban en la cornisa y a los que se encontraban a lo largo de los empinados terraplenes. La mayoría de los proyectiles fueron desviados por los escudos enanos, pero aquí y allí unos cuantos se enterraron en los cuerpos de los defensores.

Peligrosos dardos de mano, el arma favorita de los Saqueadores, silbaron en medio del tumulto como víboras lanzadas al ataque, mortíferos en su precisión. A todo lo largo del frente, los asaltantes humanos ejercieron presión, empujando hacia atrás a los enanos de manera constante, por las áreas de transacciones hacia arriba y a los propios terraplenes; hordas humanas implacables, presionando incansables.

El segundo lanzadiscos, reparado apresuradamente, avanzó rodando por detrás de la torre de guardia, mientras los enanos caían de su entramado a medida que flechas y dardos los alcanzaban. Pero, cuando unos caían, otros trepaban para ocupar sus puestos, y la torre fue alineada, armada y disparada. Su atronador chasquido levantó ecos por encima del tumulto del combate, y el gran disco dentado de hierro centelleó al sol un instante, y después colisionó con la torre de arqueros humanos y cortó limpiamente por la mitad los maderos de su entramado. La torre se ladeó, los maderos crujieron y los cables vibraron, y después se desplomó sobre sí misma, arrastrando consigo a sus ocupantes humanos.

Nuevos asaltantes, viniendo de atrás, rodearon la destrozada torre y a sus ensangrentadas y aullantes víctimas, y corrieron a reforzar a las fuerzas atacantes.

Durante una hora la lucha continuó, y luego pasó otra hora más, y Willen Mazo de Hierro vio, desolado, que los enanos habían perdido la mitad del espacio central que habían salido a defender. El masivo ejército humano presionaba implacablemente. Ahora Willen veía con claridad a los hechiceros detrás, empujando a sus fuerzas.

Los humanos combatían como maníacos. Obviamente eran sólo mercenarios, pero el modo en que se lanzaban a la batalla resultaba pasmoso. Era como si los estuvieran empujando demonios, y Willen comprendió que lo que veía era el poder de la magia actuando en la mente humana. De algún modo, los hechiceros habían cambiado a los guerreros de manera que cada uno de ellos se veía a sí mismo como invencible e invulnerable. Sin los magos, estos asaltantes humanos habrían

flaqueado hacía mucho tiempo. Pero los conjuros que les habían lanzado los impulsaban incansablemente.

De repente, el jefe de jefes vio algo más y señaló.

Viniendo desde el Promontorio, detrás de las filas humanas, había un arco atronador de enanos montados que llegaban casi al millar.

-¡Los neidars! -gritó Willen-. ¡Cale Ojo Verde ha traído a los neidars!

Dispersando hechiceros sorprendidos y atónitos rezagados, la carga de los neidars alcanzó la retaguardia de las tropas humanas y chocó contra ella. Como legiones de la muerte, los severos enanos amantes del cielo abierto penetraron en las filas enemigas, las grandes hachas centelleando, el acero brillante y rojo de sangre, sus caballos de guerra con los ojos desorbitados y las orejas aplastadas contra el cráneo mientras apartaban humanos a coces y pateaban a los caídos.

Sólo fue un ataque rápido de escaramuza, y terminó antes de que la mayoría de los humanos supieran qué los había golpeado, pero fue suficiente para romper el ímpetu del asalto. Los humanos retrocedieron por todos lados, volviendo atrás cautelosamente. Los enanos que estaban delante de la fortaleza recobraron sus formaciones y montaron nuevas defensas en las mismas faldas de los poderosos terraplenes de la plaza fuerte.

En el borde del Promontorio, los atacantes neidars hicieron girar a sus monturas en un saludo, y los tambores hablaron por encima del ruido de la batalla y la retirada. Haciendo caso omiso de la precipitada andanada de flechas que llegaba de abajo, Willen trepó a lo alto de la muralla de la cornisa y saludó levantando un brazo. En la distancia, Cale Ojo Verde respondió y luego hizo dar media vuelta a sus tropas y se encaminó hacia el este, Promontorio abajo, hacia la distante frontera de Ergoth.

Como Willen, también había oído los tambores centinelas durante la noche e iba de camino para repeler a los asaltantes errabundos que cruzaban Ergoth hacia Kal-Thax con la esperanza de sacar beneficios de la batalla que se estaba librando allí.

Parando una última flecha con su escudo en un gesto casual, Willen Mazo de Hierro, jefe de jefes de Thorbardin, bajó de un salto de la muralla a la protegida cornisa.

-Cale nos ha dado unos cuantos minutos para reagruparnos, -le dijo a Barek Piedra-. Haced buen uso de ese tiempo. Los humanos atacarán de nuevo tan pronto como recobren el aliento.

Se dio media vuelta y, resguardándose los ojos con la mano, observó el sangriento campo de batalla. En la distancia, detrás de las masas de humanos invasores, algo nuevo estaba ocurriendo. Cogiendo un vistalejos, se lo puso en un ojo y vio los penachos rojos y las capas grises de los miembros de la Guardia Independiente, que avanzaba deprisa y se desplegaba en una línea de ataque.

-Es Damon, -musitó el jefe de jefes-. Damon ha encontrado a los hechiceros.

Por viejas sendas theiwars y antiguas rutas comerciales daewars, los voluntarios de la Guardia Independiente habían pasado y dejado atrás a las masas de guerreros humanos que atacaban Thorbardin, y llegaron a sus líneas de retaguardia justo cuando los jinetes neidars se lanzaban al ataque allí.

Al ver lo que Cale estaba haciendo, Damon retuvo a sus voluntarios y después avanzó rápidamente detrás de los neidars, acabando con unas cuantas docenas de dispersos atacantes para después concentrarse en los hechiceros que corrían de un lado a otro en medio del desconcierto.

Haciendo caso omiso de sus conjuros, la Guardia Independiente aisló, separó y empezó a rodear a los practicantes de la Alta Hechicería, conduciéndolos como un rebaño, empujándolos hacia el Promontorio, más y más lejos de las fuerzas humanas a las que habían estado dirigiendo. No todos los hechiceros cayeron en el cerco. Algunos, -puede que muchos-, seguían todavía con el ejército bárbaro, protegidos por sus fuerzas. Pero Damon no había esperado cogerlos a todos. Su esperanza era sólo encontrar y separar a suficientes magos para que su ausencia se notara en el

combate. Para cuando Damon miró atrás, calculando que la distancia entre ellos y los asaltantes más próximos era de casi un kilómetro, la formación en cuña de sus determinados jinetes tenía casi cincuenta furiosos y variados humanos corriendo delante de ellos, farfullando conjuros y gritando maldiciones.

Todo en derredor prendieron fuegos en el paisaje. Los rayos centellearon, y las ilusiones se mezclaron con otras ilusiones. El día pasó a ser noche y de nuevo, día; monstruos crecieron de matas de arbustos; la lluvia cayó en medio del sol brillante; y enano tras enano pareció convertirse en otra cosa, pero siguieron avanzando testarudamente.

En cierto momento, Damon parecía estar flanqueado por una furibunda gárgola y un puercoespín, y en otro momento pareció que, de su propio cuerpo, le estaban brotando puertas y tablillas. Pero la idea fija de rechazar los conjuros que había calado hondo en los supervivientes de las orgullosas legiones de Mazo Puntal de Martillo se mantuvo inalterable, y los magos corrieron por delante de la decidida línea, a merced de espadas, filos de escudos y pesados martillos si se rezagaban.

Cogidos totalmente por sorpresa, los hechiceros huyeron en medio de la confusión, y sus conjuros interfirieron con los de los otros mucho más que con los propósitos de los decididos enanos. Algunos de ellos no sobrevivieron. Martillos y espadas pusieron fin a algunos hechizos antes de que fueran completados, y los magos caídos yacieron olvidados en el suelo como migajas tiradas por un ocupado carretero que come mientras trabaja.

A kilómetro y medio del Promontorio, Damon y la Guardia Independiente condujeron a los hechiceros por un cerro arriba, a la vista de los asediados y los atacantes concentrados en las laderas de la montaña, y allí los hicieron detenerse.

-¿Qué crees que estás haciendo, enano? -exclamó un enfurecido mago-. ¡No puedes salirte con la tuya, lo sabes!

-Hasta ahora lo he hecho, -comentó Damon.

Rápidamente, con un gesto de la mano, el mago musitó un conjuro y sonrió con satisfacción.

-Ahora, antes de que muráis todos, y sólo por curiosidad, ¿por qué nos habéis traído aquí? ¿Qué creíais que ibais a sacar de nosotros?

-¿Qué es lo que acabas de hacer? -preguntó Damon.

-¿Te refieres al conjuro? Convoqué a Kistilan. Es uno de los favorecidos de los Vástagos, con poderes mucho mayores que la mayoría. Él se encargará de vosotros. Pero te hice una pregunta antes: ¿qué queríais de nosotros?

-Ya tengo lo que quería, -le aseguró Damon-. Acabas de dármelo.

Levantó una mano e hizo una señal a sus guardias. Sonriendo de manera salvaje, los enanos de capas grises se aproximaron a sus cautivos, algunos de ellos tirando hombres al suelo, otros blandiendo sus martillos. Algunos de los hechiceros puede que finalmente se recuperaran de los golpes que sus cráneos recibieron aquel día; otros, no. El poder del martillo depende del brazo que lo maneja, y el propósito del golpe está en la mente que hay detrás de ese brazo.

En cuestión de segundos, Damon el Anunciado y su Guardia Independiente estaban solos en el cerro, rodeados de hechiceros muertos o inconscientes. Como un solo ser, se volvieron a mirar hacia el norte. Allí había aparecido una mancha en el aire, por encima de las estribaciones bajas, y aumentaba de tamaño al tiempo que se aproximaba velozmente hacia ellos.

Kistilan el Oscuro, Kistilan el Letal, Kistilan el Conquistador en Ciernes, pretendido regente de Thorbardin... Kistilan, que era uno de los pocos a los que se les había concedido el favor de los Vástagos y la fuerza de los poderes mágicos elementales, había oído la llamada de los hechiceros capturados. Kistilan venía ahora, para aplastar a los arrogantes enanos que se habían atrevido a desafiarlo.

Favorecido Por Los Poderes

A los pocos segundos de la marcha hacia el sur de Kistilan, el mago oscuro, el ataque fanático e implacable en las laderas debajo de la Puerta Sur empezó a flaquear; al principio, sólo fue un poco, pero lo bastante para que los enanos defensores notaran un cambio en la intensidad de los ataques humanos. Era como si, aquí y allí, grupos de ellos se sintieran desconcertados e inseguros, haciendo un alto en la lucha, adoptando posturas defensivas mientras contemplaban boquiabiertos los cuerpos destrozados de sus propios compañeros que había todo a su alrededor.

Fue Plumín Cuño de Runa, el custodio de legajos, quien sugirió el motivo. Plumín había venido a la Puerta Sur llevando una brazada de rollos de pergaminos en los que había recopilado todo lo que Damon el Anunciado había informado anteriormente acerca de la naturaleza de la magia. Tenía intención de preguntar al corpulento hylar sobre la extraña "doble visión" que la brujería de ilusión parecía crear. Plumín se encontró con que Damon ya se había marchado, pero llegó a tiempo de ver el ataque neidar contra la retaguardia de las fuerzas humanas y atisbar un poco a través del tubo de lentes cómo la Guardia Independiente rodeaba a los hechiceros.

Lo poco que vio, antes de que un fornido daewar le quitara el tubo de lentes, respondió a sus preguntas. Vio a uno de los miembros de la Guardia Independiente cambiar repentinamente y convertirse en un ogro con colmillos, y se dio cuenta de que podía ver tanto la ilusión del "ogro" como la imagen real del guardia, simultáneamente. Garabateó febrilmente en un pergamino, apuntando sus observaciones, y después levantó la vista justo a tiempo de divisar al mago flotante, -o mago en un sillón flotante-, deslizarse hacia el sur.

Ocupado en tales pensamientos, al cronista le pareció obvio el motivo de que, tal como había hecho notar Willen Mazo de Hierro, la horda humana hubiera perdido ímpetu.

-Algunas de las compañías están sin su mago, -declaró Plumín-. Ahora están viendo el campo de batalla como es en realidad, no como ellos se lo habían hecho creer, y no les gusta. Hay un montón de humanos muertos ahí abajo.

Barek Piedra lo miró con curiosidad y luego asintió.

-Puede que tenga razón, -le dijo a Willen-. No han quedado muchos hechiceros entre los guerreros, y los que hay deben de tener trabajo a montones.

-Preocupémonos de la razón después, -retumbó el jefe de jefes-. ¡Tambores! ¡Tocad avance general!

Los tambores iniciaron un rápido redoble y, a todo lo largo de la ladera, las compañías enanas presionaron hacia adelante, golpeando y acuchillando a las hordas de humanos que tenían ante sí. Con sus cuerpos, bajos y fornidos, y la inclinación de la ladera a su favor, los enanos hicieron retroceder a los atacantes vertiente abajo, y en algunos sitios los humanos se dieron media vuelta y huyeron, llevados por el pánico.

-Localizad a los hechiceros, -ordenó Willen a sus ojeadores- Damon no los cogió a todos. ¿Dónde está el resto?

Como respondiendo a su pregunta, unas cabezas humanas aparecieron de repente, directamente delante de él, al otro lado de la muralla de la cornisa, y un largo brazo arrojó una centelleante hoja de acero dirigida a su garganta. Apenas justo a tiempo, el jefe de jefes levantó su escudo para desviar la cuchilla asesina. La daga repicó contra metal, pasó centelleante sobre su cabeza, y Willen Mazo de Hierro continuó el movimiento del escudo, arrojándose hacia adelante,

medio atravesado en la baja muralla de la cornisa, para hincar el pico de su escudo en el rostro del hombre. La sangre brotó, el hombre gritó, se echó hacia atrás... y desapareció.

En una ojeada, Willen vio que el hombre había estado de pie sobre una piedra plana que había ascendido levitando por medio de la magia. Y todavía había otros tres en la piedra. Willen rodó sobre sí mismo hacia un lado cuando un garrote con pinchos se descargó sobre la muralla en el sitio donde estaba hacía un instante, y vio la espada de Barek Piedra pasar como un relámpago junto a él para ensartar al segundo atacante. El tercero estaba levantando una espada cuando un pesado tubo de lentes se estrelló contra su sien y lo hizo caer fuera de la piedra. Entonces Willen se encontró cara a cara con el hombre que quedaba en la piedra flotante, y sus ojos se estrecharon. El hombre no iba armado, pero por su actitud y su expresión de concentración el jefe de jefes supo qué era: un hechicero. El hombre empezó a pronunciar un conjuro y de repente alguien pasó lanzado junto a Willen, voló por encima de la muralla y fue a parar a la piedra flotante.

Plumín Cuño de Runa, balbuciendo por la excitación, agarró al hechicero por la barba, tiró de su cabeza hacia abajo, y le metió el extremo más fino del tubo de lentes por la boca. El conjuro nunca acabó de pronunciarse, y el dominio de levitación del mago se rompió. La piedra cayó a plomo, y Willen alargó las manos frenéticamente. Cuarenta y cinco metros más abajo, piedra y hechicero se estrellaron con un ruido sordo en la ladera al tiempo que Willen, con medio cuerpo fuera de la muralla, agarraba la muñeca del cronista, que no dejaba de bracear y patalear.

Con un tirón, el corpulento hylar aupó a Plumín a terreno seguro y lo miró con incredulidad.

-¿Es que estás completamente loco? -exclamó-. ¿A quién se le ocurre saltar a una piedra flotante que...?

-Las piedras no flotan. -Plumín miraba fijamente a su jefe-. Es justo lo que dice Damon. La magia existe, pero no es real.

-¿Y esa piedra no estaba aquí arriba, flotando en el aire con gente subida en ella?

-Por supuesto que no. Las piedras no hacen eso.

-Entonces ¿qué clase de imbécil salta a una piedra que no está flotando a cuarenta y cinco metros de altura?

-¡Justo, eso es! -empezó Plumín, y entonces se puso pálido bajo la barba-. Oh. Eh, bueno... - Se puso de puntillas para asomarse sobre la muralla y mirar la pendiente. Allá, justo debajo, había fragmentos de la piedra caída y los cuerpos aplastados de tres mercenarios humanos y un hechicero-. ¡Dioses! -musitó Plumín.

A todo lo largo de los terraplenes, los guardias vigilaban, por si asomaban otras piedras flotantes, pero no aparecieron más.

-Hemos contado al menos dos docenas de humanos desarmados ahí abajo, -informó un observador-. Suponemos que son hechiceros, pero están desperdigados por todas partes. El único grupo que vemos se encuentra más abajo del cerro. Son seis... no, siete ahora los que están juntos. Discuten por algo. Están... ¿Eh? ¡Oh!

-¿Qué? -Willen se volvió hacia el observador.

-Ese grupo de hechiceros. -Un enano con un tubo de lentes señalaba-. Estaban justo ahí abajo. Todos dijeron algo a la vez y han desaparecido de golpe.

Por encima de las cabezas de los enanos, el aire pareció chisporrotear un instante, y un guardia theiwar se volvió hacia la puerta.

-Se han metido dentro, -dijo-. De algún modo, se han transportado y nos han pasado. Están en Thorbardin.

Detrás de la cornisa, más allá de la gigantesca puerta, sonaron gritos y ruidos de pies que corrían, y luego el inconfundible repiqueteo de proyectiles volando desde los agujeros de la muerte, dentro de la gran cámara del Eco del Yunque. Los segundos pasaron, y unos enanos salieron corriendo por la puerta abierta, agitando los brazos con frenesí.

-¡Hay humanos en el túnel principal! -informó el primero-. No sabemos cómo llegaron allí. Sencillamente... aparecieron, sin más.

-¿Cuántos? -preguntó Barek Piedra.

-Eh... -Los recién llegados se miraron entre sí, se dijeron algo en susurros, y el primero contestó:- Siete, creemos. Al menos, éstos eran. Tres de ellos aparecieron en la pasarela. Los otros cuatro estaban justo detrás. Los tres de la pasarela están muertos ahora, pero los otros cuatro volvieron a desaparecer y no sabemos dónde están.

-Dentro, -masculló Willen.

Más enanos salían en tropel por la Puerta Sur ahora: centenares de ellos, como si huyeran para salvar la vida.

-¿Qué estáis haciendo? -demandó Barek-. ¿Adónde vais?

-Aquí fuera, -dijo un daewar-. Órdenes de Gema Manguito Azul. Dijo que, si algún humano entraba más allá de la puerta y la pasarela, entonces todo el mundo de la casa de guardia tenía que salir al exterior.

Del gran acceso abierto llegó un ominoso sonido retumbante, como si un gigantesco tornillo estuviera girando y encajando en el correspondiente hueco. Unos cuantos enanos salieron pitando del acceso, y el inmenso obturador-puerta se cerró justo detrás de ellos, clausurando la entrada con un sólido muro de piedra forrada de acero. El golpe al cerrarse tuvo un tono hueco, definitivo.

-Bien, ya está -rezongó Willen-. Damon dijo que confiáramos en Gema Manguito Azul. Supongo que ahora ya no tenemos opción.

El espectáculo de la gran puerta cerrándose atrajo las miradas a todo lo largo de las pendientes superiores e inferiores, y allí la lucha se recrudeció cuando aullantes bandas de humanos se abalanzaron contra los enanos que avanzaban. En cuestión de un minuto, feroces combates cuerpo a cuerpo se dirimieron por todo el marjal al pie de los terraplenes y en las pendientes de ambos lados.

En los terraplenes orientales, un batallón de enmascarados daergars lanzó una carga a una fila de combatientes humanos; su choque fue tan feroz que pasaron a través de la línea, y se encontraron con que tenían cortada la retirada cuando la hilera de humanos se cerró tras ellos. Durante largos segundos la situación se quedó en suspenso: los humanos vapuleados y sangrando, dudando si enfrentarse de nuevo a semejante ferocidad, en tanto que los enanos de máscaras metálicas formaban un anillo compacto y esperaban el ataque. Entonces, desde el anillo, un fornido enano, con muñecas macizas se adelantó, sosteniendo un ensangrentado pico de minero.

Pyrr Picoacero, jefe de pozos mineros, estaba absolutamente exasperado con toda la situación. Señaló con un dedo regordete a los humanos más próximos y gritó:

-Eh, vosotros, ¿qué demonios estáis haciendo aquí? ¿Por qué no volvéis a vuestras casas, que es donde tendríais que estar?

El desafío era tan inesperado que los humanos se limitaron a mirarlo de hito en hito, y alguno empezó a reírse.

-Bueno, -instó el irritado minero-, ¿por qué estáis aquí?

-Por dinero, gorgojo, -le contestó a gritos un guerrero alto-. Luchamos porque nos pagan.

-¿Qué clase de dinero, piedras? -lo zahirió Pyrr.

-¡Buenas monedas, gorgojo! -replicó el hombre. Sacó una brillante moneda y la sostuvo en alto-. ¡Esta clase de dinero!

-¡Eso no es más que un guijarro! -se burló un daergar.

-¿Un guijarro? -El hombre miró la moneda, frunciendo el ceño-. ¡Esto no es un guijarro! ¡Es una moneda de bronce de cien puntos!

-¿Todos tenéis de éstas?

-¡Por supuesto que las tenemos todos! ¡No luchamos gratis!

Frunciendo el entrecejo tras la máscara, Pyrr señaló con su pico hacia un humano muerto que estaba tendido casi a los pies del hombre.

-¿Tiene él monedas como ésa? ¡Échales un vistazo!

Despierta su curiosidad, y satisfecho por la oportunidad de recobrar el aliento antes de volver a luchar con los enanos, el hombre se agachó junto al cuerpo caído y sacó una bolsa de la túnica del hombre muerto.

-Aquí están, -dijo-. ¿Ves? Todos tenemos...

Había abierto la bolsa y la había volcado. Los hombres que estaban a su alrededor miraron con expresiones incrédulas. Lo que cayó de la bolsa no eran más que unos pocos guijarros.

-Os han estafado, -afirmó bruscamente un enano-. Esos hechiceros no tienen dinero. Hacen que las piedras parezcan monedas, pero sólo siguen siendo piedras. He visto eso mismo antes. Estáis combatiendo y muriendo por unos cuantos guijarros.

En el Promontorio, Damon el Anunciado y la Guardia Independiente observaban con fascinación cómo el hechicero sentado en el trono, Kistilan, flotaba hacia ellos. El sillón tenía el respaldo alto y era muy elaborado y ornamentado, con incrustaciones de gemas y trozos de brillante metal. El hechicero era un hombre grande, sus rasgos ocultos en las sombras de un ancho y oscuro sombrero. Cuando se encontró a unos treinta metros de distancia, el sillón descendió a cuatro metros del suelo, y Kistilan miró fijamente a los enanos armados y a sus dormidos cautivos.

-Necios, -masculló ¡Superados por simples enanos!

-¡Habla más alto, artífice de conjuros! -demandó el enano que se encontraba más cerca-. No puedo oírte.

Kistilan fijó su mirada en el que había hablado, un ser de poderosa constitución, equipado con brillante armadura, y ligeramente más grande que la mayoría de los enanos que había visto hasta ahora. Aun así, no dejaba de ser un enano. Con actitud indiferente, el hechicero musitó un conjuro y apuntó con el dedo a la insolente criatura. Pero, mientras lo hacía, el enano giró su ancho escudo, dejando a la vista su parte trasera cóncava. El encantamiento salió disparado como un rayo y volvió reflejado directamente hacia Kistilan. El mago se puso tenso, soltó una exclamación ahogada, y empezó a brillar con una luz verdosa cuando minúsculos rayos chisporrotearon a su alrededor. Sólo duró un segundo, pero el mago se encontró jadeando para recobrar el aliento. Miró ferozmente al enano y bramó:

-¿Así que eso es lo que hiciste antes? ¿Utilizar espejos? ¿Cómo aprendiste eso?

-He estado estudiando magia, -contestó el enano con un gesto de profundo asco, como si admitiera que se habla pringado con estiércol.

-¡Así que eres tú! -Kistilan estrechó los ojos-. Sigamon dijo que un enano mató a Tantas. Fuiste tú.

-¿Tantas? -Damon vaciló-. Ah, sí, ése. Un hombre perverso. Me limité a defenderme.

-Y ahora estás interfiriendo con otros de los míos. -El mago miraba furibundo al enano-. ¿Cómo has traído a estos...? No, no importa el cómo. ¿Por qué has traído a estos hermanos de hechicería a este lugar?

-Era el único modo que se me ocurrió de atraerte hasta aquí -respondió Damon sinceramente-. Funcionó. Has venido.

-En efecto. -La mirada del mago se endureció-. Bien, ¿qué quieres de mí?

-Librarme de ti, de una vez por todas, -dijo Damon-. ¿Te marcharás de estas tierras?

-Tú... -Kistilan vaciló por la incredulidad-. ¿Crees que puedes amenazarme?

-Acabo de hacerlo, -comentó Damon-. ¿Te marchas o prefieres morir?

-¡Redrojo arrogante! -bramó el hechicero-. ¡Des domenet bes! ¡Cha...!

-¡Kapach! -gritó Damon.

-... pak! -terminó el mago, y entonces dio un respingo cuando una cosa alada con enormes dientes y garras se zambulló sobre él, saliendo de la nada-. ¡Kapach deset! -siseó. La cosa alada se disolvió en humo, pero la sangre manaba de unos arañazos en la mejilla del hechicero, donde las garras la habían alcanzado.

-Otro tipo de espejo, -explicó Damon.

-¡Pestilencia! -chilló Kistilan-. ¡Morirás por esto!

Rabioso, levantó una mano, abrió la boca... y cayó los cuatro metros que lo separaban del duro suelo. Damon había acaparado su atención en él de manera tan absoluta que varios soldados de la Guardia Independiente habían podido situarse debajo del trono flotante. Con un gancho de escalar y una cuerda, habían enganchado el sillón y, con un fuerte tirón, habían hecho caer al hechicero.

Kistilan todavía se estaba recuperando del trompazo cuando un pesado enano aterrizó encima de él. Con sus fuertes manos, Damon lo volvió boca abajo y se puso a horcajadas sobre sus hombros al tiempo que levantaba el martillo. Por un segundo, dudó.

Ese instante de vacilación era todo lo que Kistilan necesitaba. Recurriendo a poderes que les habían sido concedidos a muy pocos magos, y que muy pocos conocían siquiera, invocó a la oscuridad y el caos y los arrojó desde dentro de sí hacia afuera.

En un momento dado, Damon estaba a horcajadas sobre el caído hechicero. De repente, se encontró cayendo en medio de una negra y sofocante nada, con terrores invisibles que lo desgarraban desde todas partes. Su martillo le fue arrebatado, y sintió que su armadura se rajaba y partía. Recurriendo hasta el último gramo de voluntad, rechazó el hechizo, sabiendo con terca determinación que sólo era magia. Pero nunca se había enfrentado a magia como ésta. Nada había preparado a Damon para el puro, brutal, maligno poder de las negras fuerzas desatadas. Sintió que las costillas empezaban a rompersele, su espina dorsal a retorcerse, sus ojos a arder... y en alguna parte de su mente, una voz dijo: *¡Damon, deprisa! ¡Libérame!*

-¿Quién...? -intentó preguntar, pero algo le estaba aplastando los pulmones.

Me convertiste en caballo, instó la voz. Sólo tú puedes deshacer lo que tú has hecho. ¡Deprisa, antes de que mueras!

Damon sintió que estaba perdiendo la conciencia. Nada parecía tener sentido, y se dio cuenta de que había dejado de respirar. Pero había algo que tenía que hacer. Algo, pero ¿qué?

¡Deprisa!, urgió la voz en su mente. ¡Invierte tu hechizo, y trataré de ayudarte! ¡Sabes cómo hacerlo!

Borrosamente, Damon recordó una palabra. La palabra espejo.

-K... kapach -musitó a la vez que el mundo se oscurecía y su mente se hundía en la negrura. "Thorbardin", pensó débilmente. "Everbardin, acoge mi alma..." Y luego sólo hubo la nada.

Kistilan se puso de pie, retirándose del enano que forcejeaba y boqueaba para coger aire, y ahora yacía donde había caído. Por encima y alrededor del cuerpo convulso parecía cernerse una oscuridad; una agitada oscuridad repleta de cosas que chillaban y desgarraban y que apenas alcanzaban a distinguirse. Sombrío, el hechicero se concentró, incrementando el poder de su conjuro de muerte atormentadora. Un humano ya habría muerto a estas alturas, pensó, y sin embargo el enano todavía se debatía.

Un martillo arrojado pasó silbando junto al rostro del mago, que echó un rápido vistazo. Los otros enanos lo rodeaban, lanzados al ataque. Rápidamente, se protegió con un hechizo y volvió a concentrarse. Martillos y espadas repicaron contra la pantalla mágica del mago, y algunos de ellos casi lo alcanzaron, pero él hizo caso omiso e incrementó la intensidad de su concentración. Pareció que una sombra pasaba sobre él, y oyó cascos sobre el suelo pedregoso, pero no se volvió. No podían hacerle nada. Con feroz fuerza de voluntad, Kistilan se volcó en el conjuro.

De manera brusca, su escudo de poder pareció implosionar sobre sí mismo, y cayó despatarrado. Un martillo que giraba en el aire centelleó justo por encima de su nariz, y el mago intentó desesperadamente reforzar su escudo. Pero éste perdió fuerza y se hizo trizas a su alrededor, y el hechicero comprendió entonces que allí había funcionando otra magia.

Alzó la vista. Cerca, justo detrás del anillo de iracundos enanos que lo rodeaba, había dos hombres, un nómada cobar de aspecto poderoso, y otro a quien reconoció al instante: Megistal.

En el momento en que Kistilan se daba cuenta de quién era, las manos de Megistal se movieron grácilmente y una maraña de enredaderas espinosas creció alrededor del mago oscuro, enroscándose en sus piernas, en torno a su pecho y a todo lo largo de los brazos, a la par que entretejía zarcillos con sus barbas y los clavaba en su rostro.

Con una maldición, Kistilan se liberó bruscamente y siseó una cantinela. Las ondulantes enredaderas se marchitaron y desaparecieron. Una espada lanzada se clavó en el suelo entre sus pies, y el mago masculló un juramento. Todo a su alrededor, los enanos fueron arrojados hacia atrás, dando tumbos y vueltas de campana. Una docena de hechiceros inconscientes salieron lanzados por el aire tras ellos, al igual que el bárbaro que estaba al lado de Megistal. En un instante, el cerro casi quedó despejado. Sólo quedaban dos hechiceros y un enano caído. Damon yacía boca abajo, sin moverse.

-Megistal, -siseó Kistilan-. Así que has venido.

-Sabías que lo haría, -contestó, calmoso, el mago de la correa roja mientras se recogía las bocamangas de su chaqueta-. Tenemos cuentas pendientes entre nosotros, Kistilan.

-Tu juramento de matarme... si pudieras, -asintió el mago oscuro-. Pero tienes otro juramento, Megistal. Dejar todo lo demás pendiente hasta que la torre de la montaña esté terminada.

-No habrá torre. -Megistal sacudió la cabeza-. Los enanos se han ocupado de ello. Ahora debes pagar por lo que hiciste.

-¿Qué hice? -Kistilan soltó una risa cruel-. Los Vástagos me dieron mis poderes del mismo modo que te dieron los tuyos. Soy un favorecido de los Vástagos.

-Lo eras, -admitió Megistal-. Y de todos los que aprendieron a sus pies, fuiste el primero en traicionarlos. Volviste sus dones en su contra.

-¡Rehusaron darme más!

-Te dieron todo cuanto podían. Como el resto de nosotros, los favorecidos, dependía de ti el llegar más lejos, si lo deseabas.

-¡Lo deseé! -barbotó Kistilan-. Lo que no consintieran darme, lo tomé.

-Y los Vástagos ya se han marchado de Krynn. Y yo he jurado, en nombre de nuestros mentores, que morirías.

-¡Careces de los poderes que yo poseo! -gritó Kistilan a la par que lanzaba un conjuro al hombre vestido con polainas de gamo y chaqueta de pieles. Rayos brillantes se retorcieron como serpientes en torno a Megistal, enroscándose y golpeándolo, y después desaparecieron. El hechicero de la luna roja estaba ileso, sonriendo levemente. Con un siseo de rabia, Kistilan se envolvió a sí mismo en oscuridad como con una segunda capa, y desató su furia mascullando conjuro tras conjuro.

Megistal fue tragado por una negrura borbotante y arremolinada donde unos fulgores salvajes, rojo apagado, trazaron dibujos demenciales. Vórtices gemelos de oscuridad parecieron descender desde el cielo en lo alto e hincharse desde la tierra debajo para envolverlo. Entonces el remolino perdió velocidad, enmudeció, y desapareció. Sólo una cosa había cambiado en Megistal. Si antes en sus ojos había una ligera expresión de tristeza, ahora había cólera.

-Los Vástagos te conocían, Kistilan. Pronosticaron que habría corruptos, y supieron que tú serías el primero. Los poderes elementales no pueden invocarse; sólo pueden ser estudiados. Amenazan la propia estructura de la existencia de este mundo.

-¡Soy un favorecido de los Vástagos! -bramó Kistilan-. ¡Sólo yo soy el favorecido de los poderes!

-¿Sólo tú? -preguntó Megistal sarcásticamente-. Éramos veintiuno los honrados con tal distinción.

-Lo éramos, -se mofó Kistilan-. Pero yo encontré a los otros. Eres el último del resto.

-Es lo que me temía, -dijo Megistal.

-¡Eres el último del resto! -repitió el mago oscuro-. ¿Crees que no he llegado más allá de los poderes? ¿Crees que dudo en usarlos? -Ardiendo en cólera, lanzó llamas y bolas de fuego que salieron de las puntas de sus dedos.

Megistal se vio obligado a retroceder por la pura fuerza de la magia perversa que embestía contra sus escudos. Había esperado fuerzas elementales, pero no había imaginado que Kistilan pudiera haberlas corrompido hasta tal punto. Ahora eran algo nuevo e implacable. Megistal intentó contraatacar con sus propios conjuros, pero la intensidad de la magia del mago de túnica negra lo zarandeaba. Parecía inconcebible que tanto poder pudiera ser liberado por un solo hombre y, sin embargo, así era, y el hechicero oscuro incrementaba su concentración segundo a segundo.

Kistilan estaba al límite de sus fuerzas, recurriendo al puro odio que vivía dentro de él para dar fuerza a sus hechizos. Concentró, amplió y regeneró los poderes que salían disparados por sus dedos, y vio que el mago de la luna roja empezaba a desfallecer. Entonces, de repente, la magia se rompió, y Kistilan se encontró tumbado boca abajo en el duro suelo. Algo lo había zancadilleado y lo había hecho caer. Volvió la cabeza y alzó la vista hacia el semblante más colérico que jamás había visto.

Damon el Anunciado, todavía herido y estremeciéndose por los tormentos mágicos, se encontraba de pie junto al hechicero caído, mirándolo ferozmente.

-Te atreves a...

Damon propinó una fuerte patada al hechicero en las costillas.

-Me atrevo, -bramó-. A ese hombre de ahí -señaló a Megistal-, lo desprecié por ser hechicero, por usar la magia, pero no es un hombre perverso. Ahora lo veo claro. Es un mago, pero no tiene nada que ver contigo. No es malvado. ¡Tú sí!

Inclinándose, el enano agarró al hombre por la pechera y lo levantó en vilo del mismo modo que un niño levantaría un muñeco de trapo. El hechicero escupió, siseó, y empezó a musitar algo, y una dura mano enana lo abofeteó con tal fuerza que sus dientes chocaron entre sí.

Los ojos del mago se tornaron salvajes, y su mano señaló al enano. Un duro resplandor salió disparado hacia Damon y se apagó bruscamente cuando una flecha humana, -una flecha cobar-, atravesó la mano de Kistilan. Entonces Megistal gritó algo que no era ningún tipo de lenguaje.

Los ojos de Kistilan se desorbitaron y soltó una exclamación ahogada. A Damon le pareció que se había vuelto de repente tan ligero como una pluma, y el enano aferró con más fuerza la tela de la pechera del hombre. Pero el tejido se volvió tenue, como humo, y se partió entre sus manos. Kistilan sollozaba, y Damon cayó en la cuenta de que podía ver a través de la cabeza del hombre.

Por un instante, Kistilan permaneció colgado allí, jadeando, desvaneciéndose gradualmente. Luego, se desvaneció por completo, y Damon se encontró solo y con el puño vacío. De alguna parte llegó una mano que se posó en su hombro.

Damon se volvió a medias y alzó la vista al semblante triste de un hechicero desilusionado.

-¿Tenías tanto poder desde el principio? -preguntó al mago.

-Lo tenía-, admitió Megistal.

-Entonces, todas esas veces, allá fuera, y en el valle... podrías haberme matado. Podrías habernos matado a todos.

-Sí, supongo que sí.

-¿Por que no lo hiciste?

-Tenías razón en lo que le dijiste a Kistilan, -repuso el mago-. Soy, desde tu punto de vista, algo vil, un creador de magia. Pero no soy perverso, Damon. Muchos de nosotros no lo somos.

-Favorecido por los poderes, -musitó el enano-. ¿Qué significa eso?

-Significa que tengo una pesada carga sobre mis hombros y que espero que ningún otro hombre tenga que soportarla jamás. Mi conciencia debe ser siempre más fuerte que los poderes que me fueron dados.

Otros miembros de la Guardia Independiente ya estaban recobrados y caminaban penosamente hacia ellos. En medio, rodeados, empujados y, en algunos casos, arrastrados por sombríos enanos, estaban los restantes magos cautivos y el cobar, Quist Pluma Roja.

Damon alzó la mirada hacia Megistal, el ceño fruncido.

-¿Esa conciencia tuya te permitirá partir de Kal-Thax y no regresar?

-No veo por qué no. -El hechicero se encogió de hombros y una sonrisa irónica asomó a sus labios-. No tengo otros asuntos pendientes aquí.

-¡Bien! -dijo Damon. Señaló a los vapuleados humanos que eran traídos por sus guardias-. Y llévate a éstos contigo.

-Adiós, Damon el Anunciado. -Megistal levantó una mano en un gesto de despedida-. En verdad he aprendido de ti. -El gran hechicero musitó algo y el aire pareció chisporrotear. Entonces desapareció, al igual que el resto de los magos capturados. Sólo quedaba el hosco cobar en medio de los guardias enanos.

-¡Eh, espera un momento! -gritó Damon al aire vacío-. ¡Llévate también al cobar!

De alguna parte, -desde todas partes y desde ninguna-, una voz risueña respondió:

-Él es problema tuyo, Damon, no mío. Todavía le debes un caballo.

-Mi problema, -bramó Damon. Lanzó una mirada feroz al guerrero humano, que se la devolvió con igual intensidad y ferocidad. Luego Damon miró hacia el norte, a Thorbardin, y el corazón se le quedó helado. En las pendientes, los ejércitos todavía luchaban, pero por encima de ellos la inmensa cara de la Puerta Sur era liso metal. El obturador había sido cerrado. Eso sólo podía significar una cosa: el enemigo había atravesado las defensas y ahora estaba dentro.

-Traedlo, -ordenó Damon mientras señalaba al guerrero humano.

El Aliento De Reorx

Fue Porcirin el Puro quien dirigió la penetración en Thorbardin. Nativo de la lejana Istar, Porcirin no era muy apreciado entre los hermanos de las Órdenes de la Alta Hechicería. Con su actitud istriana de santurrona resolución, el autoproclamado "Portador de la Túnica Más Blanca" estaba considerado un hipócrita por muchos hechiceros y un lunático por algunos. No tenía un alto nivel en la hechicería, ya que había fallado dos de las tres pruebas de los Vástagos. No era de fiar, y rara vez seguía las órdenes de sus superiores a menos que diera la casualidad de que le convinieran, y -en el más puro estilo istriano-, era bastante fanático. Aun así, Porcirin poseía talento para el debate y pasión para la consecución de un propósito, así como seguidores que se doblegaban a su voluntad.

Con la partida de Kistilan el Oscuro del asalto a la plaza fuerte enana y el consiguiente desconcierto de las fuerzas asaltantes, Porcirin había decidido que la arremetida en masa contra la puerta era una pérdida de tiempo, y que había un modo mejor de recuperar la Piedra de los Tres, que se encontraba en alguna parte dentro de la fortaleza de la montaña. No se necesitaba ningún ejército para ir y encontrarla, a despecho de las ambiciones de Kistilan. Tres hechiceros cualesquiera, con tal que pertenecieran a las tres orientaciones de la magia, podían localizar la Piedra de los Tres si conseguían llegar lo bastante cerca para percibir su presencia.

Así, con la mitad de la compañía de hechiceros perdida, y Kistilan el Oscuro ausente en alguna parte, Porcirin tomó las riendas en sus manos. Convocando a unos cuantos magos, señaló a la gran entrada abierta en la cara de la montaña, en lo alto, y dijo:

-El momento ha llegado. ¿Quién me seguirá a la guarida de los enanos para recuperar lo que nos pertenece?

Algunos se dieron media vuelta, y otros simplemente lo miraron de mala manera, pero a seis de los presentes los había persuadido. La tarea sería sencilla, les aseguró Porcirin. Los siete se transportarían, -sólo era una corta distancia, justo cruzar el portal y lo bastante lejos de él para haber sobrepasado cualquier defensa interna que los enanos pudieran tener-, después hacerse invisibles e ir en busca de su piedra de la torre. Cuando la encontraran, la cogerían por los medios que fueran precisos y regresarían al exterior a fin de reanudar la misión de crear la Torre de la Alta Hechicería en las montañas Kharolis.

Los siete sabían conjuros de transporte, por lo que, alzando la vista hacia el gran portal abierto en la cara de la montaña, pronunciaron sus encantamientos más o menos al unísono.

Cuando Porcirin se materializó en un túnel ancho de techo muy alto y sorprendentemente bien iluminado, oyó gritos a su espalda. Se volvió rápidamente, reprimiendo la breve náusea provocada por el transporte. Tres de sus seguidores estaban con él, pero los otros tres se encontraban a cierta distancia más atrás, en medio de una enorme área abovedada que estaba atravesada de punta a punta por una estrecha pasarela. Dos de los rezagados estaban en ella, aferrándose aterrorizados. El tercero colgaba de la barandilla, chillando y pataleando en el aire. En el momento en que Porcirin y los otros tres hechiceros miraban hacia atrás, cientos de proyectiles de distintas clases salieron disparados desde agujeros en las paredes de la cámara abovedada, y acertaron a los otros tres magos con mortífera precisión.

Todo acabó en un instante. El hechicero colgado de la barandilla cayó gritando y se perdió de vista, atravesado de parte a parte por una jabalina. Los otros dos permanecieron erguidos un momento, y después fueron derribados por silbantes bolas de hierro gris. Se precipitaron desde la precaria pasarela y desaparecieron en las invisibles profundidades del fondo.

Y, todo en derredor de Porcirin y los otros supervivientes habían aparecido enanos armados que se iban acercando.

-Segundo conjuro, -ordenó Porcirin, que acto seguido lo pronunció en voz baja al tiempo que se agachaba para esquivar un martillo arrojado que le pasó rozando la cabeza.

En cuestión de un instante, los tres estaban escudados por la invisibilidad y corrieron presurosos para escapar antes de que los enanos que se aproximaban cerraran el cerco a su alrededor.

-Por allí van, -gritó un enano-. Es verdad que sus ojos siguen siendo visibles. ¡Buscad sus ojos!

Parecía haber centenares de enanos por todas partes, y uno de ellos, -un ser bajo de hombros anchos-, señaló directamente hacia Porcirin.

-¡Aquí hay uno! -gritó el enano y se abalanzó sobre el hechicero al tiempo que arremetía con una espada de oscuro acero. Llevado por el pánico, Porcirin cerró los ojos, se agachó, se desvió hacia un lado, y rodó sobre sí mismo. Oyó la espada del enano repicar contra la piedra justo detrás de él. Volvió a rodar y abrió los ojos un instante en el momento en que alguien muy bajo y muy sólido caía sobre él.

-¡He encontrado a uno! -gritó una voz-. Oh, herrín. ¿Dónde se ha metido?

No muy lejos, los tambores entonaron un complejo redoble, y varios enanos gritaron:

-¡Es la señal! Que todo el mundo retroceda. ¡Deprisa!

Sonaron pies corriendo, que levantaron ecos en el gran túnel, y Porcirin abrió los ojos justo una rendija para ver qué estaba pasando. Los enanos pasaban en tropel a ambos lados de él, corriendo a lo largo del túnel, internándose más en la montaña. Un par de ellos chocaron con él, dieron una voltereta y rodaron sobre sí mismos. Uno de ellos se volvió a la par que enarbolaba su martillo, pero el segundo lo agarró y tiró de él.

-¡No hay tiempo para eso! -gritó-. Oíste las órdenes tan bien como yo. ¡Vamos!

Corrieron, y otros fueron como un enjambre tras ellos. En cuestión de segundos, el corredor alrededor de los hechiceros estaba desierto. Porcirin se sentó, miró en derredor, y llamó:

-¡Saritus! ¡Kryxan! ¡Lonex!

-Aquí -respondieron tres voces.

-¿A qué ha venido todo eso? -agregó una de ellas.

-Podían vernos los ojos, -gruñó otra-. ¿Por qué nadie me advirtió que un hechizo de invisibilidad no oculta los ojos de una persona?

-Lo que quiero decir es por qué han salido todos corriendo -continuó la primera voz.

-Esto no me gusta, -gruñó la tercera-. No me gusta ni un pelo.

-¡A callar! -instó Porcirin bruscamente-. No importa por qué corrían. Estamos dentro de la fortaleza, así que busquemos nuestra...

Y entonces, a poca distancia, resonó el ruido del acero contra la piedra cuando un pesado rastrillo cayó a través del túnel, cerrando la ruta hacia la pasarela y la entrada que había más allá. En la distancia, la luz de la entrada fue perdiendo intensidad al tiempo que sonaban ruidos rechinantes, como si un gran tornillo estuviera girando en molduras de acero. Anulando sus conjuros de invisibilidad, los hechiceros se incorporaron y corrieron presurosos de vuelta hacia donde habían venido, hasta llegar al rastrillo. Justo detrás se encontraba la inmensa cámara abovedada con la pasarela a través de su parte central y los agujeros de la muerte en las paredes. Ahora esos agujeros estaban desapareciendo con una serie de golpes secos y fuertes a medida que unas tapas se cerraban sobre ellos por la parte posterior de las paredes. En la distancia, más allá del extremo exterior de la caverna abovedada, el resplandor de la luz de fuera disminuyó y luego desapareció cuando una monstruosa puerta se cerró, clausurando la salida de la fortaleza.

-¿Qué es esto? -gruñó Kryxan-. ¿Una trampa?

-Bueno, si lo es, sólo tiene un lado, -comentó Porcirin mientras se daba media vuelta. Hacia el norte, en las profundidades de la montaña, el amplio túnel se extendía sin señales de estar obstruido-. Vamos. De todos modos, íbamos en esa dirección.

Los cuatro avanzaron presurosos por el túnel mirando embobados a su alrededor a la inimaginable inmensidad de la excavación subterránea con sus altos techos y, a intervalos, círculos de brillante luz que inundaban las zonas que había debajo. Bajo uno de éstos, Saritius se paró un momento y miró hacia arriba.

-Es el cielo, -dijo-. Puedo ver el cielo a través de esa cosa.

Caminaron un centenar de metros, luego, otros cien, y al frente vieron un sitio donde el túnel se ensanchaba, una especie de gran vestíbulo en el centro del cual había un muro bajo y circular de piedras encajadas. Más allá, en la distancia, el túnel recobraba su tamaño habitual y continuaba hacia adelante. Daba la impresión de extenderse a lo largo de kilómetros.

-Jamás había visto nada igual, -se maravilló Lonex-. Es increíble que simples enanos pudieran construir algo así.

-Cierra el pico y estáte atento, -replicó Porcirin, desabrido-. Estamos aquí para encontrar la Piedra de los Tres. ¿Alguno de vosotros percibe su presencia?

Los magos sacudieron las cabezas.

-Todavía nada, -contestó Saritius.

A medida que se aproximaban a la amplia plaza con su círculo cerrado por el muro, la temperatura del aire pareció aumentar a cada paso.

-Tienen algún tipo de caldera aquí -decidió Porcirin. Despierta su curiosidad, se aproximó al bajo muro circular y se asomó por el borde; entonces se quedó paralizado, mirando fijamente hacia abajo. Dentro del muro había un pozo de paredes verticales y proporciones inmensas, un gigantesco agujero redondo que descendía a plomo hacia abajo..., abajo..., abajo, hasta unas profundidades de vértigo, como si atravesara el propio mundo de parte a parte. Lejos, allá abajo, había un diminuto fulgor intensamente brillante. Y por el pozo subía un aire tan caliente que parecía proceder de un horno.

-¿Qué..., qué es esto? -se preguntó Saritius.

-¡Este agujero es terriblemente profundo! -se maravilló Kryxan.

Porcirin empezó a responder y entonces enmudeció cuando unos sonidos lo hicieron levantar la cabeza. Más allá del pozo con pretil, más allá de la amplia plaza, había enanos en el túnel septentrional; enanos muy atareados, yendo y viniendo, corriendo enormes cortinas de tejido a través de la abertura.

Olim Hebilla de Oro se había jugado su reputación como príncipe de los daewars confiando en la habilidad de sus mejores cavadores para completar un túnel bajo el agua. Talud Tolec, por su parte, había puesto en juego el honor del clan theiwar confiando en que sus barqueros superaran su tendencia natural a ahogar a unos cuantos "fundidores de oro" si se les presentaba la ocasión, y en lugar de ello sumergir y recoger a los cavadores daewars sanos y salvos. Vog Cara de Hierro había prometido al nuevo regente de Thorbardin, -el jefe de jefes-, que sus mineros daergars instalarían un obturador de bisagras en el abandonado respiradero hylar conectado a la central térmica en el Pozo de Reorx, y lo había cumplido antes del plazo señalado. Y Pekka Trune había dado su palabra de que sus artesanos kiars producirían y tejerían suficiente lana mineral o "piedra hilada" en sus sobrados de fibras, colindantes con la caverna de los gusanos, para clausurar el ancho y la altura del túnel de la Puerta Sur con una gruesa cortina de pesada piedra hilada.

Los jefes se habían comprometido, y Willen Mazo de Hierro había dado permiso a Gema Manguito Azul para proceder con el plan.

Ahora todos los compromisos se habían cumplido, salvo uno. Los cavadores subacuáticos daewars habían hecho su trabajo, y un nuevo túnel conectaba ahora el fondo del mar de Urkhan con el conducto abandonado que llegaba al Pozo de Reorx. Ciertamente, ahora había nuevos resentimientos que resolver. Enfurecidos cavadores daewars acusaban a los barqueros theiwars de intentar ahogarlos y, lo que era peor, de reírse de ellos cuando por fin los sacaban del agua tosiendo, escupiendo y empapados. Y los barqueros theiwars, por su parte, acusaban a los cavadores de poner en peligro sus embarcaciones atacando a sus "salvadores" tan pronto como recobraron el aliento. En cuanto a los daergars instaladores de la tapa, se chamuscaron y les salieron ampollas a causa de la exposición de sus cuerpos en el Pozo de Reorx, y acusaban a los kiars de utilizar aislantes inadecuados en sus ropajes de piedra hilada, en tanto que un comité de tejedores kiars estaban solicitando al consejo de thanes nuevos telares para reemplazar los que habían quedado aplastados por los gusanos remolcadores que se habían sentido atraídos por las fibras de piedra hilada.

Pero los objetivos se cumplieron, y ahora toda la responsabilidad de la empresa descansaba sobre los fuertes hombros del nervioso Gema Manguito Azul, de quien había partido toda la idea.

-Si no funciona, -se dijo el protector de vigilancia y seguridad cuando hubo la primera señal de que los hechiceros habían cruzado la Puerta Sur-, jamás podré mirar a la cara a nadie ni dejarme ver en Thorbardin. -Luego, como pensándolo mejor, corrigió su declaración-. Si esto no funciona, nunca saldré de Thorbardin vivo, ni mirando a la cara a nadie ni sin mirar.

Cuando la última cortina de piedra hilada quedó colgada de su barra curvada, que corría a lo largo del techo de la calzada de la Puerta Sur, Gema se dijo para sí:

-Aun cuando funcione, voy a tener persiguiéndome hasta el último herrero y fundidor de Thorbardin si estropeo el pozo de magma. Tendría que haber mantenido el pico cerrado, -se reconvino el guerrero daewar-. Debería haberme conformado con ser un soldado, no un inventor.

Cuando los últimos cables de levantamiento quedaron tendidos, desde el Pozo de Reorx hasta los refugios excavados detrás de las barras de las cortinas, Gema se dijo:

-En realidad, es culpa de Willen Mazo de Hierro. Fue él quien insistió en que cada herramienta debía tener su otra cara como arma. Y, si el Pozo de Reorx no es una herramienta, ¿qué es?

Un clamor levantó ecos a lo largo de la ancha vía, desde los límites más allá del Pozo, hacia el Eco del Yunque y la Puerta Sur; entonces los tambores sonaron y centenares de enanos vinieron y pasaron en tropel, desocupando la calzada al exterior. Actuaban siguiendo las órdenes que les

habían dado, y él y sus guardias los hicieron apresurarse para que se encontraran lo más lejos posible de la recogida cortina de piedra hilada. No estaba muy seguro de lo que iba a pasar cuando la cortina se cerrara y se tirara de los cables de la tapa, pero sabía que el túnel abierto no sería un sitio para que estuviera ningún enano.

-Si tuviera que hacer esto otra vez, -se aseguró Gema a sí mismo-, ni siquiera se me pasaría por la cabeza. Esto es culpa de esos aghars, absolutamente. Si no hubieran decidido vaciar sus orinales en el Pozo de Reorx...

No había tiempo para más recriminaciones. El túnel al exterior estaba desalojado ya, salvo por las cuatro figuras altas que venían hacia él, aproximándose al gran conducto que coronaban las lentes del Templo de las Estrellas. Hechiceros. Hechiceros humanos dentro de Thorbardin.

-Cerrad las cortinas, -ordenó Gema y echó una mano a las docenas de sus propios guardias que se afanaban para correr el pesado tejido a lo largo de la curvada barra del techo, mientras otros sujetaban los bordes inferiores a arandelas fijadas en el suelo. En cuestión de segundos, todo el túnel estaba cerrado por el pesado y denso tejido de las fibras obtenidas de los nidos de los gusanos remolcadores; unas fibras que eran extraídas de la piedra por los gusanos y tejidas por los kiars que trabajaban en las madrigueras de cultivos con ellos. Era el mismo tejido que los daergars habían utilizado para aislar las ropas que utilizaban en las minas de azufre, y con las que los fundidores se cubrían de pies a cabeza en sus hornos. La piedra hilada era lo mejor que los enanos habían descubierto para protegerse contra un calor extremo.

A través de una solapa, Gema echó un vistazo a la gran plaza. Tres de los cuatro hechiceros caminaban hacia la cortina. El cuarto todavía permanecía de pie junto al muro del pretil del gran pozo, mirando hacia arriba, con pasmo, las lentes convexas del Templo de las Estrellas.

El protector de vigilancia y seguridad suspiró. Era la hora de probar su teoría.

-Que Reorx nos asista, -musitó y cogió uno de los cables de la tapa. A su alrededor, sus guardias cogieron otros-. ¡Tirad! -gritó.

Los cables se pusieron tensos, y los enanos se apoyaron en ellos. A un centenar de metros, detrás de la pantalla de piedra hilada, el cable arañó el borde del Pozo de Reorx, y muy abajo, en la pared norte del conducto, las bisagras chirriaron y una pesada tapa metálica se deslizó y se abrió. Del ancho agujero que había detrás, el agua salió disparada: un gran chorro de agua de dos metros de diámetro e impulsado por el peso de tres brazas del mar de Urkhan.

El hechicero que estaba al lado del pozo miró abajo, y su expresión se tornó incrédula. Muy abajo, miles y miles de litros de agua se vertían desde la pared del conducto, desplomándose hacia la mota de fulgor del fondo increíblemente distante.

Un gran rugido se alzó del pozo abierto, y los otros tres hechiceros, que casi habían llegado a la pantalla de piedra hilada, se volvieron para mirar atrás.

Durante un largo instante, no se vio nada salvo al retrasado Kryxan inclinado sobre el muro del profundo conducto, mirando hacia abajo. El bramido se intensificó, y a él se unió otra serie de rugidos.

-¿Qué es eso? -demandó Porcirin.

-¡Es agua! -respondió a gritos Kryxan-. Un montón de agua que cae dentro del agujero. ¡Esta cosa ha tenido un escape!

Los bramidos crecieron a medida que el gran tumulto del agua se vertía al fondo, más y más profundamente en el pozo, cayendo hacia el agujero de puro magma situado ochocientos metros más abajo.

Entonces los rugidos se convirtieron en los resoplidos de un fuelle cuando enormes y densas nubes de vapor ardiente salieron disparadas hacia arriba, llenaron el conducto y, estallando por encima del borde del pretil, se expandieron por la caverna. Los hechiceros gritaron, se aferraron las gargantas cuando el abrasador vapor los escaldó, y después se tambalearon y cayeron al tiempo que los vapores eran empujados por una enorme, atronadora gota de puro vapor vivo impulsada por el Pozo de Reorx. En un instante, toda la plaza, desde el obturador de la Puerta Sur hasta la batida y

tamborileante cortina de piedra hilada, se llenó de un vaho extraordinariamente caliente. Incluso la pantalla de piedra hilada no pudo contener toda la oleada de calor. Tras ella, Gema y los otros se zambulleron de cabeza a los refugios excavados y se echaron por encima las gruesas capas de tejido de fibra de piedra.

A ochocientos metros de distancia, en el Eco del Yunque, la gran cámara abovedada se llenó de vaho y vapores, y los enanos que estaban detrás de los clausurados agujeros de la muerte abandonaron sus puestos y corrieron hacia sitios más frescos.

-¡Ya es suficiente! -siseó Gema Manguito Azul-. ¡Invertid los cables!

Jadeando y con el rostro enrojecido, escaldados incluso detrás de la pantalla protectora, los enanos soltaron los cables de la tapa y tiraron desesperadamente de otros para cerrarla sobre la cascada en el interior del Pozo de Reorx. El bramido disminuyó lentamente, aunque el retumbo del vapor expandiéndose continuó durante varios minutos.

Gema esperó casi una hora antes de correr el riesgo de echar un vistazo a través de la solapa de la pantalla. Al otro lado, los vapores giraban haciendo volutas a lo largo del techo de la plaza, y el suelo estaba inundado con un palmo de agua que poco a poco iba desaguando en los niveles inferiores del Eco del Yunque.

-¡Qué desastre! -dijo un enano que estaba al lado del protector de vigilancia y seguridad-. ¿Dónde están los hechiceros?

Al principio, no vieron señal alguna de los cuatro intrusos humanos. Pero entonces, cuando la condensación del vapor decreció y el agua bajó de nivel, localizaron cuatro bultos informes en el suelo. Gema abrió la cortina por un lado, y él y otros cuantos vadearon hacia el espacio abierto de la plaza y se detuvieron para observar lo que quedaba de los hechiceros. No era propio de los enanos tener poco aguante, pero algunos de ellos se volvieron rápidamente para vomitar. Ninguno había visto jamás lo que el vapor vivo podía hacer con la carne viva.

-Esperaba ver hechiceros cocidos, -musitó un joven guardia, lívido y tembloroso-. Esto sólo son huesos y charcos viscosos.

Gema vadeó hasta el Pozo de Reorx. En realidad, ni una sola gota de agua había llegado al magma, desde luego. El calor a la mitad del conducto había sido lo bastante intenso para vaporizar cualquier líquido. Pero se había consumido una gran cantidad de energía en convertir el agua en vapor, y ahora el "ojo" del pozo de magma, allá abajo, brillaba con un tono rojo pardusco.

-Por el aliento de Reorx, -suspiró Gema-. Habrá quienes querrán destriparme y partirme en pedazos por esto.

En la pendiente debajo de la Puerta Sur la batalla había continuado con mucha más ferocidad ahora que la mayoría de los mercenarios humanos estaban sin hechiceros que les proporcionaran ilusiones, y muchos estaban muy mosqueados a medida que se corría la voz de que las monedas que habían recibido, -y las que les habían prometido recibir después-, no eran monedas en absoluto sino simplemente guijarros cambiados de aspecto con la magia. Como la mayoría de los humanos, los guerreros contratados estaban dispuestos a aceptar la magia como parte de su mundo, pero en lo tocante al dinero querían monedas verdaderas, fundidas en crisoles honrados y acuñadas en moldes reales.

Para empeorar las cosas, resultaba fácil ver que la gran puerta de allá arriba estaba cerrada y que, aunque consiguieran llegar hasta allí, atravesarla sería imposible. Entre tanto, los enanos intensificaban el ritmo de la lucha con renovado vigor, y más y más de sus máquinas de guerra entraban en juego a medida que el campo de batalla se extendía y los combatientes se desperdigaban. El gran lanzadiscos seguía tronando de vez en cuando, con sus enormes y zumbantes discos de muerte cortando a través de cualquier cosa que estuviera en su camino. Los enanos estaban usando también docenas de catapultas y diversas lanzadoras, ahora que los terraplenes se encontraban despejados. Los daños que sufrían los humanos eran de todo tipo conforme estas máquinas hacían su trabajo. Los proyectiles más peligrosos eran cargas de chatarra

de hierro, y grandes cestos con desechos de forjas y fundiciones. Estos restos de metal recorrían zumbando las filas de asaltantes, acabando con ellos a docenas. Pero lo más desconcertante eran los pequeños botes de bronce que dejaban un rastro de humo tras de sí mientras volaban en arco por el aire, y que después explotaban con un seco estampido y arrojaban pedacitos de bronce en todas direcciones. En cualquier sitio donde estallara uno de estos artefactos, surgían nubes de humo blanco que hedía como huevos podridos.

Aun así, los humanos continuaban luchando, hasta que, de forma brusca, las pequeñas fisuras y grietas a todo lo largo de las zonas inferiores de las pendientes empezaron a expulsar verdaderas nubes de vapor ardiente. Daba la impresión de que, de cada grieta y poro de la montaña, el vapor saliera disparado y siseante directamente a las caras de los humanos.

Era más de lo que podía esperarse que toleraran los mercenarios, libres ya del influjo de la magia. En cuestión de minutos, la mayoría de los grupos atacantes se habían dado media vuelta y estaban en plena huida, desperdigándose en dirección al Promontorio y a lugares más alejados. Compañías de enanos los persiguieron con saña, recorriendo el campo de batalla de punta a punta, pero para cuando el sol de Krynn se situó sobre las Cabezas de Yunque, en el oeste, no quedaba nadie con quien los enanos pudieran luchar. Con sus piernas más largas, los humanos supervivientes habían sacado ventaja a sus perseguidores y no habían regresado.

En las crónicas humanas se calcularía que más de cuatro mil humanos de la horda atacante sobrevivieron al asalto a Thorbardin. En los pergaminos de Plumín Cuño de Runa el número que se anotaría sería el de dos mil setecientos; más de cuatro mil bajas humanas contra los dos mil ciento treinta y cuatro enanos que no volverían a ver la luz del sol a través de los conductos solares. Habría un gran duelo en Thorbardin, y el pesar duraría mucho, mucho tiempo. Pero lo que importaba más era que la fortaleza de Thorbardin, casi noventa y un años después de su comienzo, había aguantado su primera prueba a gran escala como una fortificación y había salido con bien de ella. El antiguo Kal-Thax se conservaba intacto, el reino de Thorbardin se había templado con sangre y acero, y sus ocupantes eran, como siempre lo habían sido, los clanes unidos y los desperdigados einars de la raza enana.

Cuando se volvió a abrir la Puerta Sur y las huestes ensangrentadas pero victoriosas de Thorbardin regresaron a sus hogares, Willen Mazo de Hierro convocó de inmediato el consejo de thanes y puso su martillo sobre la mesa.

-Ya no soy el jefe de jefes, -anunció-. He hecho lo que tenía que hacer, pero si seguís queriendo tener a alguien que esté a cargo de todo Thorbardin, buscad a otro. Yo gobernaré a los hylars, pero nunca volveré a intentar dirigir a todos los clanes.

Damon el Anunciado había entregado su cautivo cobar a los guardias de Porticada y había acompañado a su padre al consejo, pero tan pronto como le fue posible se alejó presuroso en busca de Sauce Nube de Estío. Esperaba encontrarla en Hybardin, donde la había dejado, pero nadie de allí había visto a la muchacha einar recientemente.

-Estará por aquí cerca, -le aseguró Tera Sharn a su hijo-. ¿Sabías que tiene a una chica kender pegada a sus talones todo el día? A un montón de gente no le hace mucha gracia eso, pero nadie sabe qué hacer al respecto. Personalmente, creo que la pequeña criatura es bastante despabilada.

Damon recorrió los mercados y las plazas buscando a la joven, pero no había señales de Sauce por ninguna parte. Entonces se cruzó con Plumín Cuño de Runa.

-¿Tu muchachita de pueblo? -El custodio de legajos parpadeó-. No lo sé, pero la vi ayer. Lleva varios días protestando por algo de una niebla en la madriguera norte, y se lo va contando a cuantos se encuentra. Por supuesto, todo el mundo ha estado muy ocupado y nadie le ha prestado demasiada atención. Pero ayer estuvieron aquí otra vez, ella y esa pequeña kender molesta, dando la lata con lo de la niebla...

-¿Niebla? -Damon frunció el entrecejo y sintió que una fría intuición le recorría la espina dorsal.

-Niebla, -repitió Plumín, encogiéndose de hombros.

-¿Qué clase de niebla? -preguntó Damon.

-Niebla fría. -El cronista ladeó la cabeza-. Pero al final renunció a seguir hablando de ello con la gente. Al menos, supongo que eso es lo que hizo. Cuando la vi por última vez, estaba diciendo que ella misma se encargaría del asunto.

La Rabia Dentro

Al cerrarse la Puerta Norte y tras la llamada a las armas de las compañías de reserva, el sector norte de Thorbardin en su totalidad quedó casi desierto. En Talanquera, detrás del Eco del Yunque septentrional, permanecían unas cuantas familias, en su mayor parte canteros con sus esposas e hijos, y unos cuantos tenderos. Mucho antes de la Guerra de los Hechiceros, Carillón Lustre Brillante, protector del comercio de Thorbardin, había desarrollado un plan para convertir el pozo frío llamado Vergüenza de Reorx en almacenes y silos para aceites, cereales y otros productos obtenidos en el comercio con el exterior. Aquellos artesanos que permanecían en Talanquera estaban trabajando ahora en el conducto, reemplazando las paredes con una estructura enrejada de la que podían colgarse redes y cables para la construcción de un elevador de barrena. Alrededor de una docena de guardias también permanecían allí, así como el equipo de la puerta de la casa de guardia de la Puerta Norte.

Justo al este y unos pocos niveles más abajo, la caverna de cultivo septentrional estaba casi vacía. Unos cuantos theiwars venían de Theibardin de vez en cuando para echar un vistazo a las cosechas, pero la estación de cultivo estaba ya muy avanzada y había poco que hacer hasta que llegara la cosecha. Los campamentos temporales einars, para los refugiados por el ataque, se habían trasladado más allá de Theibardin, a la orilla del mar de Urkhan, donde había agua en abundancia y las tiendas eran numerosas.

Así pues, el extremo norte de Thorbardin, por lo general tan activo y ajetreado como cualquier otro sector de la ciudadela enana, estaba prácticamente vacío por el momento. Más de setenta kilómetros cuadrados de cavernas al norte de Theibardin y Theibolden estaban, para todos los efectos, desiertos.

Pero fue a estos sectores hacia donde Sauce Nube de Estío se dirigió, con Shill Pieveloz pegada alegremente a ella. De momento, Sauce estaba completamente exasperada con los enanos holgars en general. Una docena de veces había intentado dar la alarma de que pasaba algo raro en la madriguera norte. Una docena de veces había abordado a guardias, artesanos, e incluso a un pelotón al completo de soldados theiwars de reserva que iban de camino a la Puerta Sur, intentando decirles que una niebla se estaba filtrando en la cueva de cultivo y lo que ello podía significar.

Nadie le había hecho el menor caso. Todo el mundo estaba muy atareado, preocupado con la Guerra de los Hechiceros que se dirimía más allá de la Puerta Sur. Unos cuantos la habían escuchado amablemente, en especial algunos de los hombres jóvenes, y varios le habían informado, -con aire de superioridad en ciertos casos-, que Thorbardin estaba bien segura y que no era de esperar que alguien de fuera, como ella, comprendiera lo absolutamente defendida que estaba la plaza fuerte.

Dos o tres de los varones jóvenes se habían ofrecido a acompañarla en un recorrido por la fortaleza... después de que la guerra hubiera terminado. Uno hasta le había propuesto llevarla a casa con él... después de que la guerra hubiera finalizado.

Mucha gente, aquí en este agujero cómodo y resguardado debajo de la montaña, parecía no haber oído hablar siquiera de la bestia asesina que había arrasado pueblos einars en el mundo exterior. E incluso los que conocían la historia, no veían la relación entre ello y la niebla fría que se

estaba filtrando en la madriguera norte. La bestia se había marchado, le aseguraron. La habían hecho alejarse, o algo por el estilo.

La joven deseó que Damon estuviera con ella. Él, al menos, había estado allí, había visto lo que la criatura hizo con su aldea. Había ayudado en la persecución de la bestia. Pero Damon se encontraba lejos, ocupado con la lucha al otro lado de la Puerta Sur, como lo estaban todos los demás que habrían podido entender lo de la bestia de la niebla.

Willen Mazo de Hierro, el jefe de jefes, estaba fuera haciéndose cargo de la marcha del combate. Todos los oficiales principales estaban con él, ocupados con diversas cosas, y ni siquiera los protectores estaban localizables.

-Lo que este sitio necesita es un rey, -rezongó, furiosa, Sauce-. En estos momentos, no hay nadie a cargo.

Se le ocurrió intentarlo una vez más, ir a Hybardin y hablar con Tera Sharn de sus temores. Pero para entonces ya estaba de camino a la madriguera, cruzando Theibardin. Shillitec Medina Pieveloz trotaba alegre a su lado, cargada con una abultada bolsa que parecía crecer de tamaño de día en día desde su llegada a Thorbardin. La joven einar, armada con su hacha, se encaminó hacia la calzada quinta que conducía al norte, a la madriguera situada a kilómetro y medio. Al girar en una esquina, una voz llamó:

-¡Eh, hola!

La joven se volvió. A unos cuantos palmos, proveniente de una ruta lateral, se hallaba un joven theiwar de largos brazos equipado con armadura de guerra y capa. Llevaba un escudo a la espalda, un sable curvo, de oscuro acero, colgaba de su costado, y la visera de malla de su yelmo casi le tapaba los rasgos. Mientras lo observaba fijamente, él se despojó del yelmo y sonrió. Entonces Sauce lo recordó. Era Marbete Salan, que había ido con Damon a la Falla, y los había acompañado de regreso a Thorbardin.

-Veo que has encontrado algunas ropas bonitas, -dijo él-. ¡Vaya! ¿Sabe Damon qué tipo tan afortunado es? En verdad eres... -Su mirada de admiración se desplazó, y entonces sus ojos se abrieron de par en par-. ¡Todavía tienes a esa kender! -exclamó.

-Hola, -saludó Shill alegremente-. Creo que te conozco. Claro que, como mi tío Trotacaminos decía, cuando has visto un enano los has visto a todos. Pero eso no es del todo cierto. Tú estabas allí fuera cuando nos encontramos con aquellos hechiceros, ¿a que sí? Me alegro de que la barba haya vuelto a crecerte.

-¿Cómo ha entrado en Thorbardin? -preguntó Marbete a Sauce-. Los kenders no suelen cruzar sus puertas.

-Me limité a entrar, -dijo con un risita ahogada Shill-. Había un montón de gente entrando, así que yo...

-Quizá tú me hagas caso, -intervino Sauce-. Hasta ahora, nadie me lo ha hecho.

-¿Caso sobre qué? -preguntó Marbete.

-Sobre la bestia de la niebla. La criatura que destruyó Cañada del Viento. Tú estuviste allí, viste lo que hizo.

-Desde luego, -le aseguró el theiwar con gesto sombrío-. Y también vi de dónde había salido. Encontré su madriguera. Damon tiene razón, ¿sabes? Estoy seguro de que esos hechiceros despertaron a la bestia. Pero oí decir que se había marchado, que se largó.

-¡No se ha marchado! -aseguró Sauce-. Creo que está aquí.

-¿Aquí? -La mano de Marbete fue hacia su sable-. ¿En Thorbardin?

-O intentando entrar. Verás, estaba dando un paseo y me fijé que había niebla filtrándose a través de las grietas de la piedra que hay detrás de una terraza. Era una niebla fría, como la que la criatura llevaba consigo cuando llegó a Cañada del Viento.

-¿Grietas? -Marbete sacudió la cabeza-. ¿En Thorbardin? Que yo sepa, no hay ninguna grieta. Sin embargo, nada puede entrar aquí, ni siquiera los hechiceros. Lo intentaron y fracasaron.

Aun cuando algo entrara en la fortaleza, todo el mundo lo advertiría al punto. Sólo hay dos entradas, y ambas están custodiadas.

-Donde yo estuve no había ningún guardia, -comentó Sauce-. En realidad, allí no hay nadie. Todo el mundo se ha marchado.

-Oh. -El joven enano asintió-. Supongo que todos estaban combatiendo. Allí es donde he estado yo, pero la guerra ya ha terminado. Derrotamos a los magos y a sus tropas. ¿No te lo ha contado Damon?

-No lo he visto, -respondió Sauce.

-Bueno, probablemente te estará buscando. No para de hablar de ti. ¡Tendrías que haberlo visto ahí fuera, enfrentándose a los hechiceros! Te juro que dudo que exista alguien o algo que pueda vencer a Damon el Anunciado cuando se ha encolerizado.

-Puedo imaginarlo, -dijo la muchacha. Luego sacudió la cabeza-. Pero ¿qué pasa con la niebla? ¿Qué deberíamos hacer?

-Seguramente sólo es niebla. -Marbete se encogió de hombros-. No te preocupes por eso. Vayamos a buscar a Damon y...

-Ve tú a buscarlo, -replicó bruscamente Sauce-. Yo tengo cosas que hacer.

Antes de que el joven theiwar tuviera tiempo de contestar, la muchacha se había marchado. No había señales de ella y tampoco de la pequeña kender. Marbete empezó a dirigirse hacia el cruce de la calzada quinta, pero se paró cuando se organizó un alboroto justo al otro lado.

-¡Echad a esta criatura de aquí! -gritó alguien-. ¡Ladrona! ¡Ladrona!

Marbete soltó la trabilla del sable y corrió hacia la hilera de puestos que había en la amplia vía pública; se deslizó un poco al frenarse bruscamente. Dentro de una tienda excavada en la roca, un corpulento theiwar, con un mandil de cuero, corría en círculos al tiempo que agitaba una escoba. Y justo delante de él, agachándose entre banco y banco, mesa y mesa, armario y estante, Shillitec Medina Pieveloz lo esquivaba, escabulléndose y lanzándole pullas por encima del hombro.

-¡Alto ahí! -gritó Marbete al tendero-. ¿Qué es lo que pasa?

-¡Es una kender! -replicó el theiwar-. ¡Una kender en mi tienda! ¡Probablemente robando todo aquello a lo que puede echar mano!

-Aquí no hay nada que valga la pena robar, -contestó Shill-. ¡Aun en el caso de que fuera una ladrona, que no lo soy, no tienes derecho a llamarme eso! Además, por si fuera poco, ¡eres muy feo!

De nuevo, el tendero empezó a perseguirla, blandiendo su escoba, y Marbete tuvo que poner todo su empeño para detenerlo y hacer que se calmara. Cuando de nuevo tuvo la atención del tendero, dijo:

-No sé de qué te preocupas. Ésta es una tienda de muebles. No hay nada aquí que una kender pueda levantar en vilo, cuanto menos, robarlo. ¿Qué es lo que crees que ha cogido?

-No lo sé. -El tendero lo miró, furioso-. Pero conozco a los kendens.

-Que Reorx nos asista, -masculló Marbete. Miró en derredor buscando a Shill, pero no la encontró. Entonces pensó en ir en pos de Sauce otra vez, pero ni siquiera sabía hacia dónde se dirigía cuando la había parado para saludarla. Desconcertado y perplejo, recorrió un tramo de varios túneles, buscándola, y después sacudió la cabeza-. Y ahora ¿qué hago? -se preguntó.

A la entrada de la madriguera del suburbio norte, Sauce sintió un frío que la recorría de pies a cabeza. Una quietud inmensa, hueca, reinaba en la inmensa caverna. A la luz de los conductos solares podía ver las terrazas y campos de cultivo, los senderos de las secciones y las acequias de irrigación, los graneros y cobertizos de herramientas y equipos desperdigados aquí y allí. El suburbio norte no era el más grande de las cavernas de cultivos subterráneas de Thorbardin, pero sí el más antiguo. Durante más de ochenta años, estos campos se habían trabajado y recogido sus cosechas. Con unas mil hectáreas de tierras fértiles, terrazas y antepechos de parras, la vieja

"Primera Madriguera" había sido el gran experimento de los enanos en el cultivo subterráneo, y lo que habían aprendido aquí ahora lo ponían en práctica en otros dos suburbios, así como en la nueva cueva de gusanos remolcadores donde algunos de los kiars estaban recolectando hongos comestibles y diversas variedades de especias para comerciar.

Los suburbios de cultivos eran, por lo general, unos lugares ajetreados, bulliciosos; pero, ahora mismo, la madriguera norte parecía encontrarse totalmente desierta. Nada rompía el silencio, ni siquiera los sonidos del viento o los trinos de pájaros que Sauce recordaba de los campos einars de Cañada del Viento.

Y notó que hacía frío. En este lugar bajo las montañas, donde las temperaturas apenas sufrían variaciones, no había sentido frío desde su llegada. Pero lo sentía ahora, y sabía que no eran cosas de su imaginación. En el campo más cercano, los melones en maduración tenían una capa de escarcha.

La joven miró fijamente el hielo y luego alzó la vista, sobresaltada. Para que se formara escarcha, tenía que haber niebla. Y ahora, al mirar a través de la amplia caverna, se dio cuenta de que estaba brumoso. Volvió la vista hacia el norte, pero no alcanzó a ver los lejanos salientes. Cuando había estado allí por primera vez se podían ver claramente desde más de kilómetro y medio de distancia. Ahora era como si una bruma cada vez más densa se estuviera arremolinando dentro de la caverna, oscureciendo todo en los cuadrantes septentrionales y avanzando hacia el sur, en su dirección.

Con el corazón en un puño, avanzó presurosa, internándose más en la madriguera. La fría niebla era como la que había cubierto su aldea justo antes de que la bestia que estaba dentro de ella los atacara. Pero el recuerdo también le dio una renovada determinación, y, aferrando su hacha con fuerza, siguió caminando deprisa.

Se encontraba a un centenar de metros de la densa y borboteante niebla cuando un siseo bajo y retumbante rompió el fantasmagórico silencio de la caverna. Cuando los remolinos de niebla que se desplazaban hacia adelante llegaron debajo de un conducto solar, la luz se filtró a través de ellos y en su interior algo se movió, algo muy grande, que se irguió, levantando la cabeza. Con un respingo, Sauce salió del camino zambulléndose en un campo de follaje gris verdoso y se quedó agazapada allí, escondida. La niebla pareció alzarse ante ella, arremolinándose hacia arriba, y entonces una enorme cabeza serpentina asomó por encima de la bruma. Unos feroces ojos plateados, debajo de unos caparzones protuberantes, exploraron la caverna, buscando. Un largo hocico semejante a un pico exhalaba vapores helados, y unos inmensos dientes plateados centellearon cuando la boca de la bestia se abrió para lanzar un rugido.

-Furia, -susurró Sauce para sí misma. Así era como alguien había llamado a la criatura de la niebla: Furia. La bestia que había tras el rostro serpentino era más que perversa, más que cruel. Era la furia; la furia helada, asesina, rabiosa. Y estaba aquí, en Thorbardin.

La cabeza se giró mirando alrededor y después volvió a bajar entre la envolvente niebla y la bestia empezó a moverse hacia adelante, viniendo en su dirección. Con cuidado, Sauce se puso de pie. La criatura había levantado la cabeza para ver qué había a su alrededor. En consecuencia, debía de estar tan cegada por la niebla que se aferraba a ella como todos los demás. En eso, era vulnerable.

Con un escalofrío de resolución, Sauce levantó el hacha, corrió directamente hacia la niebla, y, trazando un amplio arco, descargó un golpe lateral a la primera cosa que vio moverse. El hacha repicó como si hubiese chocado contra piedra y salió rebotada, haciendo que Sauce perdiera el equilibrio. La joven trastabilló hacia un lado y, al detenerse para recuperar la estabilidad, algo inmenso, -como una especie de ala palmeada ancha y con garras, apenas entrevista-, le pasó rozando la cabeza. Por encima, en alguna parte, la criatura resopló; cuando Sauce alzó la vista, la gran cabeza maligna surgió de los remolinos de niebla, exactamente sobre ella. Con una arremetida, blandió el hacha por encima de su cabeza, directamente contra el enorme hocico de afilados dientes. Fue como golpear granito, pero la cosa rugió y retrocedió precipitadamente una docena de

pasos. La joven estaba dándose media vuelta cuando oyó un ruido a su derecha, como el siseo de una guadaña segando grano maduro. Por puro instinto, saltó recto hacia arriba, y una enorme cola aplastó las plantas del campo que había debajo de ella.

De nuevo echó a correr, tratando de ponerse fuera del alcance de la cola de la bestia, y se zambulló de cabeza y rodó sobre sí misma cuando el enorme apéndice pasó zumbando de nuevo, esta vez por encima de ella, y no la alcanzó por muy poco. Mientras todavía estaba pasando, la muchacha se puso de pie, cambió de dirección, y corrió directamente debajo de la oscura sombra que era el cuerpo de la criatura. "Una intentona más, -se dijo para sus adentros-. He llevado esta hacha desde que salí de Cañada del Viento con el único propósito de darle un tajo a esta bestia. He de hacer otro intento."

Corrió, se agachó, cambió de rumbo, y volvió a cargar, suponiendo por el movimiento de las sombras dentro de la niebla dónde debían de encontrarse las diversas partes de la bestia. Oyó un profundo y frío gruñido justo al frente, e hizo una finta lateral en el momento en que la gran cabeza serpentina pasaba zumbando junto a ella, sus dientes chasqueando como piedra contra piedra. Mientras pasaba, Sauce se volvió y blandió el hacha con todas sus fuerzas. Esta vez no rebotó, sino que golpeó algo muy sólido, pareció hincarse en ello, y le fue arrebatada de las manos cuando la criatura dio un tirón rugiendo de dolor y rabia. Trastabillando, agachándose y escabulléndose, Sauce corrió como no había corrido en toda su vida, en tanto que justo detrás de ella, pisándole los talones, la criatura rugía, siseaba y azotaba con la cola los campos en sazón.

Sauce corrió hasta que la niebla que la rodeaba se aclaró un poco, y después frenó un momento para mirar atrás. A cincuenta metros, las densas nieblas bullían, y por encima de ellas estaba la cara de Furia, sus sesgados ojos plateados mirándola directamente. Levantó la testa más alto y bramó, y por un instante la joven enana vio su hacha, con la hoja hundida en el largo cuello de la bestia.

Entonces la cabeza descendió y se abalanzó, los remolinos de niebla se desplazaron hacia adelante, y Sauce corrió para salvar la vida mientras la fría bruma se aproximaba a ella por detrás.

La salida más cercana de la caverna de cultivos era el acceso a la tercera calzada, y Sauce se encaminó hacia ella. Como todos los accesos de la madriguera, tenía en realidad dos puertas: una pequeña instalada dentro de una grande. Construidos con vigas macizas, los portones eran de diseño theiwar. Su propósito era dejar que la gente entrara y saliera de las cuevas de cultivos sin que algún gusano remolcador extraviado la siguiera al exterior. Las puertas pequeñas eran adecuadas para enanos a pie, o carretillas y pequeños carros de mano, y las puertas grandes eran lo bastante sólidas para detener a los casi obtusos y por lo general dóciles gusanos. Pero ahora, al cruzar la pequeña puerta como un rayo para salir al amplio túnel de la tercera calzada, Sauce supo que el gran portón no detendría a la rabiosa bestia que la perseguía, enfurecida.

La calzada del túnel giraba a la derecha, ascendiendo hacia los niveles superiores. Los pequeños pies de Sauce, calzados con botas, resonaban en la piedra a medida que corría. A su espalda oyó un desgarrador crujido y un rugido rabioso. Sonó otro golpetazo, y después oyó cómo se rompían los grandes tabloncillos del portal cuando la bestia de la niebla los atravesó destrozándolos. Una bruma densa y fría fluyó por el túnel, y se enredó en sus pies en el momento en que giraba en otro recodo a toda carrera; entonces vio luz más brillante al frente, en la distancia.

Remontó apresuradamente la empinada cuesta, y salió al cruce de túneles. A cierta distancia, a su izquierda, un viejo enano de barba blanca se volvió para mirar fijamente a la muchacha y la arremolinada niebla que entró en el corredor tras ella.

-¡Corre! -gritó Sauce, haciendo señas al viejo-. ¡Corre si quieres salvar la vida!

Túnel abajo, por el sur, el anciano la miró boquiabierto y después se dio media vuelta y se alejó renqueando sobre sus achacosas y cortas piernas. Tras unos cuantos pasos, tropezó y cayó, y Sauce se volvió y corrió hacia el lado contrario. Unas runas en el muro de piedra, cerca de la intersección de túneles, le indicaron que estaba en la segunda calzada, dirigiéndose hacia el norte. En la distancia, yendo en sentido opuesto, el viejo enano había logrado levantarse y se alejaba

presuroso, pero entonces la fría niebla salió a borbotones por el túnel de intersección y obstaculizó la vista a Sauce. Arrojadada, jadeante, la joven arrancó un adoquín del suelo y lo arrojó contra la cegadora niebla.

-¡Aquí! -gritó-. ¡Estoy aquí, despreciable herrumbre! Soy yo a la que estás persiguiendo!

La niebla se arremolinó en su dirección, y Sauce se dio media vuelta y echó a correr de nuevo. Detrás venía la bestia, toda ella furor y frío.

Túnel adelante, la muchacha sacó cierta ventaja al meterse como un rayo en un conducto de ventilación paralelo apenas lo bastante amplio para que cupiera. Agachada, corrió a lo largo del tubo durante un centenar de metros, y luego se escabulló por otro respiradero y de nuevo se encontró en la calzada. Detrás, arremetiéndole contra la pared por donde ella se había metido, la criatura rugía y daba latigazos con la cola; después levantó la cabeza y la vio de nuevo. Con renovada ferocidad, fue en su persecución.

El túnel de la segunda calzada desembocaba en una caverna artificial grande, con un único conducto solar en lo alto. Herramientas y bloques de piedra cortados esparcidos en derredor señalaban que los enanos de Thorbardin intentaban construir algo allí, pero todavía no habían iniciado la obra. Sauce corrió como una flecha a través del amplio espacio abierto y entró en el siguiente túnel de calzada, dirigiéndose ahora casi directamente hacia el norte. No muy lejos vio gente, enanos, en su mayoría desarmados, que deambulaban por otra amplia plaza.

-¡Corred! -les gritó Sauce-. ¡Marchaos! ¡La bestia de la niebla está aquí! ¡Corred!

Los enanos se dispersaron en todas direcciones y desaparecieron en grupos de tres o cuatro. Sauce entró corriendo en el espacio abierto perseguido de cerca por las nieblas; la joven parpadeó y miró a su alrededor. No había señales de nadie, en ninguna parte. Entonces, de repente, a sólo un paso de distancia, vio un gran agujero que se abría ante ella, su amplia circunferencia parcialmente cubierta por un enrejado de barras. Era demasiado tarde para frenar a tiempo. Saltando frenéticamente, alcanzó el cruce de barras más próximo y corrió por una de ellas hasta llegar a la siguiente, con los brazos extendidos para mantener el equilibrio. Se tambaleó sobre un vacío sin fondo, saltó a otro cruce de barras, y después a otro más, y entonces dejó atrás la sima y echó a correr hacia la entrada de la siguiente calzada.

Detrás, la niebla llegó al gran agujero, y la criatura que iba envuelta en ella extendió las anchas y atrofiadas alas y lo sobrevoló, las inmensas garras a punto de rozar el enrejado que había encima. Y, justo debajo, aferrados a cables de escalada y asideros, docenas de obreros de la Vergüenza de Reorx contemplaron fijamente la forma inmensa y nebulosa que les pasaba por encima.

Sin apenas frenar el paso, Sauce salió como un rayo al gran vacío abovedado del Eco del Yunque y corrió a lo largo de la precaria pasarela suspendida a través de su centro. Aquí y allí, en las paredes de la gran cámara, se abrió un agujero de la muerte.

-¡Alarma! -gritó Sauce-. ¡Avisad a la casa de guardia! ¡Peligro!

Llegó al final de la pasarela, saltó al sólido suelo de piedra y miró a su alrededor. La niebla iba llenando el Eco del Yunque a medida que la bestia lo atravesaba, planeando sobre la pasarela, casi rozándola, suspendida en sus alas dotadas de garras. Aquí y allí, volaron proyectiles desde los pozos de la muerte, pero lo único que consiguieron fue penetrar en la espesa niebla y rebotar contra lo que había dentro de ella. Sauce se dio media vuelta y huyó a todo correr hacia el punto final de la calzada: la casa de guardia de la Puerta Norte.

Furia enfocó toda su atención en la insignificante y pequeña criatura de sangre caliente que huía delante de ella. Sabía que había otros seres allí, pero la rabia que bullía en su interior, -la furia que lo era todo en ella-, estaba concentrada ahora en esa criatura individual. La había desafiado y había escapado. La había atacado y había escapado a su furia. De hecho, le había hecho daño, rasgándole la piel en su única parte blanda, -el cuello-, con su objeto cortante.

Ya volvería por todas las otras criaturas de este sitio a su debido tiempo. Todos morirían. No podían hacer nada para evitarlo. Los iría cazando implacablemente y los mataría a todos. Pero,

primero, ésta tenía que morir. Ésta, que la había desafiado, y debía morir de la manera más horrible que tuviera a su alcance.

A través de varios túneles, algunos anchos y espaciosos, otros apenas lo bastante grandes para permitirle extender las alas, persiguió a la pequeña criatura. A menudo, con la niebla a su alrededor, no podía ver a su presa, pero podía percibir dónde estaba. Su propio calor era como un faro para ella, casi como una premonición, y anhelaba sentir esa calidez estallar y fluir entre sus colmillos, oír los gritos mientras la criatura caliente se debatía y después se quedaba fría.

Ahora el túnel se hizo más estrecho, y al frente se podían escuchar ecos que le revelaban que el camino estaba cerrado un poco más adelante. Había otros seres cálidos allí, escabulléndose por todos los lados, y notó su miedo. Pero podían esperar. Primero quería a ésta, la que huía delante.

Sauce jadeaba y temblaba cuando entró en el túnel de la casa de guardia, con sus depósitos de agua y mecanismos, y el gran tornillo reluciente que corría de un extremo a otro. Desesperada, miró a su alrededor y vio a otros, agazapados aquí y allí, en las sombras.

-¡Abrid la puerta! -gritó.

Los operarios de la puerta se encogieron y la miraron fijamente; luego se quedaron boquiabiertos al ver la espesa y arremolinada niebla que entraba en el corredor, justo detrás de ella.

-¡Deprisa! -instó Sauce-. ¡Si queréis vivir, abrid la puerta!

-¿Por orden de quién? -inquirió un enano al tiempo que echaba ojeadas nerviosas a la densa niebla.

Sauce empezó a decir algo, pero su voz quedó ahogada por el rugido de la bestia, cuya cabeza emergió en el angosto corredor, levantándose sobre la bruma para mirar ferozmente el gran tornillo. Su bramido fue como el retumbo de un trueno en aquel espacio cerrado.

-¿Qué más órdenes quieres? -dijo bruscamente Sauce-. ¡Deja de mirar embobado y abrid la condenada puerta!

Los enanos corrieron hacia una palanca larga y vertical instalada en huecos ciegos, en el centro de una gran columna vertical de hierro gris. Sin más que un momento de vacilación, uno de ellos tiró de la palanca hasta que ésta estuvo horizontal. Enfrente de ella, en la columna de hierro, una segunda palanca se movió de posición horizontal a vertical, y el inconfundible bramido de agua fluyendo resonó en la casa de guardia.

A regañadientes, el gigantesco tornillo metálico empezó a girar, y el inmenso obturador que había a su extremo empezó a retroceder centímetro a centímetro sobre sus carriles. Un estrecho filo de luz del exterior apareció alrededor de sus bordes.

Los remolinos de niebla avanzaron, y una inmensa cabeza con grandes colmillos lanzó una dentellada, faltando muy poco para alcanzar a Sauce mientras la enana se deslizaba por debajo del tornillo y corría hacia la otra punta. La criatura se alzó por encima del tornillo, buscándola, curvando el cuello serpentino hacia arriba y hacia abajo, y la joven volvió a meterse debajo del tornillo y cambió de dirección. Al seguirla la gran cabeza, pareció como si la criatura estuviera enroscándose alrededor del tornillo.

Esquivando los chasqueantes colmillos, Sauce saltó hacia arriba y agarró el mango de su hacha, que todavía colgaba flojamente a un lado del largo cuello. Soltándola de un tirón, volvió a golpear e hizo un segundo corte superficial.

La criatura rugió de rabia, batió las grandes alas y sacudió la cola, atronando la casa de guardia. Más allá de la construcción, los enanos encargados de la puerta desaparecieron por pequeños túneles. El tornillo siguió girando, y la abertura en torno al gran obturador se ensanchó. Soltando el hacha, que otra vez se había quedado atascada, Sauce pasó agachada las espiras delanteras del tornillo y corrió hacia la abertura. Por un instante, se quedó atascada allí, atrapada entre el marco y el obturador. Después el espacio fue suficientemente ancho, y la joven pasó con dificultad justo cuando unas formidables fauces se cerraron en la abertura, cada vez más amplia, justo detrás de ella.

Sauce se agachó, cogió una piedra del tamaño de un puño, y la arrojó al ojo plateado más próximo al tiempo que gritaba insultos. La abertura se ensanchó y la helada y babeante cabeza asomó un poco más, esforzándose por ir tras la joven. En el momento en que los caparzones protuberantes de encima de los ojos asomaron por el hueco abierto, la joven enana dio media vuelta y corrió.

Había dieciocho metros desde una punta de la puerta a la otra, y Sauce cubrió esa distancia como si le hubieran crecido alas en los pies. Llegó al otro lado, se coló a través de la abertura de allí, y desanduvo corriendo toda la longitud del tornillo. Todos los operarios habían desaparecido, pero la joven había visto cómo funcionaba el mecanismo de la puerta. Llegó a la columna de hierro con sus palancas dobles, esquivó un latigazo de la cola, se apoyó con todo su peso en la palanca vertical y tiró hacia abajo. Las válvulas cambiaron, el agua fluyó, y el tornillo invirtió el sentido de la rotación. El gran obturador empezó a cerrarse otra vez.

Al instante, los remolinos de niebla giraron hacia atrás cuando la criatura se dio cuenta de la trampa y empezó a retirarse.

-¡Date prisa, artilugio oxidado! -le grito Sauce al tornillo-. ¿Es que no puedes girar más rápido?

Recurriendo a toda su fuerza, tiró de la palanca hacia abajo hasta ponerla en posición horizontal. El sonido del agua se hizo más intenso, y el tornillo giró más deprisa, y la criatura siseó y rugió con frenética furia.

Se sacudió a uno y otro lado, golpeando las paredes de la casa de guardia, los huecos de encaje y el tornillo en rotación. Enormes garras arañaron la piedra, abriendo profundos surcos en el suelo del túnel. Las palmeadas y atrofiadas alas batieron el aire, agitando la niebla, crecientemente fría, como si fuera una pequeña tormenta. Sauce gateó detrás de la gran columna de agua y se acurrucó allí, con los ojos desorbitados y lívido el semblante.

Los enanos de Thorbardin habían construido sus puertas para que fueran impenetrables. Y, con este objetivo, la artesanía enana había sacado los mejores resultados posibles. Los forcejeos de la gran bestia ni detuvieron ni frenaron el irrevocable giro del inmenso tornillo en sus huecos de encaje. Centímetro a centímetro, segundo tras segundo, el enorme obturador del portal se fue cerrando implacable sobre su cerco... y también sobre el cuello de la bestia atrapada.

Furia, rabiosa, rugía enfurecida, se sacudía y tiraba, agitando los poderosos apéndices. Pero la puerta se iba ajustando más y más a medida que los engranajes de las ruedas hidráulicas recibían el flujo desde los altos tanques y transferían su energía al tornillo.

Para Sauce fue como si transcurriera una hora antes de que el gran obturador de piedra forrada de acero entrara en los huecos de encaje hasta donde le era posible y se parara. Apenas una rendija de un palmo dejaba pasar la luz del día alrededor del portal, y en esa rendija estaba atrapado el largo cuello de la bestia de la niebla. Sus alas todavía batían, sus garras aún escarbaban, y su cola todavía se sacudía de lado a lado, pero ahora los movimientos eran lentos y erráticos. Era casi imposible ver dentro de la casa de guardia a causa de la densa niebla, pero, a medida que las sacudidas de la bestia fueron haciéndose más y más débiles, a Sauce le pareció que la bruma también se volvía menos espesa.

Sonaron gritos en alguna parte, así como el ruido de pies corriendo, y después unos enanos armados entraron en tropel en el angosto corredor y se quedaron boquiabiertos ante el espectáculo que les aguardaba dentro. El que iba a la cabeza era Damon el Anunciado, su semblante una fiera y ceñuda máscara, sus ojos sombríos por la preocupación. Justo detrás de él estaba Marbete Salan.

Sauce salió a gatas de detrás de la columna de agua, y Damon la vio. Saltando sobre la cola de la bestia, que aún se agitaba con movimientos espasmódicos, el corpulento hylar pasó por debajo del tornillo y tiró de la muchacha para ponerla de pie. Tras contemplarla fijamente un momento, tiró su martillo y su escudo, la rodeó con sus fuertes brazos y, levantándola en vilo, la estrechó contra sí.

-¡Damon! -logró decir ella, casi sin resuello-. ¡Damon, déjalo ya! ¡Bájame!

A regañadientes, hizo lo que le pedía.

-Estás viva, -dijo, casi en un susurro.

-Te dije que pillaría a esa cosa, -le recordó ella-. Pues lo he hecho.

-Desde luego que sí. -Damon echó otra ojeada a la puerta casi cerrada, estrangulando el cuello de la bestia-. ¿Crees que está muerta?

-No lo sé -admitió la muchacha-. No sé qué hace falta para matar una..., una de éstas.

-Bueno, lo que es seguro es que no va a ninguna parte, -comentó Marbete con una risita mientras se agachaba por debajo del tornillo para ver mejor a la bestia de la niebla, que todavía se estremecía-. Supongo que puede quedarse donde está hasta que estemos seguros de que ha muerto. ¿Crees que es una especie de dragón?

-Lo dudo, -dijo Damon-. Pero puede ser el tipo de criatura de la que proceden los dragones.

-Volvió la mirada hacia Sauce, a quien seguía agarrando por los brazos-. ¿Qué voy a hacer contigo? -preguntó.

-No lo sé. -Ella alzó los ojos hacia él-. ¿Tienes alguna idea?

-Bueno, existe una vieja leyenda aquí, en Thorbardin. Se refiere a mí. No sé si puede dársele mucho crédito, pero... En fin, me preguntaba si estarías interesada en ser, posiblemente, la madre de reyes.

Epílogo: Hacer Lo Correcto

Miles de enanos abarrotaban los terraplenes de la Puerta Sur cuando Cale Ojo Verde y el consejo de thanes se encontraron allí para supervisar la retirada de las armas caídas de los campos de batalla, allá abajo. Los einars, que habían permanecido durante el asedio dentro de Thorbardin, ahora regresaban a casa, de vuelta a sus rebaños y a sus campos. Pero pocos de los que se marchaban volverían a pensar en sí mismos como einars. Durante su estancia en Thorbardin, la mayoría había decidido entre el martillo y el hacha.

Algunos se habían quedado para unirse a los clanes de la nación subterránea, pero la mayoría regresaba al exterior y casi todos éstos, al haber elegido el sol a la piedra, serían neidars a partir de entonces.

-Hemos aprendido una gran lección aquí -manifestó el viejo Olim Hebilla de Oro a los que estaban a su alrededor-. Willen tenía razón. Thorbardin es invulnerable a un asedio, pero sin los neidars fuera para complementar a los holgars de dentro no puede mantenerse como una fortaleza para Kal-Thax.

-Nos vamos convirtiendo en pueblos cada vez más separados, -se mostró de acuerdo Talud Tolec-. Los holgars hemos combatido fuera de Thorbardin y ansiábamos retirarnos al interior. Los neidars han vivido en Thorbardin y anhelaban ver de nuevo el cielo abierto. Y ahora, me pregunto si podremos volver a ser realmente un solo pueblo.

-O, si lo hemos sido alguna vez, -retumbó Vog Cara de Hierro-. Puede que estemos llegando al fin de una era.

-Las eras empiezan y terminan sólo en las mentes encasilladas de los garabateadores de pergaminos, -sentenció Olim, que dedicó una sonrisa torcida a Plumín Cuño de Runa-. No es mi intención ofenderte, custodio de legajos. Sin tus razonamientos peculiares, ¿cómo íbamos a saber cuándo termina ayer y cuándo empieza mañana?

Willen sacudió la cabeza, incómodo, como siempre, con las chanzas de sus iguales. Los viejos líderes parecían volverse más filósofos con el paso de los años. En especial, el jovial y viejo daewar de espíritu firme, Olim Hebilla de Oro, y el intuitivo theiwar, Talud Tolec. Y sin embargo, a menudo, a Willen le parecía que cuanto menos sentido tenía lo que decían sus colegas dirigentes,

tanta más sabiduría podía encontrarse en sus palabras. Para su mentalidad de soldado, era un acertijo cuya solución no estaba a su alcance.

-¿Estarás pronto de vuelta? -le preguntó a Cale Ojo Verde.

-De visita, por supuesto, -asintió el neidar-. Pero quizá nunca más para vivir. Olim tiene razón en lo de la lección que hemos aprendido. Una fortaleza de la que nadie puede salir tiene tan poco sentido como otra en la que nadie puede entrar. Las puertas de Thorbardin tienen que poder abrirse así como cerrarse, y para eso debe haber neidars fuera para proteger la fortaleza, del mismo modo que la fortaleza protege las tierras que la rodean.

-Así sólo lograremos ir diferenciándonos más con el paso de las eras, -dijo Willen, que miró en derredor con cortedad, al comprender que empezaba a hablar tan imprecisa y sabiamente como los otros jefes.

-Diferenciándonos, sí -replicó Cale Ojo Verde-. Siempre fuimos diferentes, la gente de la piedra y la gente del sol. Pero no necesariamente separados. Nosotros, aquí fuera, necesitamos la seguridad de vuestra presencia, del mismo modo que vosotros necesitáis la nuestra. Además, las diferencias pueden fortalecer los vínculos si es que éstos son buenos. También hemos visto un ejemplo de eso.

-¿Sí?

-Tu hijo..., mi sobrino, y su chica einar. Esos dos sólo tienen una cosa en común, pero son sus diferencias las que harán que su unión tenga éxito.

-Supongo que sí. -Willen se encogió de hombros-. Probablemente tengas razón, porque Tera me dijo lo mismo justo ayer. No suele equivocarse en esos temas. Por cierto, buena suerte con tu kender.

-¿Qué kender?

-Esa pequeña latosa que ha estado deambulando por Thorbardin. ¿No lo sabías? Apareció en Hybardin y declaró que había terminado su visita a Thorbardin y que se dispone a recorrer el territorio exterior. Contigo.

-¡Eso que ni lo sueñe!

-Como dije, -añadió Willen-, buena suerte con tu kender.

Quist Pluma Roja estaba jugando a las tabas con sus carceleros cuando Willen Mazo de Hierro envió a buscarlo. Durante largo tiempo -probablemente durante semanas, aunque en este lugar subterráneo el cobar había perdido el sentido del tiempo-, había sido retenido cautivo en lo que se había enterado era el cuartel, detrás de la casa de guardia de la Puerta Sur. No había sido una cautividad cruel. Lo habían alimentado bien, le habían dado cerveza de vez en cuando, y no lo habían torturado. Pero no dejaba de ser cautividad, sin la menor duda. Los severos enanos armados que guardaban su habitación dejaban bien claro que el cobar no iba a ir a ninguna parte a menos que alguien de autoridad así lo ordenara.

Quist se había hecho dos juramentos a sí mismo. El primero era que, si alguna vez salía de allí, jamás volvería a mezclarse en asuntos de enanos. El segundo era que, después de esto, nunca volvería a jugar con los enanos. Las tabas habían sido siempre un pasatiempo favorito para Quist, y se preciaba de ser bueno en ese juego. Pero, de algún modo, ahora sólo le quedaba la última punta de flecha. Ya había perdido todas sus armas. Aunque lo habían despojado de ellas al entrar allí, ahora ya no le pertenecían a él, sino a varios carceleros enanos. Había perdido las botas, la capa, su tocado favorito adornado con plumas, y su brazaletes de cobre. Un jovial guardia de barba dorada, llamado Tartán Clavo de Plata, lo llevaba ahora.

A pesar de toda su vigilante atención, no había encontrado evidencia de que ninguno de los enanos hiciera trampas. Sin embargo, por lo general ganaban. Así pues, para cuando un grupo de enanos apareció con ordenes de que lo dejaran bajo su custodia, Quist Pluma Roja estaba bien dispuesto para un cambio.

Los nuevos guardias iban armados hasta los dientes y eran eficientes. Todos tenían el mismo tipo de barba oscura, peinada hacia atrás, que había visto en Damon el Anunciado. Supuso que pertenecían a la tribu llamada hylar.

Enérgicamente, lo condujeron a lo largo de un corredor donde un inmenso tornillo, con filetes de barrena, reposaba en grandes huecos de encaje, y siguieron más allá del gigantesco obturador que hacía las veces de puerta y que lo había dejado pasmado la primera vez que lo vio; todavía lo pasmaba. Al otro lado, en la cornisa amurallada fuera de Thorbardin, había gente esperando. El que se adelantó, alzando la vista hacia él y observándolo con duros y sabios ojos, guardaba un asombroso parecido con Damon el Anunciado, aunque este enano era mayor y tenía un porte que sugería una posición elevada.

-Soy Willen Mazo de Hierro, -se presentó el enano con una voz que recordaba el suave y profundo canto de un río-. Mi hijo me dijo que lo ayudaste y que actuaste con honor cuando podrías haber hecho lo contrario. -Sin esperar respuesta, el enano se volvió y empezó a descender por el terraplén-. Ven conmigo, humano, -dijo.

Quist lo siguió. Lo habría hecho, incluso aunque no hubiese querido, debido a los diez enanos armados de aspecto eficiente que lo rodeaban y lo conducían. Al final del terraplén, Willen dio unas palmadas y otros enanos vinieron de detrás de unas nuevas murallas almenadas recién talladas en la roca. Conducían a doce caballos, once de ellos equipados con sillas de montar y equipos para enanos; el otro animal iba magníficamente enjaezado con el equipo del tamaño apropiado para un humano.

Mientras Quist miraba boquiabierto al caballo y después fruncía los labios en un gesto apreciativo por sus finas líneas y bella presencia, Willen dijo:

-Este animal es el mejor corcel de Damon el Anunciado. Se llama Shamath, y ahora es tuyo, por deseo expreso de mi hijo.

El hombre caminó hacia el animal, sin poder dar crédito a sus oídos; luego se detuvo y miró de reojo al jefe hylar.

-Es un caballo de verdad, ¿no? Quiero decir, que no es un hechicero transformado ni nada por el estilo, y que no le crecerán alas, ¿verdad?

Por un instante, los severos rasgos del semblante del enano se suavizaron. Faltó poco para que sonriera, pero enseguida recuperó el gesto adusto.

-Shamath es un caballo, -le aseguró al humano-. Nunca ha sido otra cosa. -Dio más palmadas, y uno de los diez escoltas se adelantó con un paquete que le entregó a Quist. En su interior había un exquisito y ligero escudo de fabricación enana; un arco fuerte, recurvado, de fina madera de limonero; una hermosa daga; un grueso haz de flechas con puntas de acero enano; y diversas fundas y correas de cuero para los instrumentos. Otro miembro de la escolta se adelantó con un paquete que contenía las botas que Quist había perdido, la capa, el brazalete de cobre, y el tocado de plumas.

-Tuve que comprar estas cosas a tus..., eh... anfitriones del cuartel, -dijo Willen severamente-. Además, me costaron un buen precio. Hasta un humano debería saber que no es aconsejable jugar a las tabas con un daewar.

Sin dar más explicaciones, los enanos montaron en sus caballos, trepando por las cortas escalas que colgaban de las sillas, y, a un gesto del jefe hylar, Quist subió a lomos de Shamath. Supo en el mismo instante en que sus piernas se ciñeron en torno a los flancos del animal que jamás había montado un caballo mejor.

Todavía rodeado por los enanos armados, el humano fue conducido hacia el Promontorio y, tras virar hacia el este, en dirección a las calzadas de la frontera.

Fue un trayecto de tres días desde la Puerta Sur hasta una retirada abra, por encima de la Calzada del Tránsito, adonde los enanos llevaron a su invitado, y ni una sola vez en aquellos tres días ninguno de ellos, -ni Willen Mazo de Hierro ni ninguno de los Diez-, le dio una sola

explicación sobre adónde se dirigían o por qué. Los enanos, decidió Quist Pluma Roja por centésima vez, podían ser la gente más exasperante del mundo.

Aun así, no tenía opción, y, salvo por el hecho de tenerlo sumido en la ignorancia, fue tratado con cortesía.

Entonces, cuando la tarde del tercer día ya estaba avanzada, remontaron una cresta baja que se encontraba directamente encima del abra donde la Calzada del Tránsito pasaba de territorio enano a tierras humanas. Bajo ellos, había tiendas, lumbres y gente; gente humana, haciendo cosas de humanos.

Willen Mazo de Hierro acercó su caballo junto al del hombre y señaló.

-Aquella tienda de allí, la del toldo. Dime a quién ves en ella.

Quist escudriñó en la escasa luz del anochecer y entonces sus ojos se abrieron de par en par por la incredulidad.

-Seená, -dijo con voz ronca-. ¡Mi esposa! ¡Y éstos son mis hijos! Pero ¡si estaban cautivos! Los grandes señores...

-Ha habido cambios en la ciudad de Xak Tsaroth, -le informó Willen-. Los grandes señores han sido derrocados, y otros han asumido el poder ahora. Tal vez podamos establecer algún acuerdo comercial con los nuevos dirigentes; eso es lo que nos ha dicho nuestro protector de comercio. Afirma que Darr Bolden y sus seguidores parecen personas razonables... para ser humanos.

Quist contempló los fuegos del campamento, sus ojos muy abiertos al observar las familiares figuras y los rostros amados de su familia. Alzó las riendas y entonces vaciló.

-Tu hijo, Damon... -dijo, volviéndose hacia Willen-. ¿Arregló esto por mí?

-Le pareció que era hacer lo correcto, -repuso Willen con voz ronca.

-¿Y Damon? ¿Dónde está?

-Mi hijo se casó hace unos cuantos días con una muchachita enana muy testaruda, pequeña, de cabello cobrizo y opiniones firmes como el hierro. A continuación de la boda, se instalaron en sus nuevos aposentos en Hybardin y... En fin, no se los ha vuelto a ver desde entonces.

-Entonces, te daré las gracias a ti, -dijo Quist, asintiendo con la cabeza y ofreciendo su mano.

Con un gruñido, el jefe hylar tiró de las riendas de su montura y dio media vuelta.

-Jamás entenderé a los humanos, -rezongó al tiempo que echaba una ojeada hacia atrás-. Si fuera mi familia la que está ahí abajo, no estaría perdiendo tiempo aquí, charlando. -El hylar sacudió las riendas y volvió por donde habían venido, con sus diez escoltas detrás de él.

-Enanos, -masculló Quist Pluma Roja mientras sacudía la cabeza-. De todos los..., todos los... -Falto de palabras, incluso para sí mismo, azuzó a Shamath con los talones y se dirigió hacia el abra donde su familia lo estaba esperando.

Tras él, en lo alto de un saliente de la montaña, Willen Mazo de Hierro volvió la vista atrás y luego miró al Primero de los Diez.

-Cuando hayamos regresado, Cable, ve y encuentra al protector del comercio. Dile que esos campos de grano que lleva codiciando tanto tiempo, en las tierras cobars, al norte de Ergoth, pueden rendir beneficios comerciales para nosotros ahora que tenemos a un cobar agradecido que hable en nuestro nombre allí.

Sacudió las riendas, dirigiéndose de vuelta a casa, y musitó para sí mismo:

-La gratitud del que antes era tu enemigo debe tener el valor de doce pruebas de amistad a la hora de alcanzar un acuerdo comercial. -El jefe hylar sacudió la cabeza y suspiró. Su forma de pensar empezaba a parecerse cada vez más a la de Olim Hebilla de Oro, se dijo.

En una tienda de muebles en Theibardin, un fornido tendero descubrió que se había hecho un trueque. Un buen compás de calibres faltaba de la tienda, y en el lugar del instrumento se había

dejado una gema ovalada y pulida que tenía un sabor horrible y la desconcertante costumbre de cambiar de colores. Con una maldición, el tendero arrojó el objeto fuera de su establecimiento.

-Lo sabía, -rezongó-. Sabía que esa kender iba a llevarse algo.

En la plaza de la calzada quinta, un granjero kiar que pasaba por allí reparó en la piedra, la recogió y se la guardó en la bolsa del cinturón. Más tarde, en la madriguera de los gusanos remolcadores, la examinó, moviéndola bajo la luz y observando cómo cambiaba de rojo a blanco y luego a negro, con millares de matices intermedios.

Si hubiese sido daewar, tal vez la habría guardado como un objeto curioso digno de exhibirse. Pero era kiar, y no le encontró ninguna utilidad. Después de mirarla de nuevo, la arrojó a un lado.

Durante un tiempo, la gema permaneció tirada, medio enterrada, en un montón de piedra menuda y residuos; después fue cargada en una carretilla, junto con escombros, residuos y demás, y volcada en los pesebres donde se alimentaban los gusanos remolcadores.

La Piedra de los Tres de Kal-Thax, que tendría que haber sido la piedra angular de la séptima Torre de la Alta Hechicería, nunca volvió a ser vista. Se observó, sin embargo, que un lote particular de tejido de gusanos enviado a los tejedores de piedra hilada tenía la tendencia de cambiar de color a intervalos irregulares.

Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar